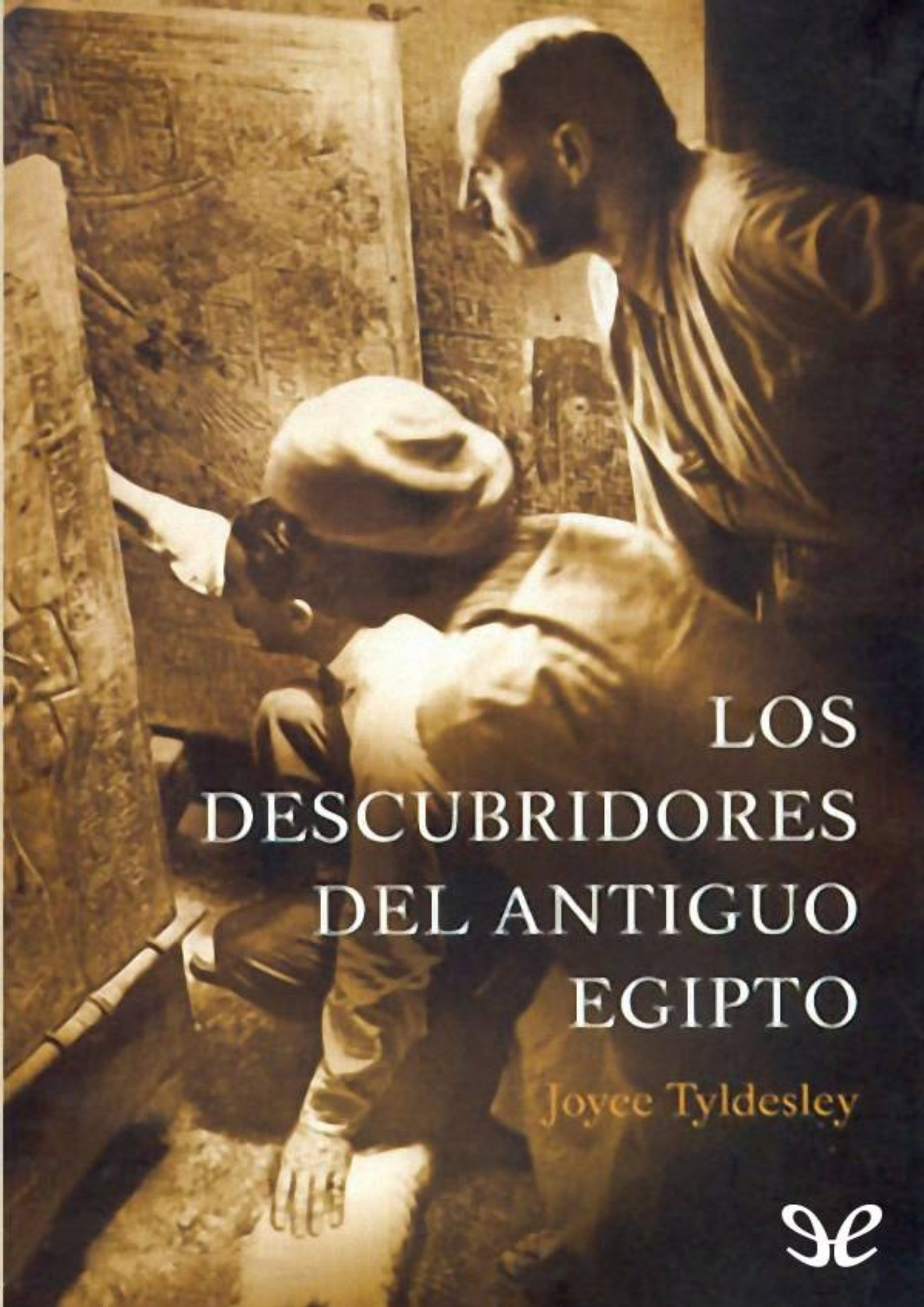


LOS DESCUBRIDORES DEL ANTIGUO EGIPTO

Joyce Tyldesley

«Al principio no conseguí ver nada, pues el aire caliente que escapó de la cámara provocó que la llama de la vela parpadeara, pero luego, al acostumbrarse mis ojos a la luz, detalles de la estancia que había más allá emergieron lentamente de la niebla: animales extraños, estatuas y oro; por todas partes refulgía el oro. Por un instante, que debió de parecerles una eternidad a los demás que esperaban, me quedé mudo de asombro, y cuando lord Carnarvon, incapaz de soportar más el suspense, me preguntó con tono ansioso "¿Ve algo?", no pude sino contestarle con las palabras: "Sí, cosas maravillosas"».

Así recordaba el mítico Howard Carter el momento en que abrió la sepultura de Tutankhamón y ante sus ojos aparecieron las maravillas de una civilización perdida en el tiempo. Este maravilloso libro relata la historia del redescubrimiento de la civilización egipcia y recrea las vidas de los legendarios personajes que lideraron esa gesta y convirtieron a la antigua civilización egipcia en una de las que más fascinación sigue despertando en nuestros días. Por estas páginas desfilan, además de Carter y Lord Carnavon, Napoleón y su expedición de sabios, Vivant Denon, Champolion y la piedra Rosetta, el gigante Giovanni Batista Belzoni, François Auguste Ferdinand Mariette, Gaston Camilla Charles Maspero, *Miss* Amelia Blandford Edwards, Finders Petrie, Arthur Weigal… Una larga serie de variopintos personajes, arqueólogos, aventureros, coleccionistas y científicos obsesionados por el antiguo Egipto y descubridores de sus tesoros.

Joyce Tyldesley

Los descubridores del antiguo Egipto

ePub r1.1

Titivillus 25.04.2019

Título original: *Egypt: How a Lost Civilization was Rediscovered*
Joyce Tyldesley, 2005
Traducción: Patricia Antón de Vez Ayala-Duarte

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

Introducción

Primera parte. Los exploradores

I - Los primeros egiptólogos

II - Una tierra redescubierta

III - Descifrando las piedras

Segunda parte. Los coleccionistas

IV - El gran Belzoni

V - Los buscadores de tesoros

VI - Los piramidólogos

Tercera parte. Los arqueólogos

VII - Protegiendo los monumentos

VIII - Flinders Petrie, «padre de los pucheros»

IX - El Valle de los Reyes

X - Cosas maravillosas

Cuarta parte. Los científicos

XI - Fuera del valle

XII - La egiptología hoy en día

Otras lecturas recomendadas

Sobre la autora

INTRODUCCIÓN

Hace cinco mil años la tierra del papiro y la tierra del loto se unieron para formar un país largo y estrecho gobernado por un único rey semidivino, o faraón. Durante los tres mil años siguientes Egipto haría gala de una cultura tan característica que incluso hoy en día, unos dos mil años después de que el último faraón ocupase el trono de las Dos Tierras, se la reconoce instantánea y universalmente.

Que esa cultura antiquísima ejerce una poderosa fascinación sobre los observadores occidentales es innegable. Por qué es así no está tan claro. ¿Por qué las salas egipcias de nuestros museos están a rebosar de visitantes mientras que las salas vecinas permanecen vacías? ¿Por qué los programas de televisión sobre Egipto atraen audiencias enormes, mientras que los programas sobre otras culturas igualmente antiguas no? ¿Por qué, en una época en que el estudio de las lenguas clásicas disminuye a ritmo alarmante, más y más gente decide estudiar los jeroglíficos? No existe una respuesta sencilla para tales cuestiones, y muchos egiptólogos no son capaces siquiera de explicar el porqué de esa atracción tan intensa que sienten. ¿Han vuelto sus miradas hacia el antiguo Egipto en una suerte de búsqueda personal, a la espera de obtener respuestas específicas sobre la vida, la muerte y la religión? ¿Es la belleza innegable del arte, la arquitectura y la literatura egipcios aquello que los atrae, o quizá las certezas teológicas y las singulares prácticas funerarias? La mayoría, sospecho, se siente atraída por un Egipto que es una tierra a un tiempo agradablemente exótica y sin embargo cómodamente reconocible y segura. Las gentes del antiguo Egipto, o así nos parece con frecuencia, comparten muchos de nuestros intereses y preocupaciones; nos da la sensación de que casi los conocemos.

Nuestra obsesión por todo lo egipcio ha llevado a muchos a la búsqueda de tesoros en las arenas de Egipto. A todos ellos puede clasificárselos en general como «egiptólogos», o especialistas en el estudio del antiguo Egipto, pero sus métodos y motivos varían muchísimo. Algunos son arqueólogos que

viajan a Egipto para excavar bajo el sol ardiente. Otros son lingüistas que trabajan en oscuras bibliotecas y apenas ven la luz del día. Cada vez más, muchos de ellos son científicos que ven el antiguo Egipto a través de la lente de un microscopio. Unos cuantos han trabajado abiertamente y sin reparos por una recompensa económica, sacando tajada de la buena disposición de Occidente a pagar por objetos e información. Otros se han visto inspirados por la curiosidad erudita y la búsqueda de un saber mayor. Más de un puñado de personas, ha de admitirse, se han visto acicateadas por el deseo de la fama personal por medio de la que ahora se percibe como una carrera llena de *glamour*, incluso romántica. ¡Indiana Jones tiene mucha culpa de que sea así!

Unidos, su trabajo se combina para convertirse en la historia del descubrimiento del antiguo Egipto, la historia de este libro. Pero vayan primero unas palabras de advertencia. Todos los exploradores de Egipto, llevados de la necesidad, han trabajado conforme a los conocimientos y limitaciones de su época. El lento pero constante aumento de una conciencia lingüística y científica, así como una creciente sensibilidad hacia otras culturas, han transformado a los rudos cazadores de tesoros de hace dos siglos en los precisos científicos de hoy en día. Debemos tener la extrema cautela de no aplicar juicios de valor modernos a los exploradores del pasado. Los primeros coleccionistas se sirvieron, de forma simple e inmisericorde, de una fuente inesperada de antigüedades en una tierra cuya historia antigua se había desvanecido, al parecer para nunca recuperarse. Se hace difícil no esbozar una mueca de dolor cuando leemos que Giovanni Belzoni pisoteaba despreocupadamente montones de momias, y, desde luego, ningún egiptólogo que se precie actuaría de semejante forma hoy en día. Pero debemos esbozar esa mueca y continuar leyendo. Belzoni era un hombre de su tiempo y no conocía otra forma de actuar; de hecho, fue considerablemente más cuidadoso en su trabajo que muchos de sus contemporáneos. Al menos comprendió la importancia de dejar constancia de lo que veía.

La egiptología es una ciencia relativamente nueva, de apenas dos siglos de edad. Aun así, ha tenido la suerte de contar con una cuota de personajes fascinantes mayor de lo habitual, algunos de los cuales, en virtud del tamaño desmesurado de sus personalidades, sus curiosos hábitos o descubrimientos espectaculares, han llegado a dominar la escena a expensas de sus menos extravagantes colegas. Muchos de estos egiptólogos —Champollion, Belzoni, Edwards, Petrie y Carter entre ellos— han sido objeto de largas biografías, y algunos hasta han escrito sus autobiografías. Me ha sido imposible incluir aquí la labor de todos y cada uno de los egiptólogos; de hacerlo así, este libro,

ya largo, habría aumentado sus páginas hasta convertirse en una enciclopedia. Me he centrado principalmente en la labor de los egiptólogos europeos. Con todo, soy plenamente consciente de haber omitido a artistas que hicieron mucho por preservar los monumentos ahora desaparecidos y a lingüistas que trabajaron muy duro para traducir los textos recién descifrados. No puedo sino disculparme ante aquellos lectores que sientan que se ha despreciado a su héroe particular. Probablemente no sea consuelo que mi favorito, el reverendo James Baikie, un hombre que escribió de forma amena y con gran autoridad sobre todo lo egipcio desde un emplazamiento tan poco exótico como su casa de pastor en Torphichen, Escocia, sin haber visitado nunca Egipto, haya quedado fuera también. Aunque, como fuera uno de los primeros en escribir una historia de la egiptología, le he permitido tener una voz en ésta y en todas las introducciones posteriores. Baikie, que era de los que no se andan con rodeos, pinta muy bien el escenario:

> … la historia temprana de la exploración de Egipto no es la historia de la investigación puramente dicha, emprendida por el amor a la verdad y a la antigüedad, sino que con mucha frecuencia es simplemente la historia de cómo el representante de Francia luchó con el representante de Inglaterra o Italia por la posesión de algún antiguo monumento cuya conquista podía traer consigo la gloria de su nación o beneficiar su propio bolsillo. Hay pocos capítulos más tristes en la historia de la fragilidad humana que aquellos en que los primeros exploradores de Egipto (si puede considerárselos dignos de ese nombre) describen cómo reñían e intrigaban, mentían y engañaban, por unas reliquias mutiladas cuya antigüedad bien podía haberles enseñado lo suficiente sobre la vanidad de los deseos humanos como para hacerles sentir vergüenza de su mezquindad[1].

No podemos apreciar la arqueología de Egipto como es debido sin entender en cierta medida la larga historia de esta disciplina.

BREVE HISTORIA DE EGIPTO

Los lectores que abordan por primera vez la historia de Egipto a menudo se sienten confusos e irritados por el uso de períodos y dinastías en lugar de las fechas de calendario convencionales. ¿Por qué —se preguntan— se fecha la historia de Egipto de forma tan peculiar e incómoda? La respuesta es simple. Se trata sin lugar a dudas del método más exacto disponible. El antiguo Egipto nunca desarrolló un calendario continuo como el que tenemos hoy en día, y los años no se numeraban siguiendo un orden consecutivo desde un año determinado. Los escribas fechaban los acontecimientos haciendo referencia al reinado del rey que hubiese entonces: año 5 del reinado de Ramsés II, año 6, año 7, etcétera. Con cada cambio de monarca, se volvía a empezar a fechar a partir del año 1. Con algunos obvios contratiempos —corregencias o dos o

tres reyes en el mismo año causan problemas evidentes—, el sistema funcionó bien durante tres mil años, y funciona bien hoy en día, aunque los arqueólogos modernos que se encontraron con la tarea de catalogar almacenes enteros llenos de vasijas de vino cuyas etiquetas rezaban simplemente: «Año 7, año 8, año 9», etcétera, tuvieron buenas razones para maldecir a unos escribas perezosos que no se habían dignado añadir el importantísimo nombre del rey.

A fin de seguir el hilo de su prolongada historia, los escribas de Egipto se veían obligados a llevar «listados de reyes»: catálogos cronológicos de los reyes y la duración de sus reinados consignándolos en papiro o tallándolos en los muros de los templos. Por suerte, han sobrevivido suficientes de esos listados de reyes como para permitir a los egiptólogos reconstruir la secuencia de monarcas con cierto grado de exactitud. Sin embargo, hay huecos, errores y omisiones deliberadas que impiden hacer coincidir plenamente los listados de reyes con nuestro propio calendario, proporcionando fechas precisas antes de Cristo para cada reinado. Así pues, en aras a asegurar la máxima exactitud en la datación, los egiptólogos utilizan los períodos de reinado. A efectos prácticos, los reinados se agrupan en dinastías de reyes entre los que hay conexión, aunque no están necesariamente emparentados, y las treinta y una dinastías se subdividen en períodos con características comunes:

Período Arcaico	Dinastías I y II
Reino Antiguo	Disnastías III-VI
Primer Período Intermedio	Dinastías VII-XI (temprana)
Reino Medio	Dinastía XI (tardía)-XIII
Segundo Período Itermedio	Dinastías XIV-XVII
Reino Nuevo	Dinastías XVIII-XX
Tercer Período Intermedio	Dinastías XXI-XXV
Época Baja	Dinastías XXVI-XXXI
Período Romano	

El Período Arcaico es la época en que Egipto se ve obligado a adaptarse a su condición de un único país recién unificado. Los tres Reinos son épocas de gobierno fuerte y centralizado. Los tres Períodos Intermedios fueron tiempos de gobierno débil o fragmentado, y la Época Baja es el período confuso que precede inmediatamente a la conquista de Alejandro Magno.

El Egipto predinástico o prehistórico había visto el valle del Nilo y el Delta dominados por una serie de ciudades-estado independientes y sus pueblos y aldeas satélites. En los inicios del Período Arcaico el rey guerrero

del sur, Narmer, marchó hacia el norte a conquistar tierras que unir a las suyas. Al hacerlo así, se convirtió en el primer rey de la I dinastía. Él y sus sucesores gobernaron Egipto desde el norte, pero Narmer erigió su tumba de adobe en el emplazamiento sureño de Abidos. Al unirse el país, los muchos dioses y diosas locales se unieron también para formar un panteón flexible. Reyes distintos honrarían a deidades distintas en épocas distintas, y la popularidad de dioses y diosas ascendería y descendería, pero el panteón básico duraría hasta más allá de la era dinástica.

Los monarcas del Reino Antiguo gobernaron Egipto desde la capital, Menfis (cerca de El Cairo moderno) en el norte. Rendían culto al dios del sol, Ra, en Heliópolis, y enterraban a sus muertos en las cercanas pirámides-cementerios de Guiza y Saqqara. Era aquélla una época de estricto gobierno feudal en que se reverenciaba a los omnipotentes reyes como a seres semidivinos, el único vínculo entre el pueblo y sus dioses. La responsabilidad más importante del rey era el mantenimiento del maat, el estado de rectitud, justicia u orden que mantenía a raya el caos (isfet). Esa necesidad de preservar el maat, de mantener las cosas en un estado invariable de corrección —«lo que está bien, no hace falta arreglarlo»— persistiría durante toda la era dinástica, reafirmando la autoridad del rey y fomentando un conservadurismo natural que tendría como resultado que los egipcios evitaran la experimentación por la experimentación. El rey demostraba su fidelidad al maat de muchas formas: aplastaba a los enemigos que acechaban en las fronteras de Egipto, mantenía la ley y el orden en su tierra, restauraba los monumentos dañados de sus predecesores y hacía ofrendas a los dioses.

Se tenía ya el convencimiento de que los muertos podían vivir más allá de la muerte en forma de espíritus si el cuerpo sobrevivía en una forma que el espíritu pudiese reconocer. Los egipcios sabían que, por improbable que pareciera, los cuerpos podían preservarse intactos en su tumba porque los cementerios del desierto revelaban en ocasiones cuerpos encogidos pero en perfecto estado. Originalmente enterrados sin féretro, en simples fosas, esos cuerpos se habían desecado de forma rápida y natural por el contacto con la arena ardiente y estéril. Así pues, la teoría era simple. Un cuerpo podía preservarse si se enterraba en contacto directo con el desierto caliente. Pero las clases altas no querían que las enterrasen en humildes tumbas de campesinos. Querían cementerios espléndidos, tumbas de piedra, féretros de madera y espacio de sobra para almacenar los ajuares funerarios que esperaban utilizar en la otra vida; y todas esas cosas, por supuesto, las

distinguían en la arena capaz de preservarlas. Durmiendo cómodamente en sus féretros, rodeadas por sus tesoros terrenales, las clases altas empezaban a descomponerse en sus tumbas revestidas de piedra.

Semejante hecho lanzaría a los artesanos funerarios a una búsqueda de siglos de duración para desarrollar un método artificial de preservar a los muertos. Sus primeros esfuerzos, que incluían envolver los cuerpos con vendas y cubrirlos de yeso, para moldear entonces las facciones, nada hicieron por detener la descomposición de la carne bajo el envoltorio endurecido; no es de sorprender que hayan sobrevivido pocas de esas primeras momias. Pero los artesanos funerarios —inspirándose quizá en las prácticas de conservación de las carnes para su posterior uso en la cocina— acabaron por perfeccionar un sistema de evisceración, secado con sal de natrón y posterior vendado que preservaría el cuerpo con una razonable semblanza de vida.

De forma lenta pero inexorable el enormemente centralizado Reino Antiguo se desmoronó. Su inevitable fin se vio acelerado por una serie de menguas del Nilo que trajo consigo el incremento de la inflación y la escasez de alimentos dentro de Egipto, y la hambruna en sus fronteras. El derrumbe del gobierno central supuso que nadie ejerciera el control global, y el Primer Período Intermedio nos muestra una vez más a Egipto como una tierra de ciudades-estado independientes administradas por gobernadores locales. Semejante estado de cosas sería temporal. Las ciudades-estado formarían gradualmente alianzas que dieron lugar finalmente a dos centros de poder: una dinastía con sede en Tebas (la Luxor moderna) en el sur y una dinastía con sede en Herakleópolis, en el norte. La historia empezaba a repetirse.

Los reyes tebanos marcharon hacia el norte para reimponer la autoridad central, estableciendo una nueva capital en la ciudad actualmente desaparecida de Itj-Tawy, de la que sabemos que estaba cerca de Menfis. El maat se había restituido en Egipto, y el país floreció. Los reyes tebanos trajeron consigo un nuevo estilo de reinado. Lejos quedaban los reyes-dioses duros e inquebrantables del Reino Antiguo. Los faraones del Reino Medio ofrecían un rostro más humano: eran los pastores de su pueblo, y sus estatuas los mostraban como hombres compasivos que asumían valientemente las responsabilidades de su rango. Bajo sus cuidados, Egipto volvió a ser una tierra pacífica y próspera. La literatura y las artes florecieron, hubo un comercio con el extranjero cada vez mayor y, por si alguien confundía el nuevo estilo compasivo con flaqueza, se lanzaron una serie de exitosas

campañas militares en Nubia. Los faraones del Reino Medio continuaron con la tradición de erigir pirámides, pero éstas se construyeron con ladrillo de adobe cubierto de piedra.

El valle del Nilo, aislado por sus desiertos y altos farallones, estaba a salvo de cualquier invasión. El Delta, sin embargo, era llano y fácilmente accesible. Durante todo el Reino Medio había habido un flujo pacífico de gentes del este, o «asiáticos», tentados por la prosperidad de Egipto a abandonar tierras menos fértiles. Al principio los recién llegados fueron bienvenidos, y sus dotes para la artesanía muy apreciadas. Pero a medida que empezaron a formar comunidades semiindependientes, los egipcios empezaron a abrigar recelos. Al mismo tiempo los gobernadores locales iniciaron una rebelión contra el gobierno central. Una serie de crecidas anormales del Nilo señalaron el principio del fin. El Reino Medio se derrumbó, y el Segundo Período Intermedio fue testigo de una dinastía egipcia que gobernó desde Tebas, mientras que los hicsos palestinos gobernaban el norte desde su nueva capital en el este del Delta, Avaris.

Los reyes tebanos no estaban dispuestos a compartir su tierra con extranjeros. Se declaró la guerra, y una vez más un guerrero tebano marchó hacia el norte para volver a unir Egipto. El rey Ahmose expulsó a los hicsos, dándoles caza hacia el este, hasta Canaán. Y con ello estableció el Reino Nuevo. Si los faraones del Reino Antiguo eran semidioses, y los del Reino Medio pastores, los faraones del Reino Nuevo eran soldados inteligentes que sabían demasiado bien que el pueblo apelaría a ellos para que defendieran su reino. Una sucesión de guerreros triunfadores se aseguró de que Egipto, antaño tan aislado, se hiciera con un imperio enorme que iría desde Nubia, en el sur, a Siria, en el este. De pronto Egipto era más próspero de lo que lo había sido nunca. Ésa fue la época de algunos de los reyes mejor conocidos de Egipto: los faraones guerreros Tutmosis I y Tutmosis III, la reina Hatshepsut, el hereje Akhenatón y su bella esposa Nefertiti, el rey-niño Tutankhamón y el longevo Ramsés II.

Amón el Oculto, dios del templo de Kamak, quedó entronizado entonces ante todos como la principal deidad de Egipto, mientras que Tebas, su ciudad, se convertía en la capital religiosa de Egipto. Semejante cambio se vería señalado por una revolución en las tradiciones funerarias. Las pirámides, fuertemente asociadas con el culto al sol de Ra, propio del norte, no eran del todo adecuadas para el entierro de los reyes tebanos. En su lugar, los monarcas del Reino Nuevo serían sepultados en tumbas secretas horadadas en

la roca, en el macizo tebano. El macizo serviría de pirámide natural para aquellos que requiriesen el consuelo de este culto solar. Se esperaba que allí los reyes descansaran para siempre, con sus preciosas momias a salvo de los ladrones que habían vaciado ya las pirámides. Los templos mortuorios o conmemorativos, físicamente separados de las tumbas pero espiritualmente unidos a ellas, ofrecían un refugio más público para los cultos de los reyes muertos. Hoy en día los arqueólogos utilizan un sistema numérico ideado por John Gardner Wilkinson para identificar las tumbas en el valle de los Reyes (KV) y en el cercano valle Occidental (WV): por ejemplo, KV16 es la tumba de Ramsés II, y KV62 la tumba de Tuntankhamón.

El Reino Nuevo tardío fue una época de amplios movimientos de población al este del Mediterráneo, y el fértil Egipto volvió a ser objetivo de los grupos nómadas a los que no se podía rechazar. Para entonces los reyes de Egipto se enfrentaban a múltiples problemas. Descensos del caudal del Nilo, inflación, desobediencia civil, una burocracia corrupta y unos sacerdotes de Amón cada vez más poderosos se combinaban para desestabilizar el país. Primero se perdió el imperio en el este, y luego Nubia. El final del Reino Nuevo vio a Egipto una vez más dividido, con una dinastía local gobernando el norte desde una nueva capital, Tanis, y los altos sacerdotes de Amón gobernando el sur desde Tebas.

Al principio las cortes del norte y del sur cooperaron, pero tal vez fue inevitable que tales buenas relaciones se deterioran. Siguió un período confuso, con varios jefes locales proclamándose reyes de manera simultánea. Kashta, rey de Nubia, se aprovechó plenamente del caos y, en 770 a. C., marchó sobre Tebas. Fue proclamado rey del Alto y el Bajo Egipto, pero sería su sucesor, Piye, quien llegaría al Delta y reunificaría la tierra dividida. Siguió un siglo de estabilidad. En Egipto imperaba la paz, pero al otro lado de sus fronteras la situación se deterioraba rápidamente. En 671 a. C., fuerzas asirias conquistaron el Delta, obligando al rey Tanutamen a huir a Nubia. En 663 a. C. los asirios llegaron a Tebas.

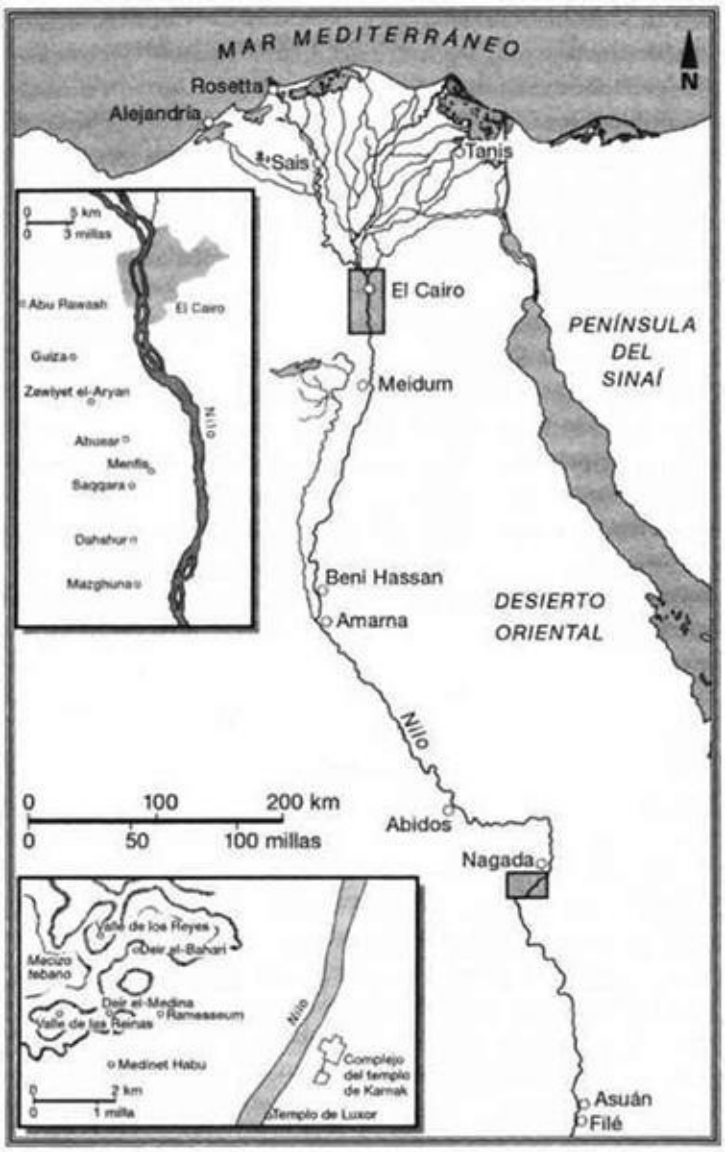
El inicio de la Época Baja fue testigo de la retirada de los asirios, y el país se unificó bajo una dinastía de reyes de cuna egipcia que gobernaban desde la ciudad de Sais, en el Delta. Siguió entonces un siglo de renacimiento cultural en que los saítas se inspirarían en los días gloriosos de los Reinos Antiguo y Medio. Pero la independencia ganada con sudores de Egipto no podía durar. En 525 a. C. el ejército persa conquistó Egipto, para instaurar sus propias

dinastías. Finalmente, en 332 a. C., llegó Alejandro Magno. La era de los faraones egipcios había concluido.

GEOGRAFÍA

Además de comprender la historia de Egipto, conviene también tener en cuenta una geografía que ha tenido un efecto enorme en la preservación de sus restos arqueológicos.

Los antiguos egipcios vivían en una tierra con dos partes muy diferenciadas, unidas por la dependencia compartida del río Nilo. El Bajo Egipto, o septentrional, era la tierra del papiro, del Delta, la región donde el Nilo se dividía en siete ramales antes de verter sus aguas en el mar Mediterráneo. Era una extensión amplísima, llana y húmeda de campos, canales y marismas de papiro, cuya larga línea costera y el puente de tierra del Sinaí permitían la conexión con el mundo mediterrá neo. En ella, entre las verdes praderas, los egipcios erigían ciudades espléndidas, en las que construían enormes palacios de adobe que cubrían con yeso, para luego alicatarlos y pintarlos de forma que lanzaran destellos bajo el sol radiante. Por desgracia, la humedad no favorece la preservación del ladrillo de adobe, material favorito para la edificación en toda la arquitectura urbana de Egipto. El adobe resultaba barato, fácil de obtener, fresco durante el día y cálido en las noches más frías, pero era relativamente frágil. A los egipcios no les importaba que fuera así. No esperaban que sus palacios durasen más que unas cuantas generaciones, y estaban más que satisfechos con reconstruir cuando fuera necesario. Pero el adobe causa graves problemas a los arqueólogos. Hoy en día las antaño magníficas ciudades de adobe del Delta han desaparecido casi por entero bajo los campos cultivados, mientras que los cementerios del Delta se han desintegrado en el terreno. Hasta fecha relativamente reciente pocos arqueólogos se decidían a excavar en el Delta puesto que se creía que los resultados eran insignificantes.



En comparación, el Alto Egipto, las tierras del valle del Nilo, era una región angosta, calurosa e independiente centrada en el río. A lo largo de ambas riberas se extendía la estrecha franja de la Tierra Negra, oscura, rica y fértil. Más allá se extendía la inhóspita Tierra Roja, el desierto, y más allá de ella se alzaban los riscos que proveían de piedra a los constructores de Egipto. Los egipcios edificaban sus casas de adobe en los límites de la Tierra Negra. Los primeros templos urbanos se erigirieron allí también, construidos con ladrillo de adobe, carrizo y zarzo. Pero las modas cambiaban y había piedra fácilmente disponible, y los dioses de Egipto no tardaron en verse acogidos en impresionantes templos de piedra que dominaban las viviendas de adobe. Mientras que la mayor parte de la arquitectura doméstica ha desaparecido hoy en día —erosionada, desmenuzada, aplastada bajo construcciones posteriores o esparcida por los campos como fertilizante—, los templos de piedra permanecen en pie como mudo testimonio de las ciudades perdidas.

Entretanto, la Tierra Roja, el desierto yermo, era un vasto cementerio. Allí, en aquella tierra de fantasmas donde no podían vivir sino los muertos, los egipcios erigieron las pirámides, templos mortuorios y tumbas que albergaban y loaban a los fallecidos. Esa arquitectura, la arquitectura de la muerte, ha sobrevivido más o menos intacta en la arena seca y ardiente. No es de sorprender que los primeros egiptólogos tuvieran como objetivo los emplazamientos fúnebres más importantes en la certeza de que les brindarían generosas ganancias. Y no asombra en lo más mínimo que, a la par que los museos occidentales se llenaban de momias, sarcófagos, vasos canopos y ajuares funerarios, los egipcios se ganaran la reputación inmerecida de ser un pueblo profundamente morboso y obsesionado con la muerte. Hoy en día se está corrigiendo este desequilibrio, pues los arqueólogos rechazan los cementerios y vuelven su atención hacia el Delta y a los pocos emplazamientos domésticos y militares que han sobrevivido.

La construcción de la Gran Presa de Asuán a finales de la década de 1960 trajo consigo una beneficiosa regularidad en los suministros de agua y electricidad egipcios, pero transformó por completo el ritmo natural del ciclo agrícola. Durante miles de años el Nilo había crecido hasta desbordar sus riberas en los últimos meses de verano, extendiendo agua y cieno fértil sobre los campos que flanqueaban el río. Esa temporada de inundación, el período en que los campos eran inaccesibles, dejaba disponible a una vasta población activa para trabajar para el Estado. La retirada de las aguas dejaba los campos húmedos y listos para la siembra, sin necesidad de método artificial alguno de irrigación. Una fértil cosecha podía recolectarse entonces en primavera, antes de que el sol ardiente cociera la tierra y exterminara sus plagas.

Con la construcción de la presa, esa inundación anual se interrumpió en seco. Egipto tiene ahora un alto nivel freático permanente. El efecto en sus monumentos ha sido muy perjudicial. Antiquísimos edificios de adobe —y eso incluye todos los palacios reales de Egipto— son más proclives que nunca a desintegrarse y desaparecer. Las edificaciones en piedra, diseñadas para permanecer húmedas tres meses al año y completamente secas durante nueve, se encuentran ahora plantadas sobre un terreno húmedo los doce meses del año. Más que nunca, es necesario excavar, investigar y conservar los tesoros de Egipto antes de que sea demasiado tarde.

PRIMERA PARTE

LOS EXPLORADORES

LA HISTORIA DE LOS COMIENZOS DE LA INVESTIGACIÓN DE LAS MARAVILLAS DE LA ANTIGÜEDAD EN EGIPTO ES EXCEPCIONAL POR LO MENOS EN UN SENTIDO. EN NINGUNA OTRA TIERRA UN EJÉRCITO CONQUISTADOR MARCHA A LA CABEZA DE LOS PIONEROS DE LA EXPLORACIÓN…

J. Baikie, *A century of excavation in the land of the Pharaohs* (1923)

I

LOS PRIMEROS EGIPTÓLOGOS

En 1400 a. C. las tres pirámides de Guiza, las tumbas de los reyes de la IV dinastía, tenían ya mil años. Abandonadas por sus sacerdotes mucho tiempo atrás, yacían abiertas y despojadas de su contenido; sus preciosas momias habían desaparecido. A sus pies se agazapaba la otrora poderosa esfinge, enterrada ahora hasta el noble cuello en la arena que había arrastrado el viento. Las pirámides estaban pasadas de moda. Se enterraba a los reyes en tumbas secretas horadadas en la roca, en el sur de Egipto, y los cementerios reales septentrionales eran curiosidades, recordatorios tangibles de la desaparición de una era casi mítica.

Era un día caluroso y el príncipe Tutmosis, el hijo menor del rey de la XVIII dinastía Amenofis II, estaba cazando gacelas en el desierto de Guiza. Al mediodía el exhausto Tutmosis vislumbró un refugio del intenso sol. Aprovechando la sombra ofrecida por las antiguas ruinas, saltó de su carro y se tendió en el suelo. Bebió con ansia de su odre de agua y, con la espalda apoyada en la cabeza de piedra caliza de la esfinge, se quedó amodorrado. No tardó en quedarse profundamente dormido y tuvo un sueño muy curioso. El dios Hor-em-akhet (Horus en el horizonte), el espíritu con cabeza de halcón de la esfinge, se presentó ante él. El dios estaba descontento. Le imploró a Tutmosis que restaurara su abandonada estatua. A cambio, se aseguraría de que Tutmosis se convirtiera en rey de Egipto. El ambicioso Tutmosis juró que cumpliría los deseos del dios. Así pues, hizo quitar la arena para revelar el cuerpo largo y leonino de la esfinge, reparó una garra rota y rellenó un agujero del castigado pecho. Repintó entonces la esfinge utilizando los azules, rojos y amarillos más vivos, de manera que el dios resplandeció al sol. El dios quedó encantado con su vistosa estatua y Tutmosis, por supuesto, se convirtió en rey de Egipto. El recién coronado Tutmosis IV mandó grabar su extraordinaria historia en una losa de piedra, la Estela del sueño, y la colocó entre las garras de la esfinge, donde continúa en nuestros días.

Ciento cincuenta años más tarde, Ramsés II estaba en el trono. En ese momento las antiguas pirámides necrópolis de Saqqara y Guiza atraían a los

turistas y un flujo constante de visitantes recorría el camino hacia el desierto para maravillarse ante los monumentos y los grafitos tallados en la piedra:

> Año 47, segundo mes de invierno, día 25 [enero de 1232 a. C.], el escriba del tesoro Hednakht, hijo de Tjenro y Tewosret, fue al oeste de Menfis a darse un agradable paseo y con su hermano Panakht… Dijo: «Oh vosotros los dioses del oeste de Menfis… y muertos ensalzados… concededme una vida completa al servicio de vuestros placeres, un fastuoso entierro tras una feliz vejez, como vosotros mismos»…[2]

Pero los cementerios estaban mal conservados, las tumbas reales en un estado penoso, y en algún momento todo volvió a cubrirse de arena. El príncipe Khaemwaset, cuarto hijo de Ramsés II, era un respetado erudito y anticuario, al que se reverenciaría como mago tras su muerte. En ese momento el príncipe asumió la restauración de los monumentos. Por supuesto, Khaemwaset no se ensució las reales manos pero supervisó muy de cerca que sus trabajadores limpiaran, barrieran y repararan, y tallaran llamativos rótulos —grafitos sancionados oficialmente— en pirámides, tumbas y templos. Cada rótulo lucía el nombre del propietario original del monumento, el nombre de Ramsés II y, cómo no, el nombre del propio Khaemwaset.

Tanto a Tutmosis IV como al príncipe Khaemwaset se les ha dado el título de «primer egiptólogo del mundo». Pero no fueron en ningún caso los primeros egipcios que mostraron un interés en preservar y restaurar el pasado de su país. Ya en 2680 a. C., el rey de la tercera dinastía Djoser había incluido unos cuarenta mil platos, tazas y vasijas antiguas de piedra, algunos con inscripciones de los nombres de los faraones de la I y II dinastías, en las cámaras de almacenamiento de su pirámide escalonada de Saqqara. Parece improbable que esas vasijas de segunda mano representaran la colección de Djoser; ¿procedían algunas de las antiguas tumbas y de los almacenes que debieron destruirse para construir la pirámide de Djoser? Fuera cual fuese su procedencia, es interesante que Djoser se mostrara reacio a destruirlas.

De hecho, Djoser actuó con el mayor decoro al cuidar de las propiedades de sus ancestros. Todos los monarcas egipcios tenían el deber de mantener y renovar los monumentos de los reyes anteriores. Ése era un aspecto importante de sus obligaciones para mantener el maat, o el orden, y desterrar el caos. La restauración de los lugares sagrados (los templos y las tumbas) era un sistema obvio de demostrar que se estaba conteniendo el caos. Así que cuando la reina de la XVIII dinastía Hatshepsut alardeó de que había restaurado

los monumentos de sus ancestros, dañados durante el turbulento Segundo Período Intermedio, tenía sus propios planes. En una inscripción tallada en el Speos Artemidos, un templo en el Egipto Medio dedicado a la diosa con cabeza de león Pajet, mostró que, aunque fuera mujer, era una soberana de lo más cabal:

> He hecho estas cosas siguiendo un plan de mi corazón. No me he dormido ni he sido olvidadiza, sino que he reforzado lo que estaba deteriorado. He levantado lo que estaba desmantelado, ya desde la primera vez en que los asiáticos estuvieron en Avaris del Bajo Egipto, con hordas itinerantes entre sus filas derribando lo que se había construido…[3]

En teoría, la responsabilidad real del mantenimiento del maat debería haber asegurado que la mayoría de los antiguos monumentos egipcios permanecieran en un excelente estado de conservación. Pero no todos los reyes contaban con los recursos económicos necesarios, y los que podían permitírselo tendieron a concentrarse en renovar los monumentos de sus inmediatos predecesores. Era poco corriente ocuparse tanto de un pasado tan lejano como hicieron Tutmosis y Khaemwaset. Renovación, en la mayoría de los casos, significaba «restauración»: demolición completa seguida por una reconstrucción a una escala mucho mayor. En particular, ése fue el caso durante el Reino Nuevo, cuando Karnak, el templo de Amón en Tebas, sufrió una oleada tras otra de restauraciones. Algunas de las partes más hermosas del complejo del templo, incluidos el Quiosco Blanco del rey de la XII dinastía Sesostris Iyla Capilla Roja de Hatshepsut, reina de la XVIII dinastía, fueron desmanteladas en esos días. Por fortuna, los ahorrativos trabajadores reutilizaron los bloques en paredes y puertas, y los arqueólogos modernos han sido capaces de recuperar los bloques y encajarlos de nuevo como si se tratara de un *puzzle* gigante en tres dimensiones. Se han recreado estos dos edificios perdidos y el maat moderno ha vencido al antiguo caos.

A medida que el Reino Nuevo se iba acercando a su fin, Egipto se sumergía en una crisis económica. En Tebas, el administrador municipal se encontró sin fondos para pagar a los empleados de los cementerios reales. Las consecuencias fueron inevitables: los trabajadores empezaron a robar, y el valle de los Reyes se convirtió en un lugar inseguro. Ramsés XI abandonó su tumba a medio construir con precipitación e hizo planes para que lo enterraran en el norte. Las tumbas reales no tardaron en encontrarse en una situación vergonzosa. Alarmados por lo que veían, los sacerdotes de Amón se

embarcaron en una misión de rescate arqueológico. Los reyes de Egipto iban a exhumarse para enterrarlos de nuevo.

Los sacerdotes abrieron las tumbas y trasladaron los lastimosos restos a talleres temporales. Por suerte, le habían perdido el rastro a Tutankhamón y se le permitió descansar en paz. Los sacerdotes repararon las momias utilizando vendas coetáneas, arreglaron los miembros rotos y remendaron y zurcieron lo necesario. Al mismo tiempo despojaron los cuerpos de las joyas y amuletos que les quedaban, una brutal profanación que quizá justificaran con el razonamiento de que protegería a los muertos de futuros robos. Volvieron a envolver las momias y las colocaron de nuevo en sus féretros originales, desnudos ahora de toda lámina de oro. Se etiquetaron las momias y los féretros, y a continuación las momias se almacenaron distribuidas por grupos en cámaras por todo el valle y sus alrededores. De vez en cuando esos grupos se fusionaban entre sí hasta que al final hubo un gran almacén de momias reales en la tumba familiar de Pinudjem II en Deir el-Bahari, y otro almacén más pequeño en la tumba del valle de Amenofis II. Con el valle despojado ahora de sus tesoros, los ladrones perdieron el interés por las tumbas reales y los sacerdotes el interés por la arqueología.

Los reyes de la XXVI dinastía saíta mostraron un afán por explorar y restaurar los antiguos monumentos egipcios que fue mucho más allá de su deber para conservar el maat. Recién declarada la independencia, el Egipto de la Época Baja, exultante al verse liberado del control de Asia y con los reyes kushitas humillados y cautivos en Nubia, podía una vez más sentirse orgulloso de su patrimonio. Una ola de patriotismo barrió el país. Inspirándose en el arte y las esculturas de los Reinos Antiguo y Nuevo, los artistas egipcios se pusieron a trabajar para demostrar una continuidad con su glorioso pasado. Los reyes saítas edificaron sus seguras tumbas dentro del área donde se erigirían sus templos, en el Delta, donde los sacerdotes, siempre alertas, podían vigilarlas. Pero reverenciaban a los constructores de las pirámides y la mayoría de nobles saítas aspiraban a ser enterrados en los cementerios de las antiguas pirámides. En Saqqara se construyó una nueva entrada para permitir el acceso a una red de pasadizos secretos que los saítas horadaron bajo la pirámide escalonada. Y en Guiza, la pirámide de Micerinos, un héroe de los saítas, fue entregada con un féretro de madera que lucía una inscripción dedicada al difunto rey:

> Osiris, el rey del Alto y Bajo Egipto, Micerinos, el que vive por siempre. Nacido del cielo, concebido por Nut, heredero de Geb, su bienamado. Tu madre Nut se

> despliega sobre ti haciendo honor a su nombre de «señora de los cielos». Hizo que fueras un dios e hicieras honor a tu nombre de «Dios». Oh rey del Alto y Bajo Egipto, Micerinos, el que vive por siempre.[4]

Debemos suponer que el féretro saíta contenía una momia de los saítas, una sustituta del cuerpo perdido de Micerinos que ayudaría a su espíritu difunto a volver a la vida. Cuando fue redescubierta en el siglo XIX, el féretro contenía partes del cuerpo: una variopinta colección de restos humanos que incluían un par de piernas, la parte inferior de un torso y algunas costillas y vértebras. Sin embargo, se ha determinado mediante análisis de radiocarbono que pertenecen al período romano, mientras que el féretro, que data sin duda de la dinastía saíta, es seiscientos años más viejo. Parece ser que la momia enterrada concienzudamente por los saítas fue en algún momento reemplazada por un cuerpo romano.

Los reyes persas derrotaron a los saítas. El emperador Cambises era ahora faraón de Egipto y, tal como hacen constar los historiadores griegos, que no son famosos precisamente por su imparcialidad, no estaba ni remotamente interesado en respetar o restaurar las antiguas tradiciones. En respuesta a un intento de levantamiento, Cambises arrasó el templo de Ra en Heliópolis, de dos mil años de antigüedad. Ordenó incluso que se sacrificara el sagrado buey símbolo de Apis en Menfis. Sin embargo, sentía cierta curiosidad por las prácticas de enterramiento locales y se dice que abrió las antiguas tumbas para examinar su contenido.

Durante siglos, Egipto había mantenido estrechos lazos políticos y económicos con Grecia. Los dos países formaban parte de una red comercial en el Mediterráneo que vio navegar barcos hacia el este desde Menfis a través del Delta, a lo largo de la costa de Levante y hacia el oeste pasando por Turquía y Grecia, antes de cruzar hacia la costa africana y regresar hacia el este a Menfis. Ignoramos cuándo se estableció por primera vez este circuito, pero ya funcionaba con eficacia durante el Reino Nuevo y seguramente ya existía desde mucho antes. Las mercancías egipcias (no las antigüedades sino productos de consumo diario como lino y grano) viajaban con regularidad a Grecia mientras que los manjares griegos, entre ellos el vino y el aceite, viajaban en dirección opuesta. La gente también viajaba. En los tiempos de los saítas había un número significativo de mercenarios griegos en el ejército egipcio, y en el año 610 a. C. un asentamiento griego se había establecido en Naukratis, en el Delta occidental, cerca de Sais. Como era inevitable, Egipto empezó a atraer a turistas griegos que, como era tradición, empezaron a tallar

sus grafitos en templos y tumbas. Homero, mientras escribía su Odisea durante el siglo van a. C., nos cuenta que el rey Menelao estaba entre estos visitantes, pues de camino a casa, de vuelta de la guerra de Troya, se entretuvo en Egipto.

El historiador Herodoto de Halicarnaso (c. 484-420 a. C.) viajó a Egipto poco después del fin del período saíta, y recorrió el Delta y tal vez llegara tan al sur como a Asuán, aunque por sus escritos parece que jamás visitó Tebas. Los detalles de estas aventuras están incluidos en los nueve volúmenes de sus Historias, de las cuales el segundo libro, Euterpe, está dedicado por completo a su experiencia personal en la tierra de los faraones. Su relato es una atractiva mezcla de historia, geografía, economía y antropología ligadas por crónicas de sus visitas a algunos de los lugares de Egipto más antiguos y sazonadas con sus prejuicios personales. El relato resulta tan ameno ahora como lo fue hace dos mil años, un logro impresionante para cualquier autor.

Herodoto, acostumbrado a la cultura patriarcal griega en la que los hombres participaban en la vida pública mientras que las mujeres permanecían con recato en casa tejiendo lana, se sintió intrigado y algo impresionado por lo muy distintas que eran las gentes que encontró:

> No sólo el clima es diferente al del resto del mundo, y los ríos distintos de cualquier otro río, también lo es la gente en la mayor parte de sus usos y costumbres, pues exactamente contrarios a las prácticas comunes del género humano. Por ejemplo, las mujeres acuden al mercado y comercian en tanto que los hombres se sientan en casa ante el telar; y aquí, mientras el resto del mundo pasa la trama una vez dispuesta la urdimbre, los egipcios lo hacen al revés. Las mujeres acarrean cargas sobre los hombros mientras que los hombres lo hacen sobre las cabezas. Las mujeres orinan de pie, los hombres sentados. Para reposar se van al interior de las casas, sin embargo comen los alimentos en las calles… Una mujer no puede servir a un sacerdote, ni al de un dios ni al de una diosa, pero los hombres pueden ser sacerdotes para ambos. Los hijos no tienen que hacerse cargo de los padres a menos que decidan hacerlo, pero las hijas deben hacerlo tanto si lo desean como si no… Amasan el pan con los pies, pero mezclan barro e incluso cogen las inmundicias con las manos. Son las únicas personas en el mundo —ellos y los que han aprendido tal práctica de ellos— que utilizan la circuncisión. Los hombres llevan dos prendas de vestir por cabeza; sus mujeres, en cambio, una.[5]

Como todo buen turista, Herodoto se acercó a visitar las pirámides de Guiza, a las que identificó correctamente como las tumbas de los reyes egipcios más antiguos. Escuchó allí a los guías turísticos y recordó sus historias:

> Keops [Khufu] llegó al trono y se dedicó a hacer toda clase de maldades. Cerró los templos y prohibió a los egipcios los sacrificios, forzándolos en su lugar a trabajar,

> todos y cada uno de ellos, a su servicio. A algunos se los obligó a arrastrar bloques de piedra desde las canteras de las colinas arábicas hasta el Nilo; otros recibieron los bloques después de que éstos se hubiesen transportado en barco por el río… Cien mil hombres trabajaban constantemente, y cada tres meses eran reemplazados por un grupo fresco. El pueblo sufrió diez años de opresión sólo para construir el paso elevado para transportar las piedras…
>
> La maldad de Keops alcanzó tal extremo que, cuando hubo gastado todo su tesoro y quiso más, envió a su hija a los burdeles con órdenes de procurarle una suma determinada (cuánto no lo sé decir, ya que nunca me lo dijeron). Ella se la consiguió y, al mismo tiempo, decidida a levantar un monumento a su propia memoria, ordenó que cada hombre le regalara una piedra. Con estas piedras construyó una pirámide…[6]

Para algunos, Herodoto será siempre el venerable «padre de la historia», expresión cariñosa utilizada por primera vez por el estadista Cicerón. Sus obras serán siempre respetadas, ya que conservan una gran riqueza de pequeños detalles y tradición oral que de otro modo se habrían perdido. Por citar tan sólo un ejemplo, la descripción de Herodoto de la momificación, en la que refiere con adecuado detalle morboso el proceso que lleva de la muerte al vendaje, se ha demostrado particularmente valiosa y, tal como ha confirmado un reciente análisis científico, casi correcta del todo:

> El método de embalsamamiento, acorde con el proceso más perfecto, es como sigue: primero cogen un trozo de hierro doblado y lo utilizan para sacar el cerebro por los orificios nasales. Un enjuague con fármacos elimina todo resto del interior del cráneo. A continuación cortan a lo largo del costado con una afilada hoja etrusca y extraen todo el contenido del abdomen, que acto seguido pueden limpiar… Después, rellenan la cavidad con la mirra más pura machacada, con canela y toda suerte de especias diferentes, con la excepción de incienso, y cosen la abertura. Seguidamente se coloca el cuerpo en natrón y se cubre por completo durante setenta días. Cuando ha pasado ese tiempo, y no debe excederse, se limpia el cuerpo y se envuelve de los pies a la cabeza con las finas vendas de lino recubiertas de resina… para acabar devuelven el cuerpo a sus parientes, quienes lo colocan en un ataúd de madera con silueta humana antes de encerrarlo en una tumba, de pie y apoyado contra la pared.[7]

Otros, menos caritativos, lo han tildado de «padre de las mentiras», poniendo en duda la mayoría de sus historias, sugiriendo incluso que podría haber sido un escritor de viajes de salón, que fantaseaba sobre el exótico Egipto sin haber abandonado nunca su hogar. Parecen acusaciones demasiado graves. Mientras Diodoro anuncia altanero que «debemos omitir de nuestra historia los cuentos inventados por Herodoto y ciertos escritores acerca de Egipto que deliberadamente prefieren las fábulas a los hechos», el propio Herodoto se muestra crítico con los historiadores perezosos que confían en fuentes dudosas: «Los griegos cuentan muchas historias sin la debida

investigación». Por supuesto, él cuenta algunas historias poco probables y en algunos casos está claro que más bien se equivoca. Tras un análisis detallado casi todas sus historias se desmoronan levemente. No existe prueba alguna que apoye su afirmación de que Keops fuera un rey cruel. La Gran Pirámide no fue construida por cien mil hombres trabajando duramente en condiciones de abyecta opresión, sino que fue erigida por equipos de veinte mil trabajadores libres y bien alimentados a los que sus capataces trataban con respeto.

Y lo mismo ocurre con otras afirmaciones. Pero Herodoto no era omnisciente; era un extranjero que escribía acerca de una tierra muy extraña. Los errores honestos son sin duda perdonables. Herodoto no tenía libros de referencia para consultar. Obtenía la información de los sacerdotes y de los escribas que encontraba en sus viajes, y a menudo esos supuestos «expertos» estaban equivocados. En algunos casos parece que sus fuentes podrían haber sucumbido a la tentación, bien conocida por los guías turísticos modernos, de engañar al crédulo extranjero.

Los lectores contemporáneos no tuvieron ningún problema en aceptar las historias de Herodoto y muchos las utilizaron como fuente para sus propias obras. Destacan entre éstos el historiador Diodoro Sículo (siglo I a. C.) y el geógrafo Estrabón (c. 63 a. C. −21 d. C.). Diodoro incluye una detallada descripción de Egipto en su Bibliotheca Histórica, una ambiciosa historia del mundo que cubre todos los acontecimientos conocidos hasta la conquista de la Galia por César. A pesar de que se inspira en exceso en Herodoto, Diodoro tiene algunos fragmentos originales e incluye hechos que Herodoto omite. Su descripción del proceso de momificación, por ejemplo, presenta sutiles diferencias respecto a la ofrecida por Herodoto.

> … Uno de ellos mete la mano en el pecho por la herida del cuerpo y lo saca todo, excepto los riñones y el corazón. Otro hombre limpia las entrañas, lavándolas con vino de palma mezclado con incienso. Para acabar, tras haber limpiado todo el cuerpo, primero lo tratan diligentemente con aceite de cedro y otros productos durante treinta días, y entonces con mirra, canela y otras especias… Tras haberlo tratado, se lo devuelven a sus parientes con todos los miembros preservados tan perfectamente que incluso conservan las pestañas y las cejas; todo el aspecto del cuerpo se conserva tal como era y sus facciones son perfectamente reconocibles.[8]

Diodoro nos revela el coste de este elaborado ritual, un talento de plata, y añade que la mayoría de los empresarios funerarios, no sin razón, exigen el pago por adelantado.

Estrabón vivió durante un tiempo en Alejandría y por lo tanto conocía bien Egipto y a sus gentes. Viajó a lo largo del valle del Nilo con su amigo Elio Galo, el procónsul de Egipto, y juntos visitaron todas las ciudades principales. Su obra, en varios volúmenes, Geografía trata ampliamente la región del Delta y las descripciones de las más conocidas atracciones turísticas de Tebas, entre ellas el Coloso de Memnón y las tumbas de los reyes del Nuevo Reino de la orilla occidental:

> Sobre el Memnonium [el Ramesseum], en cuevas, están las tumbas de los reyes, que están labradas en piedra y son unas cuarenta, maravillosamente construidas y un espectáculo que vale la pena contemplar.[9]

La llegada de Alejandro Magno trajo consigo una nueva capital en Alejandría y, tras la prematura muerte del macedonio, de una nueva familia real en el trono. Ahora Egipto estaba gobernado por los griegos ptolomeos. Los griegos estaban muy interesados en los logros intelectuales de los egipcios. Alejandría, hogar de un espléndido museo y de la mayor biblioteca del mundo que, albergaba aproximadamente un millón de ejemplares, atraía estudiosos de renombre internacional, ansiosos por aprender de los maestros egipcios. La filosofía, la religión, la arquitectura y las matemáticas egipcias no tardaron en ser exportadas a un mundo mediterráneo más amplio. Mientras tanto, los griegos que vivían en Egipto en número cada vez mayor sufrieron un proceso de egiptinización considerable. Aceptaron las tradiciones egipcias, incluidas la momificación y la costumbre para la familia gobernante de casarse entre hermanos, y construyeron templos para los antiguos dioses, entre ellos el templo de Isis en Filé, en un estilo egipcio algo distorsionado pero aún reconocible.

Cuando Julio César visitó a la última reina de Egipto, Cleopatra VII, ambos se tomaron un respiro de sus apretadas agendas para disfrutar de un crucero de placer bajando por el Nilo, acompañados, de forma no muy romántica, por una flota de barcos cargados de tropas. Pasaban los días maravillándose ante las antigüedades; y las noches en la barcaza oficial de Cleopatra. Los romanos, interesados principalmente en el trigo egipcio, optaron por una actitud enérgica y materialista respecto a los tesoros egipcios. Adoptaron los reyes egipcios —Isis tendría un gran éxito en el mundo romano — y se llevaron sus monumentos más fáciles de transportar. Tras haberse anexionado Egipto en el año 30, se pudieron llevar todo lo que quisieron. Así pues, mientras que en Egipto el sistema de vida tradicional se ahogaba bajo un grueso manto de cultura romana, en Roma y sus provincias las esfinges y

los obeliscos egipcios se erguían (o en el caso de las esfinges, yacían) algo tímidamente junto a las estatuas de los nobles romanos que adornaban las plazas públicas. En el Campo de Marte de Roma, un obelisco egipcio se utilizaba de gnomon (varilla) para un gigantesco reloj de sol. El historiador Plinio el Viejo (23-79) quedó muy impresionado por esta novedosa forma de medir el tiempo:

> Augusto utilizó el obelisco en el Campus Martius de manera prodigiosa: atrapando la sombra de forma que midiera la longitud de los días y las noches. Una zona se pavimentó en relación a la altura del monolito, de modo que la sombra a mediodía del día más corto alcanzara el borde del pavimento. Cuando la sombra se encogía o crecía, se medía con varillas de bronce distribuidas en el pavimento.[10]

Los romanos eran ingenieros expertos, pero quitar, transportar y volver a erigir como mínimo trece obeliscos, además de varias estatuas de gran tamaño, representó un objetivo sin precedentes. Los obeliscos son pilares largos y delgados tallados en el duro granito. Dedicados por el rey al dios del sol Ra, se levantaban por parejas ante las puertas de los templos egipcios, donde las puntas, cubiertas de láminas de oro, centelleaban a la luz del sol. Algunos de los mayores obeliscos medían más de treinta metros y pesaban más de cuatrocientas cincuenta toneladas; sólo podían transportarse en enormes barcazas y era una constante preocupación que se rompieran al subirlos o bajarlos del barco. Plinio dedicó un capítulo completo a los obeliscos y su transporte en el libro 36, Piedra, de su enciclopedia de treinta y siete volúmenes Historia Natural:

> Se cavó un canal desde el río Nilo hasta el lugar donde yacía el obelisco y dos amplios navíos, cargados de bloques de un metro cuadrado de piedra similar —la capacidad de carga de cada barco era el doble de grande y por lo tanto el doble de pesada que el obelisco— se colocaron a sus pies. Los extremos del obelisco se apoyaban en ambas orillas del canal. Se quitaban los bloques de piedra y los navíos, al disminuir poco a poco su peso, recibían la carga.[11]

Los objetos egipcios viajaron por todo el mundo romano, dejando rastros que sin duda confundirían a los arqueólogos del futuro. Mientras tanto, los artesanos locales copiaban y adaptaban las antigüedades egipcias importadas, de manera que los objetos romanos de estilo egipcio se hicieron corrientes. Pirámides a escala reducida realzaban ahora los cementerios de Roma, y falsificaciones de jeroglíficos sin sentido se limitaban a decorar objetos romanos. Al menos a un obelisco auténtico se le añadió un falso texto egipcio para incrementar su atractivo. Cuando Antinoo, el apreciado favorito del egiptófilo emperador Adriano, se ahogó en el Nilo en el año 129, su apenado

señor lo deificó a imagen y semejanza de Osiris; su estatua, recuperada en la Villa Adriana, en Tívoli, lo presenta en la típica pose de un faraón, incluso con el nemes (el tocado) y la falda. Sólo le falta la barba; es de suponer que les pareció que estropearía la impecable y completamente clásica cara de Antinoo.

Pero volvamos a Egipto, donde se había producido un desastre cultural. En el año 47, mientras Julio César intentaba tomar Alejandría, la gran biblioteca se quemó hasta los cimientos. Con ella se perdieron la mayoría de los libros que detallaban el glorioso pasado de Egipto, entre ellos la irremplazable Historia de Egipto, un completo listado de todos los reyes de Egipto minuciosamente compilado por Maneto para Ptolomeo I. Por suerte, algunos fragmentos de la gran obra de Maneto se han conservado en los libros de otros autores.

Lo peor estaba por llegar. El cristianismo había llegado ya a Egipto, donde sin prisa pero sin pausa conseguía conversos de la antigua religión. En 391 el emperador romano Teodosio apresuró los acontecimientos al prohibir todo culto pagano y cerró todos los templos paganos de su imperio. Esta conversión forzosa puso un abrupto final a tres mil años de continuidad religiosa en Egipto. Con ella llegó el inevitable fin del arte de la momificación. Los griegos y los egipcios de Egipto habían aceptado de buen grado los ritos funerarios locales, adaptándolos para que encajaran con sus propias creencias. Pero los cristianos egipcios, los coptos, practicaban un culto más estricto y ascético. Creían que abandonarían sus cuerpos terrenales al morir y no tenían ningún interés en pagar para conservar un armazón corporal vacío, siendo partidarios en su lugar de un entierro sencillo, sin embalsamar y sin enterrar sus bienes. La momificación estaba, en cualquier caso, demasiado contaminada por el culto a Osiris para que les resultara aceptable a los cristianos.

Los templos cayeron entonces en el descuido, se abandonaron las valiosas bibliotecas, se fundieron los ídolos de metal y se fragmentaron las estatuas de piedra. Los fondamentalistas atacaron el Serapeum, las catacumbas subterráneas diseñadas por el príncipe Khaemwaset para albergar los entierros de los bueyes sagrados de Apis, y quemaron su valiosísima biblioteca. Entretanto, turistas curiosos continuaban visitando los cementerios dinásticos, dejando a su paso los inevitables grafitos. El solitario valle de los Reyes se convirtió en hogar de una comunidad de cristianos eremitas que tuvieron que hacer frente a unas severas condiciones para construir iglesias y casas en las

tumbas en desuso. Se pintaron entonces consignas cristianas en las paredes para coexistir, de manera bien poco afortunada, junto a las imágenes de los dioses del antiguo Egipto:

> Te suplico, Jesucristo, mi señor, que no permitas que me rinda ante el deseo; no permitas que mis pensamientos me dominen; no permitas que muera en pecado; acepta en cambio a tu sirviente para hacer el bien.[12]

Con los templos cerrados y sus sacerdotes dispersados, la escritura jeroglífica empezó a ser superflua. Los jeroglíficos siempre habían estado reservados para los anuncios oficiales —religiosos, funerarios, históricos y textos reales—, normalmente grabados en piedra. Los complicados caracteres jeroglíficos eran bonitos, pero se necesitaba mucho tiempo para reproducirlos y nunca se los había considerado adecuados para el trabajo rutinario de oficina. Los atareados escribas egipcios, que trabajaban más con papiro y pincel que tallando la piedra, preferían la más rápida escritura cursiva hierática, una forma abreviada de los jeroglíficos. A finales de la era dinástica, ésta evolucionó hacia la escritura demótica, igual de ágil. La escritura demótica, utilizada desde 700 a. C. hasta 500 de nuestra era, fue a su debido tiempo reemplazada por el nuevo estilo de escritura copta. Los coptos conservaron el antiguo lenguaje egipcio, pero escribían utilizando una combinación de letras griegas y signos demóticos. Pero, según iban muriendo los ancianos sacerdotes, no quedaba nadie que supiera leer los extensos textos que se conservaban en los templos egipcios ni, por supuesto, en los obeliscos que todavía embellecían las plazas de Roma. La vasta historia de Egipto sencillamente desapareció y las curiosas inscripciones empezaron a tener el estatus de runas mágicas y místicas.

Durante doscientos cincuenta años, mientras el Imperio romano daba paso al bizantino, Egipto siguió siendo un país cristiano. Entonces, en 640, llegó la conquista árabe. Alejandría cayó bajo las fuerzas del general Amr Ibn-al-As y casi instantáneamente Egipto se vio apartado del mundo occidental. En todo Egipto la iglesia cristiana se redujo con rapidez a medida que las masas se convertían al islamismo, y de forma creciente se aplicaron castigos a los disidentes. El copto se convirtió esencialmente en una lengua muerta confinada a las pocas iglesias que quedaban y el árabe pasó a ser el idioma oficial hablado y escrito de Egipto. Cuando en 1517 el imperio turco-otomano tomó el control, Egipto se gobernó desde Constantinopla, pero poca cosa más cambió. Doscientos cincuenta años más tarde, los turcos continuaban ejerciendo el poder nominal, pero el poder real estaba en manos de los

mamelucos, descendientes de esclavos traídos de Asia Central y el Cáucaso, que habían evolucionado para convertirse en una casta militar gobernante.

Sería un grave error imaginar el Egipto árabe como un páramo cultural sumido en la ignorancia. El Cairo, por lo menos, floreció bajo el gobierno árabe, convirtiéndose en el sofisticado centro de la cultura musulmana. Pero, a todos los efectos, Egipto permaneció a partir de entonces oculto a ojos occidentales y los cristianos no eran bienvenidos.

II

UNA TIERRA REDESCUBIERTA

Egipto se había convertido en una tierra ignota; sus glorias se vislumbraban tan sólo a través de la Biblia y las obras de los autores clásicos. Los comerciantes árabes no tenían problemas para moverse por el país, pero se mostraban indiferentes ante las curiosas reliquias de unos habitantes desaparecidos hacía mucho. Los pocos comerciantes europeos que consiguieron llegar a El Cairo se maravillaron ante las pirámides, pero se les advirtió de que era difícil y peligroso viajar más hacia el sur. El fraile alemán Felix Fabri fue uno de los pocos que documentó sus aventuras en el norte de Egipto. Su Evagatorium in Terrae Sanctae (publicado en inglés como The wanderings of Felix Fabri, [Las andanzas de Felix Fabri]) habla de su visita a Egipto en 1482, cuando viajó por el Sinaí hasta llegar al monasterio de Santa Catalina (el presunto lugar donde ardió la zarza de Moisés) y visitó la cripta de El Cairo donde se sabe que se escondió del rey Herodes la Sagrada Familia.

Los propios egipcios no tenían interés por la arqueología en sí misma, pero, al igual que romanos, griegos, persas y los antiguos egipcios antes que ellos, reconocían que sus antiguos templos y tumbas constituían unas excelentes canteras. Nadie con un poco de sentido común se pondría a cortar, dar forma y transportar un bloque de piedra cuando los desiertos estaban repletos de tumbas que se desintegraban poco a poco y cuyas paredes de piedra imploraban ser reutilizadas. El reciclaje era una práctica habitual, y una piedra tallada de forma conveniente podía tener una larga y provechosa vida como parte integrante de varios edificios antes de que finalmente encontrara el reposo en un museo.

Ni siquiera Tutmosis IV, el «primer egiptólogo» y restaurador de la Esfinge cubierta por la arena, vio nada malo en tallar su Estela del sueño en el dintel de una puerta arrancado del vacío templo mortuorio del rey Kefrén. De todas formas, a Tutmosis no le habrían hecho ninguna gracia los maliciosos actos del jeque sufí Mohammed Sa’im el-Dahr —el del ayuno perpetuo—, que en 1378 llevó a cabo la agresión en la cara y las orejas de la Esfinge. Una vez más Hor-em-akhet pasó a la acción para proteger su estatua, esta vez

cubriendo una aldea vecina de arena. Los aldeanos a los que cubrió la arena, muy irritados por lo ocurrido, tomaron represalias y lincharon al entrometido jeque. Más tarde, se culparía de su acto de vandalismo a los soldados franceses que servían bajo las órdenes de Napoleón.

Originariamente, las tres pirámides de Guiza estaban cubiertas de un fino revestimiento de piedra caliza que provocaba que relucieran como espejos bajo la clara luz el desierto. Parte de ese revestimiento se había quitado ya, para molerlo y hacer argamasa romana. Lo que quedaba se arrancó y se reutilizó en la construcción de El Cairo medieval. Hoy en día sólo la pirámide de Kefrén conserva, en su punto más alto, rastros del revestimiento original. La piedra caliza de Tura que una vez fuera de un blanco deslumbrante se ha amarilleado a causa de los siglos de contaminación de El Cairo. Semejante historia de destrucción se repitió a lo largo del Nilo, ya que en todas partes los constructores se ayudaban de los antiguos restos. Mientras tanto, los buscadores de tesoros, convencidos de que los monumentos albergaban incalculables riquezas, realizaban sus propias excavaciones. La obra de explicito título *Book of buried pearls and of the precious mystery: giving the hiding places of finds and treasures* (Libro de las perlas enterradas y del valioso misterio: la revelación de los lugares ocultos de hallazgos y tesoros) ofrecía una guía inapreciable para encontrar antigüedades, no sólo porque prometía una exacta localización de tesoros fabulosos, sino porque además contenía poderosos encantamientos que garantizaban la victoria sobre los espíritus guardianes de pirámides y tumbas. Nadie se paró a pensar por qué los autores de la guía habían preferido publicar tan valiosa información en lugar de excavar en busca de los tesoros ellos mismos, y muchos se vieron estimulados a cavar. Aunque la guía era un flagrante fraude, parece poco probable que todos los buscadores de tesoros regresaran con las manos vacías.

El físico Abd el-Latif de Bagdad, que visitó El Cairo a finales del siglo XII, guardó un minucioso registro de sus viajes. Y nos ha legado una repugnante historia de una excavación que ciertamente no salió como se esperaba.

> Una persona de confianza me dijo que, tras unirse en una ocasión a una expedición a la búsqueda de tesoros, su grupo encontró cerca de la pirámide una vasija muy bien sellada; la abrieron, y al encontrar miel en su interior, se la comieron. Uno de ellos observó que se le había quedado pegado un pelo en el dedo: tiró de él hacia sí y apareció un niño pequeño; todos sus miembros parecían haber conservado su frescura original…[13]

El más conocido de los primeros excavadores de Egipto, y uno de los pocos que ha dejado alguna constancia de sus obras, es el califa del siglo VIII el-Mamun, hijo del califa Harun el-Rashid. Se sabe que el emprendedor califa empapó la cara norte de la Gran Pirámide con vinagre caliente en un vano esfuerzo por romper los bloques y acceder a sus tesoros, pues él, como todos los demás, estaba convencido de que la pirámide rebosaba de oro y joyas. Al final recurrió a la fuerza bruta y utilizó un maltrecho ariete para lograr entrar; su boquete es la entrada que los turistas utilizan hoy en día. Consiguió abrir un túnel hacia arriba, excavando entre los bloques de piedra que bloqueaban los pasadizos interiores, hasta que se encontró en una estancia (conocida ahora como la Cámara de la Reina) repleta de murciélagos monstruosamente grandes y extemporáneas momias de la Época Baja. Desplazándose más hacia arriba, acabó por descubrir la cámara fúnebre (la Cámara del Rey), donde, se rumorea, halló la momia incrustada en oro del rey Keops yaciendo en su féretro, con una espada en la mano y un rubí del tamaño de un huevo en la frente. Sin embargo, dado que se sabe que la pirámide se abrió y se vació durante el Reino Medio y que los rubíes eran desconocidos durante el Reino Antiguo, parece improbable que aquél fuera el Keops original. Si es cierto que el califa encontró algo —falsos rumores de hallazgos espectaculares de oro se asocian a todas y cada una de las excavaciones en Egipto— debió de tratarse de un sustituto de Keops, cuidadosamente enterrado por los reyes saítas.

En Europa, el Renacimiento, o nuevo despertar de la cultura, de los siglos XV y XVI se alejó de la introspección de la Edad Media y estimuló una gran curiosidad por un mundo más extenso. Oriente Próximo, Egipto incluido, al fin había logrado una estabilidad que resultó atractiva para los mercaderes. Fue una era de intrépidos exploradores, de apertura de rutas comerciales y en la que se leía mucho y sobre temas muy variados. Poco a poco la Biblia se hacía accesible para todos, y la Biblia mencionaba Egipto muchas veces. Se despertó un nuevo interés por las civilizaciones de Grecia y Roma, y la recién nacida ciencia de la arqueología se desarrolló de la mano de los relatos de los autores clásicos, Homero y Herodoto entre ellos, tentaban a los estudiosos con insinuaciones de la existencia de ciudades desvanecidas y una sabiduría perdida hacía tiempo.

Esta renovada conciencia del mundo clásico trajo consigo un deseo entusiasta por descifrar los jeroglíficos que adornaban tantos monumentos. Muchos creían, como creyó la Roma imperial, que los antiguos egipcios

habían estado en poder de un verdadero conocimiento esotérico. Quizá incluso conocían la verdadera historia de los orígenes del mundo y de sus gentes. Se creía que el lenguaje copto, que todavía utilizaban los cristianos egipcios, podía albergar la clave de esa sabiduría que sería de gran beneficio para el género humano. Por desgracia, los aspirantes a traductores estaban confusos a causa de los falsos jeroglíficos y las copias plagadas de errores de los textos verdaderos que adornaban las piezas egipcias falsas, y sus esfuerzos estaban condenados al fracaso.

Un serio problema conceptual estaba obstaculizando el desarrollo de la arqueología. Todo el mundo en la Europa cristiana aceptaba que la Biblia relataba la verdad literal, que era la palabra de Dios revelada al hombre, y nadie se atrevía a pensar lo contrario. Por lo tanto, la historia antigua —al igual que la prehistoria, la geología, la biología y todas las ciencias— debía adaptarse para encajar con las historias de la Biblia. El primer libro de la Biblia relata en un lenguaje bello y muy claro los detalles de la creación del mundo:

> En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas. Y dijo Dios: Sea la luz; y fue la luz.
>
> Y vio Dios que la luz era buena; y separó Dios la luz de las tinieblas.
>
> Y llamó Dios a la luz Día, y a las tinieblas llamó Noche. Y fue la tarde y la mañana un día… Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces del mar, en las aves de los cielos, en las bestias, en toda la tierra, y en todo animal que se arrastra sobre la tierra.
>
> Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó.
>
> Y fueron la tarde y la mañana el día sexto.[14]

En 1650 James Ussher, arzobispo de Armagh, calculó una fecha para tan trascendental acontecimiento: el mundo se había creado a mediodía del 23 de octubre de 4004 a. C. ¿Cómo llegó a esa fecha tan concreta? Como sabía que «un día es para el Señor como mil años» y el mundo se había creado en seis días, dedujo que el mundo iba a durar tan sólo seis mil años. Repartió esos seis mil años en cuatro mil antes del nacimiento de Cristo y dos mil después de él. Entonces realizó un pequeño ajuste. Sabía que Herodes había muerto en el año 4 a. C.; eso significaba que Cristo debía de haber nacido en el año 4 a. C. La fecha de 4004 quedó pues establecida. En cuanto al mes, eligió el mediodía del primer domingo tras el equinoccio de otoño (el momento en que

el día y la noche duran lo mismo) porque sabía que al principio Dios creó la luz.

La fecha oficial del principio de la vida se imprimió sin ningún empacho en la Biblia para que todos la supieran. Nada podría haber existido antes de esa fecha. Así que aunque los griegos y los romanos habían sabido que el mundo era mucho más viejo, toda la historia y la prehistoria tenían ahora que encajar en un período de tiempo muy corto. Los arqueólogos británicos se vieron forzados a aceptar que las hachas de mano de sílex encontradas junto a los mamuts fosilizados debían ser curiosas reliquias de la invasión romana (¿quizá los romanos habían llevado elefantes consigo?), mientras que los egiptólogos debían desestimar a los primeros reyes de Egipto conservados en la obra de Manetón, por tratarse de personajes de ficción. Está claro que aquello no podía funcionar, y la dificultad para aceptarlo creció paulatinamente según salían a la luz más y más descubrimientos arqueológicos. Durante muchos años los arqueólogos, los egiptólogos entre ellos, se atrevieron a pensar lo impensable. Pero hasta 1859, el año en que Charles Darwin publicó El origen de las especies, la verdadera edad del mundo no fue comúnmente aceptada.

En 1580 los comerciantes ingleses estaban sujetos a un acuerdo formal con la Sublime Puerta, el tribunal turco y el gobierno. La mayor parte del comercio pasaba de largo de Egipto, pero había una ruta comercial muy activa y específicamente egipcia con el oeste. En 1564 el rey de Navarra había enviado a su médico personal, Guy de la Fontaine, a Alejandría en busca de momias. En 1586 el mercader británico John Sanderson exportó un surtido de trozos de momia con un peso total de quinientos quilos para los boticarios de Londres. Estos cuerpos y trozos de cuerpo se molían hasta convertirlos en polvo y, tras mezclarlos con hierbas y especias, se tragaran o se aplicaran como cataplasma. Era la maravillosa medicina curalotodo, la Viagra de su tiempo. Los boticarios habían confundido mumia (un betún o alquitrán poco común y muy caro que se filtraba en las montañas persas) con mummies (momias) (egipcios muertos mucho tiempo atrás, vendados y cubiertos con resina). El médico griego Dioscorides (40-90) y el médico persa Avicena (980-1037) fueron dos de los que cometieron este error crucial: ambos mantenían que ese polvo de momia podía curar un gran número de enfermedades, que abarcaban desde los abscesos hasta la parálisis y, en cierta manera sorprendente, pues muchos de los que tomaban el polvo negro lo vomitaban de inmediato, las náuseas. En 1657, The Physical Directory [Directorio médico] incluyó «mumia: algo parecido a la brea» y alertó a

aquéllos con una sensibilidad delicada de que esa utilísima sustancia se extraía, cómo no, de tumbas antiguas.

Esta pincelada macabra no empañó en nada su atractivo. Contaba con el apoyo de celebridades como Catalina de Medid, Francisco I de Francia y Francis Bacon, quien reconoció que «la momia poseía un gran poder para contener las hemorragias», y se embarcaron cientos de cuerpos desde Alejandría. Algunos de ellos eran sin duda momias dinásticas. Pero se estaban acabando las reservas: las momias genuinas eran caras y existía una alternativa barata al alcance de la mano. Algunas de las momias que llegaron a los botiquines de Europa eran burdas imitaciones: muertos recientes (con frecuencia criminales, a los que no reclamaba nadie, o víctimas de una grave enfermedad), a los que se había vendado, para enterrarlos a continuación un par de años o secarlos al sol antes de molerlos para exportarlos para enfermos y crédulos. Este desagradable comercio acabó en el siglo XVIII cuando los gobernantes otomanos de Egipto, recelosos de cualquier tráfico de cuerpos, aplicaron un fuerte impuesto sobre las momias. Es probable que la primera momia que entró en Inglaterra intacta en lugar de en forma de polvo fuera la que se rumorea que Carlos II le regaló a Nell Gwyn, su querida. Esa momia está ahora en el Museo Británico, en Londres.

Los exploradores y misioneros empezaron a escribir relatos cada vez más detallados de sus viajes a Egipto. El «veneciano anónimo», un comerciante desconocido, dejó un relato de sus aventuras en Un viaje que hice en el año 1589 desde El Cairo a Ebrin remontando el Nilo: «A decir verdad, mi vida estuvo en peligro muchas veces y sufrí el tórrido calor, y a menudo tenía escasez de cebollas al igual que de otra comida…». George Sandys, el hijo más joven del arzobispo de York, visitó Egipto en 1610 y encontró rarezas inimaginables: pirámides y cocodrilos. Publicó Relato de un viaje en 1615. Treinta y un años más tarde, el astrónomo John Greaves publicó Pyramidographia, el primer registro científico de las pirámides. Una serie de resueltos viajeros europeos alcanzó la pequeña y más bien destartalada ciudad de Luxor, donde nadie supo reconocer en el montón de piedras caídas y parcialmente enterradas los restos de la que fuera la gran ciudad de «Tebas, la de las cien puertas», tan elocuentemente descrita por Homero. Hasta 1707, un misionero jesuita, el padre Claude Sicard, no estableció la conexión y reconoció la verdadera naturaleza del valle de los Reyes.

> Estos sepulcros de Tebas forman túneles en la roca y son de una profundidad asombrosa. Vestíbulos y cámaras están todos pintados de arriba abajo. La variedad

> de colores, casi tan frescos como el día en que se pintaron, ofrece un efecto admirable. Hay tantos jeroglíficos como animales y objetos representados, lo que nos hace suponer que ahí tenemos la historia de las vidas, virtudes, actos, combates y victorias de los príncipes que están aquí enterrados, pero nos es imposible descifrarlos en este momento.[15]

Sicard viajó más al sur, convirtiéndose en el primer europeo que llegaba a Asuán en varios siglos. Consiguió visitar la impresionante cifra de veinte pirámides y veinticuatro templos antes de sucumbir durante la peste en El Cairo, en 1726. En la década de 1730 el reverendo Richard Pococke se convirtió en el primer viajero inglés que llegaba más allá de El Cairo; su obra en dos volúmenes Descripción de Oriente y otros países (1743), incluía detalles de los monumentos de Asuán y planos que mostraban la localización de las tumbas de Tebas, cuya imprecisión desconcertó a los arqueólogos durante siglos. Un danés contemporáneo suyo, Friderik Norden, viajó todavía más hacia el sur, hasta llegar a Derr, en Nubia, y su obra profusamente ilustrada Viajes por Egipto se publicó de forma póstuma. Poco después, en 1768, el explorador inglés James Bruce recorrió el camino hasta el valle de los Reyes, donde descubrió la tumba decorada del faraón de la XX dinastía Ramsés III (KV11), aunque, por supuesto, no tenía ni idea de lo que había descubierto.

> Es [el valle] un lugar solitario, y mis guías, debido a la natural impaciencia y el desagrado que sienten estas gentes por este tipo de trabajo o por sus temores a que los bandidos que viven en las cavernas de las montañas sean reales, me importunaron para que volviera al barco, incluso antes de que hubiese empezado mi búsqueda o hubiese llegado a las montañas en las que hay tantas estancias, ésas que yo estaba buscando.
>
> Dentro de uno de estos sepulcros, en un tablero en el suelo, había varios instrumentos musicales, principalmente de la clase de la dulzaina [oboe], con una boquilla roja… En los tres tableros siguientes, pintadas al fresco, había tres arpas que merecieron especial atención…[16]

Bruce comenzó a bosquejar uno de los arpistas pero se vio obligado a abandonar el dibujo cuando sus guías, cada vez más nerviosos debido a los bandidos, le hicieron marcharse por su propia seguridad:

> Con gran clamor y signos de descontento… lanzaron sus antorchas contra el arpa más grande y salieron como pudieron de la cueva, dejándonos a mí y a mi gente en la oscuridad, y durante todo el camino de salida iban denunciando a voz en grito los trágicos sucesos que les ocurrirían en cuanto abandonaran la cueva. No hubo posibilidad de hacer más.[17]

La publicación del boceto despertó gran interés: a partir de entonces a la cueva se la conoció con el nombre de «tumba de los arpistas» o «tumba de Bruce».

Lenta pero inexorablemente, Egipto se despojaba de su velo. Entonces, en 1978, la egiptología dio un tremendo e involuntario salto adelante.

Un general de veintinueve años llamado Napoleón Bonaparte había desarrollado un plan increíblemente audaz. Los puertos franceses bullían de actividad con los preparativos de la flota. El objetivo al que se dirigían, un secreto muy bien guardado, era Egipto. Napoleón había decidido seguir los pasos de su héroe, Alejandro Magno. Por medio de la liberación y civilización de los oprimidos egipcios esperaba asestar un golpe indirecto al archienemigo de Francia, Inglaterra. También tenía otros planes más prácticos, como el de abrir un canal por Suez, proporcionando así a los barcos franceses un fácil acceso hacia los ricos mercados de África oriental y Asia. Tras reemplazar el gobierno otomano por el de Francia, se desplazaría a la India, donde, con alguna ayuda local, los británicos serían derrocados y se abrirían lucrativas rutas de comercio. Sus superiores en París aprobaron por completo su estrategia; parece que estaban encantados de quitarse de encima al joven general, excesivamente ambicioso. Sin duda todo aquello preocupó a los ingleses, quienes, desde el otro extremo del canal de la Mancha, tuvieron que ver a su enemigo de siempre prepararse para la guerra. El Domingo de Pascua, el Bell’s Weekly Messenger expresó lo que muchos londinenses pensaban:

> Sería sin duda terrible que fuese necesaria una guerra. Luchar para frenar la ambición francesa… Inglaterra, doblegada ya bajo el peso de un imperio colonial demasiado extenso, bien poco puede ambicionar una herencia de masacre perpetua y rebelión invencible…

Desde el punto de vista militar la campaña de Napoleón resultaría un desastre, fruto del exceso de ambición, pero empezó bastante bien. Primero se tomó la isla de Malta, en poder de la Orden de los Caballeros del Hospital de San Juan desde hacía más de doscientos cincuenta años. A continuación cayó Alejandría, y los franceses emprendieron una ingenua marcha a través del desierto, con el objetivo de apoderarse de El Cairo. Resultaría una marcha terrorífica. Los beduinos, acostumbrados a aquel clima, no dejaban a las tropas francesas en paz. Entorpecidos por unos uniformes poco apropiados y gruesos, y el pesado equipo, y al borde de la locura por la sed, el hambre, la insolación y las moscas incesantes, varios cientos de franceses murieron

durante el viaje, muchos pegándose un tiro. Con la moral por los suelos, no la recuperaron hasta la primera victoria en una escaramuza contra las fuerzas egipcias. El 21 de julio de 1798 los franceses se habían recuperado lo suficiente como para vencer a los mamelucos en la batalla de las Pirámides (que en realidad se desarrolló en un campo a quince kilómetros al norte de las pirámides de Guiza). Napoleón exhortó a sus tropas con el famoso: «Soldados, desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos de historia os contemplan». Por aquel entonces nadie sabía la verdadera edad de las pirámides, y Napoleón se acercó de forma impresionante en su cálculo, errando el tiro sólo por tres centurias.

El Cairo se rindió oficialmente el 24 de julio y un triunfante Napoleón estableció su cuartel general en la ciudad. Pero el 2 de agosto la Marina real inglesa, a las órdenes del almirante Horatio Nelson, atacó la flota francesa. Los trece grandes buques de guerra y las cuatro fragatas estaban anclados en una línea defensiva a una milla y media de la orilla siguiendo la curva de la bahía de Abukir, al este de Alejandría. Los barcos ingleses, al ser más pequeños y ligeros, fueron capaces de deslizarse entre los navios y la costa y, como la tripulación de los barcos franceses era escasa y todos sus cañones apuntaban en la dirección equivocada, sembraron la confusión sin mucho temor a las represalias. El buque insignia de Napoleón, L’Orient, hizo explosión de manera espectacular, llevándose consigo al hijo de trece años de su capitán, Louis Casabianca. La heroica decisión del muchacho de quedarse junto a su padre herido inspiraría a la poetisa Felicia Dorothea Hemans a escribir: «El muchacho permaneció inmóvil en la cubierta en llamas». Se perdieron todos los barcos franceses menos cuatro, así como los irremplazables tesoros de los Caballeros de San Juan, y mil setecientos marineros franceses murieron. Se tomaron tantos prisioneros franceses que los ingleses, que sólo habían perdido dos barcos y doscientos dieciocho hombres, no podían hacerse cargo. El almirante Nelson se vio convertido en héroe nacional. Recién ennoblecido como vizconde Nelson del Nilo y Burnham Torpe (su lugar de nacimiento), la agradecida nación lo recompensó con una generosa pensión anual de dos mil libras esterlinas.

La batalla del Nilo dejó a las fuerzas francesas abandonadas a su suerte, reducidas, desmotivadas y gravemente escasas de fondos. Aún conservarían El Cairo durante tres años, extendiendo al final su control hasta Asuán, en el sur, pero siempre serían vulnerables ante turcos, ingleses, mamelucos, levantamientos locales y enfermedades autóctonas, que ahora incluían la peste. Inútiles campañas contra los turcos en Palestina redujeron aún más su

número. El 18 de marzo de 1801 los ingleses desembarcaron, y tres días más tarde tomaron Alejandría. Tres semanas después, el ejército turco llegó para apoyar a los ingleses. Los franceses se vieron forzados a retirarse y los ingleses tomaron la ciudad de El Cairo, azotada por la peste. El gobierno otomano fue reinstaurado y se permitió a los franceses una pacífica e ignominiosa retirada. A la sazón, se estima que uno de cada tres hombres había muerto. El propio Napoleón mostraría una indiferencia increíble ante tan desafortunado giro en los acontecimientos. Al mando de un veloz barco, había escapado del bloqueo inglés el 22 de agosto de 1799 y, tras un golpe de estado exitoso, se había proclamado emperador de Francia. Una vez en casa, nadie se enteró de la humillación de la debacle egipcia. Oficialmente, la campaña había sido un gran éxito; incluso se acuñó una moneda para alabar a Napoleón como «Liberador de Egipto».

Desde un punto de vista arqueológico, la campaña fue todo un éxito. El equipo civil de Napoleón incluía a la Commission des Sciences et Arts d'Égypte, un ilustre grupo de 167 estudiosos o savants, compuesta por: cincuenta y dos ingenieros; once topógrafos; ocho cirujanos; siete químicos; seis intérpretes; cinco arquitectos, cinco dibujantes y cinco tipógrafos; cuatro mineralogistas, cuatro astrónomos y cuatro economistas; tres botánicos, tres zoólogos, tres boticarios, tres retratistas y tres arqueólogos; dos escritores y dos músicos; un grabador y un escultor, así como varios estudiantes de diversas disciplinas. A todos ellos se les encomendó la misión de investigar, documentar y publicar la historia natural y la historia antigua de Egipto.

El más distinguido entre estos augustos hombres fue el barón Dominique Vivant Denon, un hombre de gran encanto personal. Artista, escritor y diplomático de renombre internacional, había sido amigo íntimo de la famosa *madame* de Pompadour y, según se rumoreaba, amante de más de una reina europea. Tras servir a las órdenes de Luis XV y Luis XVI, estaba estrechamente ligado a la monarquía. Por fortuna, Denon estaba visitando Venecia cuando comenzó la Revolución francesa, así que, aunque perdió todas sus propiedades y fue obligado a ganarse la vida de manera más bien ignominiosa vendiendo sus propios dibujos, se las arregló para conservar la cabeza. Josefina presentó a Denon a Napoleón y, tras una etapa de desconfianza mutua, al final se convirtieron en grandes amigos. Napoleón extendió una invitación personal a Denon para que encabezara la misión a Egipto. Denon se puso a trabajar y emprendió el viaje con el ejército hacia el sur. Tenía que tomar notas, levantar planos y dibujar los monumentos egipcios en las condiciones más difíciles; no era raro que vagara hasta internarse en la

línea de fuego mientras su gran amigo, el general Desaix, perseguía a los mamelucos que quedaban más allá de la frontera de Asuán. La vida era peligrosa, pero satisfactoria:

> Hay algunos momentos desafortunados, cuando a todo lo que uno hace le sigue el peligro o el accidente. Cuando volvía… a Beni Suef, el general me encargó que transmitiera una orden a la cabeza de la columna; galopé para cumplir el encargo; cuando un soldado que marchaba fuera de su fila se volvió hacia la izquierda al pasar yo, presentó la bayoneta contra mí y, antes de que pudiera evitarlo, el golpe me derribó del caballo a la vez que él caía al mismo tiempo. «Ya hay un sabio menos», dijo al caer (para ellos todo el que no era un soldado era un sabio); pero unas piastras que llevaba en el bolsillo pararon la punta de la bayoneta y escapé con sólo un desgarrón en la ropa.[18]

Denon se convirtió en el primer europeo en encontrar un rollo de pergamino intacto e *in situ*; aunque en teoría estaba en contra de la profanación de las momias, nos cuenta que el placer que sintió cuando le ofrecieron el pergamino rápidamente venció sus escrúpulos:

> … Era consciente de que me iba poniendo pálido; iba a reprender a aquellos que a pesar de mis insistentes peticiones habían violado la integridad de la momia, cuando advertí que en la mano derecha y bajo el brazo izquierdo llevaba un rollo de papiro que es posible que no hubiese visto sin esa violación. Me quedé sin habla. Bendije entonces la avaricia de los árabes, y la buena suerte que me había conducido a la posesión de tamaño tesoro, el libro más antiguo conocido, que casi no me atrevía ni a tocar por temor a dañarlo. Tampoco me atrevía a confiárselo a nadie ni a dejarlo en ningún sitio; todo el algodón del edredón de la cama me parecía insuficiente para fabricar un envoltorio lo bastante blando para él.[19]

De vuelta en El Cairo, la comisión había transformado un lujoso palacio mameluco en un centro de investigación completamente equipado, con salas de reuniones, laboratorios y una impresionante biblioteca de obras de consulta traídas desde Francia. Incluso había una imprenta, la única en todo El Cairo. Había nacido el prestigioso Instituto Egipcio de Artes y Ciencias. Denon huyó de Egipto con Napoleón en 1799 y en 1802 publicó su influyente y muy popular Voyage dans la Basse et la Haute Egypte (Viaje al bajo y alto Egipto durante las campañas del general Bonaparte). En 1804 se convirtió en director general de los museos de Francia. Su posición le permitió viajar en todas las campañas de Napoleón, y realizó dibujos arquitectónicos y reunió antigüedades en Austria, España y Polonia. De este modo sentó las bases de las colecciones del museo del Louvre. Denon murió en 1825, dejando un valiosísimo legado para el mundo. Hoy sus hermosos y precisos dibujos nos ofrecen la única imagen de algunos monumentos egipcios desaparecidos,

entre ellos el templo de Elefantina de Amenofis III, que fue demolido en 1822.

Tras una serie de intentos frustrados de escapar, los miembros que quedaban de la comisión pusieron rumbo por fin a París. Veintisiete años más tarde y con el otrora emperador exiliado ahora en Santa Elena, completaron la publicación de su espléndida e impresionante obra titulada Description de l'Égypte, ou, recueil des observations et des recherches qui ont été faites en Égypte pendant l'expédition de l'armée française, publié par les ordres de Sa Majesté l'empereur Napoleón le Grand [Descripción de Egipto o una antología de observaciones e investigaciones llevadas a cabo en Egipto durante la expedición del ejército francés, publicada por orden de su majestad el emperador Napoleón el Grande]. La Description, profusamente ilustrada y que incluye decenas de mapas detallados y planos precisos, se publicó por primera vez (1809-1829) en nueve volúmenes de texto y once volúmenes de láminas; la subsiguiente reedición (1820-1830) tenía veinticuatro volúmenes, cinco de ellos dedicados a las antigüedades egipcias. Se hace difícil imaginar a un editor moderno con el valor suficiente para considerar siquiera un compromiso tan ambicioso, pero la Description era mucho más que una guía de Egipto. Era una justificación de toda la campaña de Napoleón en Egipto, diseñada para que la superior erudición francesa fuera obvia para todos.

La obra se convirtió en un gran éxito al instante. No era la primera sobre Egipto. El libro del propio Denon ya disfrutaba de considerable popularidad, se había reeditado y se había traducido al inglés y al alemán, siendo la versión inglesa más pequeña y barata que la francesa. Pero fue la *Description* la que abrió los ojos de Europa hacia el potencial arqueológico de Egipto y desencadenó una moda a lo largo y ancho del continente por todo lo que tuviera el «estilo del Nilo». De repente las historias bíblicas y las de los autores clásicos se habían vuelto reales y había demanda de antigüedades egipcias auténticas. Entre la colección personal de Napoleón había una pieza que ya conocemos: la figura de estilo egipcio de Antinoo, del emperador Adriano, que fue incautada del Museo Capitolino en 1798 (y que sería devuelta a Roma en 1815).

A todo esto, en Egipto, se había producido un descubrimiento crucial. Un mes después de que Napoleón huyera de Egipto, los franceses estaban esperando un ataque turco en el Delta occidental. Las tropas francesas, dirigidas por el ingeniero y miembro de la comisión Pierre François Xavier Bouchard, recibieron la orden de fortalecer las defensas de Fort Julien.

También conocido como Borg Rashid, Fort Julien era el fuerte medieval de Rosetta, población que, algo apartada de la costa, se halla a unos ochenta kilómetros de Alejandría. Mientras los soldados demolían una destartalada pared antigua, descubrieron una curiosa piedra: una gran losa de granito, de un gris muy oscuro y dañada, que a primera vista no parecía una pieza valiosa o atractiva. Pero se limpió la losa por una cara y se vio que tenía inscripciones en tres tipos de escritura. Al observar detenidamente su hallazgo, Bouchard reconoció y fue capaz de leer un texto griego escrito con caracteres griegos. Encima de éste había dos textos grabados, el inferior escrito en unos garabatos indescifrables (demótico), que guardaban semejanza con el árabe moderno, y el superior escrito en jeroglíficos, reconocibles pero igual de ilegibles. En 1828 la Description incluiría una breve descripción y multitud de ilustraciones de esa curiosa piedra y sus textos:

> La piedra es de granito negro: su grosor medio es de 0,27 metros, la anchura de la parte más baja es de 0,735 metros y su altura, en el estado actual, 0,963 metros; por desgracia la parte su perior está terriblemente truncada, y ni siquiera puede conjeturarse cuánto se ha perdido de la piedra… falta cerca de un cuarto de la única parte del texto jeroglífico, debido a que tanto el lado izquierdo como el derecho están rotos, sin mencionar todo lo que falta por encima de la primera línea…[20]

El texto griego confirmó que el decreto lo habían promulgado los sacerdotes en Menfis el 27 de marzo de 196 a. C., en honor del aniversario de la ascensión al trono del rey Ptolomeo V Epifanes. Se había promulgado en tres escrituras para que pudieran leerlo tanto los egipcios como los griegos. Desde entonces los arqueólogos han especulado sobre si esta piedra, o estela, pudo erigirse en primer lugar cerca de Sais y entonces, durante el período medieval, haber quedado relegada a mero fundamento de un edificio.

Bouchard informó de su hallazgo a su comandante en jefe, el general Menou. Menou barajó la idea de clasificar la piedra como propiedad personal —muchos de los franceses seguían la política de «el que lo encuentra se lo queda» con las antigüedades egipcias, forjándose magníficas colecciones privadas—, pero no tardó en renunciar. Quizá la piedra simplemente era demasiado grande. Se transportó en barco hasta El Cairo, donde, el 29 de julio de 1799 (o, como fechaba la comisión, siguiendo el nuevo calendario revolucionario, el día 11 de Termidor, año VII), se anunció al instituto su descubrimiento. La importancia de la piedra resultó obvia de inmediato. Los lingüistas podían leer la versión griega del decreto, y esa versión confirmó que los textos egipcios eran copias del mismo texto, escritos ambos en el antiguo lenguaje, pero utilizando dos diferentes tipos de escritura:

> Este decreto deberá inscribirse en una estela de piedra dura, con escritura sagrada [jeroglíficos], con la escritura de los documentos [demótico] y la escritura de los griegos, y deberá erigirse en cada uno de los templos de los rangos primero, segundo y tercero, cerca de la imagen divina del rey, que para siempre viva.[21]

Aunque no podían entenderse ni los idiomas ni las caligrafías de los textos egipcios, la piedra bilingüe ofrecía una posibilidad real de que el misterio de los jeroglíficos pudiera resolverse por fin. Se hicieron copias de los textos y se enviaron a París, pero la piedra se envió a Londres. Según el Tratado de Alejandría de 1801, se autorizaba a los eruditos de la comisión a conservar todas sus notas de campo, planos y colecciones de historia natural, pero los ingleses reclamaron sus hallazgos arqueológicos más importantes. Eso incluía, además de la piedra Rosetta, dos obeliscos, tres sarcófagos completos y muchas estatuas y partes de estatua. La piedra Rosetta fue a parar primero a la biblioteca de la Sociedad de Anticuarios de Londres; luego, en 1802, se presentó oficialmente en el Museo Británico como un regalo para el rey Jorge III. Hoy en día la piedra Rosetta (bien protegida tras una vitrina de tecnología punta) se alza en el corazón de la Galería Egipcia, atrayendo a turistas del mundo entero.

III

DESCIFRANDO LAS PIEDRAS

Los miembros de la comisión de Napoleón partieron de Egipto cargados de bocetos, diagramas y planos que circularon entre los académicos y que al final se publicaron con admirable detalle en la Description. Por primera vez eruditos europeos tenían acceso a copias exactas de textos jeroglíficos, los cuales, para su gran frustración, nadie podía leer ni entender. Encerrada en los jeroglíficos estaba toda la historia desconocida de Egipto. Los lingüistas estaban decididos a desvelar el código, pero ¿por dónde empezar? La piedra Rosetta, con sus tres escrituras diferentes, ofrecía un comienzo prometedor.

Los escritores grecorromanos, que habían convivido con los autores de los jeroglíficos egipcios, habían mostrado un interés sorprendentemente escaso por ese lenguaje y, para decepción de los futuros traductores, habían dejado muy pocas pistas:

> Los sacerdotes, al educar a sus hijos, les enseñaban dos métodos de escritura; la llamada escritura sagrada [jeroglífica] y la que se utiliza más en la instrucción diaria [demótica].[22]

> El lenguaje de los primeros egipcios no tenía, como los lenguajes modernos, un número fijo de caracteres correspondientes a todas las necesidades del pensamiento. El valor de un sustantivo o de un verbo se unía a otra letra, y a veces una letra tenía un significado completo.[23]

Algunas de sus pistas se malinterpretaron por completo y de una forma más que singular.

> Cuando quieren mostrar a un hombre muerto por insolación, dibujan un escarabajo ciego, debido a que éstos mueren cuando los ciega el sol.[24]

Sin embargo, ya se había producido algún progreso. En 1636 el erudito jesuita y matemático Athanasius Kircher, inspirándose en las inscripciones de los obeliscos de Roma, se había dado cuenta de que el copto que todavía se utilizaba en las iglesias de Egipto era una forma distorsionada del antiguo idioma egipcio. Las interpretaciones de Kircher de la escritura jeroglífica fueron menos acertadas. Realizó la famosa traducción del nombre del rey Apries como «los beneficios del divino Osiris deben conseguirse mediante

ceremonias sagradas y mediante la cadena de los Genios, para que puedan obtenerse los beneficios del Nilo».

En 1761, el abad Barthélemy, exultante por su triunfo a la hora de descifrar los alfabetos fenicio y palmireo, tuvo una inspiración. Los cartuchos —marcos u óvalos que contenían algunos de los jeroglíficos— podían indicar los nombres de los dioses o quizá los nombres de reyes y reinas. Se comprobó que esa deducción era totalmente correcta.

Finalmente, en 1797, el estudioso danés Jörgen Zöega sugirió que bien podía haber un elemento fonético en la escritura jeroglífica.

Por desgracia, esas tres verdades se ocultaban tras un cúmulo de malentendidos: los jeroglíficos constituían un lenguaje secreto accesible únicamente a los iniciados; los jeroglíficos se utilizaban para poner por escrito un código religioso; los jeroglíficos eran meramente simbólicos; no había alfabetos anteriores; el chino se había desarrollado a partir de los jeroglíficos (una deducción lógica para aquellos que creían que China había sido una colonia egipcia); el copto era una versión del griego antiguo.

El punto de partida para descifrar tanto los jeroglíficos como el demótico de la piedra Rosetta tenía que ser el texto griego. Pero la piedra estaba ahora en Londres y surgieron dificultades inesperadas con las copias disponibles. En El Cairo, el instituto, consciente de la necesidad de la mayor exactitud, había rechazado la idea de hacer una simple copia a mano debido a que suponía un desperdicio de tiempo y podían cometerse errores humanos. En su lugar les encargó tres copias a tres expertos distintos. Jean-Joseph Marcel director de la Imprimerie orientale et française en El Cairo había utilizado un sistema de «autografía». Se limpió la piedra, los caracteres grabados se rellenaron de agua y entonces se aplicó tinta sobre toda la superficie. El agua en las zonas grabadas repelió la tinta, de manera que al prensar papel mojado contra la piedra, quedó en aquél una impresión negativa del texto, un fondo negro con los caracteres destacados en blanco, que sólo podía leerse utilizando un espejo. Nicholas Conté, famoso hoy en día por ser el inventor del lápiz de grafito, utilizó un sistema similar al del grabado sobre plancha de cobre. Los signos rellenos con grasa absorbían la tinta, mientras que la superficie de la piedra, cubierta de una fina capa de goma y ácido nítrico, la rechazaban. Para acabar, Adrien Raffeneau-Delile hizo un molde de la piedra utilizando el proceso del sulfuro.

Puede que estos métodos fueran científicos, pero no debieron de ser de gran ayuda para conservar el color original y la textura de la piedra. Lo peor estaba por llegar. El equipo del Museo Británico, en un esfuerzo por hacer que el texto grabado sobresaliera de su fondo gris, blanquearía más tarde los signos grabados con tiza y cubriría la piedra con cera protectora —algunos arqueólogos han sospechado que en realidad pudo ser betún—, que posteriormente se ennegreció con el tiempo y el polvo. Hoy en día se le ha devuelto a la piedra su color gris oscuro natural, aunque se ha conservado a propósito un pequeño cuadrado negro en la esquina inferior izquierda, y la delicada veta rosa que recorre la parte superior izquierda de la piedra ha quedado a la vista. Pero en fotografías más antiguas aparece negra y parecida al basalto. Y, aunque estamos acostumbrados a ver la piedra Rosetta con inscripciones blancas, los análisis científicos han demostrado que los signos estaban en su origen realzados con un pigmento rojo.

La Sociedad de Anticuarios también copió la piedra. Sus copias impresas se distribuyeron por Europa y Norteamérica, y las universidades de Oxford, Cambridge, Dublín y Edimburgo se vieron honradas con moldes de yeso completos. Semejantes obsequios no se hicieron por mero altruismo. La sociedad necesitaba ayuda para llevar a cabo la traducción definitiva de la inscripción griega, pero la única respuesta llegó, en latín y con un comentario complementario en francés, de la mano del políglota profesor Heyne, de la Universidad de Gottingen. Se hizo evidente para entonces que había discrepancias entre las versiones francesas e inglesa del texto, aunque las tres versiones francesas parecían coincidir perfectamente. Hubo sospechas —que se expresaron en París, no en Londres— de que el grabador inglés podía haber caído en la tentación de hacer «mejoras» mientras copiaba. En 1803 un lingüista francés, conocido como el ciudadano Amelihon, publicó una trascripción del texto griego acompañada de una traducción al latín muy precisa y una traducción más especulativa al francés. La suya sería durante muchos años la traducción oficial, aunque también estaban disponibles versiones alternativas publicadas en inglés (1802), latín (1816), alemán (1822) e italiano (1833).

El texto griego incluía los nombres de varios reyes y lugares que, por supuesto, también debían de estar incluidos en las dos versiones egipcias del texto y, puesto que en su origen más bien debían de estar en griego que en egipcio, se trataba con toda probabilidad de una trascripción exacta, con un jeroglífico o «letra» demótico representando una letra griega. Las simples matemáticas permitieron a los lingüistas calcular, de manera más bien

rudimentaria, dónde podían encontrarse esos nombres. Si un nombre estaba a un tercio del final del texto griego, era probable que se encontrara a un tercio del final en los textos demótico o jeroglífico. En El Cairo, Jean-Joseph Marcel, trabajando en colaboración con Louis Rémi Rage, aisló el nombre de Ptolomeo, que aparecía once veces en el griego, y había identificado provisionalmente las letras «P» y «T» en demótico. Pero no podían avanzar más. El barón Antoine Isaac Silvestre de Saçy, que trabajaba en París, desarrolló un sistema diferente. Buscó palabras en griego que pudieran traducirse al copto, y luego las buscó en el texto demótico. Tuvo éxito con Ptolomeo y Alejandro, dándose cuenta en el proceso de que podía ser que los dos textos egipcios no fueran traducciones exactas del griego, palabra por palabra, pero acto seguido se dio de bruces contra un muro de piedra. El lingüista sueco Johan David Ákerblad fue capaz de llevar más allá la labor de Silvestre de Saçy, al identificar todos los nombres propios en la escritura demótica y leer las palabras «templos» y «griegos». Pero entonces se encontró también en un callejón sin salida debido a que creía que la demótica era una escritura completamente alfabética.

Jean-François Champollion era un joven francés de talento excepcional y feroz determinación que nació en una época difícil, pero muy estimulante. La Revolución y sus incómodas repercusiones crearon un entorno perturbador, y en ocasiones peligroso, para la labor de su vida, y sin embargo fue la Revolución y, más concretamente, las ambiciones egipcias de Napoleón Bonaparte las que hicieron posible esa labor. Jean-François, nacido el 23 de diciembre de 1790 en la pequeña ciudad de Figeac, departamento de Lot, en el suroeste de Francia, era el hijo menor del vendedor ambulante de libros Jacques Champollion y de su esposa Jeanne-Françoise. Como la Revolución obligó a cerrar los colegios a cargo de órdenes religiosas, y su padre solía estar ausente trabajando y la madre, analfabeta, siempre estaba enferma, el joven Jean-François fue educado en casa por su hermano Jacques-Joseph, autodidacta, y sus tres hermanas, que lo adoraban, Thérèse, Pétronille y Marie-Jeanne. Cuando por fin pudo ir a la escuela elemental se le reconoció como una especie de prodigio, pero su educación aparte también lo había convertido en un bicho raro; un indisciplinado con una decidida tendencia a padecer ataques de ira, que se concentraba intensamente en los temas que le interesaban y mostraba absoluta indiferencia por las otras asignaturas, como las matemáticas o la ortografía.

Si todo eso le hace parecer desagradable, resulta que no lo era, o por lo menos no lo era para sus hermanos ni lo sería más tarde para su mujer y su

hija; todos ellos estarían encantados de apoyar al joven Jean-François en su carrera tan poco convencional, y sin una palabra de queja por sus propias dificultades, por lo que sabemos.

Sus padres, al ver sus esfuerzos por soportar el sistema escolar, se rindieron ante lo inevitable y se contrató a un tutor particular.

A los diez años, Jean-François fue enviado a vivir con su hermano mayor en Grenoble. A sus padres les dio la sensación de que la tranquila Grenoble ofrecía buenas oportunidades para un chico con talento y Jacques-Joseph, que siempre lamentó su propia carencia de una educación académica, se había ofrecido generosamente a supervisar y pagar los estudios de su hermano. Para entonces Jacques-Joseph Champollion se había cambiado el nombre por el de Jacques-Joseph Champollion-Figeac. Jean-François continuó con el sencillo Champollion, pero en ocasiones se refería a sí mismo como Champollion le Jeune (Champollion el Joven) para diferenciarse de su hermano.

Jean-François empezó a asistir a una escuela privada. Aplicándose en sus estudios, llegó a dominar el latín y el griego y no tardó en dedicarse a las lenguas árabe, hebrea, siria y caldea. Incluso fue lo suficientemente afortunado como para conocer a Jean-Baptiste Joseph Fourier, un miembro de la comisión de Napoleón, que sentía un interés apasionado por todo lo relacionado con Egipto. Fourier se había retirado a Grenoble para trabajar en la Description. Empleó entonces a Jacques-Joseph, asignándole la tarea de investigación necesaria para una parte del prefacio, y parece probable que fuera él quien ofreciera al joven de once años Jean-François la posibilidad de ver por primera vez los jeroglíficos.

Cuando se fundó el nuevo liceo público, o escuela secundaria, en Grenoble, Jean-Francois pasó el examen para convertirse en uno de sus primeros alumnos internos, y obtuvo una beca del Estado que cubría dos tercios de la matrícula. El siempre generoso Jacques-Joseph se haría cargo del tercio restante. Jean-François odiaba su nueva vida con pasión intensa y poco disimulada. Se resistió a la inútil disciplina militar, las matemáticas obligatorias y al hecho de que estaba obligado a adherirse a un estricto plan de estudios nacional que, y no es de sorprender, no permitía el estudio del árabe, del hebreo, del sirio ni del caldeo. Pero, al darse cuenta de que no había disponible una educación mejor, se las arregló para aguantar algunos años, animado quizá por el estudio en privado del copto, el italiano, el inglés y el alemán. No fue hasta 1807, cuando se produjo una revuelta en contra de las severas condiciones en el liceo, que Jacques-Joseph finalmente transigió,

permitiéndole a su hermano que viviera en su casa y que sólo acudiera a la escuela para alguna clase ocasional. El curso se acabó aquel agosto y el joven Champollion se dispuso a trasladarse a París, donde podría continuar con sus estudios de lenguas antiguas.

Ya por entonces Jean-François se había dedicado a Egipto y a la decodificación de jeroglíficos. No era el único. Encerrados en bibliotecas, encorvados sobre sus libros, los intelectuales europeos estaban inmersos en una discreta pero decidida batalla para ser el primero en resolver el acertijo. No se había ofrecido premio alguno, salvo quizá la oportunidad de ser el primero en leer sobre la sabiduría perdida de los egipcios, pero, para muchos, los jeroglíficos se habían convertido en una obsesión. Aquellos absortos académicos no sentían deseo alguno por compartir la evolución de su trabajo con otros. Cada uno deseaba ser el primero darle al mundo la solución definitiva, y a todos los acosaba la idea de que algún otro, un rival desconocido quizá en Inglaterra o Alemania, lo conseguiría antes. En consecuencia, trabajaban en secreto, y nadie tenía ni idea de qué tal les iba a sus rivales o de si progresaban. Es más, nadie sabía quién estaba trabajando en el rompecabezas. La sensación de que el tiempo se acababa intensificó la presión sobre Jean-François. Fue quizá una suerte que Jacques-Joseph, con dotes para las lenguas, entendiera su compulsión, pues él había hecho ya un intento fallido de descifrar la escritura de la piedra Rosetta. Estaba dispuesto a continuar apoyando a su joven hermano, tanto financiera como psicológicamente, pese a que ya tenía una esposa y una familia en aumento que mantener.

> No te desanimes con el texto egipcio; éste es el momento para aplicar el precepto de Horacio: una letra te llevará a una palabra, una palabra a una frase y una frase a todo el resto, ya que todo está más o menos contenido en una simple letra. Continúa trabajando hasta que pueda ver tu trabajo por mí mismo…[25]

Al igual que Athanasius Kircher antes que él, el joven Champollion creía que la clave para entender el texto egipcio residía en una meticulosa interpretación del copto, capacidad de la que todos los aspirantes a descifrar los jeroglíficos carecían. Se concentró pues en el estudio del copto. A través del copto esperaba entender la inscripción demótica y ya con la lengua egipcia desvelada, descifrar la escritura jeroglífica. Estudiando tanto en el Colegio de Francia como en la Escuela de Idiomas Orientales y la Biblioteca Nacional de París y aprendiendo copto litúrgico de un sacerdote egipcio, fue capaz de concebir un horario conveniente para sus muy específicas

necesidades. El famoso experto en jeroglíficos Silvestre de Saly sería uno de sus nuevos tutores. El único problema, y era apremiante, era la falta de un empleo remunerado y la constante y siempre presente amenaza de que lo reclutaran para el ejército, en la época desesperadamente escaso de jóvenes sanos. Jean-François adelgazó, vestía con poco más que harapos y su salud se deterioraba mientras se hundía en una depresión. Una vez más, no era el único. Toda Francia sufría debido a la alta inflación, la escasez de alimentos y los efectos desmoralizadores de las constantes campañas de Napoleón.

En 1809 sus fortunas cambiaron cuando Jean-François, que contaba ya dieciocho años, publicó su geografía de Egipto, la primera parte de lo que pretendía ser una obra mucho mayor, y se le recompensó con una plaza de profesor de Historia Antigua en la recién fundada Universidad de Grenoble. Al mismo tiempo le ofrecieron a Jacques-Joseph una plaza como profesor de Literatura Griega en la misma institución y a ambos hermanos se les concedió el doctorado. Había algunos inconvenientes —el sueldo de Jean-François era decepcionantemente bajo, le resultaba embarazoso tener que dar clases a antiguos compañeros de estudios del liceo y en Grenoble era más difícil conseguir las copias de los jeroglíficos de lo que había sido en París—, pero al parecer se reconocían por fin las cualidades de los hermanos Champollion. Ninguno de los dos hermanos tenía el don de la diplomacia, que les habría asegurado una vida universitaria sin incidentes; ambos eran francos y tenían una habilidad especial para molestar a los que ejercían la autoridad, y ambos tenían un interés enfermizo por la política. Pero al menos por el momento estaban colocados. En 1813, Jean-François sintió que se hallaba en situación de pedirle a Rosine Blanc que contrajera matrimonio con él. Por desgracia, la familia de ella no estuvo de acuerdo; un pobre profesor no era buen partido para la bella y joven hija de un acaudalado fabricante de guantes.

Al otro lado del Canal, en Londres, otro genio estaba trabajando: el doctor Thomas Young era un erudito, un consumado científico, astrónomo y músico, un médico respetado y profesor de Filosofía Natural en el Royal Institute. Young había sido otro niño prodigio que leía con fluidez a los dos años. Treinta y nueve años más tarde, en 1814, también dominaba el latín, el griego, el italiano, el francés, el hebreo, el árabe y el persa; pero mostraría poco interés en el antiguo lenguaje egipcio hasta que *sir* William Broughton le dio una colección de fragmentos de papiro. *Sir* William había «rescatado» personalmente un pergamino de papiro de una tumba egipcia auténtica, que felizmente contenía una momia completamente vendada; pero por algún motivo el papiro se había empapado de agua de mar y hecho jirones en el

viaje a Inglaterra. Sin duda no era el texto más fácil para empezar, pero motivó a Young para estudiar los jeroglíficos. No tardó en estar trabajando en las inscripciones de la piedra Rosetta y, tras un intento, publicado pero no especialmente acertado, de descifrar el demótico, también estudió copto. Un jeroglífico con un texto dedicatorio acompañado de una inscripción griega, encontrado en un obelisco grecorromano caído en el templo de Isis en Filé, le fue especialmente útil ya que los cartuchos del texto jeroglífico podían compararse con el texto griego. El explorador inglés William Bankes había reclamado la propiedad del obelisco y había identificado ya el nombre de Cleopatra en su texto. Young se dio cuenta entonces de que también podía leer el nombre de la reina Berenice.

Si Champollion andaba falto de fondos, como siempre, Young estaba desesperadamente falto de tiempo. Sus intereses eran muchos y variados, tenía que atender sus obligaciones profesionales y sencillamente no podía dedicar tantas horas a los jeroglíficos como Champollion. Pero logró identificar correctamente al menos cuarenta signos. Sus análisis publicados ayudaron a Champollion, que trabajó con la lista de Young, corrigiéndola, y durante mucho tiempo, aunque de forma esporádica, se intercambiaron cartas, mantuvieron una superflua amistad y en ocasiones fueron acérrimos enemigos. Young fue el primero en darse cuenta plenamente de que el demótico o encorial, como él lo denominaba, no era una escritura totalmente alfabética como el inglés o el griego, sino que utilizaba caracteres alfabéticos para deletrear palabras extranjeras como Ptolomeo. Tuvo la suficiente clarividencia como para ser capaz de resumir su propia contribución a la materia. Aunque algunos de los descubrimientos que clasifica como originales eran en realidad conocidos o se habían intuido con anterioridad, vale la pena citar su resumen completo:

> … Primero se representaban los objetos simples, como sería natural suponer, con sus trazos reales; en segundo lugar, otros muchos objetos, representados gráficamente, se utilizaban sólo en sentido figurativo, mientras que un gran número de los símbolos, de uso frecuente, podían considerarse como ilustraciones de toda suerte de objetos no existentes; en tercer lugar, a la vista de expresar una pluralidad de objetos, una dualidad se indicaba con la repetición de un carácter, pero tres caracteres iguales, uno detrás de otro, implicaban una pluralidad infinita, que de forma similar podía hacerse que englobara mucho más mediante tres líneas o barras añadidas a un carácter simple; en cuarto lugar, los números concretos se expresaban con guiones para las unidades y arcos, tanto redondos como rectangulares, para las decenas; en quinto, todas las inscripciones jeroglíficas se leían de delante atrás, ya que los objetos iban uno detrás de otro como es natural; en sexto lugar, los nombres propios se incluían en el anillo oval, marco o cartucho de los caracteres sagrados y con frecuencia entre dos fragmentos con márgenes

> similares y escritos por la misma mano, y en séptimo, en esa columna sólo figuraba el nombre de Ptolomeo, cuya completa identificación se había logrado tan sólo con la ayuda del análisis de la inscripción encorial [demótica].[26]

En 1814 Napoleón abdicó y dejó Francia para partir hacia Elba, y Luis XVIII subió al trono de Francia. Grenoble suspiró de alivio, pues la repentina partida de Napoleón había evitado un ataque del ejército austríaco, que le había declarado la guerra a Francia el año anterior. No todo el mundo estaba contento. Puede que los hermanos Champollion se hubiesen mostrado algo críticos con el régimen de Napoleón, pero eran revolucionarios de corazón y no sabían mantener la boca cerrada. Empezaron a criticar abiertamente a la monarquía.

En marzo de 1815 Napoleón volvió de Elba y de camino a París se detuvo a pasar un día en Grenoble. Tanto Jacques-Joseph como Jean-François se encontraron con su héroe, y Jacques-Joseph decidió abandonar a su familia para seguirlo hacia el norte. De nuevo en Grenoble, Jean-François publicó un artículo que hizo que sus lealtades fueran obvias para todos: «Napoleón es nuestro príncipe legítimo». No podría haber elegido peor momento. Napoleón se dio de bruces con Waterloo y se encontró de nuevo en el exilio, esta vez en la lejana isla de Santa Elena. Entretanto, Grenoble, todavía fiel a Napoleón, fue bombardeada por una combinación de los ejércitos de Austria y de Cerdeña. Los imprudentes hermanos estaban en un gran apuro, y lo sabían. Jean-François le escribió a su hermano, que aún estaba en París, instándolo a «sobre todo sálvate tú… yo no tengo ni esposa ni un hijo». En 1816 los expulsaron de la universidad y los condenaron al destierro. Se encontraron viviendo de nuevo en Figeac, compartiendo la casa familiar con su anciano y alcohólico padre y las solteras Thérèse y Marie-Jeanne. Jean-François no regresó a Grenoble hasta 1817, tras levantársele la sentencia. En diciembre de 1818 se casó finalmente con Rosine.

Hacia finales de 1821 Champollion había hecho progresos definitivos en su estudio de los jeroglíficos. Con gran satisfacción había probado que la escritura hierática era una forma simplificada abreviada de la escritura jeroglífica, y que la demótica era una versión posterior y todavía más simplificada de la hierática. Los antiguos habían utilizado las tres escrituras para escribir el mismo idioma. Entonces compuso una tabla comparativa de más de trescientos signos jeroglíficos, hieráticos y demóticos y pudo hacer transcripciones entre los tres.

Pese a que no podía entender su significado, su conocimiento del copto le permitió intuir algo del sentido del antiguo idioma. Y tuvo un momento de inspiración. Contó el número de letras griegas y el número de signos jeroglíficos en la misma sección correspondiente de la piedra Rosetta, y se dio cuenta de que había el triple de jeroglíficos que de letras griegas. De manera que cada jeroglífico no podía, como sostenían algunos expertos, representar una sola palabra: los jeroglíficos egipcios no equivalían a los caracteres chinos. También debía de haber, como él siempre había sospechado, un elemento fonético. Además, se había dado cuenta de que el egipcio empleaba determinantes —jeroglíficos que expresaban la idea general de otros jeroglíficos—, una idea que Young había discutido al principio.

Su vida personal no iba tan bien. Estaba enfermo, deprimido, desempleado y viviendo en París. Los dos hermanos compartían una casa en la rue Mazarine, cerca del Institute de France, donde Jacques-Joseph había encontrado un trabajo.

Jean-François leyó el regio nombre en griego de Ptolomeo en la piedra Rosetta; eso significaba que podía reconocer los caracteres jeroglíficos P, T, W, L, M, Y y S en cualquier sitio. Pero la piedra Rosetta estaba rota y el texto egipcio incompleto. Pasó entonces al estudio de otras fuentes jeroglíficas: examinó el obelisco de Bankes y reconoció tanto el nombre de Ptolomeo como de Cleopatra. Había, sin embargo, una curiosa discrepancia. En el nombre Ptolomeo la «T» estaba escrita con «el segmento de una esfera»; en el nombre Cleopatra estaba representada por una mano. Champollion comprendió que eran homófonas, letras que sonaban igual pero que podían escribirse de dos formas distintas. Estaba claro que los jeroglíficos eran mucho más complicados de lo que nadie había supuesto. A partir de estos dos nombres fue capaz de estudiar las inscripciones del templo de Karnak en Tebas y reconstruir el nombre de Alejandro. No tardó en reconstruir un alfabeto fonético que podía aplicarse a todos los nombres grecorromanos escritos en egipcio. Ahora estaba preparado para ir más allá, a los nombres reales en egipcio.

El 14 de septiembre de 1822 Jean-François estaba trabajando, como de costumbre, en casa. Había recibido poco antes copias de los textos que decoraban los magníficos templos de Ramsés en Abu Simbel, en Nubia. Estos textos eran auténticos, mil quinientos años más viejos que el texto de la piedra Rosetta. Al tener delante las copias, buscó de forma automática los cartuchos que contendrían un nombre real. Para su asombro, se encontró con que los

cartuchos que previamente habían sido indescifrables contenían nombres reconocibles, nombres que ya se había encontrado en las obras de los autores grecorromanos. Ahí estaban los nombres en egipcio, Ramsés y Thotmes o Tutmosis. Tuvo un rapto de emoción incontrolable. Salió corriendo de su casa en dirección al despacho de su hermano en el cercano instituto, irrumpió en la habitación y exclamó: «Je tiens l'affaire!» [¡Lo tengo!], y cayó desvanecido al suelo. Durante un instante terrible Jacques-Joseph pensó que su hermano había muerto.

El 27 de septiembre de 1822 se presentó el descubrimiento de Jean-François Champollion ante la Academia de Inscripciones en París, por medio de una formal «Carta para M. Dacier relativa al alfabeto fonético jeroglífico utilizado por los egipcios» (Bon-Joseph Dacier era el secretario de la Academia). A continuación, la carta se tradujo y se publicó en varios idiomas. El sistema de descriframiento de Champollion no logró el elogio universal; algunos, incluido Thomas Young, lo acusaron de robar las ideas de otros y hubo quien sencillamente se negó a creer sus traducciones. Pero Jean-François perseveró; las visitas al museo de Turín, que albergaba muchos textos jeroglíficos, le ayudaron a perfeccionar su sistema. En 1824 se sintió preparado para publicar Précis du système hiéroglyphique des anciens Égyptiens [Resumen del sistema jeroglífico de los antiguos egipcios]. Explicaba en él la compleja naturaleza de los jeroglíficos.

> La escritura jeroglífica es un sistema complejo, una escritura que es a un tiempo figurativa, simbólica y fonética en un mismo texto, en una misma frase y, debería decir, casi en una misma palabra.

En 1826, en reconocimiento a su trabajo, Jean-François fue nombrado conservador de la colección egipcia del museo del Louvre. Su nuevo empleo implicaba recopilar objetos para su exposición, organizar las exposiciones y lidiar con colegas que se mostraban reacios a tratar sus ideas con el respeto que él creía que merecían. Ganó la batalla por conseguir que sus objetos se expusieran con un orden sensato y cronológico, pero no logró su deseo de decorar las salas egipcias en un verdadero estilo egipcio.

Dos años después, Champollion visitó por primera y única vez Egipto como integrante de una misión franco-toscana de la que también formaba parte el egiptólogo italiano Ippolito Rosselini, así como doce artistas, delineantes y arquitectos. Era la oportunidad ideal para Jean-François de recopilar más inscripciones bilingües de templos egipcios y, por supuesto, de corregir inscripciones que se habían copiado sin ningún cuidado en los

tiempos en que la lectura de los jeroglíficos parecía un sueño imposible. Desembarcaron en Alejandría el 18 de agosto de 1828, la misión fue primero hacia El Cairo, donde contemplaron por primera vez las pirámides. Viajaron entonces hacia el sur, para llegar a Asuán el 4 de diciembre, e internarse después en Nubia para visitar los templos ramésidas excavados en la roca en Abu Simbel. Jean-François, infatigable corresponsal y turista entusiasta, describe sus primeras impresiones para su hermano:

> Aunque sólo fuera por el gran templo de Abu Simbel, valdría la pena el viaje a Nubia: es una maravilla que hasta en Tebas considerarían algo bellísimo. El trabajo que costó esta excavación desafía la imaginación. La fachada está decorada con cuatro estatuas sedentes colosales, de altura no inferior a los dieciocho metros.
>
> Las cuatro, obras de soberbia artesanía, representan a Ramsés el Grande: sus caras son retratos y guardan un parecido perfecto con las imágenes de este rey que hay en Menfis, en Tebas y en cualquier otro lugar. También lo es la entrada; el interior es totalmente digno de visitarse, pero hacerlo supone una ardua tarea. A nuestra llegada la arena y los nubios encargados de trasladarla habían bloqueado la entrada. Hicimos que la despejaran de manera que abrieran un pequeño hueco y tomamos entonces todas las precauciones que pudimos contra la arena que caía, que en Egipto, así como en Nubia, amenaza con sepultarlo todo. Yo iba casi completamente desnudo; sólo llevaba mi camisa árabe y los calzones de algodón, y avancé reptando sobre el estómago hacia el pequeño umbral de una puerta, que, de haber estado despejada, habría medido por lo menos siete metros y medio de alto. Pensé que avanzaba hacia la boca de un horno y, deslizándome hacia el interior del templo, me encontré en una atmósfera a 52 °C de temperatura… Tras pasarme dos horas y media admirándolo todo y haber visto todos los relieves, se impuso la necesidad de respirar un poco de aire puro y me fue necesario volver a la entrada del horno.[27]

Por fin, Jean-François estaba viviendo como un verdadero arqueólogo: calor, arena, moscas, estómago revuelto y todo lo demás. Disfrutaba como nunca, pero su salud empezó a resentirse. Después de dieciocho meses de trabajo de campo, exhausto aunque eufórico, volvió a Francia para completar su magnum opus, su Grammaire égyptienne [Gramática egipcia]. Jean-François Champollion fue nombrado profesor de Arqueología en el College de Francia en marzo de 1831. Su retrato, pintado en 1823, lo muestra como un hombre reflexivo y de aspecto robusto, de elegante cabeza, con cabello rizado y moreno. Pero las apariencias pueden engañar. El 4 de marzo de 1832, Jean-François, que tenía cuarenta y un años y padecía tisis, diabetes, gota, parálisis y tenía enfermos el hígado y el riñon, murió de un ataque al corazón. Quedó para el destrozado Jacques-Joseph la tarea de completar y publicar de forma póstuma su Grammaire en 1836.

Se habían puesto los cimientos, pero aún quedaba mucho trabajo que hacer, y no todo el mundo estaba convencido de los argumentos de Champollion. Armado con el sistema Champollion, el brillante erudito y matemático alemán Karl Richard Lepsius fue capaz de ir más allá, probando sin ningún asomo de duda que Champollion estaba en lo cierto. En 1842 Lepsius encabezó la expedición prusiana a Egipto y Nubia, una misión de reconocimiento patrocinada por Federico Guillermo IV y que se pasaría tres años inspeccionando, copiando, excavando y recogiendo antigüedades, en el transcurso de la cual, por desgracia, se destrozó una columna de la tumba de Seti I con dinamita. Sus resultados se publicarían en el Denkmäler aus Aegypten und Aetheopien [Monumentos de Egipto y Etiopía], la respuesta alemana en doce volúmenes a la Description, obra que todavía utilizan los egiptólogos.

SEGUNDA PARTE

LOS COLECCIONISTAS

EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO XIX… SE DESATÓ UNA ORGÍA DE SAQUEOS, LLEVADOS A CABO, NO EN INTERÉS DE LA CIENCIA, SINO EN PARTE POR VANIDAD Y EN PARTE POR codicia. Cada personaje importante o noble tenía que AÑADIR UNAS CUANTAS CURIOSIDADES DE EGIPTO A SU HETEROGÉNEA COLECCIÓN, PROCEDENTE DE MEDIA DOCENA DE OTRAS TIERRAS, Y ESCULTURAS, INSCRIPCIONES Y PAPIROS DE GRAN VALOR SE VIERON ASÍ INÚTILMENTE DISPERSADOS EN MEZQUINAS COLECCIONES PRIVADAS, UNA VEZ QUE HABÍAN SATISFECHO LA CURIOSIDAD PASAJERA O UN MOMENTÁNEO ESPÍRITU DE EMULACIÓN, SE LES DEJÓ LLENARSE DE POLVO A LO LARGO DE AÑOS Y AÑOS DE ABANDONO, HASTA QUE AL FIN LA FÚTIL VITRINA DE CURIOSIDADES SE DISEMINABA Y SE PERDÍA LA PISTA DE LOS OBJETOS QUE CONTENÍA.

J. Baikie, *A century of excavation in the land of the Pharaohs* (1923)

IV

EL GRAN BELZONI

Giovanni Battista Belzoni, nacido en Padua el 5 de noviembre de 1778, era otro muchacho pobre cuya adolescencia se vio moldeada por la agitación y las incertidumbres de las guerras napoleónicas. Tanto Champollion como Belzoni eran hijos de comerciantes, Champollion de un vendedor de libros, Belzoni de un barbero. Los dos eran excepcionalmente decididos, individualistas pertinaces con una suprema despreocupación por su propio bienestar (y el de sus seres queridos). Los dos tuvieron la suerte de contar con hermanos que los apoyaban y esposas que los entendían. Curiosamente, ninguno de los dos sabía escribir sin faltas de ortografía cuando lo hacían en su lengua materna. Pero ahí acaban las similitudes entre Champollion y Belzoni. Belzoni llegó tarde y por accidente a la egiptología. Adoptado por las clases altas tan afectas a las modas, se convirtió en una leyenda en su época: una leyenda divertida y entretenida, más admirada por sus bellas facciones y su físico impresionante que por sus proezas académicas.

Hoy en día, mientras que a Champollion se lo venera por descifrar los jeroglíficos, normalmente se relega a Belzoni al rango de aventurero, y sus impresionantes logros —y, aunque no estemos de acuerdo con sus aspiraciones y métodos, no podemos negar que estos últimos fueron impresionantes— se tildan de poco más que de astutos trucos de ingeniería. Unos cuantos expertos, Howard Carter entre ellos, se atrevieron a desafiar esa visión más bien malintencionada. Por lo menos para Carter, Belzoni era un héroe, «uno de los hombres más notables en toda la historia de la egiptología», y aunque el relato publicado de sus hazañas era bastante simple, él lo considera «uno de los libros más fascinantes en toda la historia de la literatura sobre Egipto».[28] La que sigue es la historia de Belzoni. El lector tendrá que sacar sus propias conclusiones.

Lo primero que le chocaba a la gente de Belzoni era su estatura: medía al menos dos metros diez según sus intimidados contemporáneos, aunque parece probable que, como miraban para arriba, exageraran un poco. No hay duda de que era varios centímetros más alto que su hermano, Francesco, del que se sabe que medía «sólo» 1,86 metros. Los hermanos debían de parecer

asombrosos en una época en que la altura media de un inglés rondaba probablemente el metro sesenta. Tan extraordinaria altura iba acompañada de una fuerza casi sobrehumana. Giovanni estaba dotado de unos hombros anchos y poderosos, y brazos largos y musculosos y, como demostró una vez tras otra en la pista del circo, era capaz de cargar con doce hombres formando una pirámide humana, algo de lo más apropiado dada su futura carrera. Georges Depping, que conocía bien a Belzoni, lo describió como «de colosal estatura, de constitución hercúlea. Tenía los hombros anchos, la cabeza cubierta de cabello largo y sus facciones eran delicadas»[29]. Sus retratos y carteles, algunos de los cuales lo muestran como un estereotipado forzudo de circo y otros como un potentado oriental, vestido con prendas holgadas y turbantes, confirman que era moreno y bien parecido, de cabello espeso, profundos ojos azules, mirada de superioridad y, de vez en cuando, barba poblada y bigote.

> Mi lugar natal es la ciudad de Padua: procedo de una familia romana que ha residido allí durante muchos años. La situación y los problemas de Italia en 1800, de sobra conocidos para que se requiera un comentario por mi parte, me obligaron a marcharme, y desde entonces he visitado diversos lugares de Europa, y sufrido diversas vicisitudes…[30]

A los dieciséis años, Giovanni abandonó la barbería de Padua para irse a Roma en busca de fortuna. No estamos seguros de qué hacía para ganarse la vida; según distintas fuentes, estuvo estudiando hidráulica y preparándose para entrar en un monasterio capuchino, pero lo que sí sabemos es que seguía en Roma, y todavía era pobre, en 1797, cuando la ciudad fue tomada por los franceses. Giovanni, que no tenía ningún interés en que lo reclutaran para el ejército invasor, puso pies en polvorosa. Primero viajó solo a París. Entonces, con su hermano Francesco, se puso en camino hacia Holanda para aprender la ciencia de la hidráulica de los holandeses. Al final los hermanos llegaron a Inglaterra, donde no tardaron en encontrar empleo en el teatro de verano Sadlers Wells, trabajando junto a estrellas como Joe Grimaldi el payaso, Jack Bologna el arlequín o míster Bradbury, que hacía una curiosa actuación con un cerdo vivo. Había nacido el Sansón de la Patagonia, un forzudo sin parangón. En 1803 Belzoni actuaba en una barraca de la Bartholomew Fair, Smithfield, donde la pirámide humana cosechó una vez más el aplauso de las masas. Le siguieron años de gira por provincias, con Belzoni actuando en teatros de toda Inglaterra, no sólo levantando pesos, sino también actuando, haciendo magia, llevando a cabo ilusiones ópticas e incluso tocando la armónica de cristal. Años más tarde prefirió olvidar ese no muy digno

capítulo de su vida y lo excluyó de su autobiografía, pero podemos seguir la pista de su carrera gracias a viejos carteles y periódicos de la época. Estuvo en un circo en Londres; en un teatro de Perth, en que pese a su marcado acento italiano interpretó a Macbeth; en Plymouth, donde una vez más levantó pirámides humanas, y en Edimburgo, donde hizo gala de gran valor, aunque algunos dirían de estupidez, al actuar junto a un oso de carne y hueso. En algunos teatros ofrecieron el espectáculo que estuvo más de moda: «La sorprendente exhibición de hidráulica» de Belzoni. Para entonces se había casado con Sarah Banne, una irlandesa o inglesa de origen incierto. Satisfecha de apoyar a su marido en todos sus planes (como era de baja estatura, en ocasiones apareció en lo alto de la pirámide humana, ondeando una bandera), satisfecha con llevar una vida ambulante y sin hijos, satisfecha con vivir sola cuando era necesario, y totalmente capaz de irse por su cuenta a correr sus propias aventuras, Sarah era la esposa perfecta para el forzudo de la Patagonia.

La pequeña familia Belzoni, Giovanni, Sarah y un criado irlandés, el adolescente James Curtin, estaba inquieta. Nueve años en Inglaterra habían sido suficientes y la Europa continental, pacífica una vez más, los atrajo. Cruzando el canal de la Mancha, viajaron por Portugal, España y Sicilia, para acabar instalándose seis meses en Malta, a la sazón en las firmes manos inglesas. Intervino entonces el destino, y el curso de la egiptología se alteró de manera irreversible cuando Belzoni fue presentado al capitán Ishmael Gibraltar.

El capitán era el agente del pachá Mohammed Alí, el antiguo mercenario de origen albano al que los turcos habían confirmado como gobernador general de Egipto. Tras años de descontento popular, el despiadado Mohammed Alí había eliminado con éxito a los mamelucos que quedaban, en una campaña que culminó en 1811, cuando quinientos líderes mamelucos fueron cercados y masacrados en la ciudadela de El Cairo. Egipto estaba de nuevo en paz e impaciente por restablecer las relaciones con Occidente. Los turistas eran bienvenidos oficialmente; aquellos con habilidades para transformar el Egipto medieval en una nación moderna e industrializada todavía más. El capitán tenía órdenes de buscar ingenieros europeos a los que les tentara trabajar en Egipto, y parece que el pachá, como soberano de un país seco, estaba interesado de modo especial en adquirir nuevos aparatos para extraer agua que pudieran utilizarse junto al tradicional sakkiya (pozo de agua), para así extender la fértil franja de tierra que discurría junto al Nilo.

Belzoni, que ya estaba interesado en la hidráulica, percibió una oportunidad de negocio demasiado buena para desaprovecharla. Así le entró el gusanillo.

El 19 de mayo de 1815 los Belzoni abandonaron Malta rumbo a Egipto, devastado por la peste. Tras un período de cuarentena en Alejandría, no tardaron en encontrarse viviendo en una destartalada casa en El Cairo. Desde allí emprendieron los viajes usuales hacia los lugares de interés. Hubo un placentero viaje a Guiza, para subir hasta la Gran Pirámide y entrar a gatas en ella, y un viaje a Saqqara para ver la pirámide escalonada e inspeccionar las catacumbas de animales; pero por entonces no existía en Belzoni un irresistible interés por las antigüedades egipcias, como su propio relato sobre esos días nos confirma:

> A pesar de que mi interés principal en ese momento no eran las antigüedades, no pude resistirme a ir a ver la maravilla del mundo, las pirámides… Fuimos allí a dormir, para poder subir a la primera pirámide bastante pronto, por la mañana, para ver la salida del sol; y en consecuencia estábamos en su cumbre mucho antes del alba. El panorama es magnífico y grandioso, más de lo que se puede describir; una niebla sobre las llanuras de Egipto formó un velo que ascendió y descendió de forma gradual a medida que salía el sol para revelar esa maravillosa tierra, la que un día fuera emplazamiento de Menfis. La vista en la distancia de las pirámides más pequeñas del sur delimitaba la extensión de la vasta capital; mientras que el solemne e inacabable espectáculo del desierto nos inspiraba una gran reverencia por el Creador Todopoderoso. Las fértiles tierras del norte, con el serpenteante curso del Nilo, descendiendo hacia el mar; el lujoso aspecto de El Cairo y sus numerosos minaretes, al pie del monte Mokatam, hacia el este; la preciosa meseta que se extiende desde las pirámides a la ciudad; el Nilo, que fluye magnífico a través del centro del valle sagrado y los espesos bosquecillos de palmeras bajo nuestros ojos; todo formaba una escena de la que pueden ofrecerse una idea muy imperfecta con la más elaborada descripción. Descendimos para admirar a cierta distancia el asombroso pilar que se erguía frente a nosotros, compuesto de tal cantidad de enormes bloques acumulados que quedé desconcertado al tratar de conjeturar cómo podrían haberlos llevado hasta allí, y en ese momento entramos en la pirámide: pero debo reservar para otra ocasión la descripción más minuciosa de esta maravillosa obra.[31]

Si Belzoni tuvo poco interés en los monumentos que lo rodeaban, hubo muchos que sí lo tuvieron. Los soldados de Napoleón habían situado, de forma bastante literal, Egipto en el mapa. Ahora todo el mundo sabía qué placeres esperaban al sur de El Cairo y, como el Nilo era más o menos seguro, muchos estaban impacientes por contemplar esas maravillas por sí mismos. Egipto se había unido al «gran tour», y un pequeño pero persistente goteo de europeos en busca de emocionantes aventuras puso rumbo al sur, para navegar en barcas indígenas, dormir en tiendas, vestir prendas autóctonas y

volver a casa para publicar guías de viajes largas, poco precisas y muy populares. En la mayoría de los casos volvían a casa con *souvenirs*.

Mohammed Alí no tenía interés en las enormes piedras talladas que estaban diseminadas por su tierra. Interesado en modernizar, en mirar adelante y no hacia atrás, no tenía inconveniente en continuar la tradición de siglos de derribar y reutilizar los monumentos. También estaba encantado de regalarlos o venderlos a cualquiera que pudiera organizar su exportación. Las antigüedades se estaban convirtiendo en un gran negocio y un selecto grupo de empresarios europeos eran los suministradores de un mercado en auge. Muchos de estos suministradores eran diplomáticos, con la misión de obtener antigüedades que adornaran sus museos nacionales. De forma menos oficial, pero también perfectamente legal, estaban los coleccionistas privados, que competían por las mejores piezas.

Un diplomático que estaba muy metido en el mundo del coleccionismo era Bernardino Drovetti, nacido en el Piamonte. Era un antiguo oficial del ejército francés que fue durante dos períodos cónsul general de Francia (1810-1815 y 1820-1829) y que, al gozar de la confianza del pachá, jugaría un importante papel en la modernización del ejército de Mohammed Alí. Drovetti contrató a grupos de trabajadores de forma permanente para la búsqueda y rescate de antigüedades, y no fue reacio a dirigir alguna que otra excavación en persona. El fruto de su trabajo forma ahora la base de las colecciones egipcias de Turín, París y Berlín. Al principio era buen amigo de los Belzoni, pero sería casi inevitable que Drovetti, que profesaba una intensa lealtad hacia Francia, se convirtiera pronto en un rival. El grupo de los Belzoni, marido, mujer y criado, viajaba con pasaporte inglés y era obvio que su lealtad era hacia Inglaterra.

De inmediato Belzoni concertó una entrevista con el pachá, o el «Bashaw» como él lo llamaba, para explicarle su proyecto sobre un nuevo y muy eficaz pozo de agua. Sabía que no había tiempo que perder. El gobierno británico ya había presentado ante el pachá un artilugio mecánico para subir el agua, una máquina que, según se rumoreaba, había costado la increíble suma de diez mil libras esterlinas. Por suerte, habían olvidado llevar a un ingeniero con su regalo, y no había nadie en Egipto que pudiera hacerlo funcionar correctamente. O quizá, como el propio Belzoni sospechaba, los ingenieros egipcios fingían encontrar la máquina menos eficaz de lo que prometía porque les preocupaba que se perdieran empleos. El 15 de julio de 1815 Belzoni puso rumbo a palacio, a lomos de un burro, a través de las

abarrotadas calles de El Cairo. Pero no se produjo el encuentro. Por el camino se encontró con un oficial turco que, si ninguna provocación, arremetió contra el gran «Frank» (término común para describir a los europeos), para hacerle un tajo en la pantorrilla hasta el hueso. Como cuenta la víctima, fue un incidente dramático:

> Las cimitarras de los turcos, que son como palas, tienen un filo muy cortante; y uno de los extremos me alcanzó en la pantorrilla y arrancó un trozo de carne de forma triangular, de tres centímetros de ancho y bastante profundo. Tras esto, me lanzó dos o tres improperios y se marchó como si nada hubiese pasado. La sangre manó copiosamente… Me llevaron a mi casa en Boolak, donde permanecí bajo tratamiento durante treinta días, antes de poder mantenerme en pie.[32]

Cuando al final se produjo la pospuesta cita, el pachá, tras interesarse con educación por la cojera todavía obvia de Belzoni, accedió a inspeccionar la maravillosa máquina para extraer agua, que al parecer sacaría tanta agua con un buey como la que un sakkiya podía sacar con cuatro. A partir de ahí lo único que tenía que hacer el supuesto experto en hidráulica era construirla.

Por suerte, Mohammed Alí estaba dispuesto a pagarle veinticinco libras esterlinas al mes a su nuevo ingeniero (pagaderas en moneda española), y eso era más o menos suficiente para mantener a la pequeña familia. Durante un año Belzoni trabajó en secreto en su artilugio, hasta que en diciembre de 1816 estuvo terminado. Diseñado según el principio de una grúa que un solo buey podía mover, el prototipo del pozo se le mostró al pachá en el jardín de una casa de su propiedad en Shubra, a las afueras de El Cairo. Junto al nuevo pozo se montaron seis sakkiyas para poder comparar su rendimiento. Todo fue de maravilla. La nueva máquina funcionó espléndidamente y todo el mundo estuvo de acuerdo en que su rendimiento era al menos como el de cuatro sakkiyas. Pero eso no contentó a todo el mundo. Una mayor producción derivaría en un mayor número de desempleados, y había muchos que creían que el interés del pachá por la modernización había llegado demasiado lejos. Ese descontento no manifestado puede ayudar a explicar lo que ocurrió a continuación. Mohammed Alí, gran bromista, decidió comprobar qué ocurriría si reemplazaba el buey por quince hombres. Un grupo se precipitó hacia la rueda, el joven James Curtin incluido. Los hombres corrieron, el pozo giró, el agua salió y todo el mundo prorrumpió en vítores. Entonces, tras una señal acordada, los hombres saltaron para soltar la rueda, dejando a James solo. No pesaba lo suficiente para hacer que la máquina siguiera girando y salió despedido y se rompió el fémur. Sólo la enorme fuerza de Belzoni impidió que su criado quedara aplastado bajo la rueda. Eso, por supuesto, se

consideró signo de mal augurio. Era evidente que la nueva máquina era muy peligrosa, y nunca se podría utilizar. Ciovanni había perdido su gran oportunidad de hacer negocio. Y los Belzoni se encontraron sin un céntimo y sin trabajo en una tierra extranjera.

Sólo existía una posibilidad de empleo. Belzoni ya había conocido al explorador suizo Johann Ludwig Burckhardt, y disfrutado mucho de su compañía. Burckhardt, al que también se conocía por su nombre anglicano, John Lewis, había sido uno de los primeros europeos en recorrer todo Egipto, pasando por la primera catarata del Nilo, en Asuán, para adentrarse en Nubia, donde había descubierto los dos templos ramésidas perdidos de Abu Simbel. Su hazaña más reciente, y también la más impresionante, había sido una osada peregrinación a La Meca y Medina. Disfrazado del jeque musulmán Ibrahim, puede que Burckhardt fuera el primer europeo que visitara estos sagrados santuarios y viviera para contarlo. Ya estaba planeando su nueva aventura, un viaje en caravana a través del Sáhara hasta Tombuctú. En ese momento, mientras se recuperaba de un brote de fiebres en El Cairo, habló con Giovanni y Sarah, extasiándolos con largos relatos de aventuras y ruinas enterradas en la arena. En particular, les habló de la hermosa y enorme cabeza de piedra tallada que yacía abandonada en un templo remoto y en ruinas en la ribera occidental del Nilo, en Gurna, frente a la moderna Luxor (la antigua Tebas).

En 1275 a. C. el rey de la XIX dinastía Ramsés II se hizo construir un espléndido templo mortuorio, una «mansión de millones de años». Este templo, al que los griegos llamaron el Memmonium o la Tumba de Ozymandias (siendo Ozymandias una corrupción del nombre oficial Usermare Setepenre Ramessu Meryamen), hoy en día es más conocido como el Ramesseum. En él, el divino y difunto Ramsés, unido para siempre con el dios Amón, podría ser adorado durante toda la eternidad. Por desgracia, el templo no duró tanto como Ramsés esperaba, y para cuando Burckhardt lo visitó era una ruina devastada por un terremoto. Tras una impresionante puerta de entrada o pilón se hallaban dos salas hipóstilas al aire libre. La primera estaba dominada por el colosal Rey de Reyes, una estatua sedente (ahora derrumbada) que había impresionado mucho a Diodoro Sículo:

> Junto a la entrada [al templo] hay tres estatuas, cada una esculpida en una única roca de piedra negra de Syene. Una de ellas, que está sentada, es la más grande de Egipto: sólo un pie mide más de seis codos… no es únicamente por su tamaño por lo que esta obra merece aprobación. Es también maravillosa por su calidad artística y excelente por la naturaleza de su piedra, ya que en un bloque de semejante

> tamaño no puede verse ni una sola grieta o imperfección. La inscripción que hay en ella dice «Yo soy rey de reyes, Ozymandias. Si alguien quiere saber cuán magnífico soy y dónde yazgo, que intente superar una de mis obras».[33]

Más allá de la enorme estatua caída, una rampa lleva al segundo patio, donde el pórtico oriental y el occidental estaban flanqueados por colosales estatuas de Ramsés con la figura del dios momificado de los muertos, Osiris. Allí se halla la destrozada estatua a la que los exploradores bautizaron como Memnón el Joven en honor al joven hijo de Eos y Titón, que, según cuenta Homero, fue asesinado por Aquiles. La estatua de Memnón el Joven era uno de los dos colosos destrozados de Ramsés, más pequeña que el enorme Rey de Reyes, pero bastante mayor que el tamaño natural. Su bellamente esculpida cabeza y la parte superior del torso ya habían llamado la atención y se la consideraba «con certeza la pieza más bella y más perfecta de escultura egipcia que puede verse en todo el país»[34]. La otra estatua, otrora igual de hermosa, tenía ahora una cara desfigurada y en esencia no valía nada.

Burckhardt ya le había pedido permiso a Mohammed Alí para regalarle la estatua de Memnón el Joven al príncipe regente. El pachá, sin ver valor alguno en la piedra tallada, se había extrañado ante la petición, pero se mostró de acuerdo enseguida. Quedaba el problema de transportar la cabeza a Londres, pero era enorme y Burckhardt no sabía cómo proceder. Las tropas de Napoleón ya habían intentado llevarse la estatua de Memnón el Joven, pero habían fracasado debido a su envergadura y a los nativos, nada dispuestos a cooperar en un ejercicio sin ningún sentido. De casi tres metros y esculpida en granito, la estatua pesaba unas siete u ocho toneladas. Ingenieros franceses habían calculado que sería posible separar la cabeza del indeseado torso utilizando pólvora, pero tras hacer un agujero en el hombro derecho habían, por suerte, abandonado el plan, dándose cuenta, tal vez, de que la pólvora podía dañar el rostro. Belzoni le ofreció entonces a Burckhardt ir a buscar la cabeza por él. Burckhardt accedió entusiasmado y, ya que no se podía permitir pagar el transporte de su bolsillo, los dos visitaron al cónsul general inglés, Henry Salt.

Del mismo modo que Drovetti tenía instrucciones de conseguir antigüedades para Francia, Salt estaba autorizado a hacerse con ellas en beneficio del Museo Británico. En concreto, se tenía la esperanza de que pudiera hallar la pista de los trozos perdidos de la piedra Rosetta, trozos que, Dios no lo permitiera, ¡podían caer en manos francesas! Salt era un antiguo pintor de retratos con verdadero interés por la egiptología; dirigió sus propias

excavaciones y más tarde publicaría un monográfico sobre los jeroglíficos. Pero era relativamente pobre y no se podía permitir contratar un equipo permanente de excavadores como su homólogo Drovetti. La estatua de Memnón el Joven, sin embargo, era una pieza demasiado tentadora para perderla. Belzoni lo persuadió de que era el mejor para ese trabajo y no tardó en verse contratado para transportar la cabeza de Ramsés desde Luxor a Alejandría. A Salt no le preocupó saber con exactitud quién era Belzoni, si es que pensó en ello en algún momento. Su propio relato sugiere que veía a Belzoni como un mero empleado:

> El señor Belzoni tendrá la bondad de llevar un registro separado de los gastos provocados por este traslado, los cuales, al igual que sus otros gastos, serán reembolsados con mucho gusto; ya que, por lo que sabemos del carácter de Belzoni, estamos seguros de que serán tan razonables como lo permitan las circunstancias.[35]

Salt, sin faltarle razón, dio por sentado que los objetos recogidos por su nuevo agente pasarían a ser de su propiedad y podría disponer de ellos como le pareciera. Belzoni, un hombre orgulloso y sensible que había evitado durante toda su vida los empleos convencionales, veía las cosas de forma muy diferente. Consciente de su propia pericia, se consideraba un especialista independiente más que un empleado. Aunque le hacía bastante feliz trabajar para el Museo Británico, no tenía ningún deseo de que lo vieran trabajando por encargo de Salt, ya que eso lo convertiría en poco más que un criado. Además, quería el reconocimiento por sus propios descubrimientos. Puede que fuera una reminiscencia de la inseguridad de sus días en el escenario, pero le preocupaba que Salt recibiera la publicidad que creía que le correspondía a él. Quizá algún día tendría que depender de la publicidad generada por su trabajo en Egipto. Al final, se reservó el derecho de hacerse su propia colección mientras trabajaba para o con otros. Para Belzoni, se trataba de una cuestión de tal importancia que dedicó una parte considerable de su autobiografía a explicar su postura:

> Se ha escrito erróneamente que me empleó el señor Salt, el cónsul general de su Británica Majestad en Egipto, con el propósito de llevar el colosal busto desde Tebas hasta Alejandría. Yo niego categóricamente que jamás estuviera contratado por él de una manera u otra, ni de palabra ni por escrito, pues cuento con pruebas que demuestran lo contrario. Cuando ascendí por el Nilo, la primera y la segunda vez, lo único que tenía en la cabeza es que estaba buscando antigüedades para que se exhibieran en el Museo Británico; y es natural suponer que no habría realizado estas excursiones de haber sido consciente de antemano de que todo lo que encontrara sería para beneficio de un caballero al que nunca había tenido el placer de ver en toda mi vida.[36]

Giovanni alquiló un barco barato, compró cuerda y madera y, el 30 dejunio de 1817, zarpó junto a la paciente Sarah, el renqueante James y un intérprete con una desafortunada afición por la bebida. El viaje fue placentero, y había mucho tiempo para parar y disfrutar de las vistas y monumentos por el camino. Tres semanas más tarde llegaron a Luxor y levantaron un campamento en las ruinas del Ramesseum. Por suerte, como nos cuenta Belzoni, «la señora Belzoni a estas alturas ya se había acostumbrado a viajar y las comodidades le eran tan indiferentes como a mí».

Belzoni se dio cuenta de que tenía que actuar deprisa si quería mover la cabeza antes de la crecida anual que provocaba que el Nilo se desbordara y anegara los caminos. En circunstancias normales el transporte en barco era una buena idea: los antiguos egipcios habían excavado canales para llevar sus estatuas directamente desde la cantera, a través del Nilo, hasta sus templos. Pero Belzoni no tenía los recursos para excavar un canal que uniera el Ramesseum con el Nilo, y calculó que la crecida de las aguas, aunque impidiera el uso de los caminos, no tendría el suficiente caudal para que un barco fuera capaz de transportar la cabeza. Lo último que deseaba era que el barco, y la cabeza, se quedaran encallados en Gurna durante tres meses. Así que decidió arrastrar la cabeza hasta el río. Con dificultades considerables, se reclutó un equipo de trabajadores. Mientras que el cabecilla local estaba decidido a rescatar la cabeza para los hombres de Drovetti e hizo todo lo que estaba en su mano por entorpecer las cosas a la delegación británica, los propios trabajadores, tras haber observado las antigüedades de los franceses y los ingleses, decidieron que aquella piedra, en apariencia nada valiosa, debía de estar rellena de oro y, como es natural, se mostraron reacios a que tan precioso trofeo abandonara Gurna. Al final una mezcla de tacto, diplomacia, sobornos y tratos se mostró eficaz, y se pusieron manos a la obra.

Se alzó la cabeza por medio de palancas de madera y un trineo de madera o tabla se deslizó debajo. Entonces, un equipo de ochenta hombres deslizó la tabla hacia adelante sobre cuatro rodillos de madera; no fue una tarea fácil. El Ramesseum era una completa ruina, y la carretilla improvisada tenía que sortear arena y paredes de piedra del caído Ozymandias, que yacía derrocado de su trono bloqueando la entrada al segundo patio. Los obreros, trabajando bajo el calor de un agosto de Ramadán, estaban hambrientos y sedientos, cansados y eran conflictivos. James Curtin no podía soportar el clima y hubo que enviarlo de vuelta a El Cairo. El propio Belzoni, no habituado al intenso sol y vestido con ropa europea poco apropiada, sufría terriblemente:

> El 28 [de julio]… al atardecer me encontraba mal: me fui a descansar pero mi estómago rechazó todo alimento. Empecé a convencerme de que existe una gran diferencia entre viajar en barco, con todo lo que se pueda desear en él y sin nada que hacer, y asumir una operación que requiere mucho esfuerzo para dirigir a un grupo de hombres que, desde el punto de vista de la destreza, no son mejores que animales, y estar expuesto al sol abrasador de aquel país de la mañana a la noche.
>
> Al día siguiente, el 29, fui incapaz de tenerme en pie… me pasé todo el día muy enfermo; mi estómago rechazaba casi todo alimento.
>
> El día 9 [de agosto] tenía tal mareo que no podía levantarme. Me salió tanta sangre de la nariz y la boca que fui incapaz de proseguir con la operación; por lo tanto la pospuse para el día siguiente.[37]

En futuras expediciones se vestiría como los nativos, con prendas frescas, largas y holgadas. Sólo Sarah se encontraba bien; ella también iba vestida de forma muy poco apropiada; pero, como pasaba los días con las mujeres del lugar, podía encontrar refugio del sol en el frescor de las antiguas tumbas excavadas en la ladera de la montaña.

Sesenta días más tarde, la estatua de Memnón el Joven había recorrido tres kilómetros extenuantes y había alcanzado la orilla del Nilo. Allí reposaba, protegida por una recia tapia de adobe mientras esperaba un barco lo bastante grande para llevarla al norte. Con la tarea cumplida y la salud recuperada, Belzoni tuvo tiempo para relajarse y explorar los alrededores. En el valle de los Reyes fue a inspeccionar el sarcófago de granito rosa de Ramsés III. La tumba de Ramsés III, la «tumba de los Arpistas» de Bruce se había descubierto medio siglo antes y estaba abierta a todo aquel que quisiera visitarla. Pero los guías locales no condujeron a Belzoni a través de la entrada de la tumba, sino a través de un «agujero» caluroso y oscuro que llevaba a una madriguera de caminos laberínticos y sinuosos, donde sudó profusamente mientras aplastaba montones de huesos humanos:

> Antes de entrar en la cueva nos quitamos gran parte de la ropa y, cada uno con una antorcha, avanzamos a través de una cavidad en la roca… En algunos pasadizos nos vimos obligados a arrastrarnos por el suelo, como cocodrilos. Me di cuenta de que estábamos a mucha distancia de la entrada y de que el camino era tan intrincado que yo dependía por completo de los dos árabes para volver a salir de allí… Los árabes tenían la intención de mostrarme el sarcófago sin permitirme ver el camino por el que podría sacarse, y entonces fijar un precio por el secreto.[38]

A Belzoni no le tomaron el pelo mucho rato. Es más, cuando uno de los presuntos estafadores se cayó en un hoyo y se rompió la cadera acabó dirigiendo la operación de rescate. En realidad el sarcófago reposaba cerca de la entrada de la tumba y su tapa, decorada con la imagen del difunto rey sostenido por las diosas Isis y Nephthys, estaba separada y yacía oculta bajo

varias capas de barro y escombros. Drovetti había intentado sacar el sarcófago, pero fracasó. Para entonces Henry Salt reivindicaba como suyo el sarcófago, mientras que el propio Belzoni reclamaba para sí la propiedad de la tapa. En última instancia, y de manera muy poco satisfactoria, se expondría la tapa en el museo Fitzwilliam, en Cambridge, mientras que su base se vendió al museo del Louvre.

La estatua de Memnón el Joven seguía en la orilla del río, esperando su barco. Los Belzoni, sin embargo, iban a navegar hacia el sur. Movidos por el relato de Burckhardt sobre los templos perdidos de Abu Simbel, habían decidido visitar la segunda catarata.

El río llevó a los Belzoni más allá de los emplazamientos de Esna, Edfu, Kom Ombo y Asuán, donde Sarah, la primera mujer europea que viajaba tan lejos en muchos siglos, hizo una visita de cortesía a las dos esposas del gobernante local. En sus propias memorias, El relato banal de la señora Belzoni sobre las mujeres (obra que constituye una lectura fascinante y en ningún caso banal), publicadas como un apéndice al trabajo más extenso de su marido, nos cuenta cómo bebió café y fumó de una pipa de agua, dos lujos negados a las dos esposas, y cómo las dos damas se maravillaron ante su extraña ropa europea.

> Primero se fijaron en mi sombrero y mi pelo; en mi fular de seda negra, que codiciaron muchísimo; a continuación, en los botones de mi chaqueta: nada conseguía persuadirlas de que en ellos no había dinero escondido. Desabroché uno, para convencerlas de lo contrario; en apariencia eso no las dejó satisfechas, pues, como juzgaban por el rasero de sus propias costumbres, pensaron que el botón se había puesto allí a propósito para engañar. En verdad creo que si no hubiese entrado el hombre [el soberano esposo de las dos mujeres] se habrían puesto muy pesadas. No obstante, aprendí lo suficiente en esa mi primera visita para comportarme en el futuro, para aparentar mayor grado de importancia ante otras mujeres con las que quizá tendría que tratar; pues al mostrarme cordial con ellas, como consecuencia de que ignoraba su carácter, se aprovecharon de ello.**[39]**

En Filé se detuvieron para comer al aire libre y examinaron con interés el obelisco caído de granito rojo que se irguió una vez ante el templo grecorromano dedicado a Isis. Belzoni pensó que el obelisco podría trasladarse, pero ése no era el momento. Puso rumbo a Abu Simbel.

A comienzos de su reinado, Ramsés el Grande había construido dos templos impresionantes en la ribera oeste del Nilo, en Abu Simbel, Nubia, a unos sesenta y cinco kilómetros al norte de la segunda catarata. Abu Simbel era un lugar remoto que carecía tanto de un asentamiento digno de mención

como de cementerio, y podemos suponer que Ramsés se inspiró en la geografía local, que le permitía horadar los farallones de arenisca que estaban dispuestos en ángulo el uno respecto al otro de tal modo que, dos veces al año, el 20 de febrero y el 20 de octubre, el sol naciente penetraría en la oscuridad de su Gran Templo para iluminar a los dioses que se sentaban en su santuario.

El templo menor de Abu Simbel estaba dedicado oficialmente a una versión local de Hator, el dios de la maternidad, la belleza y la embriaguez, que se identificaba totalmente con la consorte de Ramsés, Nefertari. La fachada muestra seis colosales figuras en pie: dos de Nefertari portando la insignia de Hator y cuatro de Ramsés. El nicho de la parte trasera del santuario contiene la imagen tallada de Hator en forma de vaca, protegiendo a Ramsés, que está bajo su cabeza.

El Gran Templo se dedicó al propio Ramsés. Cuatro colosales estatuas de Ramsés que llevan la doble corona del Alto y Bajo Egipto se sientan junto a la puerta de entrada central, dos a cada lado. La figura del dios tallada encima, sobre la entrada, es más difícil de ver. Ahí se yergue Ra-Herakhty, sosteniendo a la diosa Maat junto a su pierna izquierda, y el jeroglífico que representa a User junto a la derecha, de forma que la imagen del dios se convierte en un rebús (una representación simbólica), en el que puede leerse el nombre de Ramsés entronizado, User-Maat-Ra. Tras la fachada el templo se adentra en el acantilado. La gran sala hipóstila, dividida por dos hileras de pilares con la forma de Ramsés como el dios momificado Osiris, está decorada con escenas del victorioso rey mostrando sus triunfos terrenales ante los dioses. La sala hipóstila interior muestra a Ramsés como un rey divino. En la penumbra del santuario, más allá de la segunda sala hipóstila, se sientan cuatro dioses: Ptah de Menfis, Amón Ra de Tebas, Ra-Harakhty de Heliópolis y, sentado entre Amón y Ra, el propio Ramsés. Por desgracia, durante el año treinta del reinado de Ramsés, el Gran Templo sufrió daños por un terremoto. La jamba de la puerta norte se derrumbó, el coloso que quedaba al norte de la entrada perdió un brazo y el coloso que quedaba al sur perdió el torso.

El culto en Abu Simbel sobrevivió al reinado de Ramsés, pero al final los sacerdotes se marcharon y el templo quedó abandonado. Sin prisa pero sin pausa, las fachadas del templo se fueron ocultando tras la arena llevada por el viento. Cuando los soldados griegos visitaron el Gran Templo en el siglo VI garabatearon sus grafitos por encima del nuevo nivel de tierra, justo por debajo de la rodilla del coloso meridional, junto a la entrada. Cuando

Burckhardt redescubrió el lugar en 1813, los templos estaban ocultos bajo una tremenda montaña de arena. Cómo no, los lugareños creyeron que el Gran Templo estaba repleto de tesoros. ¿Por qué, si no, venían tantos europeos a visitarlo? Muchos europeos, en cambio, creían que no existía templo alguno bajo la impresionante fachada esculpida. Belzoni no estuvo de acuerdo. Sabía que había un templo oculto bajo la arena.

Bernardino Drovetti ya había hecho una visita para formarse un juicio sobre los templos de Abu Simbel, pero no logró despejar la entrada de arena. Animado por la idea del fracaso de su rival, Belzoni se puso manos a la obra. Empleó a cuarenta obreros y levantó una empalizada de madera para contener la arena, lo que constituyó un buen comienzo. Pero, todavía lejos de conseguir despejarla por completo, tuvo que detener el trabajo. Se estaba quedando sin dinero, la obra estaba durando más de lo que había previsto y necesitaba llevarle la estatua de Memnón el Joven a Salt.

Durante el viaje de vuelta se detuvieron de nuevo en Filé, donde Belzoni identificó las piezas que quería y pagó por ellas: el obelisco caído y una serie de bloques decorados que se cortarían en losas para facilitar el transporte:

> Cuando el Aga [el jefe local] y el Reis [jefe de obra] acudieron, llegué a un acuerdo con ellos para que bajaran el obelisco hasta la catarata; pero como no había barcos disponibles, no podría llevarse a cabo la operación durante aquella estación. El obelisco mide casi siete metros de alto por sesenta centímetros de ancho en la base, de manera que requería un barco bastante grande para trasladarlo. Se acordó, y quedó perfectamente claro, que yo tomaba posesión de ese obelisco en nombre del cónsul general de su alteza británica en El Cairo; y le di cuatro dólares al Aga para que pagara a un vigilante hasta mi vuelta…
>
> Los bloques de piedra, que medían doce metros de largo por tres y medio de ancho, eran doce en total. Cuando los pusimos juntos en el suelo formaron un hermoso grupo compuesto por el gran dios Osiris sentado en su silla, con un altar frente a sí, recibiendo regalos de sacerdotes y figuras femeninas, todo ello rodeado de flores y jeroglíficos. Los bloques medían un metro diez de largo y noventa centímetros de ancho; pero como tenían setenta centímetros de grosor, eran demasiado voluminosos para embarcarlos enteros. Como podían cortarse con facilidad porque eran de arenisca, llegué a un acuerdo para que, por cien piastras, los cortaran en trozos de veinte centímetros.[40]

De vuelta en Luxor y cuando aún estaban esperando un barco para transportar la cabeza a El Cairo, Belzoni encontró tiempo para excavar en las ruinas del templo de Karnak. En el recinto dedicado a la diosa Mut, esposa del dios Amón, encontró un escondrijo de cinco estatuas que representaban a la diosa Sekhmet, de cabeza de león, así como una estatua de cuarcita blanca de Seti II. En la ribera oeste, en un ramal del valle de los Reyes, descubrió la

tumba saqueada de Ay, sucesor de Tutankhamón (WV23). Para que no quedara ninguna duda de su descubrimiento, talló su propia inscripción sobre la entrada: Descubierta por Belzoni en 1816. Había llegado el momento de cargar la cabeza en un barco y zarpar hacia el norte.

Seis meses después de su partida de El Cairo, Giovanni Belzoni depositaba la estatua de Memnón el Joven en un almacén de Alejandría. Le pagaron cien libras por las molestias. La cabeza continuó su viaje hasta el Museo Británico, que por aquel entonces ocupaba la casa Montague, lamentablemente abarrotada. Hubo algunas discusiones sobre si debería colocarse en el patio, pero preocupó el efecto que el clima inglés pudiera producir en la roca pulida, y al final se colocó a la vista del público en la sala egipcia. La llegada de la estatua causó cierta sensación y la galería se llenó de inmediato con la flor y nata de la sociedad. Entre ellos se hallaba el poeta Percy Bysshe Shelley, que en 1817 publicaría su poética impresión del otrora poderoso Ramsés. Shelley, consumado erudito clásico, estaba sin duda influido por Diodoro Síc ulo.

OZYMANDIAS

Hallé a un viajero que venía de una tierra antigua
Y que dijo: Dos piernas de piedra enormes y rotas
Se erigen en el desierto. Cerca de ellas, en la arena,
Medio enterrado, yace un rostro destrozado, de enojados
Y fruncidos labios, y despectiva mueca de fría superioridad.
Cuentan que su escultor interpretó bien esas pasiones
Que aún sobreviven, plasmadas en estos objetos sin vida,
La mano que las ridiculizó, y el corazón que las alimentó,
Y en su pedestal aparecen estas palabras:
«¡Mi nombre es Ozymandias, rey de reyes:
Contempla mis obras, tú el Poderoso, y pierde toda esperanza!»
Nada queda de todo esto. Alrededor de las ruinas
De este colosal hundimiento, infinitas y desnudas,
Solitarias y uniformes, las arenas se extienden a lo lejos.

V

LOS BUSCADORES DE TESOROS

Henry Salt estaba ansioso por que su nuevo «empleado» ayudase al aventurero italiano Caviglia en su exploración de los misterios de la Gran Pirámide de Guiza, pero Belzoni tenía otros planes. El gran templo cubierto de arena de Abu Simbel lo llamaba, y él estaba decidido a dirigirse de nuevo hacia al sur. Su segundo viaje por el Nilo empezó el 20 de febrero de 1817. Esta vez Sarah prefirió quedarse con unos amigos en El Cairo y James Curtin, sensible al calor, se quedó con ella. En su lugar fueron el secretario de Salt, el talentoso artista Henry Beechey y el agente e intérprete de Salt, el coleccionista griego Giovanni d'Athanasi (conocido en su propia lengua como Yanni Athanasiou). Un egipcio cocinaba y un soldado turco completaba el grupo.

La intención de Belzoni era la de empezar la temporada dirigiendo más excavaciones en el recinto del templo de Mut en Karnak, donde albergaba grandes esperanzas de encontrar más estatuas; pero, al llegar a Luxor, se encontró con los agentes de Drovetti excavando afanosamente en «su» yacimiento y sacando «sus» preciados hallazgos. Frustrado, dejó un pequeño grupo de hombres excavando, y viviendo, en el templo, y dirigió su atención hacia las tumbas no reales que proliferaban en la montañosa ribera oeste:

> Puedo decir sin duda que es imposible ofrecer una descripción que transmita la más ligera idea con respecto a aquellas moradas subterráneas y sus habitantes. En ningún lugar del mundo hay sepulcros como éstos; no hay excavaciones, ni minas, que puedan compararse con estos lugares verdaderamente asombrosos, y no puede ofrecerse una descripción exacta de su interior, debido a las dificultades para visitar estos recovecos. Los inconvenientes para entrar en ellos son tales que no todo el mundo puede soportar el esfuerzo.[41]

Allí, en las espaciosas tumbas de los nobles excavadas en la roca, y en la oscura y atestada «cantera de momias», o catacumbas que albergaban los entierros de los más pobres, Belzoni buscó momias y los papiros enterrados con ellas. Las momias fascinaban a los turistas, pero en realidad no valían nada. Sus papiros —copias ilustradas del Libro de los Muertos, proporcionadas para ayudar a los difuntos a sortear las tribulaciones en la otra

vida— eran, en cambio, extremadamente valiosos. Los turistas y coleccionistas pagarían buen dinero por un pergamino decorado o por una parte de tal pergamino (los traficantes seccionaban habitualmente sus hallazgos para efectuar varias ventas), incluso sin tener esperanza alguna de leerlo. Por lo que sabemos, ninguna de las tumbas que Belzoni revolvió estaba intacta; los habitantes de Gurna ya las habían descubierto y desvalijado todas a conciencia, muchos años atrás. Aun así, desearíamos que hubiese documentado mejor su trabajo. Su relato, aunque ofrece un muy interesante retrato de la forma de proceder del momento, sin duda carece de precisión científica:

> En algunas de estas tumbas muchas personas no podían soportar el aire sofocante, que a menudo provoca desvanecimientos. Se levanta una gran cantidad de polvo, tan fino que se te mete en la garganta y los orificios nasales, y embota nariz y boca hasta tal punto que se requieren unos buenos pulmones para resistirlo, así como para soportar el hedor de las momias. Eso no es todo, la entrada o pasadizo donde están los cuerpos está cavado en la roca de forma muy tosca, y la arena que cae desde el techo en lo alto del pasadizo provoca que esté casi lleno de ella. En algunos sitios sólo queda espacio para poner un pie, y tienes que ingeniártelas para pasar a través arrastrándote como un caracol sobre rocas puntiagudas y afiladas que cortan como el cristal. Tras abrirte camino por esos pasadizos, algunos de doscientos o trescientos metros, por lo general encuentras un lugar más espacioso, lo suficientemente alto quizá como para sentarte. Pero ¡vaya sitio para descansar! Rodeado de cuerpos, con montones de momias en todas direcciones, momias que, antes de que me acostumbrara a verlas, me horrorizaban. La negrura de la pared, la tenue luz ofrecida por las velas o antorchas por falta de aire, los diferentes objetos que me rodeaban, que parecían conversar unos con otros, y los árabes con velas o antorchas en las manos, desnudos y cubiertos de polvo, de modo que ellos mismos parecían momias vivientes… Tras el esfuerzo empleado en entrar a un lugar como aquél… busqué un lugar donde descansar; encontré uno y logré sentarme, pero cuando mi peso recayó sobre el cuerpo de un egipcio, lo aplastó como a una caja de sombreros. Naturalmente, tuve que recurrir a las manos para sostener mi peso, pero no encontraron mejor apoyo, así que me hundí por entero entre las momias despedazadas, con un crujir de huesos, trapos y cajas de madera que levantó tal cantidad de polvo que me dejó inmovilizado durante un cuarto de hora, a la espera de que se asentara de nuevo. Sin embargo, no podía abandonar el lugar sin provocar que hubiera más, y a cada paso que daba aplastaba una momia en un sitio u otro…[42]

Río arriba, de vuelta al entorno más higiénico del templo de Karnak, sus hombres estaban haciéndose con una respetable, y muy pesada, colección de antigüedades. Tenían una cabeza colosal de Tutmosis III, un brazo a juego, diversas estatuas de Sekhmet, el «altar» del recinto de Montu en Karnak, y la tapa bellamente tallada del sarcófago de Ramsés III, todo listo para ser transportado a El Cairo. Pero el gobernador local, el yerno de Mohammed Alí, era antibritánico y profrancés, y estaba poniendo dificultades para

embarcar la mercancía. Una vez más, los valiosos hallazgos fueron abandonados con la protección de una tapia de ladrillos de adobe mientras Belzoni navegaba hacia el sur.

En Filé, Belzoni montó en cólera. La serie de bloques decorados que había dejado para que cortaran en finas losas con el objeto de facilitar el transporte habían sufrido un ataque con martillo, y alguien había pintarrajeado «operation manquée» (trabajo incompleto) con carbón en la piedra. No pudo identificarse la caligrafía, pero no fue difícil imaginar quién había cometido tan mezquino acto de vandalismo. La rivalidad franco-inglesa era más feroz que nunca, y tres de los agentes de Drovetti habían pasado por ese camino unos meses antes.

Para entonces el grupo se había ampliado. Sarah y James llegaron desde El Cairo, estaba el Albanés (que en realidad era un italiano llamado Giovanni Finati, que también se hacía llamar Muhammad), enviado por Salt para proteger al grupo, y dos capitanes de la Navy, James Mangles y Charles Irby, a los que se había persuadido de que abandonaran su viaje de placer por los lugares de interés de Egipto para embarcarse en la aventura arqueológica. De hecho el grupo había crecido demasiado y salía demasiado caro costear el viaje a Abu Simbel. Mientras el barco era arrastrado fuera de Filé, la siempre paciente Sarah y James fueron abandonados junto al exceso de equipaje, para quedarse a vivir bajo el templo de Isis y protegidos, cómo no, por una gruesa tapia de adobe.

Tras un período despejando arena plagado de incidentes, huelgas, disturbios, robos y el amotinamiento de la tripulación del barco, la entrada del Gran Templo de Abu Simbel quedó parcialmente al descubierto. El 1 de agosto de 1817 era posible introducirse entre la arena y la jamba de la entrada, y deslizarse hasta el interior del templo. El interior era caluroso y húmedo. El grupo pasó por las dos estancias decoradas y entró en el santuario enclavado en lo profundo de la pared de roca, donde, a la luz titilante de las antorchas, se encontraron cara a cara con los cuatro dioses sedentes, incluido el mismísimo gran Ramsés. No fueron capaces de leer los jeroglíficos grabados en las paredes, de manera que no pudieron entender del todo su hallazgo, pero fueron conscientes de haber hecho un descubrimiento sorprendente y se maravillaron ante las escenas bélicas que decoraban la primera estancia. Aun así, por lo menos para Belzoni, aquél fue un día algo decepcionante. Dentro del templo había relativamente pocas antigüedades que pudieran transportarse, y ésas eran, como siempre, su objetivo. Se hicieron mediciones,

se levantó un plano a toda prisa y se copiaron unas cuantas escenas; el calor extremo del interior del templo dificultaba dicha labor, ya que el papel quedaba pronto empapado en sudor. Se grabó el nombre de los exploradores en la pared del santuario. Entonces, el 4 de agosto, con una preocupante escasez de comida, el grupo emprendió el viaje de vuelta en barco hacia Filé. El Gran Templo no se documentaría debidamente hasta dieciocho meses más tarde, cuando Salt, Beechey, Finati y Bankes llegaran con un pequeño grupo de delineantes. Dejarían al descubierto algo más de la fachada, pero el templo siempre sería vulnerable a la arena transportada por el viento. Los avisados habitantes de la zona dejaban que se cegara para entonces aceptar dinero de los turistas por despejar la entrada de nuevo.

De vuelta en Luxor, Belzoni descubrió que los agentes de Drovetti se habían aprovechado de su ausencia y habían empezado a saquear las tumbas no reales de la ribera oeste. Irritado y reacio a trabajar cerca de sus enemigos, concentró su atención en el más remoto valle de los Reyes. El valle, que localmente se conocía como Biban el-Moluk, se suponía que era el lugar de descanso final de los faraones del Reino Nuevo, que habían abandonado las pirámides para preferir tumbas ocultas horadadas en la roca. Las estimaciones en cuanto al número de tumbas del valle varían. Diodoro Sículo había sugerido que podía haber hasta cuarenta y siete entre tumbas reales y no reales. La comisión de Napoleón documentó once en el valle, así como otra (WV22, la tumba de Amenofis III) en un anexo conocido como el valle Occidental. El propio Belzoni había descubierto la tumba de Ay (WV23) en su visita anterior al valle Occidental. Aquél parecía el mejor lugar para iniciar su labor.

Cerca de la tumba de Ay, Belzoni descubrió otra entrada (WV25). Tras abrirse paso a través de la piedra que la bloqueaba mediante un ariete hecho de palmera, logró acceder a la tumba inacabada. Un tramo de escalera bajaba hacia la cámara mortuoria. En ella había ocho féretros pintados, con sus momias de la XXII dinastía incluidas, pero sin inscripción alguna.

Impaciente por encontrar una sepultura real, Belzoni abandonó el valle Occidental y regresó al de los Reyes. Allí su ojo de ingeniero hacía que tuviera una habilidad casi asombrosa para detectar tumbas ocultas. Su ritmo de descubrimientos era sorprendente. El 9 de octubre de 1817 descubrió la tumba pintada y sin acabar del príncipe Mentuherkhepshef, hijo de Ramsés IX (KV19). El mismo día encontró una tumba sin inscripciones y sin decorar (KV21), que albergaba dos momias desnudas de mujer, «con el pelo bastante

largo y bien conservado a pesar de que podía separarse fácilmente de la cabeza si se tiraba un poco». Al día siguiente encontró KV16, la tumba de Ramsés I, fundador de la XIX dinastía y abuelo de Ramsés el Grande.

A Ramsés I lo había adoptado la familia real cuando ya era un anciano. Había planeado construir una magnífica tumba para sí mismo, pero murió demasiado pronto, cuando sólo se habían tallado en la roca dos peldaños de la escalera, un corredor y una única estancia. La sala inacabada se convirtió en su cámara mortuoria. Se revocaron las paredes con una gruesa capa de yeso y se pintaron para representar al rey y sus dioses. También el sarcófago de granito rojo tuvo que hacerse a toda prisa y las inscripciones se pintaron en lugar de grabarse.

> Encontré la tumba recién abierta y entré para ver hasta dónde era factible internarse para examinarla. Tras recorrer un pasadizo de casi diez metros de largo y dos y medio de ancho, descendí por una escalera de ocho metros y medio, y llegué a una habitación razonablemente amplia y bien pintada… El techo estaba bien conservado, pero no era de los mejores.
>
> Encontramos un sarcófago de granito con dos momias en su interior y en un rincón había una estatua erecta, de dos metros de alto y bellamente tallada en madera de sicomoro… El sarcófago estaba cubierto de jeroglíficos simplemente pintados, o trazados; miraba en dirección sur-sureste.[43]

Los cuerpos que Belzoni halló en el sarcófago eran de intrusos sepultados en la Época Baja. El sarcófago de Ramsés todavía yace en su tumba, rodeado por un auténtico bosque de vigas de madera que ahora son necesarias para soportar el techo que se hunde.

El 16 de octubre, «un día de suerte, quizá uno de los mejores de mi vida», Belzoni descubrió la tumba que en primera instancia identificó como «la tumba de Apis», luego como «la tumba de Psamético», pero de la que ahora sabemos que se trata de la tumba de Seti I, hijo de Ramsés I y padre de Ramsés el Grande (KV17). Esa tumba es una de las más largas, profundas y más bellamente decoradas del valle de los Reyes. Una secuencia impresionante de escaleras, pasadizos y salas hipóstilas conducen hacia una cámara con una alta bóveda decorada con un asombroso techo astronómico. Todas las paredes resplandecían de vibrantes colores, como si estuvieran recién pintadas. Aunque la tumba había sido saqueada en la antigüedad, Belzoni encontró cientos de shabti (figuras de criados con la misión de hacer el trabajo del rey muerto en la otra vida) de madera, así como los restos de un buey embalsamado. El verdadero tesoro de la tumba era el sarcófago

antropoide [de forma humana] de alabastro del rey, que estaba tallado con escenas y versos del Libro de las Puertas:

> [El féretro] merece la atención más especial, pues no hay otro igual en el mundo y se trata de algo que no teníamos ni idea de que pudiera existir. Es un sarcófago del más fino alabastro, de dos metros y noventa centímetros de largo y de un metro diez de ancho. Su grosor es de sólo cinco centímetros y se vuelve transparente cuando se introduce una luz en su interior. Está minuciosamente esculpido por dentro y por fuera con setecientas figuras, que no sobrepasan los dieciocho centímetros y que representan, imagino, la procesión funeraria al completo y las ceremonias relativas al difunto, con el añadido de varios emblemas así.[44]

Hubo quienes se burlaron de la descripción de Belzoni del sarcófago como «transparente», pero estaba bastante en lo cierto: no es transparente estrictamente hablando, es traslúcido. Por desgracia, los antiguos ladrones que sacaron al rey de su féretro en su frenética búsqueda de oro y joyas rompieron la tapa del sarcófago.

El descubrimiento de la tumba generó gran interés; los visitantes acudieron en masa al valle de los Reyes, y Bernardino Drovetti se acercó a inspeccionar la tumba y a ofrecer unas felicitaciones más bien rencorosas. Uno de los primeros en llegar fue Henry Salt, deseoso de felicitar a «su» equipo por el descubrimiento. Trajo consigo malas noticias: Burckhardt, el descubridor de los templos de Abu Simbel y primer benefactor de Belzoni, había muerto de disentería en El Cairo. Mientras los Belzoni lloraban a su amigo, Salt hacía planes para trasladar el valioso sarcófago a Inglaterra.

Belzoni, con increíble rapidez, tardó sólo diez días en vaciar una tumba que, para los egiptólogos modernos, habría representado una tarea de toda una vida. Entonces empezó a copiar las escenas de las paredes, realizando una serie de acuarelas precipitadas y más bien inexactas, y haciendo moldes en cera (tras haber añadido resina y polvo a la cera, para que no se derritiera por el calor), moldes que, por desgracia y sin que él lo advirtiera, apagaron los vivos colores de la pintura. Doce años más tarde Jean-François Champollion, en su primera y única visita a Egipto, adoptó una solución más contundente: quiso arrancar las escenas más bellas de las paredes de la tumba y llevárselas a Francia. Joseph Bonomi, un dibujante inglés, romano de nacimiento y escultor convertido en egiptólogo, intentó detener semejante vandalismo. En un momento de pánico escribió a Champollion:

> Si es verdad que tal es su intención, me veo obligado como inglés y amante de las antigüedades a utilizar todos los argumentos para disuadirle de tan bárbaro

> propósito, al menos hasta que tenga permiso del actual cónsul general o de Mohammed Alí.[45]

A Champollion, un francés orgulloso y patriota, no le impresionó semejante comentario:

> Yo también estoy cumpliendo mi deber como francés al decirle que, como no reconozco autoridad alguna en Egipto excepto la del pachá, no necesito pedir ningún otro permiso, mucho menos el del cónsul británico, quien sin duda no tiene las ridículas atribuciones que usted le atribuye… tenga la seguridad, señor, de que un día tendrá el placer de ver algunos de estos bajorrelieves de la tumba de Osirei [Seti I] en el museo de Francia. Ése será el único medio para salvarlos de una destrucción inminente…

Su argumento era que tal profanación era más conservación que destrucción: debían retirarse las escenas antes de que las estropearan los daños causados por las inundaciones. Es cierto que el valle es propenso a súbitas inundaciones, que ocurren aproximadamente una vez cada cien años y anegan con agua, lodo y escombros el interior de las tumbas abiertas. Las inundaciones ya habían invadido la tumba de Seti y algunas paredes habían sufrido un daño irreparable. No obstante, desmantelar la tumba era una solución drástica. Bonomi, sin embargo, quedó convencido por los argumentos de Champollion. No tardó en recomendar que los ingleses usaran también serruchos en las paredes de las tumbas, mientras que Lepsius no vio nada malo en dinamitar una columna a efectos de «conservación».

Entonces, mientras su equipo se ponía a copiar las paredes de la tumba, Giovanni y Sarah regresaron a El Cairo. La muerte de Burckhardt sin duda les preocupaba y podría explicar con facilidad el siguiente, y sorprendente, movimiento de Sarah. Había decidido emprender su propia aventura: viajaría a Tierra Santa. Ésta es la historia de Giovanni, no la de Sarah, pero sus hazañas merecen algún reconocimiento. Disfrazados de mamelucos, Sarah y James Curtin partieron. Disfrutaron de lo lindo: se bañaron en el río Jordán y visitaron Nazaret y Jerusalén, donde, con Sarah vestida como un mercader árabe, entraron en la mezquita prohibida de Omar (como Burckhardt había hecho antes que ellos). Concluido el viaje, volvieron a El Cairo, donde Sarah alquiló un barco y navegó para encontrarse con su marido en Luxor.

Tras un breve período trabajando en Guiza, «en un asuntillo privado», tal como Belzoni lo describió con discreción a Salt, estaba listo para aventurarse de nuevo hacia al sur. En la ribera occidental, en Luxor, siguió documentando la tumba de Seti y, como tenía el acceso denegado a los mejores

emplazamientos arqueológicos, empezó a excavar en el área de detrás del Coloso de Memnón. Las dos enormes estatuas sedentes de Amenofis III se habían erigido antaño ante el templo mortuorio; pero ahora, gracias al derrumbamiento del templo y el robo de sus piedras, se alzaban en solitario junto a la carretera. Casi de inmediato a Belzoni le sonrió la suerte, pues recuperó una estatua de granito negro del rey y varias estatuas más de Sekhmet. Acabó entonces su última excavación y partió hacia el mar Rojo cruzando el desierto, en busca de la ciudad grecorromana perdida de Berenice.

Lo que había inspirado a Belzoni habían sido tanto las historias de Burckhardt como las aventuras del mineralogista Frédéric Cailliaud, de quien abrigaba la terrible sospecha de que había sido el vándalo que se había ensañado con sus losas en Filé (¿utilizando quizá su martillo de mineralogista?). Cailliaud había estado presente cuando Drovetti intentaba, sin éxito, despejar la fachada del gran templo de Abu Simbel. A continuación había entrado al servicio de Mohammed Alí, y fue enviado a buscar las minas de azufre perdidas de Egipto, que según se rumoreaba se hallaban en el desierto oriental. Dos meses más tarde, Cailliaud regresó habiendo descubierto no sólo las agotadas minas de azufre sino también minas de esmeraldas. Además, había encontrado un pequeño templo erigido por Seti I en el campamento minero de Wadi Miah, y las ruinas de una «pequeña ciudad griega» que los lugareños llamaban Sakait. Esa pequeña ciudad creció en la imaginación popular hasta que todo el mundo dio por hecho, pese a que estaba a muchos kilómetros del mar, que Cailliaud había descubierto el puerto de Berenice, construido por Ptolemeo II Filadelfo para controlar el comercio con la India.

Belzoni partió desde Edfú con una caravana de dieciséis camellos y doce hombres, entre ellos Beechey y dos muchachos, siguiendo la misma ruta que había tomado Cailliaud. No tardó en resultar evidente que las ruinas eran los restos de una insignificante ciudad minera. Belzoni, decidido ahora a encontrar la verdadera Berenice, siguió adelante. Y finalmente, en la península de Ra’s Banás, encontró efectivamente los restos del puerto perdido. Sin embargo, no había tiempo para excavar. Las reservas de comida y, más preocupante, las de agua se estaban agotando, y «hacía ya tres días que no habíamos tomado nada más que galletas resecas y agua», y el grupo dio la vuelta casi de inmediato. Cuarenta días después de su partida estaban de vuelta en Luxor, donde Sarah y Giovanni se reencontraron.

William Bankes y Henry Salt estaban de paso en Luxor en su viaje para documentar el templo de Abu Simbel. Bankes es el terrateniente de Dorset y viajero que ha estado rondando constantemente en los márgenes de nuestra historia. Amigo de lord Byron, Bankes fue uno de los primeros ingleses en visitar Filé, donde había reconocido la importancia del obelisco caído, con inscripciones tanto jeroglíficas como en griego. Había visitado Abu Simbel, cuando aún estaba cubierto de arena, y continuó para disfrutar de una serie de emocionantes escapadas a Tierra Santa. A su vuelta a Egipto, dirigió sus propias excavaciones en Abidos, donde descubrió, en el templo de Ramsés II, una lista de los reyes de Egipto. Ésta resultaría una guía inestimable para la comprensión de la historia egipcia, ya que los cartuchos de la pared podían cotejarse con los nombres conservados en los escritos de los autores clásicos. Bankes copió la lista y la dejó donde la había encontrado, pero más tarde los franceses la arrancaron de la pared y se la vendieron al Museo Británico.

Bankes había decidido entonces reclamar el obelisco caído de Filé, no para el Museo Británico sino para su propia finca rural, en Kingston Lacy, Dorset. Le pidió a Giovanni Belzoni que se lo consiguiera. El 16 de noviembre, un grupo grande y ruidoso partió en barco hacia el sur:

> El grupo era numeroso; el señor Bankes, el señor Salt, el barón Sack, un viajero prusiano y famoso naturalista, el señor Beechey, el señor Linton, un dibujante, el doctor Ricci, y yo mismo: llevábamos un gran barco para el cónsul, una falúa para el señor Bankes, un bote para el barón y una canoa para ovejas, cabras, aves de corral, gansos, patos, palomas, pavos y asnos, los cuales de vez en cuando se unían al coro con el resto del clan y acompañaban a la flota en un perpetuo concierto.[46]

Pero Drovetti también había reclamado el obelisco para Francia y sus hombres estaban también en camino para recogerlo. Belzoni tenía que trabajar deprisa. Existían algunos problemas técnicos —en un momento dado el obelisco acabó en el lecho del río—, pero cargó satisfactoriamente el obelisco en un barco y lo hizo navegar, indemne, a través de la primera catarata. Cuando llegaron las navidades el obelisco había atracado a salvo en Luxor, dónde causó considerable irritación a los franceses y a sus partidarios. Giovanni pensó que aquello era gracioso; no le pareció tan divertido cuando atacaron a su criado, y se puso absolutamente furioso cuando un tiro de pistola disparado por uno de los agentes de Drovetti casi lo mata. De repente Luxor era demasiado peligrosa. Reunidos, los Belzoni partieron en barco hacia el norte con el obelisco de Filé, la documentación sobre la tumba de Seti I, su sarcófago de alabastro y la tapa del sarcófago de Ramsés III.

Dado el peligro que entrañaba Luxor, Belzoni decidió explorar el desierto occidental de Egipto, donde esperaba encontrar el oasis perdido de Júpiter-Amón. Dejó a Sarah en Rosetta y partió hacia El Fayum, el mayor oasis del desierto. Allí exploró las ruinas del laberinto de Hawara, que Herodoto describiera con elocuencia dos mil años atrás:

> Visité el lugar y encontré que supera toda descripción, porque si todos los murales y otras grandes obras de los griegos pudieran ponerse juntos no igualarían ni en trabajo ni en coste este laberinto… Tiene doce patios, todos cubiertos, con puertas que se abren unas frente a otras, seis de ellos orientados hacia el norte y los otros seis hacia el sur, y todos rodeados por un mismo muro exterior. En el interior existen dos tipos de estancias: la mitad subterráneas y la otra mitad exteriores y construidas sobre las primeras, y el número total de esas cámaras es de tres mil, mil quinientas de cada clase… Junto a una esquina del laberinto se encuentra una pirámide de cuarenta brazas [72 metros], con figuras esculpidas de grandes dimensiones; y se llega a ella por un pasadizo subterráneo.[47]

El «laberinto», en el que se inspira la historia del laberinto de Cnosos y su Minotauro, era en realidad los restos del templo funerario unido a la pirámide de adobe del rey de la XII dinastía Amenemhat III. Belzoni quedó menos impresionado con lo que vio:

> … Queden los restos de belleza que queden en esta ciudad, no parece ser el emplazamiento del famoso laberinto ni nada semejante, porque, según Herodoto, Plinio y compañía, no existe el más mínimo indicio que garantice la suposición de que tal edificio hubiese estado allí. El laberinto era una edificación de tres mil cámaras, la mitad encima y la mitad debajo. La construcción de un edificio de tales dimensiones, y la enorme cantidad de materiales que deberían haberse acumulado, habrían dejado muestras suficientes para ver dónde se erigía, pero en ninguna parte puede verse la menor huella de tal cosa.[48]

El 16 de mayo de 1819 Belzoni salió con una pequeña caravana de camellos en busca del oasis perdido. Tardó seis días en llegar al oasis de Bahariyya, que él dio por sentado que era el oasis de Júpiter-Amón, hogar del oráculo que había reconocido en primer lugar la grandeza de Alejandro Magno. En realidad estaba equivocado, pues el oasis de Júpiter-Amón es el oasis de Siwa, aún más lejos, hacia el oeste.

En septiembre de 1819 Giovanni y Sarah, ¡gracias a Dios!, dejaron Egipto para irse a Europa. Su primera parada fue Italia, donde Giovanni visitó su ciudad natal por primera vez en diecinueve años. Hubo una recepción municipal, en agradecimiento por su regalo de una pareja de estatuas de Sekhmet, y una reunión con su familia, quienes recibieron un par de gacelas

como regalo. Entonces los Belzoni se trasladaron a Londres, donde se informó de su llegada en The Times del 31 de marzo de 1820:

> El señor Belzoni, el famoso viajero, ha llegado a esta metrópolis tras una ausencia de diez años, cinco de los cuales los ha empleado en arduas investigaciones tras los curiosos restos de antigüedades en Egipto y Nubia… El diario del señor Belzoni de sus descubrimientos en Egipto, Nubia y el Oasis será publicado tan pronto como sea posible. La maqueta de la preciosa tumba descubierta por el señor Belzoni en Tebas se levantará en cuanto se encuentre un emplazamiento adecuado que la acoja.

La principal prioridad era la publicación del libro de Belzoni, la respuesta inglesa a la Description francesa. La obra, de larguísimo título, Narración de las operaciones y descubrimientos recientes en las pirámides, templos, tumbas y excavaciones en Egipto y Nubia; y un viaje a las costas del mar Rojo, en busca de la antigua Berenice; y otro al oasis de Júpiter-Amón se publicó en Londres en 1820 y de inmediato se convirtió en un éxito. Más tarde se publicó en francés (se tuvo que suavizar el tono de algunos sentimientos antifranceses), alemán e italiano. Es un hermoso libro repleto de historias de aventuras, y sin embargo posee todos los defectos de una autobiografía escrita a toda prisa. Sus numerosas omisiones (no se menciona al Sansón de la Patagonia, por ejemplo), sus errores, su curioso lenguaje y su acusada parcialidad tienden más a realzar su atractivo que a restarle méritos. Quien no disfrutó del libro fue Henry Salt; consumido por los celos, reanudó sus propias excavaciones empleando a Giovanni d’Athanasi como arqueólogo.

Entonces llegó la exposición. El arquitecto Peter Robinson había diseñado la Galería Egipcia, e inspirándose en gran medida en el templo grecorromano de Hator en Dendera, había realizado una elaborada y muy imaginativa fachada de templo que se erguía en medio de una hilera de casas adosadas convencionales y tiendas en Picadilly, Londres. Por suerte, la galería estaba entonces desocupada y constituyó un espléndido y muy llamativo emplazamiento para la exhibición de Belzoni. En el centro de la exposición había una recreación de dos de las cámaras más magníficas de Seti I. También había una maqueta de la tumba completa, dibujos y moldes de otros yacimientos, y una exposición más bien aleatoria de artefactos, estatuas y momias. Tras el soberbio desvendado de una momia, y una buena crítica en The Times, se abrieron las puertas al público en mayo de 1821. El primer día acudieron casi dos mil visitantes. Belzoni, siempre en contacto con la gente, tenía el éxito en sus manos. Todo el mundo lo aclamaba en Londres y la egiptología era el último grito en Inglaterra.

Belzoni adoraba su recién descubierta fama, y el dinero que comportaba, pero, como era de esperar, no sabía estarse quieto. En 1822 viajó solo a Rusia, donde conoció al zar Alejandro I (quien le regaló un anillo de amatista); regresó a Londres pasando por Finlandia, Suecia y Dinamarca. A su vuelta subastó los objetos de su exposición que no quería —el lote 15 era la momia ahora desnuda— y se trasladó a París, donde mostró su exposición otra vez. Allí, a pesar del oportuno anuncio de Champollion del desciframiento de los jeroglíficos, la exposición no tuvo tanto éxito.

Había llegado el momento de emprender otra aventura, quizá una que recaudara un buen dinero, del que andaba muy escaso. Con Egipto fuera de su alcance, Belzoni había decidido acabar el incompleto viaje de Burckhardt: localizaría el nacimiento del río Níger y descubriría la ciudad perdida de Tombuctú. James Curtin, que, siguiendo el ejemplo del libro de su patrón, se lanzó a sus propias aventuras en Etiopía, regresó para hacerse cargo de la exposición de París. Sarah viajó hasta Fez, Marruecos, antes de volver a casa llevándose consigo las últimas voluntades de su marido y su testamento. Belzoni llegó finalmente a Benin, pero allí enfermó de disentería. Murió el 3 de diciembre de 1823, a los cuarenta y cinco años, y fue enterrado aquella misma noche bajo un gran árbol. Su tumba permanece desaparecida desde entonces.

¿Qué pasó con todos los demás?

Sarah, acostumbrada a largos períodos de separación seguidos de un feliz reencuentro, se negó a creer que su amado míster B. no fuera a volver. Únicamente cuando recibió su sortija masónica, dieciocho meses después de su muerte, aceptó la verdad. Desolada, encargó una tumba conmemorativa que mostraba a Belzoni, el caballero explorador, rodeado por algunos de sus descubrimientos más importantes: la estatua de Memnon el Joven, la cabeza y el brazo de Tutmosis III, el obelisco de Filé y el sarcófago de Seti I. Quedó prácticamente en la indigencia hasta que en l851, cuando tenía casi setenta años y vivía en Bruselas, le fue concedida una pensión del gobierno británico de cien libras esterlinas anuales. Ansiosa por conocer mundo hasta el final, realizó un último viaje al clima más calido de las islas del Canal, donde murió el 12 de enero de 1870, a los ochenta y siete años.

Henry Salt ofreció su primera colección de antigüedades, que incluía el sarcófago de alabastro de Seti I, al Museo Británico. Acusando aún la vergüenza pública que supuso la compra de los Mármoles de Elgin por la asombrosa cifra de treinta cinco mil libras esterlinas, los miembros del

consejo de administración se mostraron reacios a pagar el precio que pedía de ocho mil libras esterlinas. Finalmente, tras duros regateos, compraron la mayor parte de la colección al irrisorio precio de dos mil libras esterlinas —cantidad inferior a la que Salt había gastado excavando y trasportándola—, mientras que el sarcófago fue vendido por separado al arquitecto *sir* John Soane por otras dos mil. Hoy se exhibe en el museo *Sir* John Soane, en Londres. A pesar de las dificultades, Salt continuó coleccionando antigüedades: para entonces él y Drovetti habían llegado a un pacto entre caballeros para dividirse los yacimientos egipcios. Su segunda colección (reunida entre 1819 y 1824) fue vendida a Carlos X de Francia por la cifra más realista de diez mil libras esterlinas, convirtiéndose en una parte importante de la colección del Louvre. Una tercera colección (1824-1827) se vendió a título póstumo en Sotheby's y su precio superó las siete mil libras esterlinas. Henry Salt murió en Alejandría en 1827.

Bernardino Drovetti continuó excavando junto a Salt. Un año después de la muerte de Belzoni descubrió, en la necrópolis septentrional de Saqqara, la tumba del gran general Djehuty, el genial estratega, que, como nos cuenta la leyenda, ordenó a sus hombres que se metieran en cestos para que los trasladaran a la ciudad sitiada de Joppa. Su tumba incluía un excelente surtido de vasos canopos, paletas de escriba, joyas, herramientas y presumiblemente mucho más. Por desgracia, el ajuar funerario se vendió con rapidez a los coleccionistas y se dispersó, y como no hubo ninguna documentación de la excavación, sólo nos queda el testimonio de Joseph Bonomi para conocer los detalles de tan trascendental hallazgo:

> Durante el invierno de 1824 se hizo un descubrimiento en Saqqara de una tumba que incluía una momia recubierta de oro sólido (cada miembro, cada dedo de la cual, tenía su envoltorio particular con inscripciones jeroglíficas), un escarabeo unido a una cadena de oro, un anillo de oro, y un par de brazaletes de oro, entre otras valiosas reliquias.[49]

Hoy en día se desconoce el paradero de esta importante tumba. Drovetti se retiró en 1829. Su primera colección, que contenía valiosos papiros, entre ellos un canon real o lista de reyes y una serie de documentos legales que podrían haber formado parte de los archivos del Reino Nuevo, había sido vendida al rey de Cerdeña por más de trece mil libras esterlinas. Ahora forma la base de la colección de Turín. Su segunda colección fue adquirida por Francia y ahora está en el Louvre. Al final, Drovetti perdió la cordura y murió en el manicomio de Turín en 1852.

William Bankes erigió por fin el obelisco de Filé en su finca en Kingston Lacy, Dorset, en 1839 con la asistencia del duque de Wellington. Murió en Venecia en 1855.

Giovanni d'Athanasi trabajó entonces para Henry Salt. Nunca fue un hombre de trato fácil, y mantuvo una disputa con Giuseppe Passalacqua, nacido en Trieste, un antiguo comerciante de caballos reconvertido en arqueólogo, y que, en 1823, había descubierto en Tebas la sepultura intacta de Mentuhotep, funcionario del Reino Medio. Sus respectivos hombres no tardaron en ponerse a discutir e incluso a pelear sobre la propiedad del contenido de la tumba. Finalmente, Passalacqua vendería el contenido al Museo de Berlín, del que se convirtió en conservador, a cargo de la colección egipcia en 1827. El mismo año, D'Athanasi identificó correctamente objetos de la tumba tebana de Nubkheperre Intef, primera sepultura hallada intacta de un rey egipcio. La tumba, por desgracia, fue descubierta por comerciantes de antigüedades locales, que se mostraron reacios a revelar su localización, y la colección se dispersó con rapidez:

> En el momento en que los árabes vieron que el sarcófago estaba muy ornamentado y era dorado inmediatamente… supieron que pertenecía a una persona de rango. Procedieron a satisfacer su curiosidad abriéndolo, y descubrieron, en la cabeza de la momia pero sobre las vendas, una diadema, compuesta de plata y un bello mosaico, en cuyo centro había un áspid de oro, el emblema de la realeza. Dentro del sarcófago, junto al cuerpo, había dos arcos con seis flechas.[50]

La jubilación de Salt supuso que D'Athanasi empezara primero a trabajar para John Baker, sucesor de Salt, y luego se estableciera como coleccionista por cuenta propia. Vendió su colección personal de antigüedades en tres subastas en Sotheby's en Londres (1836, 1837 y 1845), y se estableció como marchante de arte. Pero fracasó en su nueva profesión, y murió en la pobreza en 1854.

Joseph Bonomi viajó por toda Europa y Oriente Próximo. Conservó su interés por la egiptología, y trabajó junto al viajero inglés, reconvertido en egiptólogo, John Gardner Wilkinson. Bonomi volvió a visitar Egipto con la expedición alemana dirigida por Richard Lepsius (1842-5), antes de regresar a Inglaterra, donde diseñó el Pabellón Egipcio del Palacio de Cristal. En 1861 ocupó el cargo de conservador en el museo *Sir* John Soane, asumiendo una responsabilidad directa en el cuidado del sarcófago de alabastro de Belzoni. Murió en 1878.

John Gardner Wilkinson había visitado Egipto en 1821 y, cautivado por el país, permaneció allí durante doce años. Navegó dos veces hasta la segunda catarata, excavó en Luxor y sus alrededores, y escribió importantes obras eruditas que contribuyeron a la comprensión de los jeroglíficos. Pero es por el estudio y la numeración de las tumbas del valle de los Reyes por lo que se recuerda a Wilkinson. En 1833 regresó a Inglaterra y, recién nombrado caballero, publicó Los antiguos egipcios: su vida y costumbres (1837), un texto de gran influencia, con grabados de Joseph Bonomi. Wilkinson murió en 1875.

VI

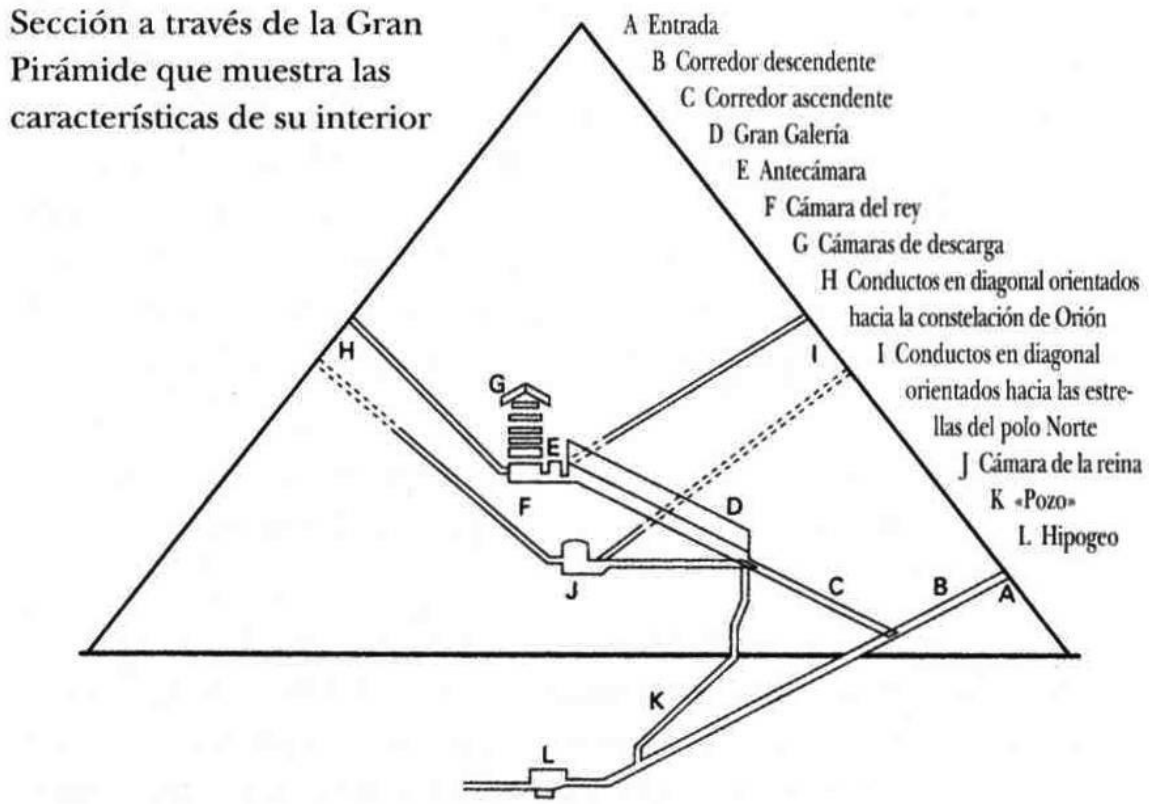
LOS PIRAMIDÓLOGOS

Egipto cuenta con más de treinta pirámides de reyes en estados diferentes de restauración. Asociadas a ellas existen una serie de pirámides menores de reinas y pirámides satélite que elevan el número total de pirámides a más de sesenta. Los primeros egiptólogos concentraron su atención en tres de estas pirámides.

Los reyes de la IV dinastía Keops, Kefrén y Micerinos construyeron sendas pirámides funerarias en el desierto, a las afueras de la capital, Menfis. La intención era que estas pirámides permanecieran selladas hasta el fin de los tiempos. Después de cada funeral los constructores tapiaban los pasadizos y a continuación cubrían la entrada con las mismas piedras planas que recubrían el resto de la pirámide. De esa forma las cuatro caras tenían el mismo y pulido exterior, sin signo alguno de entrada. Herodoto, al visitar Guiza veinte siglos después de que los trabajadores hubiesen acabado su tarea, se maravilló ante el tamaño de las pirámides y, como casi todos los demás, se preguntó qué podía haber exactamente en su interior:

> Keops reinó durante cincuenta años, o eso dicen los egipcios, y tras su muerte le sucedió su hermano Kefrén. Kefrén no era mejor que su predecesor; su reinado fue igualmente despótico y, como Keops, construyó una pirámide pero de menor tamaño (las he medido yo mismo). No tiene cámaras subterráneas, y no se excavó canal alguno, como en el caso de la pirámide de Keops, para llevar agua desde el Nilo. La zanja del canal, como ya he dicho, convierte el emplazamiento de la pirámide de Keops en una isla, y ahí se supone que está su cuerpo.[51]

Su creencia de que la segunda pirámide de Guiza no tenía cámaras interiores influiría en el pensamiento arqueológico durante siglos. De hecho, Herodoto estaba equivocado en la mayor parte de sus ideas al respecto, incluyendo la de que no existían cámaras en la segunda pirámide, pero hubo un hecho fundamental que sí comprendió: que las pirámides se habían construido para servir de tumbas. Los primeros europeos que visitaron Egipto, que ignoraban ese hecho tan vital, pensaron que quizá eran los graneros construidos por el prudente Josué del Antiguo Testamento contra los pronosticados años de hambruna.



Hoy sabemos que la pirámide de Keops, la más antigua y mayor de las tres, está compuesta por tres cámaras unidas por un sistema de corredores.

Hicieron falta muchos años de arriesgadas excavaciones, y en ocasiones peligrosas, por parte de los arqueólogos para llegar a semejante conclusión. Ya nos hemos encontrado con el emprendedor califa al-Mamun, el primero que se abrió camino al interior de la Gran Pirámide y recorrió el pasadizo ascendente hacia la cámara mortuoria. El califa dejó la pirámide abierta a subsiguientes visitantes, lo que permitió que el astrónomo John Greaves ofreciera a sus lectores ingleses el primer informe semicientífico de la estructura interna de una pirámide en 1646:

> Tras pasar con velas en las manos por tan angosto camino [el corredor descendente], aunque con alguna dificultad (debido a que en el extremo más alejado tuvimos que avanzar como serpientes sobre nuestros vientres), nos tendimos boca abajo en un lugar algo más grande y de bastante altura, pero en el que nos sentimos incómodos; el lugar se había excavado, bien por la curiosidad o la avaricia de algunos, con la esperanza de descubrir un tesoro oculto, bien a las órdenes de Alamoun [al-Mamun], el califa de Babilonia de merecido renombre. Fuera quien fuese quien lo había hecho, no valía la pena preguntárselo, como tampoco describir el mérito del lugar, pero yo no estaba dispuesto a omitir nada; pues se trataba tan sólo de una morada de murciélagos, y tan horribles, y de tal tamaño (de más de un palmo y medio de largo), que nunca había visto nada igual en ningún otro lugar.[52]

Recorrió el camino hasta la cámara mortuoria, donde la visión del sarcófago sin tapa lo impresionó hondamente:

> … dentro de aquella maravillosa estancia (como en justicia debo llamarla) cual si se hallara en el interior de un oratorio sagrado, se yergue un monumento a Keops, una pieza de mármol hueca por dentro y sin cubrir en la parte superior y que sonaba como una campana… Un espacio estrecho pero suficientemente largo como para contener al monarca más poderoso y más terrible, muerto, para quien, en vida, todo Egipto constituía un lugar demasiado limitado y estrecho…**[53]**

Greaves dejó claro a sus lectores que la pirámide no era ni un granero ni un observatorio astronómico, sino una tumba:

> Que quizá los sacerdotes hagan sus observaciones cerca de estas pirámides no lo cuestiono en modo alguno, siendo esta elevación de la colina, a mi juicio, un lugar para albergar tal propósito mejor que ningún otro en Egipto, y tan apropiado por la cercanía de Menfis. Pero no puede dársele ningún crédito a la afirmación de que estas pirámides fueran diseñadas como observatorios, mientras que los testimonios de los antiguos a que he aludido antes prueban que su función era la de sepulturas. **[54]**

En 1763 el diplomático inglés y explorador Nathaniel Davison descubrió la más baja de las cámaras de descarga por encima del techo de la cámara mortuoria. A continuación investigó «el conducto». Colgado peligrosamente de una cuerda sostenida por sus guías, Davinon descendió hasta que se encontró sobre un montón de arena, piedra y desechos, rodeado de murciélagos que batían furiosamente las alas y amenazaban con apagarle la vela. El conducto de la galería estaba tapado y no pudo ir más lejos. Unos cincuenta años más tarde el capitán Giovanni Battista Caviglia, un marinero genovés convertido en arqueólogo a las órdenes de Henry Salt, abrió el conducto y lo conectó con el pasadizo descendente. Al hacerlo, despejó la pirámide del aire fétido que le hacía sangrar la nariz y provocaba desmayos entre sus desafortunados trabajadores.

La arquitectura interna de la pirámide quedó desvelada. La mayoría la consideró bastante decepcionante y muchos simplemente se negaron a aceptar que no hubiera más estancias —¿un tesoro quizá?— escondidas entre los bloques de piedra. Los investigadores continuaron buscando cámaras perdidas, y sus perdidos tesoros. Pero hasta 1837-1838, cuando el coronel Richard Howard Vyse dirigió una investigación en la pirámide en cuyo transcurso llenó la cámara subterránea de piedras, haciéndola temporalmente inaccesible para continuar con su estudio, no se aceptó más o menos la verdad. Vyse descubrió las cámaras de descarga superiores, a las cuales

bautizó, con patriótico fervor, con nombres de celebridades de su época: el duque de Wellington, el almirante Nelson, *lady* Anne Arbuthnot y el diplomático Patrick Campbell (probando estos dos últimos, por si hacía falta una prueba, que la fama puede, cómo no, ser efímera). Tal vez sus propósitos fueran loables —su objetivo final era probar que la Biblia estaba en lo cierto —, pero sus enérgicos métodos de investigación dejaban mucho que desear:

> La argamasa era casi tan dura como la propia roca, de manera que, con ayuda de trabajadores árabes y herramientas corrientes, fue una operación de lo más tediosa. Así que, para eludir algunas de estas dificultades, ordené a los hombres que subieran unos seis o diez metros y que cortaran perpendicularmente por debajo de la piedra, pero se consiguió bien poco comparado con el elevado número de las que debían retirarse. En aras de acabar esta tarea se utilizó pólvora con gran eficacia… **[55]**

Inicialmente Vyse había empleado al capitán Caviglia para que lo ayudara en esta investigación, pero no tardaron en tener serias discrepancias. Vyse acusó a Caviglia de estar más interesado en las cercanas «minas de momias», las tumbas de los nobles, que en la pirámide por cuya exploración se le estaba pagando. Caviglia alegaría más tarde que Vyse le había robado sus conocimientos secretos acerca del interior de la Gran Pirámide. La disputa llegó a su punto culminante cuando Caviglia entró hecho una furia en la tienda de Vyse a la hora del desayuno y le arrojó el adelanto de cuarenta libras esterlinas, que no había tocado, metidas en un calcetín viejo. Vyse, impertérrito, sacó el dinero y le devolvió el calcetín a su descontento dueño. Caviglia fue reemplazado por John Shae Perring, un ingeniero de caminos que trabajó sin problemas junto al irascible coronel durante muchos años. Entretanto, Caviglia abandonó Egipto para siempre y se fue a vivir a París, donde pasó a financiarlo lord Elgin.

La Gran Pirámide se había convertido en una atracción turística y una serie de distinguidos visitantes hizo frente al calor, la oscuridad, la suciedad y los omnipresentes murciélagos para arrastrarse a lo largo del corredor ascendente y visitar la cámara mortuoria. El novelista Gustave Flaubert fue uno de ellos:

> Después del desayuno visitamos el interior de la pirámide. El hueco de entrada está en el norte. Hay un corredor pulido y llano (como una alcantarilla) por el que desciendes; luego otro corredor ascendente, y ascendimos resbalando en excrementos de murciélago. Parece que estos pasadizos se construyeron para permitir que los enormes féretros fueran arrastrados lentamente hasta su sitio… La cámara real, toda de bloques de granito enormes, un sarcófago vacío en la otra punta…

> Cuando salimos a gatas de uno de los pasadizos, encontramos a un grupo de ingleses que iban a entrar; estaban en la misma postura que nosotros; hubo un intercambio de cortesías, y cada grupo siguió su camino.[56]

En 1872 el ingeniero británico Waynmann Dixon, que estaba en Egipto para supervisar el transporte del obelisco conocido como la Aguja de Cleopatra, descubrió dos «conductos de ventilación» escondidos tras unas piedras en la Cámara de la Reina. Las galerías son largos y estrechos pasadizos, demasiado pequeños para albergar a una persona, orientados hacia la estrella polar y la constelación de Orión. No se adentran mucho antes de quedar bloqueados. Un par de conductos similares salen de la cámara real; como no están bloqueadas, se extienden en línea recta a través del cuerpo de la pirámide y quizá en su día atravesaban el ahora desaparecido recubrimiento de la pirámide. El propósito sigue siendo un misterio, aunque es obvio que habrían suministrado muy poco aire a los constructores de las pirámides: parece probable que tuvieran una función más ritual que práctica.

La pirámide de Kefrén es algo más pequeña que la de Keops pero, debido a que está construida en un terreno un poco más elevado, y con un ángulo un poco más inclinado, a primera vista parece mayor. Su interior es de una arquitectura muy simple. No hay cámaras entre los bloques que forman la pirámide. En su lugar se construyó una cámara mortuoria subterránea y techada, y entonces se erigió la pirámide sobre ella. La entrada, de nuevo en la cara norte, estaba tan bien escondida que muchos creyeron que la pirámide no tenía entrada. A Belzoni, sin embargo, eso no lo engañó. En 1818 se excusó ante Henry Salt con el pretexto de que tenía que resolver «un asuntillo privado», pidió algo de dinero prestado y se dirigió a Guiza en busca del tesoro de la pirámide. Allí aplicó los conocimientos de ingeniería que lo habían ayudado a localizar las tumbas perdidas en el valle de los Reyes. Observó la pirámide abierta de Keops y escudriñó la superficie de la cara norte de la pirámide de Kefrén, buscando bloques irregulares o desnivelados. Al final, tras una malograda excavación, comprendió que la entrada no se encontraba en el centro mismo de la cara norte, sino un poco más al este. Quitó las rocas que la bloqueaban para descubrir un pasadizo que discurría hacia abajo. Tras una antepuerta de granito que le causó un retraso considerable, el pasillo se abrió a un pasadizo horizontal que conducía a la cámara mortuoria:

> Llegué a una puerta en el centro de una gran cámara. Di dos o tres pasos cautelosos, y entonces me quede muy quieto para contemplar el lugar en el que me encontraba. Fuera lo que fuese, pensé desde luego que estaba en el centro de

> aquella pirámide, que desde tiempos inmemoriales había sido objeto de confusas conjeturas por parte de cientos de viajeros, tanto antiguos como modernos. Mi antorcha, formada por unas pocas velas de cera, no daba más que una tenue luz. Sin embargo, pude distinguir con claridad los objetos principales. Por instinto volví la vista hacia el extremo oeste de la cámara, en busca del sarcófago, que estaba convencido de encontrar en el mismo sitio en que estaba en la primera pirámide, pero cuando vi que allí no había nada fue decepcionante. La cámara tenía un techo pintado; y muchas de las piedras estaban fuera de su sitio; evidentemente alguien había entrado en busca de tesoros. En mi avance hacia el extremo oeste tuve la agradable sorpresa de encontrarme con que había un sarcófago enterrado al nivel del suelo.[57]

El sencillo y pulido sarcófago de granito ya estaba abierto, con la pesada tapa partida en dos. Los pocos huesos que Belzoni descubrió en el sarcófago resultaron ser huesos de reses, posiblemente restos del almuerzo de antiguos ladrones. Frustrado y sin un céntimo, Belzoni garabateó su nombre y la fecha en la cámara mortuoria que ya contaba con una inscripción en árabe:

> El maestro Mohammed Ahmed, cantero, las ha abierto; el maestro Omán estuvo presente, así como el rey Alí Mohammed, desde el principio hasta el cierre.

Habían desvalijado la pirámide en la antigüedad; los saítas la sellaron de nuevo, y una vez más la saquearon los árabes, que, al fracasar en su intento de encontrar la entrada original, excavaron un túnel. Entonces, al mirar desde dentro de la pirámide hacia fuera, resultó obvio que había habido una segunda entrada, más antigua, también en la cara norte pero a nivel del suelo, abierta a través de la base soterrada, y que partía de fuera de la pirámide. Esta entrada estaba cerrada con bloques de granito que el coronel Vyse intentó al principio quitar a mano, pero que, frustrado por «la torpeza de los árabes», no tardó en volar en pedazos. Un pasadizo conducía hacia abajo, a través de la base soterrada hacia un corredor horizontal. Una cámara secundaria, quizá un almacén, que se abría al corredor, conectaba con el primer pasadizo que conducía a la cámara mortuoria. Las dos entradas son un caso único e inexplicable; puede que reflejaran un cambio de planes o que sirvieran de acceso a los constructores.

La pirámide de Micerinos se construyó a una escala mucho menor, estableciendo un precedente para todos los constructores de pirámides futuros, que preferirían concentrarse en templos funerarios y estatuas. Pero, quizá para distraer la atención de su tamaño, las capas inferiores de la pirámide estaban recubiertas de un caro granito rojo. En la antigüedad, por desgracia, atrajo la atención del califa Malek al-Azis Omán Ben Youssef, quien, sin un buen motivo que conozcamos, decidió demoler las tres

pirámides de Guiza. Conservamos la historia gracias a Abd el-Latif de Bagdad:

> … Algunas personas de su corte lo convencieron, gente carente de sentido y juicio, de que intentara demoler las pirámides. Por consiguiente envió a algunos mineros y canteros, bajo la supervisión de algunos de los dignatarios más importantes de la corte, con órdenes de destruir la pirámide roja, que es la menor de las tres. Acamparon en las cercanías, reunieron obreros de todos los puntos del país a un alto precio, y durante ocho meses intentaron por todos los medios y con gran diligencia ejecutar el cometido que se les había confiado, quitando cada día, con gran dificultad, una o dos piedras, que se extraían a la fuerza de su sitio gracias a palancas y cuñas, y a continuación se bajaban con cuerdas. Cuando al final una de estas enormes piedras cayó, el tremendo ruido se oyó a una distancia inmensa y la sacudida agitó el suelo e hizo que la montaña temblara.[58]

Por lo menos el califa había tenido el buen juicio de empezar por la pirámide más pequeña. Sin embargo, tras ocho meses de duro trabajo no hubo grandes progresos y el califa se vio obligado a abandonar su plan, dejando sólo una pequeña herida en la construcción.

Giovanni Belzoni, recobrado de su desengaño por haber encontrado la pirámide de Kefrén vacía, tuvo la tentación de intentarlo de nuevo:

> Acabada por lo tanto mi operación en la segunda pirámide, tuve el impulso de echar un vistazo a la tercera. Observé que alguien había intentado entrar en ella excavando la cara este. Empecé a trabajar por la cara norte y, tras quitar una gran cantidad de materiales, encontré una considerable acumulación de enormes bloques de granito que era evidente que habían formado el revestimiento. Continuando aún más abajo, eliminando los desechos que encontraba, aquella parte del revestimiento todavía permanecía en su sitio en la base soterrada. Era evidente que quitar aquellos bloques me hubiese permitido entrar en la pirámide, pero requería más dinero y tiempo de los que yo podía emplear.[59]

Ojalá Belzoni hubiese continuado. En su lugar, la pirámide fue abandonada a la suerte del radical coronel Vyse. Estaba claro que el único modo de investigar un edificio de semejante solidez era mediante la pólvora. Yeso fue exactamente lo que hicieron Vyse y Perring en 1837. A medio camino de la cara norte se descubrió la entrada (simplemente quitando unos cuantos bloques, como Belzoni había dicho) después de que Vyse hubiese perforado un corredor a través de los bloques, con lo que probó, por accidente, que en aquella parte de la pirámide no había cámaras escondidas. Desde la verdadera entrada un corredor desciende hacia la base soterrada antes de abrirse a una cámara horizontal y decorada. Más allá de ese corredor, bloqueado en su origen por tres antepuertas de granito, se accede a una

antecámara. Desde el muro norte de la antecámara un pasadizo se dirige hacia arriba atravesando la pirámide y se abre a una inacabada cámara superior.

La cámara mortuoria se halla bajo la antecámara. Allí Vyse encontró un bonito sarcófago oscuro con elaboradas tallas de la fachada del palacio, el único sarcófago decorado que se recuperó de una pirámide de Guiza y, sólo posiblemente, el sustituto saíta del original del Reino Antiguo. Vyse decidió enviar el sarcófago al Museo Británico, pero en 1838 se perdió en el mar cuando el Beatrice se hundió frente a las costas españolas. Vyse regresó a Inglaterra en 1837, dejando las tres pirámides de Guiza abiertas. Consideró que las pirámides le habían contado todos sus secretos. Sin embargo, el verdadero trabajo arqueológico no había hecho más que empezar.

Entretanto, en Inglaterra, una forma alternativa y completamente teórica de estudiar las pirámides se estaba desarrollando con una rapidez asombrosa. En 1859 John Taylor había publicado The Great Pyramid: Why was it built? And who built it? [La gran pirámide: ¿Por qué fue construida? ¿Y quién la construyó?]. Se sabe que este libro inspiró la obra de mayor éxito de Charles Piazzi Smyth Our inheritance in the Great Pyramid [Nuestra herencia en la Gran Pirámide] (1866, reeditado posteriormente como The Great Pyramid: Its secrets and mysteries revealed [La gran pirámide: sus secretos y misterios desvelados] y su continuación Life and work at the Great Pyramid [Así se vivía y trabajaba en la Gran Pirámide], 1867). Smyth argumentaba que la Gran Pirámide de Keops era tan perfecta y tan bellamente proporcionada que sencillamente no podía ser de factura humana. La gente sabía que el mundo se había creado en el año 4004 a. C. Todo el mundo sabía que la Gran Pirámide se había construido en el año 2400 a. C. (no iban demasiado desencaminados, hoy en día se considera que fue hacia el año 2550), así pues, ¿cómo podía el género humano haber progresado tanto en mil seiscientos años? Aquello era imposible. Estaba claro que la pirámide la había construido, con la guía divina, una raza perdida de elegidos por Dios. Lejos de ser una tumba pagana, la pirámide era la constatación del destino del hombre, construida utilizando la «pulgada piramidal» (1,001 respecto de la pulgada del Imperio británico), que aquellos que poseyeran el saber necesario podrían utilizar para predecir el futuro. Su argumentación se resume en dos frases muy largas y citadas con frecuencia:

> Hay muy pocas dudas acerca de los propósitos de muchas de las pirámides más pequeñas y tardías; pues, construidas por los egipcios para los grandes egipcios muertos, esos muertos, tanto los faraones como sus parientes, fueron enterrados en ellas y con todos sus señas escritas, acompañados de retratos e idólatras adornos de

> esa religión demasiado gráfica con la que la artística nación del Nilo siempre se deleitó. Pero, según nos acercamos a la Gran Pirámide, ascendiendo por la corriente de los tiempos antiguos en cualquier estudio cronológico de las estructuras piramidales, los emblemas egipcios se dejan de lado de forma gradual y en la totalidad de esa masa formidablemente construida, que toda la historia y toda la tradición, tanto antigua como moderna, está de acuerdo en presentar como la primera en cuanto a fecha de todo el conjunto de Jeezeh [Guiza], e incluso de la totalidad de las construcciones egipcias, y el primer edificio de piedra que se sabe también positivamente que se erigiera en cualquier país, no encontramos en ninguna de sus partes acabadas un solo vestigio pagano, y tampoco la más mínima concesión en nada que se acerque a la idolatría, nada de la egiptología denunciada por Moisés y todos sus profetas de Israel, ni siquiera la alusión más lejana al culto a Saba y su elemental adoración al sol o la luna ni a ninguno de las estrelladas huestes del cielo.**[60]**

Smyth se equivocaba en su suposición de que las pirámides más pequeñas y tardías estaban muy decoradas con imágenes paganas, se equivocaba al suponer que la Gran Pirámide es la más antigua y más importante (es «tan sólo» la más grande) y, como se probará más tarde, se equivocaba al identificar la pulgada piramidal. Pero, como astrónomo real de Escocia y profesor de Astronomía en la Universidad de Edimburgo, propuso un convincente argumento, y hubo muchos que le creyeron; y muchos, por supuesto, todavía le creen en la actualidad. Mientras sus colegas académicos permanecían muy escépticos, su obra contó con gran aceptación popular, y los hechos y cifras que poblaban su libro se aceptaron como totalmente precisos, incluso a pesar de que nunca se había llevado a cabo un estudio arquitectónico auténtico de la pirámide. Para muchos tenía mucho sentido que la pirámide —sin duda alguna una sofisticada e impresionante estructura— fuera obra indirecta de Dios. En un principio muchos se sintieron atraídos por la egiptología a causa de sus firmes creencias cristianas. El capitán Caviglia era uno de esos creyentes; el coronel Vyse, otro. Vyse era quizá quien mejor conocía el interior de la Gran Pirámide entre los de su generación, pero desconocía por completo su verdadero significado, y siempre tuvo la esperanza de estar explorando las lujosas tumbas construidas por «los Reyes Pastores [Segundo Período Intermedio, los gobernantes hicsos], cuyos descendientes… tras su expulsión de Egipto, construyeron en Siria, Jerusalén…».

Los postulados cristianos sobre el pasado sufrirían agresiones desde todas las direcciones cuando los científicos pasaron a explicar la creación del mundo en lugar de los sacerdotes. Charles Darwin había publicado ya El origen de las especies mediante la selección natural (1858), dejando claro que el mundo no pudo crearse en el año 4004 a. C. La larga prehistoria del ser

humano se tornaba obvia y, más que tratarse de la deliberada creación de Dios —«Dios los hizo grandes o humildes, y ordenó su estado»—, existía la incómoda posibilidad de que todas las personas, de todas las razas, fueran un accidente evolutivo, los descendientes de los simios. La «pulgada piramidal» pudo parecer tan creíble, o increíble, como la teoría de la evolución o la idea de que la luz podía generarse al accionar un interruptor. Las teorías de Smyth inspirarían a generaciones de teóricos alternativos de las pirámides: primero aquellos que intentaron conectar las pirámides con el cristianismo, más tarde los que verían las pirámides como restos tangibles de civilizaciones o bien perdidas o bien escondidas, desde los extraterrestres del espacio exterior a las desaparecidas gentes de la Atlántida.

TERCERA PARTE

LOS ARQUEÓLOGOS

… EL PERÍODO DE RECONOCIMIENTO SUPERFICIAL DE LA RIQUEZA DE MATERIALES QUE EGIPTO OFRECE AL ESTUDIOSO TOCABA PARA ENTONCES A SU FIN, Y LE SUCEDERÍA UN PERÍODO EN QUE LA EXCAVACIÓN, LLEVADA A CABO CON CRECIENTE DESTREZA Y ATENCIÓN A LOS MÁS MÍNIMOS DETALLES, HABRÍA DE HACER, Y TODAVÍA HACE, LO QUE NINGÚN CATÁLOGO SUPERFICIAL DE LOS MONUMENTOS DE ESA TIERRA PODRÍA HACER JAMÁS, Y QUE ES DEVOLVERNOS, NO SÓLO IMÁGENES DE LA VIDA DE AQUELLOS ANTIGUOS TIEMPOS, SINO LAS HERRAMIENTAS Y LAS ARMAS CON QUE LOS EGIPCIOS TRABAJABAN, LUCHABAN Y CAZABAN, LOS RECIPIENTES QUE UTILIZABAN PARA TODOS LOS PROPÓSITOS, LAS JOYAS CON QUE ÉL Y SUS MUJERES SE ADORNABAN, LOS LIBROS QUE LEÍAN Y LAS CANCIONES QUE ENTONABAN; TODO EL MATERIAL A PARTIR DEL CUAL, SI TENEMOS LA VISIÓN Y LA PERSPICACIA ADECUADAS, PODEMOS RECONSTRUIR LA VIDA DE AQUELLOS DÍAS LEJANOS; Y PARA CORONAR SUS DONES SE HACEN SALIR DE SUS TUMBAS A LOS MISMÍSIMOS HOMBRES QUE GOBERNARON Y BATALLARON EN LAS TIERRAS DEL NILO EN AQUELLOS DÍAS FABULOSOS EN QUE EGIPTO ERA EL PRIMERO DE TODOS LOS IMPERIOS, Y SU FARAÓN UN DIOS ENCARNADO ANTE CUYAS SANDALIAS DE ORO TODOS LOS REYES DEL MUNDO, INFERIORES A ÉL, SE POSTRABAN EN EL POLVO «SIETE VECES Y SIETE VECES MÁS».

J. Baikie, *A century of excavation in the land of the Pharaohs* (1923)

VII

PROTEGIENDO LOS MONUMENTOS

De forma gradual el mundo empezaba a comprender que las antigüedades egipcias no procedían, como siempre se había supuesto, de un depósito infinito. Ya no se consideraba apropiado que un excavador se abriera camino mediante explosiones a través de las pirámides en busca de cámaras secretas repletas de oro y joyas, o que un coleccionista con autorización de un museo arrancara una escena pintada en el muro de una tumba con la finalidad de «protegerla» en su propio museo. Los monumentos, un valioso atractivo para un país en vías de desarrollo, necesitaban protección contra aquellos que trataban de obtener beneficio con ellos.

Fuera de Egipto existía una creciente concienciación de la verdadera edad del mundo; las nuevas disciplinas de la arqueología y la geología abrían unas posibilidades insospechadas. Dentro de la egiptología la tendencia a la conservación se aceleró gracias al desciframiento de los jeroglíficos. Los templos de piedra y tumbas vacías dejaron de ser mudos. Los lectores podían apreciar la complejidad de la vida dinástica, mientras que los monumentos que habían sido poco más que bloques de piedra de intrincada talla tenían de pronto un contexto y un significado. Ahora los estudiosos, más que los buscadores de tesoros, podían excavar con la esperanza de obtener respuesta a preguntas concretas. La era de los grandes coleccionistas estaba llegando a su fin, y hubo un hombre que jugaría un importante papel en su desaparición.

François Auguste Ferdinand Mariette nació en Boulogne-sur-Mer el 11 de febrero de 1821. Tras una temprana carrera como profesor de francés y (curiosamente) diseñando cintas de tela en Inglaterra, regresó a Francia, donde empezó a estudiar egiptología, aprendiendo de forma autodidacta a leer los jeroglíficos y el copto a partir de los textos publicados en la Description. En 1849 se había convertido en conservador del Museo del Louvre. En 1850 su museo lo envió en una misión de seis meses a Egipto para obtener tantos manuscritos coptos como le fuera posible. Ingleses y franceses continuaban disputándose los tesoros de Egipto y parecía claro que los franceses estaban perdiendo comba en esas adquisiciones. Pero una vez en Egipto, Mariette abandonó la búsqueda de manuscritos; en cualquier caso en aquel momento

había, gracias a los ingleses, una grave escasez de textos coptos, y Mariette volvió a las excavaciones. Empezó a trabajar en la necrópolis de Saqqara y fue allí, en 1850, donde descubrió el Serapeum, la catacumba diseñada por el príncipe de la XIX dinastía Khaemwaset para albergar el entierro de los bueyes sagrados de Apis.

Hemos conocido con anterioridad a Khaemwaset en el primer capítulo, cuando luchaba por eliminar toda la arena de unas pirámides que ya para entonces eran antiguas. La arqueología era, sin embargo, sólo un pasatiempo para él. Khaemwaset era sacerdote sem de Ptah, un sacerdote vinculado a los rituales asociados con los cultos mortuorios y los funerales. Ptah de Menfis, su mecenas, era un dios inmensamente rico y gran creador, deidad favorita de Ramsés II. Su magnífico templo debió de ser equivalente, si no superior, al templo de Amón en Karnak; pero mientras que el complejo de Karnak ha perdurado más o menos intacto, hoy en día apenas queda nada de los dominios de Ptah. Afincado por entonces en Menfis, Khaemwaset mostró un interés particular en el cuidado del buey símbolo de Apis, la representación viviente de Ptah en la tierra, que vivía en un palacio rodeado por un harén de preciosas vacas.

En el año dieciséis del reinado de Ramsés II, el buey símbolo de Apis murió. Mientras se identificaba a su sucesor, que los sacerdotes reconocerían por unas marcas distintivas, se le ofreció al viejo buey un funeral digno de un rey. Se enterró su cuerpo, embalsamado y vendado, en una tumba en el cementerio de bueyes. Una capilla decorada cubría la tumba. Cuarenta años más tarde su sucesor murió. Khaemwaset se ocupó de organizar el funeral. Rompiendo con la tradición, enterró al segundo buey junto al primero, permitiendo que los dos compartieran la cámara mortuoria y la capilla. Khaemwaset tomó entonces una decisión radical. Iba a abandonarse el anticuado estilo de las tumbas individuales y en su lugar los bueyes de Apis pasarían a ser enterrados en una galería subterránea, o catacumbas, conocidas hoy como el Serapeum. Bueyes sucesivos fueron enterrados en una serie de estancias contiguas abiertas a la cámara principal, y las estancias se sellaban tras cada funeral. Encima, en el exterior, se reemplazarían las capillas individuales por un magnífico templo. Khaemwaset documentó sus planes en una larga inscripción grabada en la entrada de la galería:

> … el Osiris, sacerdote sem e hijo del rey Khaemwaset, dice: «soy un valiente heredero, un paladín alerta, de sabiduría sobresaliente en opinión de Thot… Nunca se ha realizado nada igual, como se ha inscrito en el gran Patio del Festival ante este templo. Le he proporcionado [al buey de Apis] las ofrendas sagradas, ofrendas

> diarias corrientes, festividades cuyos días caen en fechas señaladas y festividades programadas a lo largo del año… Le he edificado un magnífico santuario de piedra frente a este templo, en el cual pueda pasar el día reposando mientras se organiza el funeral. Le he construido un magnífico altar ante su magnífico santuario, de piedra caliza de Tura… Sin duda te parecerá una buena obra cuando contemples lo que los antepasados han hecho, pobres e ignorantes obras… Recuerda mi nombre… soy el sacerdote sem Khaemwaset».[61]

La cámara de Khaemwaset, conocida hoy como las Bóvedas Rebajadas, albergó los entierros de los bueyes de Apis durante décadas. Finalmente, en 612 a. C., el rey Psamético I ordenó que se construyeran las Bóvedas Mayores. Son ésas, y no las anteriores, las que están hoy en día abiertas al público.

En el siglo I a. C. el griego Estrabón había visitado Saqqara y observado la gran avenida de esfinges que conducía al Serapeum. En 1850 el mercado de antigüedades estaba inundado de esfinges provenientes de Saqqara. Mariette, que paseaba con unos amigos, sumó entonces dos más dos:

> Un día en que paseaba por la necrópolis, cinta métrica en mano, intentando esclarecer los planos de las tumbas, mi mirada fue a posarse en otra de esas esfinges. Fue una revelación. Aunque estaba enterrada en sus tres cuartas partes, estaba claro que esa esfinge se encontraba en su emplazamiento original. Había, por lo tanto, encontrado la avenida que había abastecido a los coleccionistas de El Cairo de tantos monumentos.[62]

Los hombres de Mariette empezaron a cavar. Poco después habían puesto al descubierto más de cien nuevas esfinges. Había descubierto el camino procesional, y lo siguió hasta llegar directamente al templo de Apis. En noviembre de 1851 ya había encontrado la entrada a las Bóvedas Mayores, que albergaban veinticuatro sarcófagos de granito. Por desgracia, estaban todos vacíos. El año siguiente encontró las Bóvedas Rebajadas construidas por Khaemwaset. Allí se había alojado los bueyes en enormes féretros de madera, pero una vez más sus momias habían desaparecido. Sólo se descubrió un cuerpo, una momia mal conservada que llevaba una máscara de oro y yacía en medio féretro dorado, en el centro de las Bóvedas Rebajadas, oculta bajo los escombros que habían caído al derrumbarse el techo. Ese cuerpo ha pasado a ser el centro de un gran debate arqueológico. Mariette creía que era humano, que era el propio Khaemwaset. Por desgracia utilizó explosivos para llegar a la cámara, así que nunca podremos estar seguros de la ubicación original del cuerpo. ¿De verdad había deseado Khaemwaset que lo enterraran allí? Tiene sentido que eligiera ser enterrado en Saqqara, pero no demasiado que fuera enterrado entre los bueyes. Quizá lo habían enterrado por segunda

vez después de que los trabajos de construcción perturbaran su tumba original. ¿Podría haber salido despedido de otra tumba a causa de las explosiones? O, como creen muchos egiptólogos hoy en día, ¿había descubierto Mariette en realidad los restos mal conservados del entierro de un buey al que le habían colocado una máscara antropomórfica? Por desgracia, todos los huesos que podrían poner fin a la discusión han desaparecido.

Más tarde Mariette descubrió la sepultura de dos bueyes ordenada por Khaemwaset en el año 30 del reinado de su padre. Se trata del único entierro de un buey de Apis que se ha recuperado intacto, y Mariette se conmovió al ver las antiguas huellas que cruzaban el arenoso suelo de la tumba. Los bueyes todavía reposaban en sus enormes sarcófagos de madera. Había un conjunto de enormes vasos canopos, docenas de shabti (figuras a escala de los sirvientes que trabajarían para el difunto en la otra vida), dos ladrillos mágicos y joyas de oro que llevaban los nombres de Ramsés y Khaemwaset. Los cuerpos en sí estaban mal conservados, pero era obvio que los habían desmembrado antes de la momificación.

Mariette volvió a París en 1854, pero lo mandaron llamar de El Cairo en 1857 para que preparara la muy esperada visita del príncipe Napoleón, primo del emperador de Francia. Se había decidido que se le darían al príncipe todas las oportunidades para que descubriera antigüedades: para ahorrar tiempo, y vergüenza, se le encomendó a Mariette la primera visita a todo yacimiento, y que a continuación recolocara las antigüedades que el inocente príncipe iba a «descubrir». Cuando el príncipe canceló su visita, Mariette se cuidó de enviarle una selección de los trofeos que habría encontrado. Entretanto, sus hombres habían hecho un importante descubrimiento. Una tumba pequeña y de aspecto insignificante en Dra Abu el-Naga, en Tebas, había revelado la sepultura mal conservada del último rey de la XVII dinastía, Kamose. Dos años más tarde, cerca de éste, descubrirían intacto el lugar del entierro de su coetánea, la reina Ahhotep.

En 1858 el pachá Said, jedive o gobernante de Egipto, nombró a Mariette director general del recién formado Servicio de Antigüedades de Egipto. Sus obligaciones eran a la vez muy simples y muy complicadas: «Te asegurarás de que los monumentos estén a salvo, les dirás a los gobernadores de todas las provincias que les prohibo tocar una sola piedra antigua; encarcelarás a cualquier palurdo que ponga el pie en un templo»[63]. Al año siguiente, Said estuvo de acuerdo en establecer un museo nacional en una mezquita vacía y una serie de cobertizos del Boulaq en El Cairo.

Mariette se encontró entonces en la envidiable posición de ser el único arqueólogo autorizado a conceder permisos para realizar excavaciones en Egipto. Sus hallazgos se reservarían para el nuevo museo nacional. Mariette no era ni mucho menos un investigador irreprochable. Su lista de errores es larga. Trabajaba demasiado rápido, se ocupaba de demasiados emplazamientos al mismo tiempo; en total excavó en treinta y cinco yacimientos, una cifra sin precedentes. Lamentablemente apenas se ocupaba de documentarlos, no le prestaba ninguna atención a la estratigrafía, disgregaba las colecciones alegremente, permitía que sus trabajadores no cualificados trabajaran sin supervisión, a veces durante semanas, y en ocasiones utilizaba explosivos; ya le hemos visto volar las cámaras del Serapeum. Sus trabajadores, empleados en yacimientos poco productivos, no eran ajenos a la práctica de comprar y volver a enterrar antigüedades que a continuación «descubrían» para mantener el emplazamiento operativo. Con todo, el nombramiento de Mariette fue importante. Por primera vez alguien asumía la responsabilidad del vulnerable patrimonio de Egipto. Por desgracia, los fondos concedidos para financiar tan loable iniciativa fueron lamentablemente inadecuados.

Mariette era un hombre de profundas creencias. Y una de las cosas en que creía era en el «silencio» de las pirámides. Ninguna pirámide había revelado aún texto oficial alguno y la mayoría de los egiptólogos creían que ninguna lo haría jamás. Sólo la élite, aquellos que podían permitirse construir caras tumbas excavadas en la roca, grababan sus biografías en las paredes de sus tumbas para que los que pasaban las leyeran. Abrir las pirámides y buscar textos inexistentes sería por consiguiente una completa pérdida de tiempo y dinero. Todo el mundo sabía que los reyes, como sus más pobres súbditos, se habían ido en silencio a la tumba. Entonces, a principios de la década de 1890, un hallazgo casual revolucionó los estudios de las pirámides. El rey de la VI dinastía Pepi I había construido su pirámide al sur de Saqqara. Esa pirámide, despojada de la mayor parte de sus piedras, había sido durante años un montículo informe. Sin que tuviera nada excepcional vista desde fuera, John Shae Perring la exploró y no consiguió ver nada inusual en su interior oscuro y lleno de escombros. Entonces, en un día de suerte:

> … un zorro consiguió introducirse por una cavidad que había entre los escombros que rodeaban una pirámide en ruinas, y al animal lo siguió un capataz árabe que, al meterse en la cavidad, llegó a la cámara mortuoria de Pepi I. Las paredes de la tumba estaban cubiertas de textos jeroglíficos… La cosa no llegó a oídos de Mariette hasta mucho tiempo después, cuando estaba en el lecho de muerte. Autorizó que se llevaran a cabo excavaciones cerca de la pirámide y el 4 de junio

de 1881 envió a Heinrich Brugsch y a su hermano Émile, sus ayudantes alemanes, a comprobar lo que afirmaban los árabes. No se sabe si, antes de exhalar su último suspiro, el ilustre arqueólogo dio crédito a lo que afirmaban sus ayudantes.[64]

El zorro había descubierto los Textos de las Pirámides. Las primeras pirámides eran, en efecto, mudas. Pero las pirámides tardías del Reino Antiguo contenían escritos, una selección de hechizos y palabras que pretendían ayudar a los reyes difuntos de las dinastías Vy Vía renacer dentro de la pirámide. Se conocen unas setecientas fórmulas mágicas, y los distintos propietarios de pirámides seleccionaban la combinación destinada a sus preocupaciones particulares. Aquello sería una moda pasajera. Los reyes del Período Intermedio dejarían de utilizar los Textos de las Pirámides porque preferían las declaraciones pintadas en sus féretros de madera (ahora desaparecidos).

Mariette murió en El Cairo justo dos semanas después de la expedición de los hermanos Brugsch y está enterrado en un imponente sarcófago en los jardines del Museo de El Cairo. Su sucesor fue Gaston Camille Charles Maspero, profesor de Egiptología en el Colegio de Francia, París, y fundador de la Escuela Francesa de Arqueología en El Cairo. Maspero ejerció de director general del Servicio de Antigüedades y de jefe del Museo Buluaq entre 1881 y 1885, y de nuevo entre 1899 y 1914. Era un hombre de gran entusiasmo y habilidad que, aparte de escribir muchas publicaciones académicas, inició la difícil tarea de catalogar la colección del museo, que crecía con rapidez.

Pero Maspero trabajaba en unos tiempos difíciles. En 1879 Egipto estaba casi en la bancarrota debido a los gastos del jedive Ismail, y pasó a tener una administración franco-británica, con los ingleses ejerciendo la responsabilidad financiera y los franceses la judicial y cultural. Ahmed Orabi lideró una revuelta nacionalista fallida que a la larga derivó en la imposición de un gobierno militar británico. Los franceses retuvieron el control sobre los asuntos culturales, lo que incluía la arqueología. Se había convenido que el director general del Servicio de Antigüedades sería siempre francés, lo cual, inevitablemente, conduciría a un conflicto de intereses con los arqueólogos británicos. Puesto que se disponía de muy poco dinero para excavaciones oficiales, y había una demanda en apariencia insaciable de antigüedades, las excavaciones no oficiales amenazaban con despojar a Egipto de todos sus tesoros.

Maspero se sintió inspirado por el descubrimiento de los Textos de las Pirámides. Antes de que pasaran tres años había despejado las cámaras y copiado los textos de las pirámides de Unas, Teti, Pepi I, Merenre y Pepi II, para publicarlos con una traducción. Posteriormente Kurt Sethe publicó The pyramid texts [Los textos de las pirámides] (1908), cimiento de los estudios de los Textos de las Pirámides y base de la obra de R. O. Faulkner, Ancient Egyptian Pyramid Texts [Antiguos textos egipcios de las pirámides] (1969), que sólo sería desbancada cuando todos los fragmentos de los textos de Saqqara fueron restaurados, recopilados y traducidos.

En 1881 Maspero pasó unas vacaciones en Francia. Al hacerlo se perdió el hallazgo egiptológico más importante del siglo XIX: el descubrimiento de una colección de momias reales del Reino Nuevo ocultas en una tumba privada en Deir el-Bahari. En su ausencia, investigó el hallazgo Émile Brugsch, uno de los dos hermanos Brugsch que vimos por última vez arrastrándose por la pirámide de Pepi I. Heinrich Brugsch, el hermano mayor, era un lingüista de renombre, respetado y admirado por todos los que lo conocían. Había sido buen amigo de Mariette y había participado en la excavación del Serapeum. Su hermano menor Émile, sin embargo, se había granjeado una mala reputación que lo había seguido hasta la tumba. Desagradable y de modales ordinarios, muchos sospechaban que Émile había estado muy implicado en la venta de antigüedades del museo a coleccionistas privados. La forma en que manejó el escondrijo de Deir el-Bahari dejó mucho que desear.

A finales de la década de 1870 el mercado de antigüedades de Tebas estaba inundado de valiosos papiros funerarios del Tercer Período Intermedio. Sospechando que los lugareños habían encontrado una nueva tumba real, el Servicio de Antigüedades inició una investigación. Los principales sospechosos eran los hermanos el-Rassul, de la aldea de Gurna, en la ribera oeste. Los habitantes de Gurna, que vivían sobre el cementerio dinástico, eran todos consumados ladrones de tumbas, ¡y se enorgullecían de ello! El gran clan el-Rassul se había hecho, en pocos años, inexplicablemente rico. Se registró su casa, pero no se encontró nada. Con todo, el 6 de abril de 1881 se arrestó a Ahmed el-Rassul y a su hermano Illussein, y se los envió encadenados a Qena, la capital provincial. Allí el gobernador Daud Pachá los interrogó. Los hermanos fueron torturados; a Hussein le quedaría una cojera permanente, pero en ausencia de pruebas tuvo que cancelarse el juicio y, tras una temporada en la cárcel para que aprendieran la lección, los hermanos

volvieron a casa. El Servicio de Antigüedades continuó vigilando de cerca a la familia el-Rassul. Al cabo de un tiempo, a Mohammed, el hermano mayor, le pareció que era el momento oportuno para una confesión. A cambio de inmunidad ante un proceso judicial, una considerable recompensa y un buen empleo en el Servicio de Antigüedades, contó toda la historia. Diez años antes, en 1871, Ahmed el-Rassul estaba escalando la pared de piedra cercana a Deir el-Bahari, en busca de una cabra perdida (o quizá una tumba perdida; una cabra perdida es una buena coartada para un aspirante a profanador), cuando encontró una entrada oculta. Les habló a sus hermanos acerca del hallazgo y ellos, viendo una buena oportunidad de negocio, tiraron un asno muerto por el conducto de la tumba. El hedor sin duda desanimaría a otros a investigar.

Ahmed había encontrado la tumba familiar de Pinudjem II, que, como vimos en el capítulo primero, albergó las sepulturas de la familia de Pinudjem y una colección de momias reales del Reino Nuevo. Pero a las momias del Reino Nuevo, que los sumos sacerdotes de Amón habían despojado ya, no les quedaba nada de valor que ofrecer a un profanador moderno. Un agujero practicado en el pecho vendado de Tutmosis III debería haber puesto al descubierto el escarabajo corazón (un escarabajo proporcionado para proteger y, de ser necesario, para reemplazar el corazón), pero no fue así. Por ello, despreciando los cuerpos más viejos, los hermanos se concentraron en la familia de Pinudjem. Poco a poco, para que no bajaran los precios, vendieron una serie sin precedentes de papiros ilustrados, figuras shabti y como mínimo una momia.

El 6 de julio de 1881, Mohammed guió a un grupo de funcionarios por el empinado camino de la montaña que serpentea detrás del precioso templo funerario de Hatshepsut. Émile Brugsch fue el primero en bajar por el conducto. Encorvado y con una antorcha encendida en las manos, tras hacer caso omiso de los restos del desafortunado asno, pasó a través de una pequeña puerta que llevaba a un largo pasillo. Allí se encontró con que le bloqueaba casi totalmente el camino un féretro enorme. El corredor no tardó en girar hacia la derecha, lejos de la luz, y allí le fue posible permanecer erguido. A través de unos cuantos peldaños, el corredor conducía a una cámara repleta de una inimaginable colección de féretros. Una segunda cámara albergaba las saqueadas sepulturas de la familia Pinudjem.

Para Brugsch todo aquello fue como un sueño. Allí estaba, en presencia de algunos de los más grandes reyes egipcios, entre ellos Ahmose, Tutmosis I,

II y III, Ramsés I, Seti I y Ramsés II:

> Superada la emoción, examiné lo mejor que pude a la luz de mi antorcha e inmediatamente vi que se hallaban allí las momias de personajes reales de los dos sexos… Su recubrimiento de oro y sus superficies pulidas reflejaban con tanta claridad mi propio semblante emocionado que parecía estar mirando las caras de mis propios antepasados… me hice cargo de la situación rápidamente, con un gemido ahogado, y me apresuré hacia el aire fresco, no fuera a desmayarme de emoción y aquel maravilloso trofeo, aún sin desvelar, se perdiera para la ciencia. **[65]**

Brugsch estaba preocupado por el efecto que el descubrimiento pudiera tener entre los habitantes de la zona, quienes bien podían poner objeciones a que el Servicio de Antigüedades trasladara tan enorme y valioso hallazgo. Al parecer también le preocupaba que la tumba, con sus resecas momias, corriera riesgo de incendiarse. En un estado de nervios que rayaba el pánico, tomó una decisión realmente mala. A pesar de que era un conservador y fotógrafo experto, no se intentó documentar cómo estaban dispuestas las momias. No se dibujaron planos, no se hicieron fotografías. Ni siquiera se hizo un listado de las momias. La tumba tenía que vaciarse de inmediato y las momias se enviarían, para su protección, a El Cairo. Trescientos hombres se pusieron manos a la obra. Arrancaron los cuerpos de los féretros de su frío y oscuro refugio, los sacaron por el conducto y los expusieron al calor de pleno verano. Allí se cocieron poco a poco y se deformaron mientras esperaban sus envoltorios provisionales. Dos días más tarde, el primer lote de la preciosa carga iba camino al norte en un barco de vapor. Cuando los reyes de Egipto realizaron su último viaje por el Nilo, se congregaron multitudes para observarlos. Las mujeres lloraban y se tiraban del pelo mientras que los hombres disparaban sus armas de fuego al aire. En El Cairo un oficial de aduanas, obligado a registrar la carga por motivos de impuestos, se haría famoso por clasificar las momias reales como farseekh, o salazón.

Las momias de Deir el-Bahari se consideraron más curiosidades arqueológicas que objetos de importancia o que, ni que decir tiene, reyes y reinas muertos. Aquello fue desafortunado; quizá con un poco de respeto se hubiesen conservado los objetos y a los difuntos. Las momias, sin embargo, se consideraban de una importancia arqueológica mínima, y estaban destinadas a ser desvendadas públicamente a la primera oportunidad. El primer rey al que se aplicó el cuchillo fue Tutmosis III, el Napoleón egipcio, el rey guerrero más importante de Egipto. Los hermanos el-Rassul ya habían destrozado su momia, rasgando las vendas del costado izquierdo del pecho, en busca del escarabajo corazón. En julio de 1881 Émile Brugsch le quitó las

vendas, y a continuación se las pusieron otra vez. Gaston Maspero la desenvolvió de nuevo en 1886. Finalmente el distinguido anatomista Grafton Elliot Smith examinó los restos y publicó su insuperable obra The royal mummies [Las momias reales] en 1912.

Tutmosis no estaba especialmente bien conservado y tocarlo no era demasiado agradable. Su cuerpo estaba cubierto por «una capa de natrón blanquecino mezclado con grasa humana, grasienta al tacto, pestilente y muy cáustica».[66] Tenía la cabeza, las piernas y los pies rotos, posiblemente debido a un saqueo; los brazos estaban rotos por los codos, y le habían desaparecido el pene y los testículos. Los sacerdotes que habían restaurado su momia habían añadido tablillas de madera bajo las vendas para proporcionarle rigidez al cuerpo.

El jedive Tewkif estuvo presente mientras Gaston Maspero desenvolvía a Ramsés II el 1 de junio de 1886. El examen le llevó tan sólo un cuarto de hora. Ramsés estaba en mucho mejor estado que Tutmosis: «las cejas son gruesas y blancas, los ojos son pequeños y están juntos, la nariz es larga, delgada, aguileña como la de los Borbones y algo aplastada en la punta debido a la presión de las vendas…»[67]. Maspero advirtió la firme y varonil mandíbula del rey y las prominentes orejas, que «estaban agujereadas como las de una mujer, para llevar pendientes». Elliot Smith se percataría más adelante de que en la cara larga, fina y ovalada dominaba una prominente nariz. Ramsés había sido uno de los pocos egipcios pelirrojos, aunque cuando murió, con casi noventa años, el pelo se le había encanecido por completo y tenía la cara surcada de arrugas. También sufrió una serie de dolorosos achaques: tenía una artritis severa en la cadera, arteriosclerosis en las extremidades inferiores y dientes muy cariados.

Maspero desenvolvió a Seti I, padre de Ramsés II, el 9 de junio de 1886. Bajo los vendajes se encontraba la cabeza mejor conservada de todas las momias reales: «uno de los ejemplos más perfectos de dignidad varonil lucida por una momia que nos ha llegado del antiguo Egipto»[68]. Por desgracia su cuerpo había sufrido daños considerables en la antigüedad, con el cuello roto y la pared del abdomen destrozada. Una «gran masa con forma de corazón y consistencia de roca» hallada al lado derecho del pecho es probablemente su corazón, extraído por accidente y recolocado de cualquier manera durante el proceso de embalaje.

El estado de las otras momias reales resultó menos satisfactorio. El rey de la XX dinastía Ramsés III estaba cubierto de resina negra y aunque se

utilizaron tijeras para revelar la cabeza, el cuerpo todavía continúa envuelto hoy en día. La de la reina Ahmose Nefertary, esposa consorte del rey de la XVIII dinastía Ahmose, se había podrido y despedía un terrible hedor. Se la enterró de forma provisional bajo el almacén del museo y, cuando unos meses más tarde fue recuperada, el mal olor había desaparecido. La mano derecha de la reina no estaba —es de suponer que la habían robado unos ladrones en busca de brazaletes y anillos— y llevaba postizos trenzados con su propio y fino cabello.

Dos de las momias habían sufrido muertes por causas no naturales. Al rey de la XVII dinastía Senakhetenre Tao II lo habían matado en el campo de batalla, cuando luchaba contra el rey del norte, Apopis. Su cabeza muestra con claridad las características heridas provocadas por las hachas de guerra de bronce de los hicsos. Una momia anónima parece haber sufrido un final aún más desagradable. Una piel de cordero enrollada que se encontró en un sencillo féretro de madera albergaba un cuerpo de hombre cuya cara se retorcía en una expresión de sufrimiento. El hombre sin identificar tenía heridas en los pies y en las manos, mientras que todos los órganos internos estaban intactos, lo que conduce a la suposición de que pudo ser enterrado con vida en su mortaja de piel de cordero.

En 1969 Thomas Cook envió su primer cargamento de turistas Nilo abajo. El príncipe y la princesa de Gales ya habían disfrutado de un crucero por el Nilo en 1862 y de repente Egipto estaba más de moda que nunca. Mucho más barato que Europa, el clima cálido resultaba atractivo para quienes preferían evitar los inviernos húmedos y sombríos. El Cairo contaba ya con un escenario social completamente europeo. Había hoteles, un club deportivo, el té de la tarde en las terrazas, cenas con baile y, a modo de reconocimiento a las antigüedades, esporádicos pícnics en las pirámides.

Entre la nueva andanada de visitantes se encontraba la señorita Amelia Ann Blanford Edwards, una novelista de cierta reputación, que había publicado recientemente un libro de viajes, A midsummer ramble in the Dolomites [Un paseo veraniego por los Dolomitas] (1873), que había sido muy bien recibido en su país. La señorita Edwards escribía con un estilo alegre y relajado, combinando la historia de sus aventuras personales con detalles eruditos e información turística de calidad. Iba a escribir la historia de sus aventuras en Egipto. Como dictaban las formas, la señorita Edwards viajaba con una acompañante, la señorita Lucy Renshawe, que en sus relatos aparece simplemente como «L». Las dos damas iniciaron su aventura en El

Cairo, donde quedaron impresionadas por la ingente cantidad de personas que estaba deseando disfrutar de la experiencia egipcia:

> En el curso de sus paseos, al viajero le toca en suerte comer el menú del día que se le ofrezca; pero rara vez sucede que pueda reunirse con gente más variopinta de la que inunda el gran comedor del Hotel Shepheard, en El Cairo, en pleno apogeo de principios de temporada en Egipto. Aquí se reúnen a diario unas dos o trescientas personas de todas las categorías, nacionalidades y ocupaciones, la mitad de las cuales son angloindias de camino a casa o de vuelta, residentes en Europa o visitantes afincados en El Cairo durante el invierno. La otra mitad, puede darse por sentado, va a remontar el Nilo. Es tal la amalgama e incongruencia de esta masa de aficionados al Nilo, jóvenes y viejos, elegantes y mal vestidos, sabios e ignorantes, que el primer impulso del recién llegado es preguntarse cuáles son los motivos que conducen a tantas personas de gustos y crianzas tan dispares a embarcarse en una expedición que resulta, por decirlo lo más suavemente posible, muy pesada, muy cara y en conjunto carente de un interés excepcional.**[69]**

Las dos damas alquilaron el Philae: un dahabiyeh, o casa flotante de casco plano y con velas que, provista de una tripulación de veinte personas (incluidos dos camareros) y un gran piano, las transportaría elegantemente a lugares tan lejanos como Abu Simbel. Debería añadir que el coste total del Philae, con la comida, el salario del intérprete, el alquiler del barco, el paso de los rápidos, todo incluido excepto el vino, era de unas diez libras esterlinas al día. Su viaje iba a ser largo, fascinante y en ocasiones incómodo; hubo tormentas de arena, cataratas, visitas a los monumentos y un día tras otro de espera a que el viento las llevara hacia el sur. La señorita Edwards, «la autora», llegó a conocer y amar Egipto, aunque, aislada en su barco y con la compañía constante de otros turistas, no llegó a conocer a los egipcios demasiado bien. En ocasiones sus comentarios enervan al lector moderno al recordarle que era una dama victoriana, con todas los perjuicios de su raza, religión y clase. Se trata sin embargo de un detalle menor, y A thousand miles up the Nile [Mil millas remontando el Nilo] (1877) continúa siendo una lectura esencial para cualquiera que esté interesado en visitar Egipto. En Abu Simbel atracaron durante dieciocho días junto al Gran Templo:

> … Era maravilloso despertarse cada mañana junto a la escarpada ribera y, sin levantar la cabeza de la almohada, ver aquella hilera de caras gigantes tan cerca contra el cielo. A la luz de la luna ya parecían bastante sobrenaturales, pero ni la mitad que durante la grisácea luz del amanecer. A aquella hora, la más solemne de las veinticuatro, tenían un aspecto tan rígido y funesto que era poco menos que terrible. Según se iba calentando el cielo, a esa terrible expresión le seguía un resplandor que se tornaba más y más intenso, como el creciente resplandor de la vida misma. Por un instante parecían resplandecer, sonreír, transfigurarse. Entonces se producía un destello, como el de un súbito pensamiento. Era el primer destello del sol naciente. Duraba menos de un segundo. Se había desvanecido casi antes de

> que alguien pudiera decir que estaba allí. Al instante siguiente, montaña, río y cielo podían distinguirse bajo la constante luz del sol, y los colosos, meros colosos en aquel momento, se sentaban serenos y pétreos bajo la radiante luz solar.
>
> Cada mañana me levantaba a tiempo para observar aquel milagro diario. Cada mañana veía a aquellos espantosos hermanos pasar de la muerte a la vida, de la vida a la piedra esculpida. Casi llegué a pensar que al final, tarde o temprano, habría un amanecer en que el antiguo hechizo se haría pedazos y los gigantes se alzarían y hablarían.[70]

De vuelta al ajetreo y bullicio de Luxor, fueron testigos de la apertura oficialmente tolerada de una tumba, visitaron la ribera oeste, y oyeron rumores de que se había descubierto otra tumba ilegal que según se decía había albergado una momia y un papiro maravilloso:

> A ver, ni L ni la Autora deseaban convertirse en las felices propietarias de un antiguo egipcio; pero el papiro era algo que daba que pensar. Maldita la hora en que expresamos el deseo de verlo. A partir de aquel momento todo profanador de momias del lugar nos consideró su legítima presa. Engatusadas y llevadas de una guarida a otra, se nos mostraron todos los bienes robados de Tebas. Algunas de las cosas eran curiosas e interesantes… Abundaban los trozos de vendajes de momia y las esculturas murales y tablillas sepulcrales; y en una ocasión se nos llevó a la presencia de ¡una momia!… Entretanto nosotras intentábamos en vano hacernos con un codiciado papiro. Un árabe circunspecto se dejó caer una o dos veces tras la caída de la noche, y habló vagamente al respecto con el intérprete; pero nunca llegó al grano. Primero nos lo ofreció, junto a una momia, por cien libras. Sin embargo, al ver que no compraríamos el papiro sin verlo, y tampoco su momia, al precio que fuese, regateó y titubeó durante un par de días, evidentemente en un intento de hacernos creer que existía un rival o rivales desconocidos, y finalmente desapareció. Esos rivales, según supimos más tarde, eran los M. B. [amigos de la autora]. Compraron la momia y el papiro a un precio astronómico, y luego, incapaces de soportar más el perfume de su antiguo egipcio, ahogaron al querido difunto a finales de semana.[71]

Durante mucho tiempo los egiptólogos especularon sobre si la desafortunada momia que los M. B. lanzaron al Nilo podría haber sido la momia perdida de Ramsés I, que al parecer los hermanos el-Rassul habían sustraído del escondrijo de Deir elBahari para luego venderla. Sin embargo esa momia se ha redescubierto recientemente en Niágara, EEUU, y se ha devuelto al museo de Luxor.

La señorita Edwards y L habían entrado en el turbio mundo del comercio ilegal de antigüedades. A pesar de todas las normas y regulaciones de Mariette, los lugareños seguían obteniendo unos pingües ingresos de la venta de una mezcla de antigüedades auténticas y falsificaciones a los extranjeros. El número cada vez mayor de turistas sencillamente incrementaba la demanda; la mayoría eran conscientes de estar infringiendo la ley, pero eso no

hacía más que añadir un escalofrío de emoción al negocio. La señorita Edwards se dio cuenta desde el principio de que aquello estaba mal. Las excavaciones ilegales destruían los yacimientos y dispersaban colecciones que podían tener una importante historia que contar. Un objeto aislado, como una diadema de oro, tendría por supuesto un elevado valor monetario, pero una diadema de oro encontrada en una tumba intacta, rodeada de otros objetos del ajuar funerario, no tendría precio para un estudioso. Y sin embargo siempre existía la sensación de que al adquirir una antigüedad ya excavada se la preservaba de un destino peor. Y, por supuesto, suponía unos ingresos para una familia pobre que, de otro modo, estaría desesperada. Como las autoridades no daban abasto con el tremendo número de hallazgos, ¿no era mejor acaso comprar y exportar una antigüedad que encontraría un hogar acogedor en una colección europea? Mientras observaba los yacimientos que se iban vaciando, presas del número creciente de marchantes y coleccionistas, la señorita Edwards comenzó a pensar.

Su experiencia egipcia alteró el curso de su vida. Mil millas remontando el Nilo, publicado dos años después de su regreso, fue un gran éxito que desencadenó un creciente interés por todo lo egipcio. Pero sería su penúltimo libro. En 1882, en asociación con Reginald Poole, conservador del departamento de monedas y medallas del Museo Británico (que había disfrutado de una infancia feliz en Egipto), y el eminente cirujano *sir* Erasmus Wilson (quien, tras amasar una fortuna con el negocio de las divisas, había financiado el transporte de la Aguja de Cleopatra desde Egipto hasta Londres, un lujo que le costó casi diez mil libras esterlinas), Amelia Edwards fundó la Fundación para la Exploración de Egipto (FEE), una sociedad con sede en Londres que se conoce hoy en día como la Sociedad para la Exploración de Egipto. La fundación se constituyó para financiar excavaciones realizadas por investigadores profesionales competentes, con la aprobación de las autoridades egipcias. Las primeras excavaciones se concentrarían en el Delta del Nilo. Un anuncio publicado en varios periódicos y revistas expuso sus intenciones con mayor detalle:

> Constituir una fundación con el propósito de realizar excavaciones en el Delta, que hasta el momento no ha recibido muchas visitas de viajeros y donde los arqueólogos no han explorado ni un solo yacimiento. Y sin embargo allí yacen, sin duda ocultos, los documentos de un período perdido de la historia bíblica, documentos que podemos confiar en que nos proporcionaran la clave para resolver un gran número de problemas desconcertantes.

Se eligió el Delta para la excavación inicial por la simple, y astuta, razón de que nadie estaba interesado en excavar en una zona tan húmeda e improductiva. Se confiaba en que más adelante la fundación pudiera excavar Nilo arriba. La mención de la Biblia fue otra jugada inteligente que garantizaba patrocinadores. Había muchos que seguían creyendo que Egipto albergaba la clave para comprobar que las historias de la Biblia eran verdad, y que en el Delta se desarrollaba en gran medida el libro del Éxodo. A pesar de la participación de Poole, el Museo Británico fue tibio en su apoyo y el doctor Samuel Birch, conservador de las antigüedades orientales, no quiso tener nada que ver con la fundación y su «arqueología emocional»[72]. Aquello fue molesto, pero no tuvo gran importancia. La señorita Edwards contaba con el apoyo de Mariette, que estaba gravemente enfermo, y, más importante, de su sucesor, Gaston Maspero, que, sorprendentemente, era un entusiasta admirador de sus novelas. Maspero sabía por experiencia que Egipto no disponía de recursos financieros para proteger su patrimonio. Si los monumentos iban a conservarse por medio de estudios y excavaciones se necesitaría ayuda externa.

¿Quién dirigiría la primera excavación? Había pocos egiptólogos ingleses. La primera opción de la fundación, el alemán Heinrich Schliemann, que acababa de obtener un gran éxito en Troya, no era del agrado de Maspero. La fundación sería la primera organización extranjera a la que se le concedería un permiso oficial para excavar en Egipto y la situación política era demasiado delicada para soportar un carácter tan extravagante como el de Schliemann. Vale la pena incluir una extensa cita del punto de vista del propio Maspero sobre el nombramiento de Schliemann, ya que nos ofrece una aproximación a las dificultades a las que se enfrentaban los excavadores en aquel momento:

> … vanidad nacional, si es que la palabra «nacional» significa algo en Egipto, se ha visto violentamente agitada por unos acontecimientos recientes. Se da por supuesto que Egipto es el país más importante del mundo, madre de la civilización tanto antigua como moderna, y que los extranjeros que gastan dinero en beneficio del gobierno egipcio no hacen otra cosa que rendir homenaje a la superioridad del país: se acepta el dinero como un acto de cortesía, nada más. Observará que, desde semejante punto de vista, el ministro del ramo y los que le sucederán son muy suspicaces. Una palabra imprudente, un desliz en la forma en que se presenta el caso, podría frustrarlo todo en el último momento. M. Schliemann, entre sus muchas virtudes, no posee la de la discreción. Adora la publicidad y los artículos periodísticos controvertidos, y nunca deja pasar una oportunidad para hablar de sí mismo… ante la más mínima dificultad recibiríamos la orden de pararlo todo y por supuesto todo debería pararse, y el gobierno británico se mostraría muy reacio a provocar dificultades diplomáticas causadas por unas excavaciones dirigidas por un alemán, como lo es Schliemann, y un francés, que sería yo mismo.[73]

Así que se rechazó al vehemente alemán y en su lugar se eligió al egiptólogo suizo Édouard Naville para dirigir la primera excavación oficial inglesa en el yacimiento del Delta de Tell elMaskhuta. El nombramiento parecía idóneo. Naville era un hombre tranquilo y diplomático, un entusiasta estudioso de la Biblia y amigo personal de Maspero. Por desgracia, no era, y nunca sería, un arqueólogo entregado. Como era en primer lugar y sobre todo un teórico, un lingüista y un experto en la religión egipcia, Naville veía la excavación más bien como el medio para llegar a un fin. No tenía interés en los hallazgos de pequeñas proporciones y ninguna experiencia, o interés, en la conservación. Para él apenas valía la pena investigar un yacimiento sin textos y sin grandes edificaciones, y le parecía bien delegar la supervisión del emplazamiento en otros, si ello le permitía trabajar en sus propios intereses. Esa actitud traería problemas en el futuro, pero por el momento todo iba bien. Naville pudo confirmar que Tell el-Maskhuta era, cómo no, la ciudad bíblica de Pithom (la ciudad ramésida de Per Atum), y volvió a casa con dos estatuas impresionantes, regalo personal del jedive para *sir* Erasmus Wilson, quien en su momento ofreció las estatuas al Museo Británico.

Al año siguiente se programó el comienzo de las excavaciones en la ciudad bíblica de Zau (Sa el-Hagar, la antigua Tanis), pero Naville estaba demasiado ocupado para participar y tuvo que encontrarse un nuevo arqueólogo. Maspero siempre había creído que la fundación debía emplear a un novato al que pudiera adiestrarse en las técnicas apropiadas:

> Ignoro qué revés de la fortuna ha hecho que de Inglaterra no haya salido aún ningún joven egiptólogo: la escuela se está extinguiendo al no renovarse. Por lo tanto he pensado en pedirles un hombre joven que haya realizado competentes estudios clásicos y que esté interesado en la historia y los idiomas orientales, y que, con un poco de buena voluntad, no tarde en convertirse en algo parecido a un egiptólogo. Yo podría darle algunas lecciones…[74]

La fundación estuvo de acuerdo. Eligieron al relativamente inexperto y autodidacta Flinders Petrie, un joven práctico que ya había demostrado su interés por el antiguo Egipto al realizar un estudio topográfico de la Gran Pirámide en solitario. Los resultados de su estudio, The pyramids and temples of Giza [Las pirámides y templos de Guiza], acababan de publicarse y habían impresionado a los miembros de la fundación muy favorablemente. Se demostró que ése sería un nombramiento de lo más acertado. Amelia Edwards murió de bronquitis el 15 de abril de 1892. En su testamento legó una extensa biblioteca, así como dos mil cuatrocientas libras esterlinas al University College de Londres. El dinero se utilizaría para financiar una «cátedra de

Arqueología y Filología egipcias que incluiría el desciframiento y la lectura de jeroglíficos y otras escrituras u obras antiguas». Ésa sería la primera cátedra en Egiptología, y la señorita Edwards había expresado en privado el deseo de que el primer profesor fuera Flinders Petrie. Así fue. El profesor Petrie ocuparía el cargo durante los cuarenta años siguientes.

VIII

FLINDERS PETRIE, «PADRE DE LOS PUCHEROS»

William Matthew Flinders Petrie, al que se conocería como Flinders a lo largo de toda su carrera profesional, nació el 3 de junio de 1853, hijo de William Petrie y de su esposa Anne Flinders. La feliz pareja hacía gala de un talento excepcional pero tenía antecedentes y costumbres poco corrientes. Anne, hija única del capitán Mathew Flinders, explorador en Australia, había aprendido alemán e italiano en el colegio antes de ponerse a enseñar hebreo, griego, español y portugués. En su edad adulta había publicado una impresionante colección de historias, novelas y poemas. William era un químico con un gran interés en la electricidad, el magnetismo, los mapas y los gráficos. Poseía numerosos inventos ingeniosos en su haber, pero poca visión para los negocios, de manera que condenó a su familia a una vida de elegante pobreza. Miembro de una estricta secta fundamentalista cristiana era, algo raro en su tiempo, vegetariano, homeópata entusiasta y abstemio estricto. Anne toleraba sus opiniones, pero no las compartía. Insistía en que su único hijo comiera carne y se aseguró de que fuera bautizado en secreto por la Iglesia de Inglaterra.

Al joven Flinders, asmático, se le consideró demasiado delicado para ir al colegio. Unas institutrices lo educarían en casa. La suya sería una educación concienzuda, aunque poco convencional. Su padre le enseñaría química y una interpretación literal de la Biblia, mientras que su madre lo instruiría en minerales, fósiles y monedas antiguas, y su tía abuela (que también había dado clases a su madre) le enseñaría idiomas y aritmética. A los ocho años, con la cabeza hecha un revoltijo de idiomas antiguos y aritmética, Flinders sufrió una crisis nerviosa. Por orden del médico, se prohibieron todas las clases durante dos años. Con los juegos en el exterior también vedados —no se consideraba que sus pulmones fueran lo bastante fuertes—, Flinders creció como un niño aislado, pero en absoluto infeliz; era un lector voraz, con pasión por coleccionar monedas, la música y el ajedrez. A los veinticuatro años asistiría a un cursillo universitario de álgebra y trigonometría, y ésa sería toda

su educación académica. Mientras tanto, la arqueología se estaba convirtiendo en una parte cada vez más importante de su vida.

Al final de su adolescencia había decidido medir todos los montículos de origen prehistórico de su tierra natal, Kent. No mucho más tarde, decidió ir más allá y hacer la medición de todos los monumentos prehistóricos del sur de Inglaterra. A continuación él y su padre decidieron realizar un detallado estudio de Stonehenge, cuyo resultado fue el plano más preciso de Stonehenge hasta aquel momento. Puertas adentro, en los pasillos del Museo Británico y en la biblioteca del Museo Británico, Flinders continuó midiendo y leyendo sobre mediciones. Los resultados se publicarían en 1877 con el título de: Inductive metrology: or the recovery of ancient measurements from the monuments. [Metrología inductiva, o la recuperación de antiguas mediciones de los monumentos]. Al final los Petrie, padre e hijo, decidieron aplicar sus técnicas a la Gran Pirámide. Su interés por el antiguo Egipto había surgido por un hallazgo casual en un puesto de libros:

> … Un día, en 1866, volví del puesto de libros de Smith con un volumen de Piazzi Smyth, Our inheritance in the Great Pyramid [Nuestra herencia en la Gran Pirámide], Las opiniones, así como una antigua amistad con el autor, atrajeron mucho a mi padre y, durante algunos años se me animó en lo que me pareció una atractiva coincidencia, Bien poco podía pensar que, quince años más tarde, descubriría «ese pequeño detalle desagradable que destrozaría la bonita teoría», pero fue ese interés lo que condujo a mi padre a animarme a salir y realizar las mediciones de la Gran Pirámide…[75]

No debe causar mucha sorpresa que la teoría de la «pulgada egipcia», una convincente mezcla de cristianismo fundamentalista y matemáticas, resultara muy atractiva para los Petrie, profundamente religiosos y profundamente matemáticos, Por una curiosa coincidencia ya conocían a su autor, Muchos años antes William Petrie había cortejado a Henrietta Smyth, hermana de Piazzi, Sus padres habían considerado el enlace poco apropiado —todo el mundo reconocía que el pobretón Petrie no era una presa muy codiciable— y Henrietta se casó con el anciano profesor Baden-Powell. De este modo se convirtió en la madre del fundador del movimiento de los *boy scouts*, Los miembros de las dos familias habían continuado siendo buenos amigos, y en casa de la familia Smyth William Petrie conoció a Anne Flinders, William y Flinders empezaron a intercambiar una extensa correspondencia con Piazzi Smyth, haciéndole preguntas e incluso sugiriendo mejoras para sus cálculos matemáticos, No es de sorprender que la amistad con Smyth se enfriara ante la avalancha de preguntas que le hicieron, Entretanto los Petrie fueron

desencantándose de su metodología, hasta que al final decidieron poner a prueba su teoría, una teoría que, al depender totalmente de las medidas y proporciones de la estructura de la pirámide, podía someterse a un cálculo científico riguroso, Iban a medir la pirámide por dentro y por fuera y, de una vez por todas, determinar la verdad de la «pulgada piramidal», Pero William, siempre indeciso, retrasaba su viaje una y otra vez hasta que al final, en 1880, Flinders perdió la paciencia y se fue a Egipto solo.

En Guiza se instaló en una tumba vacía, Añadiendo unas estanterías, una puerta nueva y un hornillo de petróleo, constituía una vivienda cómoda y no muy cara. Que fuera barata era importante, pues Flinders se autofinanciaba por entero. Buena parte de su equipo, que incluía escaleras de cuerda y muchos de sus instrumentos, era de fabricación casera para ahorrar dinero. Por aquel entonces contaba con un único empleado: Alí Gabry, un excavador experimentado que ya había trabajado con Vyse, con Dixon y con Smyth. Las condiciones de trabajo dentro de la pirámide no eran buenas: hacía calor, estaba sucio y los indeseados visitantes podían ser un fastidio. Tenía sentido trabajar todo lo posible durante la noche, cuando la meseta estaba desierta y uno podía quitarse las prendas de vestir innecesarias sin ofender a nadie:

> A veces era más conveniente desnudarse por completo para trabajar, debido al calor y la ausencia de toda corriente de aire en el interior. Para trabajar fuera cuando hacía calor, camiseta y pantalones resultaban adecuados, y si eran de color rosa mantenían a los turistas a raya, ya que semejante criatura les parecía demasiado extraña para inspeccionarla.[76]

Petrie desarrolló un complicado sistema de triangulaciones que se extendían por todo el emplazamiento de la pirámide. El trabajo era de una lentitud exasperante; cada mañana tardaban varias horas en colocar las cuerdas, y todas las mediciones debían comprobarse dos veces. Al mismo tiempo, Petrie reunía información acerca de la construcción de la pirámide, decidido a acabar, de una vez por todas, con las persistentes sospechas de que los egipcios no pudieron construir las pirámides. Tras dos temporadas de mediciones y exámenes estructurales, que incluyeron unas limitadas excavaciones dentro de la pirámide, se recopilaron sus cálculos en Inglaterra. El resultado final era tan preciso que hoy en día los arqueólogos aún utilizan el estudio de Petrie. Sus cálculos contradecían con rotundidad las mediciones sobre las que se sostenía la obra de Smyth; la «pulgada piramidal» sencillamente no existía, mientras que su examen estructural mostró que la pirámide, por supuesto, la habían construido manos humanas:

> La pirámide, en lugar de medir 232,15 metros, como se suponía, mide sólo 230,35. Por consiguiente, toda la teoría de que los días del año estaban allí representados era completamente errónea. Se resolvió que el tamaño de la pirámide era de 7 × 40 codos egipcios (5,2 metros) de alto y 11 340 codos de ancho. Que es así queda totalmente confirmado con la pirámide de Meidum, que la precede en el tiempo, y que mide 7 × 25 codos de alto y X 25 de ancho; lo cual muestra la utilización del mismo sistema en un gran número de codos, 25 o 40, como unidad, multiplicado por 7 u 11 para las dimensiones. El ángulo de la pendiente requerido para esta proporción de 7 a 11 se encuentra dentro del pequeño margen de error (dos minutos) de los restos actuales.[77]

Keops se había hecho construir una pirámide de una precisión excepcional y sin duda sin precedentes. Medía 146,59 metros de alto, con una inclinación de 51° 50′ 40″. Sus lados, con una longitud media de 230,33 metros, tenían una variación menor de 5 centímetros y estaban orientados casi exactamente hacia el norte geográfico. Su base estaba casi totalmente nivelada, con una variación menor de 3 centímetros de norte a sur. En su interior se hallaban las tres cámaras de las que ya hemos hablado en el capítulo sexto. En el exterior, la pirámide estaba rodeada de una estrecha terraza pavimentada con grandes losas de piedra caliza que una vez habían estado delimitadas por un gran muro del mismo material. También habían existido una capilla mortuoria o conmemorativa, un paso elevado y un templo en el valle que se abría a un pequeño puerto, aunque esos elementos habían desaparecido casi por completo. Una pequeña pirámide satélite se erguía fuera del recinto, al suroeste de la pirámide principal; formaba parte del equipamiento mortuorio del rey, y se desconocía su propósito. Tres pequeñas pirámides al este de la Gran Pirámide, cada una con su propia pequeña capilla mortuoria, proporcionaban lugares de reposo final para las tres mujeres reales más importantes.

¿Cómo, si tenemos que descartar la intervención divina, pudo alcanzarse tal precisión en un emplazamiento de la Edad del Bronce? Los egipcios no nos han contado demasiadas cosas acerca de su industria de la construcción, pero se deduce de las mediciones de sus edificios que eran constructores consumados y prácticos. Las mediciones habrían representado una dificultad nimia; los recaudadores de impuestos llevaban años haciendo precisas mediciones del terreno. La localización del norte geográfico, a su vez, era sencilla para unas gentes cuyos sacerdotes estudiaban los cielos con regularidad: el norte podía determinarse por la noche gracias al estudio de las estrellas o durante el día utilizando la sombra proyectada en un poste vertical. Juegos de escuadras de madera y la utilización del método del triángulo 3-4-5 para los ángulos rectos aseguraba la ortogonalidad de los mismos.

Por lo general, se calcula que la pirámide de Keops contiene más de 2.300.000 bloques, pero es probable que sea una exageración; no podemos ver lo que hay bajo las piedras exteriores, así que no podemos saber cuánta arena y escombros se incorporaron al grueso de la mampostería. Los bloques cortados se llevaban a rastras desde la cantera de piedra caliza cercana. Según se iban disponiendo en hiladas más y más altas, la importancia de mantener el ángulo correcto de la pendiente era cada vez mayor. Si las diagonales que se elevaban desde las cuatro esquinas no seguían siendo correctas, parecería que la pirámide estuviese torcida. Marcas de los canteros trazadas en los bloques demuestran que la pendiente se recalculaba según se iban añadiendo las diferentes hiladas. La disminución de la superficie de trabajo significaba que los bloques destinados a las hiladas superiores debían cortarse antes de ser izados. Según progresaba el trabajo de construcción, las costosas piezas del revestimiento exterior se dejaban sin ajustar. Únicamente cuando la pirámide estaba finalizada, y se estaban desmantelando las rampas, se procedería a ajustar el revestimiento, trabajando de arriba abajo.

No han quedado apenas restos de las rampas; lo que sí sabemos sobre las rampas egipcias es que no eran todas iguales. Los constructores, como es natural, confeccionaron sus rampas para que se adaptaran a las condiciones locales. Parece probable, pero no puede probarse todavía, que la Gran Pirámide se construyó utilizando una única rampa recta, que se elevaba hasta un tercio de la altura total de la pirámide y luego una rampa más pequeña y circundante que alcanzaría la cima.

Sus viajes a Guiza le habían dejado algo muy claro a Petrie. Los monumentos egipcios, incluso los monumentos conocidos también como pirámides, se hallaban bajo una funesta amenaza. Los encargados de su conservación eran a veces los más culpables:

> Me enteré de que Mariette, con la mayor picaresca, hizo que un numeroso grupo de soldados volara en pedazos las partes caídas del templo de granito [el templo funerario de Kefrén], para despejarlo en vez de subir las piedras y recolocarlas por medio de poleas. La salvaje indiferencia de los árabes, que incluso habían despojado el templo de granito de su cubierta de alabastro cuando Mariette lo dejó al descubierto, y a quienes aquí no se les vigila mucho, queda en parte desbancada por la más bárbara de las desatenciones que prestan a los monumentos los que mandan. No parece que se haga nada con alguna uniformidad o un plan preconcebido, se empieza el trabajo y se deja sin acabar, no se presta la más mínima atención a las necesidades de futuras exploraciones y no se utilizan herramientas civilizadas ni de las que ahorran trabajo. Es repugnante observar la velocidad a la que todo se destruye y la poca atención que se presta a la conservación.[78]

Gastón Maspero opinaba lo mismo. Tenía que hacerse algo para salvar las pirámides. Al final se acordó que debía invitarse a los egiptólogos profesionales a solicitar permiso para trabajar en Guiza. Tres equipos respondieron: uno italiano, conducido por Ernesto Schiaparelli; uno alemán, liderado por Ludwig Borchardt, y uno estadounidense, dirigido por George Reisner. Tras un largo y animado debate, se dividió la zona en tres partes: los italianos obtuvieron permiso para trabajar en la pirámide de Keops, los alemanes en la de Kefrén y los americanos en la de Micerinos. Hoy en día los trabajos prosiguen en Guiza, pero se concentran menos en las pirámides y más en los cementerios, templos y yacimientos circundantes.

En octubre de 1883 Flinders Petrie se disponía a viajar de nuevo a Egipto a petición de la Fundación para la Exploración de Egipto. Iba a excavar en Sa el-Hagar (la antigua Tanis), por lo que recibiría doscientas cincuenta libras esterlinas al mes para financiar la excavación, así como sus gastos personales. El yacimiento era un vasto túmulo que se había transformado, durante la temporada de lluvias, en una enlodada ciénaga; excavado parcialmente por Lepsius y Mariette, había quedado abandonado sin que se pensara en ningún momento en la preservación de sus antigüedades. El primer día lo dedicaron a acampar mientras Petrie, impertérrito ante la falta de comodidades pero necesitado de un lugar seco donde almacenar sus descubrimientos, construía una caseta de excavación decente. A continuación se reclutó una fuerza combinada de hombres, chicos y chicas y, con el leal Ali Gabry a su lado, se empezó a trabajar en serio. Petrie pudo despejar el templo y levantar planos, excavar varias casas romanas y recuperar más de doscientos papiros demóticos. La temporada fue un éxito incalificable y la Fundación para la Exploración de Egipto quedó encantada.

Todo el mundo estuvo de acuerdo en que Petrie debía encabezar la siguiente misión de la fundación, que se concentraría en el yacimiento del Delta de Naukratis (la moderna el-Nibeira), un centro de comercio griego que Herodoto visitó en el siglo v a. C. Esta vez iba a tener un ayudante. El joven Francis Llewellyn Griffith, inspirado por el libro de Belzoni, había escrito a Petrie pidiéndole consejo para hacer carrera en la egiptología. Petrie le había explicado el asunto a la señorita Edwards, y ella, con su eficacia acostumbrada, había encontrado patrocinadores suficientes para que obtuviera una beca que lo ayudara en sus estudios. Una condición de la beca era que Griffith tenía que pasar una época, cada año, en Egipto. El dinero estaría bien empleado. Griffith estaba destinado a convertirse en el primer profesor de

Egiptología de la Universidad de Oxford. Como principiante, ayudaría a Petrie en sus excavaciones.

Entretanto, en Londres, la Fundación para la Exploración de Egipto tenía problemas. *Sir* Erasmus Wilson había muerto en 1884, antes de poder cambiar su testamento a favor de la fundación. El dinero, que siempre se había dado por sentado, se convirtió en un asunto de importancia primordial. La señorita Edwards, que vivía en Bristol, y el doctor Poole, que vivía en Londres, se hacían cargo de la sociedad en su tiempo libre y ambos estaban agobiados y exhaustos. Petrie, al que nunca le había gustado demasiado que le tomaran el pelo, se estaba exasperando cada vez más debido a la falta de comunicación, el desorden y la dispersión de hallazgos valiosísimos. Él siempre se había esforzado en ahorrar dinero, consumiendo las comidas más desagradables, fabricándose su equipamiento y cajas de embalaje, y no utilizando jamás un burro si podía andar, incluso si eso significaba una caminata de treinta kilómetros o más. En 1886 Petrie cortó la comunicación con la fundación. También discutió con Wallis Budge, conservador auxiliar de las antigüedades egipcias y asirias del Museo Británico, y tenía malas relaciones con Émile Brugsch, representante del Servicio de Antigüedades en El Cairo. El futuro, incluso para alguien acostumbrado a escatimar y ahorrar, debió de parecerle funesto:

> Ahora que había terminado el trabajo para la fundación, dependía de mis propios recursos, y era necesario hacer planes en consecuencia. Contaba con ciento diez libras esterlinas que en parte procedían de mi tía abuela y se complementaban con una pequeña participación en las propiedades familiares; de esa cantidad cuarenta libras se quedaban en Londres destinadas a mis gastos para cuando estaba allí, con lo que quedaban setenta en total para hacer frente al trabajo en Egipto, y no dispondría de ningún otro ingreso fijo hasta que tuviera cuarenta años.[79]

Sin embargo, Petrie tenía algo de trabajo a la vista. El genetista Francis Galton le había encargado que tomara fotografías de las cabezas de los enemigos y los aliados de Egipto que se sucedían en los muros de los templos del Reino Nuevo. Galton necesitaba las fotografías para su trabajo sobre tipos raciales y había conseguido una subvención de veinte libras para pagar por ellas. Petrie unió sus fuerzas a las de Griffith. Alquilaron un pequeño barco en El Cairo y emprendieron viaje hacia Asuán. Éste se convertiría en unas vacaciones de trabajo. Durante el día examinaban yacimientos, copiaban inscripciones y recogían cerámica y muestras de huesos. Por la noche leían, escribían e intentaban relajarse en un único y estrecho camarote que servía de dormitorio, sala de estar, sala de estudios y comedor.

De vuelta en Luxor, donde acamparon en el templo y tomaron las fotos de las cabezas, Petrie recibió buenas noticias. Un benefactor anónimo estaba dispuesto a financiar, con un límite máximo de quinientas libras, las excavaciones en la zona occidental del valle. Pero, como Eugène Grébaut, sucesor de Maspero como director general del Servicio de Antigüedades, denegó rotundamente la concesión del permiso a Petrie para excavar en el valle de los Reyes o en cualquier lugar de las cercanías, tuvo que abandonarse el proyecto antes de que hubiese dado comienzo. El nombramiento de Grébaut resultó desastroso para la egiptología británica. Perezoso y nada adecuado para las exigencias de su puesto, mostró una sistemática parcialidad antibritánica. Incluso Wallis Budge, que por naturaleza no era partidario de Petrie y de su compañero arqueólogo, observó que: «todos aquellos que en su corazón deseaban el progreso de la egiptología y el bienestar de la colección nacional en Egipto se lamentaron del nombramiento»[80]. El mayor logro de Grébaut fue la supervisión del traslado de la colección del viejo y atiborrado museo en el Boulaq a unas estancias nuevas y muy poco satisfactorias en Guiza. Por desgracia, pero de forma previsible, se perdieron algunos valiosos objetos durante la mudanza.

El viaje de vuelta de Petrie a El Cairo sólo es digno de recordarse porque lo emprendió en compañía de media docena de prisioneros convictos, que iban encadenados y dormían al lado de Petrie en cubierta. Quedaba el tiempo justo para hacer un estudio parcial de las pirámides de Dahshur antes de que llegara el momento de regresar a Londres. Petrie se llevó consigo una momia anónima que compró por veinte libras y que era un encargo de un amigo de la señorita Edwards. Las momias auténticas estaban muy de moda y Petrie no era un arqueólogo tan purista como para rechazar la oportunidad de llevarse a casa un regalo para su benefactora. Muchas de esas momias que se exportaban acabarían, cuando sus propietarios se cansaran de ellas, en museos de Occidente.

El benefactor anónimo de Petrie era el empresario de Lancashire Jesse Haworth, un amigo de Amelia Edwards con gran interés en la Biblia y sus vínculos con el antiguo Egipto. Otro patrocinador también se disponía a dar un paso adelante. Martin Kennard, otro amigo de la señorita Edwards, había hecho ya generosas donaciones a la Fundación para la Exploración de Egipto. A diferencia de Haworth, Kennard tenía su propia colección particular de antigüedades y le parecía bien pagar a Petrie para ampliarla. Contando por fin con una seguridad financiera, Petrie partió hacia el yacimiento de El Fayum

en Hawara, hogar de la pirámide del Reino Medio de Amenemhat III y el «laberinto» que Belzoni ya había investigado.

En la cara norte de la pirámide de Hawara, Petrie encontró un extenso cementerio romano. Al principio se sintió decepcionado; habría preferido una necrópolis del Reino Medio que casara con la pirámide. Pero aquél no era un cementerio corriente. Muchas de sus momias iban equipadas con unas caras de madera que parecían muy reales y estaban bellamente pintadas. Al cabo de poco tiempo, las espectaculares momias atrajeron a una serie de prestigiosos visitantes al yacimiento:

> Gracias a toda la cerámica y algún papiro ocasionalmente fechado, así como a un nombre Flavio en una portada, se fijó la edad de estos retratos con bastante precisión entre los años 100 y 250… A veces encontrábamos retratos en días alternos, pero en ocasiones había verdaderas avalanchas de cinco en veinticuatro horas. Se acercó uno de los muchachos con la documentación de un retrato y, antes de que pudiera verla, llegó un grupo. Schliemann, bajo, de cabeza redonda, cara redonda, sombrero redondo, grandes ojos desorbitados y redondos, con gafas, era el más alegre de los hombres; era dogmático, pero siempre estaba listo para la acción… Entonces llegó la documentación de otra momia… una procesión de tres momias doradas se ve llegar a través del montículo, resplandeciendo al sol. Son retratos pintados, pero la cabeza está recubierta de esmalte rojo y marrón, y las escenas en relieve lanzan destellos dorados por todas partes…[81]

A veces las vendas de las momias escondían inquietantes secretos:

> Un féretro que abrí contenía la pequeña figura de un niño; deseaba conservar el cartonaje pintado, pero al quitarle las sandalias a la momia, no encontré unos dedos infantiles sino la articulación de la rodilla de un hombre. Parece que el encargado de la funeraria no tuvo reparo alguno en momificar al mocoso, pero había echado mano para ello de tres viejos huesos de una pierna y una vieja calavera llena de barro, y el muy granuja lo había dispuesto todo cuidadosamente para satisfacer los sentimientos de los padres, y había añadido una pequeña pieza dorada para proteger la cabeza y sandalias para que tuviera buen aspecto.[82]

No todas las momias del cementerio contaban con retratos de los rostros; Petrie calculó que quizá el uno o dos por ciento de las momias, de ambos sexos y de todas las edades, tenían semejante decoración. Recuperó personalmente sesenta retratos de momias que estaban en diversas condiciones. Descartó las momias en sí, pero, pensando quizá en el trabajo de Galton, conservó las cabezas de forma que algún día se las pudiera comparar con sus retratos. Los ajuares funerarios sepultados junto a las momias incluían: cerámica, ropa, juguetes, baratijas y papiros; había calcetines con el dedo gordo separado de forma que pudieran llevarse con sandalias (a Petrie le fascinaron, ya que él mismo renunciaba con frecuencia a llevar calcetines con

el cuestionable argumento de que eran poco higiénicos), y había incluso un rollo de pergamino del segundo libro de la Ilíada. También descubrió, en las cercanías, un cementerio de cocodrilos dedicado a Sobek, el dios con cabeza de cocodrilo. Petrie encontró allí cocodrilos momificados en todos los estados de desarrollo, desde adultos completamente formados hasta huevos.

Según iba progresando el trabajo en el cementerio romano, Petrie volvió su atención hacia la pirámide. Aquélla no era la primera pirámide de Amenemhat. Durante los comienzos de su reinado se había empezado a construir en Dahshur, y hacia el año 15 su pirámide de ladrillos de adobe recubierta de piedra estaba casi acabada. Entonces sobrevino el desastre. El lecho de roca no era lo bastante fuerte para soportar el peso de la colosal estructura y las paredes internas empezaron a resquebrajarse y torcerse. Amenemhat se vio obligado a empezar de nuevo. En esa ocasión decidió construir en Hawara. Como para entonces se estaba acabando el tiempo —era imprescindible que la tumba estuviese perfectamente acabada antes de que el rey muriera— su segunda pirámide tendría que ser menor que la primera.

En el interior, su pirámide se complicaba con una serie de pasadizos con codos y puertas ocultas diseñados para engañar a los ladrones. En eso fracasó, pues habían vaciado la pirámide de antigüedades a conciencia. Pero engañó a Petrie, quien, incapaz de localizar una entrada en la cara norte (la cara habitual para las entradas a las pirámides), decidió abrir un túnel a través de los bloques para entrar, a la espera de hallar la cámara mortuoria. Supuso una tarea difícil e innecesariamente destructiva que les llevaría dos temporadas de duro trabajo completar. Pero al final Petrie llegó a la cámara mortuoria e, incapaz de encontrar la puerta, se dispuso a entrar por el techo:

> El 6 de enero nos abrimos paso hasta la cámara superior. Allí me retorcí cabeza abajo a través de un agujero hecho a la fuerza y que se abrió sobre la sepultura en sí, donde vi dos sarcófagos en el agua. Tuvieron que sacarme tirando de mí por los talones. Tras agrandar un poco el agujero, logré entrar. La cámara era un sólido bloque de cuarcita, de 6,70 metros de largo, 2,4 de ancho y 1,8 de profundidad, pulido y tallado tan limpiamente en las esquinas que no me di cuenta de que no se había construido hasta que me puse a buscar una juntura y no hallé ninguna. El agua llegaba hasta la cintura, de manera que sólo podían hallarse los fragmentos de cerámica empujándolos con el pie para cogerlos con la hoja de una azada y sacarlas. Prometí media piastra por cada jeroglífico encontrado, y un dólar por cada cartucho. Aquello aseguraba una búsqueda exhaustiva. Al día siguiente apareció el nombre Amenemhat III, tal como esperábamos; como la superficie estaba medio podrida por el agua no cabía duda alguna sobre su antigüedad.[83]

No es extraño que Petrie no lograra encontrar una puerta de entrada. Habían excavado la cámara mortuoria en un enorme bloque de cuarcita que, según los cálculos de Petrie, debía de pesar ciento diez toneladas. El techo se componía de tres grandes losas de cuarcita, de manera que toda la estancia hiciera las veces de sarcófago de piedra gigante. En ese momento, con una brecha abierta en la cámara mortuoria, Petrie pudo trabajar en sentido contrario y encontrar la verdadera entrada que se encontraba, inesperadamente, en la cara sur.

Desde Hawara, Petrie se desplazó a Illahun (el-Lahun), que quedaba cerca de El Fayum. Allí el rey de la XII dinastía Sesostris II había levantado una pirámide de adobe con una cubierta de piedra caliza de gran calidad. Una vez más, no existía ningún camino obvio para acceder al interior de la pirámide. Petrie, frustrado y reacio a repetir su experiencia de excavar un túnel, invirtió meses en la búsqueda de una puerta de entrada. Al final, cuando el propio Petrie no se encontraba en el yacimiento, se desveló el secreto:

> Fraser contrató a unos cuantos hombres, incluidos dos antiguos profanadores. Cuando cavaban a lo largo de la pirámide encontraron una galería en la cara sur, de doce metros de profundidad, y al despejarla entraron en la pirámide antes que Fraser. Se aseguró el altar de alabastro de Senusert [Sesostris], y no se supo que encontraran nada más en la pirámide.[84]

La saqueada cámara mortuoria todavía albergaba el sarcófago de granito rojo del rey; cuando Petrie volvió a visitar el yacimiento veinticinco años más tarde, descubriría también un gran ureo (el tocado con forma de cobra que utilizaban los reyes de Egipto) y algunos fragmentos de hueso de una pierna.

La pirámide principal estaba rodeada por nueve pirámides para las reinas, un número sin precedentes, y cercada por dos muros. El muro interior era de piedra y el exterior de adobe. Al sur del muro de adobe había cuatro tumbas con sendas cámaras. Allí, en 1914, Petrie y su joven colega Guy Brunton descubrirían «el tesoro de el-Lahun»: cinco cajas de joyas y útiles de cosmética escondidos en un hueco tapado con yeso y lleno de barro en la tumba de la princesa Sithathor Iunet. Lo único que Petrie lamentaría sería que, como él se había hecho un «esguince», Brunton tendría que hacer todo el trabajo de excavación. Gaston Maspero creyó que aquellas joyas eran iguales que las del tesoro que Morgan había encontrado en Dashur y por lo tanto le pareció bien que la mayoría de ellas abandonaran Egipto; pero ¿adónde las llevarían? En lo primero en que pensó Petrie fue en ofrecérselas al Museo

Británico, sugiriendo, de forma provisional, un precio de ocho mil libras esterlinas:

> La respuesta del Museo Británico a mi carta fue que, si cuando vieran los objetos consideraban que los valían, quizá podrían echar mano de un par de miles, una manera absurda de enfocar el asunto que cerró aquella puerta.[85]

Las joyas de la princesa Sithathor Iunet se exhiben hoy en día en el Metropolitan Museum de Nueva York.

Cerca de su pirámide Sesostris había construido una ciudad para albergar a los sacerdotes, a los escribas y a los trabajadores necesarios para mantener su culto funerario durante toda la eternidad. Petrie descubrió que esa ciudad estaba casi intacta bajo una capa de arena. La entrada de su diario del 24 de febrero al 2 de marzo de 1889 dice lo siguiente:

> Ahora se sospecha que la ciudad que está bajo el templo (he oído que se llama Medinet Kahun) es de la época del templo, de la XII dinastía, y que desde entonces ha permanecido casi intacta. No puedo estar seguro en lo que concierne a su edad, pero la cerámica es totalmente diferente a todas las que yo conozco, excepto algunos fragmentos de la XII dinastía que conseguí en Hawara; y los muros de la ciudad se yerguen indiferentes a los accidentes naturales, sobre una pequeña colina, para bajar de nuevo pero con arreglo al templo.[86]

Los emplazamientos de viviendas son rarísimos en Egipto. Las aldeas, pueblos y ciudades, construidas de ladrillo de adobe en el margen de la fértil Tierra Negra, se han disgregado casi por completo en el barro o se han perdido por subsiguientes reconstrucciones. Sólo emplazamientos como el de Kahun, ciudad creada con un objetivo particular, y construida en consecuencia lejos del Nilo, en el seco e inhóspito desierto, tenía una posibilidad de sobrevivir. Es por lo tanto una suerte que Flinders Petrie descubriera ese valioso emplazamiento, ya que no sólo reconoció la importancia de los yacimientos domésticos, sino que además poseía las aptitudes arqueológicas necesarias para realizar las excavaciones de forma correcta. En Kahun, excavó y alzó planos de unas mil ochocientas cámaras. La mayor parte del material recuperado de las excavaciones de Petrie —conmovedores objetos de uso cotidiano, que incluían utensilios, ropa, muebles, juguetes, cerámica, tapas de vasijas e incluso grano— acabó, gracias a la generosidad de Jesse Kaworth, en las colecciones del Museo de Manchester; la parte restante de los hallazgos que le correspondía a Petrie fue donada al University College de Londres y hoy se exhibe en el epónimo Museo Petrie.

Tras un breve período trabajando en Palestina, Petrie estuvo listo para regresar a Egipto. Había decidido enfrentarse a la pirámide funeraria de Meidum. Allí el rey de la IV dinastía Snefru, padre de Keops, había construido la primera pirámide verdadera, y la había rodeado de mastabas bajas y planas que ofrecerían un hogar permanente a su familia directa y los cortesanos más favorecidos. Cuando se comprobó que su pirámide era inestable, Snefru abandonó aquel cementerio y se trasladó a Dashur, donde procedió a construir otras dos pirámides y muchas más tumbas privadas. Posteriormente su pirámide de Meidum se derrumbó; hoy en día aparece como una torre cuadrada que se asienta con aspecto más bien triste en una isla de escombros. Gaston Maspero había entrado en la pirámide en 1882, pero no se había llevado a cabo ningún otro trabajo en aquel emplazamiento. Al dejar al descubierto los restos del templo funerario que se encuentran en la parte norte de la pirámide (en aquellos momentos el templo egipcio más antiguo), Petrie pudo confirmar el nombre del constructor de la pirámide. Advirtió, para su satisfacción personal, que esa temprana pirámide, tan similar en diseño e intenciones a la Gran Pirámide, reforzaba sus propias opiniones, que rebatían el libro de Piazzi Smyth, libro que, para su gran irritación, todavía era un éxito de ventas:

Las tumbas de Meydum [Meidum] —las más antiguas que se conocen— estaban totalmente descuidadas. Vassali había hecho trizas muchos de los frescos para conseguir arrancar el célebre grupo de gansos; tras extraer las figuras de Rahetep [Rahotep] y Nefert [Nofret], se habían reabierto las tumbas y, en sus visitas, los niños de la zona habían golpeado las caras con piedras. Mariette había tomado impresiones con papeles humedecidos de la escultura pintada y la había dejado bastante despojada de color.[87]

Petrie haría campaña durante toda su vida contra aquellas impresiones «con papeles humedecidos», la práctica común que consistía en aplicar papel húmedo sobre los grabados y dibujos que proporcionaban al arqueólogo una reproducción exacta de la escena que podía repasarse a lápiz, pero que despojaba las frágiles paredes pintadas de sus colores. Por su parte él realizaba «impresiones secas» que, como su nombre indica, no utilizaban agua y se basaban únicamente en la presión de los dedos para registrar el perfil de los grabados.

Mariette ya había investigado el cementerio de los nobles, descubriendo las estatuas del príncipe Rahotep y su esposa Nofret, que hoy en día se encuentran entre los objetos más destacados de la colección del Museo de El

Cairo. En aquel momento Petrie consiguió descubrir al propio Rahotep, una de las momias egipcias más antiguas «maravillosamente elaborada y modelada con brea y resina, y recubierta con el lino de la finura más exquisita», yaciendo en su cámara. Se envió el valiosísimo cuerpo a Londres para que le hicieran la autopsia, pero se perdió cuando el Colegio Real de Cirujanos recibió un impacto directo durante la Segunda Guerra Mundial.

El siguiente yacimiento de Petrie sería Tell el-Amarna (antigua Akhetatón), la ciudad del Egipto Medio construida por el rey hereje Akhenatón (conocido antes como Amenofis IV; y por los egiptólogos en los tiempos de Petrie como Khuenaton). Amarna había dado nombre a todo un período de la historia egipcia: el período en que, durante la época tardía de la XVIII dinastía, se vendrían abajo las certezas de eras anteriores al decidir el faraón rechazar los múltiples dioses de la teología egipcia a favor de una única deidad todopoderosa. El dios de Akhenatón era la luz del sol, conocido entre los creyentes como Atón. Hoy en día el período amarniense es quizá el período más estudiado en toda la larga historia de Egipto. Pero durante todo el tiempo que Petrie estuvo trabajando se sabía bien poco sobre la también llamada herejía de Amarna, mientras que la reina Nefertiti, que desde entonces se ha ganado el reconocimiento mundial, era sólo una más entre las muchas enigmáticas reinas egipcias.

Nunca se había excavado oficialmente en Amarna, a pesar de que John Gardner Wilkinson y Karl Lepsius habían levantado planos de la ciudad y la habían explorado brevemente. Sin embargo, ya había revelado un hallazgo de extrema importancia. En 1887 una campesina, que cavaba de forma ilegal en busca de sebekh o suelo fértil (en realidad, ladrillos de adobe degradado, los restos de la ciudad de Akhetatón), dio con una serie de curiosas tablillas de arcilla que tenían unas marcas extrañas en forma de cuña. Vendió las tablillas a un ladino vecino por diez piastras cada una y poco a poco fueron llegando al mercado de antigüedades. Los expertos no se dejaron impresionar y se negaron a comprarlas. Las tablillas, que como observó el egiptólogo Nicholas Reeves «no son diferentes [de aspecto] de unas galletas para perro rancias»[88], parecían evidentes falsificaciones sin valor. De hecho, eran el remanente de los archivos reales de Amarna: copias en escritura cuneiforme de las cartas enviadas por y para la corte. El primero en darse cuenta del verdadero valor del hallazgo fue Wallis Budge, un egiptólogo capaz de leer tanto los jeroglíficos como la escritura cuneiforme: «Estaba seguro de que las tablillas no sólo eran auténticas, sino que además tenían gran importancia

histórica»[89]. Pero el descubrimiento de Budge llegó demasiado tarde. El archivo se había dispersado y se habían destruido muchas de las tablillas.

La ciudad que Akhenatón mandó construir se levanta en la ribera este del Nilo, en un punto casi equidistante entre las capitales tradicionales de Tebas y Menfis. Ocupa un amplio semicírculo en el desierto, de unos once metros de largo por unos cinco de ancho, encajonada entre el Nilo al oeste y un arco de empinados precipicios al este. No parece el lugar más apropiado para una capital; está aislado, el agua puede ser un problema y hay escasez de buena tierra de labranza. Sin embargo, su situación poco idónea preservó el yacimiento para los arqueólogos porque, al contrario de lo que ocurrió en Tebas y Menfis, ningún otro rey se vio tentado por los placeres de Amarna. Una vez la ciudad quedó abandonada a principios del reinado de Tutankhamón, jamás volvería a ser habitada.

Amarna puede dividirse en tres elementos definidos. La ciudad propiamente dicha albergaba los palacios, los templos y los frondosos barrios verdes de las afueras donde vivían los cortesanos, los soldados y los comerciantes que servían a la ciudad. La ciudad de los trabajadores de Amarna, dentro de un pequeño valle de los acantilados al este de la ciudad principal, era un emplazamiento independiente de casas pareadas, construidas para los peones que trabajaban en los cementerios para la élite, el tercer elemento de la vida de Amarna. La geografía natural de los acantilados provocaba que las tumbas de los nobles excavadas en la piedra descendieran en dos grupos distintos a ambos lados del wadi real, el valle que contenía la gran tumba real. Los habitantes del lugar habían descubierto la tumba a principios de la década de 1880, pero el secreto de su localización se había mantenido muy bien guardado hasta que quedó despojada a conciencia de todos sus objetos de valor. Cuando al final los arqueólogos entraron en escena, no quedaba mucho que documentar. El egiptólogo Barry Kemp acababa de descubrir el cementerio proporcionado a los miembros menos importantes de la sociedad de Amarna, a quienes se enterraba, al igual que en otras ciudades, en simples tumbas en la arena del desierto.

Petrie había tenido la esperanza de trabajar en las tumbas, pero se le denegó el permiso y tuvo que mantenerse al margen mientras representantes del Museo de El Cairo, que, para su irritación, no consiguieron publicar su trabajo, vaciaban la tumba real, descubierta oficialmente a finales de enero de 1892. En su lugar se puso a trabajar en la propia ciudad. Allí, en un edificio conocido como el Gran Palacio, destapó un bello pavimento de yeso pintado.

Empleó una desmesurada cantidad de tiempo en conservar el suelo, pintándolo con una solución suave de tapioca aplicada utilizando el lado de un dedo (un proceso que hacía sangrar el dedo), para construir a continuación una pasarela elevada, de forma que los visitantes pudieran inspeccionar el suelo sin dañarlo. Según se extendían las noticias sobre su hallazgo, más y más visitantes llegaban al yacimiento. Al final se recibió la donación de una pasarela para proteger el suelo de la arena y de los elementos, pero no existía ningún camino oficial establecido a través de los campos para llegar al yacimiento y los campesinos de la zona estaban cada vez más irritados, ya que, año tras año, turistas desconsiderados pisoteaban sus cosechas. Petrie describe cómo, el 1 de febrero de 1912, momento en que una expedición alemana dirigida por Ludwig Borchardt disfrutaba de la concesión de Amarna, ocurrió lo inevitable:

> … durante los últimos años los turistas se detenían con regularidad para verlo. El departamento no les había proporcionado un camino y se pisoteaban los campos, así que una noche un hombre fue y lo rompió en pedazos para evitar que acudieran visitantes. Ése fue el final de un hallazgo sin igual mal gestionado. A mí ni siquiera se me informó ni se me permitió recoger los pedazos.**[90]**

Aquélla fue la explicación oficial de los acontecimientos. Una interpretación alternativa —que se había tratado de un ataque llevado a cabo por los guardias a quienes se pagaba por vigilar los otros lugares del yacimiento, obviamente menos impresionantes, que estaban resentidos por las propinas que se llevaban sus colegas a cargo del suelo— es quizá más convincente. Se recogieron los fragmentos del pavimento y se reensamblaron de nuevo en el Museo de El Cairo. Allí todavía podemos contemplar el tranquilo lago azul repleto de gordos peces y rodeado de animales diversos y plantas.

El trabajo de Petrie en Amarna coincidió con un endurecimiento de las leyes sobre las antigüedades. A partir de entonces todo pertenecía oficialmente a Egipto; pero los excavadores podían, en reconocimiento a su trabajo, recibir una parte de sus hallazgos a criterio de las autoridades. Para los lectores modernos, en principio eso parece completamente razonable; es obvio que las antigüedades de un país pertenecen a ese país, son parte de su patrimonio. Sin embargo, Petrie estaba consternado, y con motivo. Él, como los demás investigadores extranjeros, dependía de la financiación privada, y ésta, hasta cierto punto, dependía de que se volviera a casa con algunas impresionantes antigüedades que repartir. ¿Qué motivo tendrían benefactores como Haworth o Kennard para pagar por excavar anónimamente en beneficio

del atiborrado Museo de Boulaq, museo que ya contaba con muchos más hallazgos de los que podía gestionar y que era incapaz de cuidar de los que ya tenía? Petrie todavía sufría por el tratamiento que se le estaba dando al excepcional sarcófago de madera recuperado del cementerio grecorromano de Hawara, que habían abandonado en el exterior del museo y que rápidamente había quedado hecho pedazos. El museo estaba tan repleto que estaba vendiendo antigüedades no deseadas a los turistas en la tienda del museo.

La solución obvia —dejar de excavar en Egipto y que sus hallazgos se conservaran de forma natural bajo la arena— ya no era una opción. Existía un floreciente mercado negro de antigüedades, y como el Servicio de Antigüedades no podía permitirse pagar guardias que vigilaran en cada yacimiento sin excavar, todo emplazamiento donde no se estuviese investigando de manera oficial estaba bajo la amenaza de los emprendedores lugareños. Hoy en día el tema se ha solucionado; todos los hallazgos pertenecen a Egipto, y se ha puesto en práctica un sistema correcto para asegurarse de que no se hacen excavaciones sin autorización. El hacinamiento dentro del Museo de El Cairo es otra cuestión, que no tardará en resolverse gracias a la construcción de un museo más espacioso. Pero para Petrie, que dependía de la financiación externa, las nuevas normas suponían un duro revés.

En abril de 1892, sólo un mes más tarde de que Petrie perdiera a su querida madre, murió Amelia Edwards. Dejó bastante dinero como para fundar una cátedra de Egiptología en el University College de Londres, institución elegida expresamente debido a que admitía tanto a mujeres como a hombres en sus clases. El nuevo profesor debería enseñar durante parte del año, pero durante el invierno podría excavar en Egipto. La señorita Edwards no mencionaba a Petrie de forma específica en su testamento, pero estipuló que la persona designada debería ser menor de cuarenta años y no podía ser un empleado del Museo Británico. A todo el mundo le quedó claro que tenía un egiptólogo concreto en mente. Con un salario garantizado de ciento cuarenta libras esterlinas, el profesor Petrie había obtenido el primer cargo de su carrera profesional. Las excavaciones continuaron un año tras otro, con sólo alguna esporádica pausa cuando las presiones del trabajo o la enfermedad eran demasiado graves. En el yacimiento del sur, conocido normalmente por su nombre grecolatino, Coptos (nombre antiguo Gebtu, moderno Qift), Petrie descubrió una serie de estatuas: una cabeza colosal del emperador romano Caracalla, una tríada de Ramsés II y tres colosales esculturas muy tempranas, posiblemente prehistóricas o predinásticas, del dios de la fertilidad, Min.

Coptos había sido un centro del ancestral culto a Min y Petrie había descubierto los restos del que para entonces era el templo egipcio más antiguo. Las estatuas y, cómo no, cualquier imagen de Min, que aparecía sexualmente excitado, planteaban un delicado problema a cualquiera con sensibilidad victoriana, y el Museo Petrie del University College de Londres exhibiría durante muchos años una imagen de Min con una larga etiqueta oblonga —escrita por la egiptóloga Margaret Murray— ¡pegada de forma más bien obvia sobre el ofensivo miembro! Las autoridades egipcias conservaron una de las estatuas de Min. El departamento egipcio del Museo Británico no aceptó las otras dos, rechazándolas con el estrafalario argumento de que les habían «informado de que las figuras eran ahistóricas más que prehistóricas» (el departamento de prehistoria estaba interesado en las estatuas pero las negociaciones se estancaron), así que dos de las estatuas de culto más antiguas se exhiben hoy en día en el Museo Ashmolean de Oxford. A Petrie le dolió tan inexplicable estupidez y en adelante ofrecería sus hallazgos al Museo Ashmolean antes que al Museo Británico.

A continuación Petrie decidió trabajar en Tuc, cerca de la ciudad meridional de Nagada. Eligió ese yacimiento por un motivo especial: había decidido investigar los comienzos de Egipto y rellenar el vacío de las dinastías de la I a la III que los autores grecorromanos se habían saltado. El área era conocida por sus extensos cementerios y Petrie iba a encontrar y vaciar varios cientos de sepulturas; sepulturas de gente corriente, más que de personajes de la realeza. A esa gente corriente se la había enterrado en posición fetal con un variado surtido de ajuares funerarios, que incluían cerámica, pero sin féretros y sin rastro de escritos. Todo el cementerio era extraño y muy poco egipcio; tanto que Petrie pensó durante muchos años que había encontrado pruebas de un grupo de invasores cuya cultura dominante había barrido la cultura egipcia. Provisionalmente fechó a esa «nueva raza», la «tribu halcón», durante el mal documentado período entre el Reino Antiguo y el Reino Nuevo. Estaba equivocado. Con gran vergüenza admitió el error en su autobiografía:

> La gran sorpresa del lugar [Nagada] fue el inmenso cementerio prehistórico, que pertenece a una época comúnmente conocida como el período Naqada [Nagada] en Francia. Ampliamos nuestro trabajo gradualmente hasta que hubimos vaciado casi doscientas sepulturas. Como la cerámica y otros productos eran diferentes de todo lo que conocíamos en Egipto, nos referíamos a sus autores con el nombre provisional de «nueva raza», y algunos indicios de aquí y de Bailas sugerían que esas gentes eran invasores del período oscuro de después de la VI dinastía. De

> Morgan, que encontró sepulturas similares, las situó en tiempos predinásticos, aunque fue una suposición afortunada sin prueba alguna.[91]

Jacques de Morgan, el nuevo y entusiasta director del Servicio de Antigüedades, era un ingeniero de minas con conocimientos en prehistoria europea. Tenía mucho en común con el igualmente entusiasta y práctico Petrie, pero era francés (o, como Petrie nos dice de forma más bien desdeñosa, medio francés y medio galés), así que siempre fueron más colegas que amigos íntimos. La característica que lo redimía, a ojos de Petrie, era su eficacia, mucho mayor que la del despreciable M. Grébaut. De Morgan estaba bastante en lo cierto en su rechazo de la teoría de la «nueva raza», y aquello no hizo que se granjeara en demasía el aprecio de Petrie, que no estaba acostumbrado a que se demostrara que estaba equivocado. Petrie y De Morgan habían encontrado la perdida prehistoria de Egipto; las gentes que vivieron en el valle del Nilo antes de que Egipto se convirtiera en un país unificado bajo el rey Narmer, el primer rey de la I dinastía.

Pero ¿cómo podían datarse los cientos de sepulturas, cada una con sutiles diferencias en su contenido, en ausencia de textos escritos? Aquello supuso un reto atractivo para el cerebro matemático de Petrie. Por medio de una lista del contenido de cada sepultura en una hoja de papel diferente, al final, después de seis años de duro trabajo, fue capaz de desarrollar una secuencia de datación, un nuevo método de tipología cerámica, o clasificación, que podía utilizarse para dividir las sepulturas de Nagada y, por deducción, la cultura Nagada en tres frases cronológicas sucesivas: Nagada I, Nagada II y Nagada III (conocida también como dinastía 0).

Su sistema, algo modificado a la luz de subsiguientes descubrimientos arqueológicos, lo utilizan todavía los arqueólogos de hoy en día. Ahora sabemos que la fase cultural de Nagada duró unos mil años, entre 4000 y 3050 a. C. Petrie explicó sus métodos a un público no matemático en la reunión anual general de la Fundación para la Exploración de Egipto en noviembre de 1899:

> Si en una vieja mansión rural se hubiese ido cerrado una habitación tras otra dejándola intacta tras la muerte de cada propietario sucesivo, entonces al comparar todo el contenido sería fácil ver qué habitaciones seguían el orden cronológico; y nadie podría imaginar que una habitación estilo regencia perteneciera a la reina Ana o que una habitación isabelina estuviera entre otras de estilo Jorge III. El orden de las habitaciones podría establecerse con bastante acierto comparando todo el mobiliario. Todas tendrían algo en común en el estilo con las que estuvieran próximas y mucha menos conexión con las que estuvieran más alejadas de ese período. Ya continuación podríamos formular una norma en la que el orden de las

> habitaciones sería aquel en que cada variedad o artículo debería contar con el lapso temporal más breve posible. Cualquier error al ordenar las habitaciones extendería sin duda el lapso de un objeto sobre un número mayor de generaciones. Este principio se aplica a las sepulturas así como a las habitaciones, a la cerámica así como al mobiliario.[92]

Por ese trabajo, y por su insistencia en que humildes fragmentos de tarros de cerámica podían ofrecer tanta información al iniciado como las inscripciones oficiales, a Petrie se le puso el afectuoso apodo de «padre de los pucheros».

A continuación llegaron las excavaciones en Luxor, Qurna, Deshasha y Dendera. Por aquel entonces Petrie volvía a trabajar para la Fundación para la Exploración de Egipto y estaba casado. Hilda Urlin, hermosa, llena de vida, aventurera y no demasiado interesada en cuestiones domésticas, era la esposa ideal para un arqueólogo entregado. Prefería ponerse bombachos y trabajar en los yacimientos como artista y delineante que esperar en casa a los hombres. Flinders estaba completamente de acuerdo con tan inusual conducta. Siempre había desdeñado todo intento de hacerse con comodidades domésticas en sus excavaciones: la frugalidad seguía siendo su consigna y esperaba que los demás fueran como él. Como el arqueólogo Arthur Weigall señaló con unas palabras que se han hecho famosas: en las excavaciones de Petrie «vivías a base de sardinas, y cuando te habías comido las sardinas te comías la lata»[93]. Las comidas salían siempre de latas y no era raro que a los visitantes les ofrecieran de una que ya estaba abierta, una lata a medio comer que había sobrado del día anterior. Incluso podían enterrarse en el desierto las latas sin utilizar para recuperarlas al año siguiente. Las que estaban demasiado hinchadas se arrojaban contra la pared, y se rechazaban todas las que se reventaban. El calor, la suciedad y las moscas implicaban que la descomposición intestinal era un hecho inevitable en el campamento de Petrie. A veces aquello podía tener un resultado inesperado; corrían rumores de que el egiptólogo británico James Quibell se había enamorado de su futura esposa, la señorita Annie Pirie, cuando ambos padecían de una desagradable intoxicación por aminas, resultado de una imprudente cena con Petrie. Quibell, con quien continuó manteniendo una firme amistad, se ganaría el reconocimiento internacional gracias a su excavación, con Frederick Green, en la antigua ciudad de Hierakómpolis y a su descubrimiento de la Paleta de Narmer. Pero no todo el mundo podía soportar el espartano régimen de Petrie; el truco estaba en identificar a los que serían capaces de sobrevivir antes de que abandonaran Inglaterra. En Londres, Petrie seleccionaba a los miembros

de su equipo invitando a los candidatos potenciales a comer en un restaurante bastante popular. Los que elegían una comida barata pasaban a la prueba siguiente, subir a la carrera varios tramos de las escaleras del college. Los glotones y los que se quedaban sin aliento no tenían esperanza alguna de acompañarlo a Egipto.

La siguiente excavación importante de Petrie fue en Abidos, una extensa necrópolis y centro de culto al dios del Mundo Inferior, Osiris. Generaciones de egipcios habían construido templos y tumbas en Abidos a lo largo de la época dinástica, pero Petrie estaba interesado principalmente en las ruinas más antiguas, las tumbas de adobe de los reyes de la dinastías I y II, que reposaban en la parte más antigua del camposanto, conocida como Umm el-Kab, literalmente «Madre de los Pucheros». Émile Amélineau ya había investigado esas tumbas, pero su trabajo había sido una chapuza y estaba incompleto; quizá no hace falta ni decir que jamás se publicó en serio. Amélineau fue primero y ante todo un estudioso del copto, con poca sensibilidad para las excavaciones o interés real alguno en ellas. Se había abierto paso a golpes en todas las tumbas a excepción de una, y luego, según Petrie, había hecho añicos cualquier objeto que no pudiera llevarse consigo, para incrementar el valor en el mercado de sus propios hallazgos, que más tarde subastaba. Maspero había oído lo suficiente para sentir una preocupación creciente acerca de los rumores de malas prácticas en Abidos y, cuando aún le quedaba un año de concesión, Amélineau fue reemplazado y Petrie pudo investigar de nuevo trece tumbas reales reuniendo las piezas que Amélineau había dejado. Utilizando la terminología de hoy en día estas tumbas están asignadas a: Nagada III/dinastía 0 [Período Predinástico] (Iryhor, Ka y Narmer), I dinastía (Aha, Djer, Djet, Den, reina Merneith, Anedjib, Semerkhet y Ka’a), y II dinastía (Peribsen y Khasekhem/Khasekhemuy). Petrie estaba encantado. Las tumbas de Abidos le habían permitido enlazar sus tumbas prehistóricas de Nagada con el principio de la historia egipcia, que ahora discurría en una secuencia sin fisuras desde la preunificación del Neolítico hasta la conquista de Alejandro Magno.

Petrie realizó muchos descubrimientos importantes en Abidos, entre ellos un brazo momificado con cuatro brazaletes de oro que encontró escondido en un muro de una tumba del rey de la I dinastía Djer. Petrie creyó, sin otro motivo especial que la presencia de las joyas, que el brazo pertenecía a una reina. Iba a correr una suerte bien triste, confirmando la desconfianza de Petrie en los museos y en sus empleados:

> … el brazo de la reina de Zer [Djer] se encontró, escondido en un hueco de la pared, con los brazaletes de oro en su lugar. Los chavales que lo encontraron vieron el oro, pero lo no tocaron y me trajeron el brazo. Corté las vendas y dejé desnudos y descubiertos los brazaletes, todos intactos. De este modo mi esposa podría copiar el orden exacto en que se encontraban a la mañana siguiente. Cuando llegó Quibell en nombre del museo, envié los brazaletes a través de él. El brazo —la pieza momificada conocida más antigua— y su tejido de lino maravillosamente fino se enviaron también al museo. A [Émile] Brugsch sólo le importaban las exposiciones; así que cortó de un brazalete la mitad, que era de alambre de oro trenzado, y tiró también el brazo y el lino. Un museo es un lugar peligroso.[94]

Como ya no trabajaba para la Fundación para la Exploración de Egipto, Petrie continuó con su trabajo de campo. En Guiza investigó en la única pequeña zona que no habían asignado ni a los estadounidenses ni a los italianos ni a los alemanes, y descubrió las tumbas de la II dinastía que confirmaron que Guiza se utilizaba ya como cementerio mucho antes de que Keops construyera su pirámide. En el cementerio de Tarkhan encontró una cantidad asombrosa de telas.

En 1914, a los sesenta y ocho años, Gaston Maspero se retiró por segunda vez y murió en París dos años más tarde. Su sucesor como director general del Servicio de Antigüedades, el respetado erudito Pierre Lacau, fue bien recibido por todos aquellos a los que les preocupaba la verdadera egiptología. Pero Lacau tenía ideas distintas de las del poco exigente Maspero, y era un político astuto. Reconoció lo evidente: que Egipto era una tierra que cambiaba muy deprisa. En marzo de 1922 Fuad I sería coronado rey de Egipto. En abril de 1923 se presentaría una nueva Constitución. Con el protectorado abolido, los egipcios, lógicamente, deseaban hacerse con el control de sus propios asuntos y aquello incluía sus propias antigüedades. Inspirado por la ola de nacionalismo de la posguerra, Lacau decretó que todas las excavaciones futuras deberían estar bajo un estricto control del Estado y que todos los hallazgos, fueran cuales fuesen las circunstancias, permanecerían en Egipto de manera automática a menos que las autoridades decidieran hacer una excepción. Iba a abolirse la antigua práctica de dividir los hallazgos más o menos en dos partes iguales como era habitual. De repente Sudán y el Oriente Próximo, con sus leyes sobre antigüedades mucho más laxas, se les antojaron alternativas atractivas a aquellos excavadores, Petrie incluido, que dependían de la financiación privada. Ese cambio en la normativa de las excavaciones contribuye en gran medida a explicar por qué, tras la Primera Guerra Mundial, Petrie pareció contento de abandonar Egipto y volver en su lugar la atención hacia Palestina, «el Egipto más allá de la frontera».

Petrie se retiró del University College de Londres en 1933, tras cuarenta y un años como profesor, y murió como *sir* Flinders Petrie en Jerusalén el 29 de julio de 1942. Su cuerpo fue enterrado en el cementerio protestante del monte Sión, pero se conservó la cabeza en un tarro en el laboratorio del hospital. La última voluntad de Petrie fue que se enviara a Londres para que la estudiaran, pero la guerra hizo que fuera imposible. Al final su cabeza se envió a casa, apropiadamente clasificada como una antigüedad, pero hasta la fecha no se ha llevado a cabo estudio alguno de su cerebro.

Cuando se puso a escribir su autobiografía, Flinders Petrie, que contaba setenta y ocho años, calculó que había invertido setenta en la arqueología. Durante esos setenta años hizo más que nadie para que la egiptología pasara de ensalzada forma de caza de tesoros a ciencia reputada. Dejó un rico legado. Los egiptólogos veneran su nombre, sus publicaciones siguen siendo lectura habitual para los arqueólogos y cuenta con un monumento permanente en el Museo Petrie, que forma parte del University College de Londres. Aun así, para el público en general sus pioneros logros se han visto eclipsados por el trabajo de un hombre, un hombre que tuvo la buena suerte de hacer un hallazgo espectacular. Ha llegado el momento de ver qué extraordinarios descubrimientos se estaban llevando a cabo en el valle de los Reyes y sus alrededores.

IX

EL VALLE DE LOS REYES

Jacques de Morgan pasó los años 1894 y 1895 trabajando de manera intermitente en la pirámide de Dashur. En el cementerio del Reino Medio vació varias tumbas de la élite egipcia y recuperó joyas —el tesoro de Dashur — que pertenecieron a las reinas y princesas de las cortes reales de las dinastías XII y XIII. A continuación se fue a excavar a Nagada, donde dejó al descubierto la espectacular mastaba de la reina Neithhotep, esposa del primer rey del Egipto unificado, Narmer. Decidió entonces abandonar Egipto por la posibilidad de excavar en Persia. Dimitió de su cargo en el Servicio de Antigüedades en 1897 y lo reemplazó Victor Loret, un hombre que no inspiraba demasiada confianza a los arqueólogos que no eran franceses. Muchos temían que el nuevo régimen supondría una vuelta a los viejos y nefastos tiempos de Grébau. El reverendo Sayce, un reputado asiriólogo que pasaba todos los inviernos en una casa flotante en el Nilo, nos ofrece la esencia del rudimentario estilo administrativo de Loret:

> Poco después del nombramiento [de Loret], Brugsch Bey [Émile Brugsch], el conservador del museo, vino y me dijo: «Ayer tuve la oportunidad de ir a ver al nuevo director para hablarle de un asunto de negocios y por lo tanto llamé a la puerta de su despacho. Cuando entré me dijo: “En el futuro, *monsieur*, debo pedirle que antes que nada, cuando desee verme, envíe una nota o una carta”. Y yo le respondí: “Monsiuer le directeur, mi sombra no volverá jamás a oscurecer su umbral”. Y nunca lo hizo».[95]

Loret dirigió entonces su atención hacia el valle de los Reyes, que había quedado más bien desatendido desde el espectacular hallazgo de Belzoni de la tumba de Seti I. El 12 de febrero de 1898 encontró la tumba del «Napoleón egipcio», el rey guerrero de la XVIII dinastía Tutmosis III (KV34). Por supuesto, ya se había vaciado la tumba de antigüedades y el cuerpo del rey se había recuperado entre los objetos del escondrijo de Deir el-Bahari y reposaba ahora en el Museo de El Cairo, pero aún quedaban bastantes cosas del ajuar funerario original del rey —estatuas de madera rotas, maquetas dañadas, y un bello sarcófago de cuarcita tallado— como para generar el interés del público. Poco menos de un mes más tarde, el 9 de marzo, Loret descubrió la tumba del hijo y heredero de Tutmosis, Amenofis II (KV35). La nueva tumba era larga y

peligrosa, con escaleras empinadas y llena de escombros, que caían de un nivel a otro, techos bajos y una cámara potencialmente mortal (una combinación de trampa para ladrones y sumidero para el agua de lluvia) que era necesario cruzar con escaleras de mano. La luz provenía tan sólo de velas y antorchas. Más adelante había indicios de que podía tratarse de una tumba inusual. En el corredor que se alejaba de la entrada había una maqueta de una embarcación de madera. Sobre el bote, el imaginativo Loret vio algo terrible que lo hizo detenerse en seco:

> … un cuerpo tendido sobre el bote, negro y espantoso, con la cara sonriente vuelta hacia mí y mirándome, el largo cabello castaño en ralos mechones en torno a la cabeza. Ni por un momento se me ocurrió imaginar que no era más que una momia sin vendas. Los brazos y las piernas parecían estar atados. Un agujero dejaba el esternón a la vista y tenía una brecha en el cráneo. ¿Se trataba de una víctima de un sacrificio humano? ¿Era un ladrón al que habían matado sus compinches durante un sangriento reparto del botín, o quizá lo mataron los soldados o la policía que lo sorprendió saqueando la tumba?**[96]**

Era obvio que habían abierto y saqueado esa tumba en la antigüedad, y habían desaparecido casi todos los bienes del ajuar funerario; algunos habían aparecido ya para su venta en el mercado de antigüedades. Pero en la cámara mortuoria había un sarcófago abierto y en el sarcófago, un féretro de madera. Loret había encontrado al mismísimo Amenofis, el único faraón hasta la fecha que se había encontrado reposando en su propia tumba en el valle. Estaba claro que ése no era el lugar de entierro original del rey. Los sacerdotes de Amón habían «rescatado» al rey y lo habían despojado de sus vendajes originales y todo resto de joyas, para envolverlo de nuevo y volverlo a colocar en su propio sarcófago de cuarcita decorado. No lo habían dejado yacer solo. Una cámara sellada lateral que salía de la sala hipóstila principal albergaba tres momias sin envolver y sin féretro cuidadosamente dispuestas una junto a otra, cada una de ellas con un agujero en la cabeza y el abdomen rasgado:

> Nos aproximamos a los cadáveres. El primero parecía de una mujer. Un espeso velo le cubría la frente y el ojo izquierdo. Habían vuelto a colocarle el brazo cercenado a su lado, con las uñas hacia arriba. Un trozo de tela harapiento y rasgado apenas le cubría el cuerpo. Tenía abundante cabello rizado y moreno, que le llegaba al suelo de caliza, a ambos lados de la cabeza. La cara estaba admirablemente bien conservada y su expresión era de majestuosa gravedad.
>
> La segunda momia, en el centro, era la de un niño de unos quince años. Estaba desnudo con las manos unidas en el abdomen. A primera vista parecía calvo por completo, pero al examinarlo más de cerca se veía que le habían afeitado la cabeza excepto en la zona de la sien izquierda, donde le crecía un magnífico mechón de cabello moreno… La cara del joven príncipe esbozaba una sonrisa y su expresión era traviesa; no evocaba en absoluto la idea de la muerte.

> Por último el cadáver más cercano a la pared parecía el de un hombre. Tenía la cabeza afeitada, pero había una peluca en el suelo, no muy lejos de él. La cara de esa persona esbozaba algo terrible y gracioso al mismo tiempo. La boca, que trazaba una línea oblicua desde un lado hasta casi la mitad del carrillo, mordía un pedazo de lino cuyos dos extremos colgaban de la comisura de los labios. Los ojos entrecerrados tenían una extraña expresión; bien podía haber muerto ahogándose con una mordaza, pero parecía un gatito juguetón con un trapo…[97]

Una cámara adyacente contenía un descubrimiento aún más emocionante: nueve féretros polvorientos que llevaban una serie de nombres reales. Allí, entre otros, yacían los reyes perdidos de la XVIII dinastía Tutmosis IV y Amenofis III, los reyes de la XIX dinastía Seti II y Siptah, y los reyes de la XX dinastía Ramsés IV, V y VI. A diferencia de Émile Brugsch, Victor Loret era plenamente consciente de la necesidad de documentar con precisión su trabajo. Se fotografiaron los cuerpos, se levantaron planos detallados y cada uno de los hallazgos (había más de dos mil) aparecía y estaba marcado en el plano. Por desgracia, nunca se publicaron esos informes y hoy en día se han perdido.

Se dejaron las momias en la tumba, tal como se habían encontrado. En aquel sitio, como era inevitable, atraían tanto a turistas como a ladrones potenciales, de modo que se tomó la decisión de trasladar las momias reales que estaban en féretros —momias que todo el mundo estuvo de acuerdo en que no formaban parte del entierro original— al museo de Guiza. En 1931, con una preocupación creciente por la seguridad de la tumbas, se envió también a Amenofis II al museo. Realizó su último viaje en tren de vapor en una litera de primera clase, lo cual resultó bastante apropiado.

Las tres momias sin vendajes, que no se consideró que fueran reales, permanecieron selladas en la cámara lateral, dispuestas más o menos tal como cuando se descubrieron. ¿Quiénes son? Muchos piensan ahora que la «dama anciana» de abundante cabello bien pudiera ser la longeva reina Tiye, la influyente madre de Akhenatón, aunque hay otros que la catalogarían como la reina soberana Hatsheput. Se cree que el «niño» podría ser un príncipe. El tercer cuerpo, conocido corrientemente hoy en día como la «dama joven», se ha identificado tanto como una princesa de Amarna como incluso la propia reina Nefertiti, aunque los análisis más recientes de ADN, realizados por las autoridades egipcias, indican que bien podría tratarse de un hombre después de todo. El cuerpo del bote se ha perdido, de manera que se hace difícil identificarlo, pero muchos expertos creen que pudo haberse tratado de los restos del rey de la XX dinastía Sethnakhte.

Loret continuó y descubrió la KV38, la tumba que Tutmosis III había hecho construir para su abuelo, Tutmosis I, así como otras catorce tumbas. Pero en 1899, para considerable alivio de todos, se le convenció de que se retirara del Servicio de Antigüedades y se persuadió a Gaston Maspero para que volviera de Francia a reemplazarlo. Maspero exigió, y consiguió, el exorbitante salario anual de mil quinientas libras más gastos; todo el mundo estuvo de acuerdo en que lo merecía. Durante su segunda etapa en el cargo supervisaría el traslado del museo nacional desde el insatisfactorio barrio de Guiza al edificio en el centro de El Cairo donde se encuentra hoy en día. Decidido a mejorar la administración dentro del departamento de antigüedades, decidió que debería contar con dos inspectores en jefe europeos: uno con base en el norte, en El Cairo, y otro en el sur, en Luxor. Cada uno de ellos tendría completa responsabilidad sobre las excavaciones y la conservación de su propia zona.

Entretanto, en el valle de los Reyes, una nueva delegación estaba deseando cavar. Theodore Monroe Davis era un abogado estadounidense retirado y muy rico resuelto a dar con oro en una tumba real intacta. Se sentía muy satisfecho de gastar considerables sumas de dinero para financiar las excavaciones dirigidas por empleados del Servicio de Antigüedades y de pagar sus lujosas publicaciones, aunque hay que decir que eran lamentablemente anodinas. En 1902 Davis accedió a financiar el trabajo de Howard Carter en el valle de los Reyes. Carter, que por entonces era el inspector en jefe de antigüedades para el sur de Egipto, buscaba con ahínco la tumba perdida del faraón de la XVIII dinastía Tutmosis IV. En 1903 la encontró.

La KV43 era una tumba bellamente decorada en el extremo sur del valle. Tal como Carter sabía que iba a ocurrir, el cuerpo del rey no estaba en su tumba; lo había encontrado Loret cinco años antes en la tumba de Amenofis II. Pero todavía seguían allí muchos de los objetos originales del ajuar funerario. Por supuesto, no quedaba metal alguno —se lo habían llevado hacía mucho tiempo—, pero el suelo crujía de tantas vasijas rotas, la cámara mortuoria contenía los restos de un carro de guerra y un sarcófago de cuarcita, y había un cuerpo. Apoyada en la pared de una cámara lateral, la maltrecha momia del príncipe Webensenu, con el abdomen rasgado, era un espectáculo horrible pero satisfactorio.

Tras una breve investigación en la KV60, Carter volvió su atención hacia la más prometedora KV20, una tumba con una historia complicada y, cuando

Carter empezó a trabajar ella, sin propietario conocido. Originalmente se había diseñado y había sido utilizada para el entierro de Tutmosis I. Aproximadamente una década más tarde la hija de Tutmosis, Hatshepsut, había ampliado la tumba de forma que pudiera ser enterrada junto a su padre. Durante el entierro original se había colocado a Tutmosis de modo que sus restos yacieran en un sarcófago tradicional de madera alojado en la pequeña cámara mortuoria original. En aquel momento, en la tumba mejorada, yacía en un espléndido sarcófago de madera colocado en la nueva cámara mortuoria inferior. Al final su hija se unió a él y los dos reposaron uno junto al otro tal como ella había deseado. Pero a su sucesor y sobrino, Tutmosis III, aquello no le agradó. Le proporcionó a su abuelo una nueva tumba completa (KV38) y un nuevo sarcófago amarillo de cuarcita. Tutmosis I reposó allí durante varios siglos, hasta que los sumos sacerdotes de Amón se lo llevaron. Al final se recuperó su momia como parte del escondrijo real de Deir el-Bahari.

Se conocía la existencia de la KV20 desde los tiempos de la expedición de Napoleón, pero no había atraído demasiada atención. En 1804 un caballero llamado C. H. Gordon grabó su nombre en la entrada; en 1817 Belzoni hizo constar la tumba en su mapa del valle; en 1824 James Burton exploró una cámara superior; y en 1844 Lepsius investigó en el corredor superior. Carter entendió entonces el motivo por el que no habían ido más lejos. Los pasadizos estaban completamente bloqueados por una sólida masa de escombros, lodo y pequeñas piedras que las crecidas del río habían arrastrado hasta allí. Tras dos temporadas de duro trabajo, se despejaron los pasadizos y Carter pudo abrirse camino hacia la cámara mortuoria doble. Allí el techo se había derrumbado, con lo que el suelo se cubrió de escombros. Los hombres se pusieron a trabajar con picos y palas. No era el lugar de trabajo de mayor comodidad:

> … el aire estaba tan enrarecido y el calor era tan extremo que las velas que llevaban los trabajadores se detenían y no proporcionaban luz suficiente para permitirles continuar con su trabajo; por lo tanto nos vimos obligados a instalar luz eléctrica, con lámparas de mano… En cuanto descendimos unos cincuenta metros, el aire se hizo tan nauseabundo que los hombres no podían trabajar. Además, durante siglos los murciélagos habían construido innumerables nidos en los techos de los corredores y cámaras, y sus excrementos estaban tan secos que el más mínimo movimiento de aire hacía que los corredores se llenaran de una materia negra y esponjosa que tapaba las narices y las gargantas de los hombres, haciendo que les resultara muy difícil respirar.[98]

Cuando por fin despejaron los corredores y las cámaras, Carter comprobó que la tumba seguía un diseño sencillo. Constaba de cuatro corredores escalonados, unidos por tres cámaras y tres almacenes muy pequeños. Había

dos sarcófagos de cuarcita amarilla, ambos destinados en principio a Hatshepsut aunque posteriormente uno de ellos le fue asignado a Tutmosis, indicación inequívoca de que a la reina soberana le había parecido bien enterrar a su padre en uno de los sarcófagos que ella rechazaría (no debemos culparla por semejante ahorro; los sarcófagos de piedra requerían un gran gasto tanto monetario como de tiempo). También había un cofre canopo a juego, cofre que habría contenido sus entrañas conservadas. Sin embargo, habían profanado la tumba hacía mucho tiempo. No había momias y el suelo estaba cubierto de cerámica rota, fragmentos de recipientes de piedra y pedazos quemados de féretros de madera, estatuas y cofres. Era obvio que Hatshepsut había muerto antes de que pudiera acabarse su tumba. Quince losas de piedra caliza pulida con inscripciones en tinta roja y negra de capítulos del libro funerario conocido Amduat estaban destinadas a revestir el techo, pero al acabarse el tiempo las abandonaron en el suelo.

Cuando se trasladó a Howard Carter al norte de Egipto, Davis continuó excavando con la ayuda de los inspectores que lo sustituyeron en el sur, primero James Quibell y más tarde Arthur Weigall; ambos habían recibido una buena formación de Flinders Petrie. El 5 de febrero de 1905 Quibell descubrió la doble sepultura de Yuya y Tuyu, los parientes más ancianos de la reina de la XVIII dinastía Tiye, esposa de Amenofis IV-Akhenatón. Su tumba (KV46) había sido saqueada en la antigüedad, pero los ladrones fueron sorprendidos antes de que pudieran causar estragos en el ajuar funerario. Yuya y Tuyu todavía estaban rodeados por una colección extraordinaria de objetos, que incluían mobiliario, provisiones y un carro a escala real para que Yuya, oficial de la caballería, lo utilizara en la otra vida. Cada componente de la pareja difunta reposaba en un nido de féretros dorados. Sus momias de cabello canoso son dos de las momias con mayor apariencia humana que se han encontrado. Aunque no se tratara exactamente de la tumba real que Davis buscaba, le iba a la zaga.

La apertura oficial de la tumba supuso que Davis, acompañado por Maspero y Weigall (que había reemplazado hacía poco a Quibell como inspector), tuviesen que recorrer a tientas un pasadizo oscuro, caluroso y polvoriento mientras sujetaban un par de velas. El pasadizo descendía abruptamente hasta la puerta de la cámara mortuoria. Allí, un pequeño boquete dejado por los antiguos ladrones permitía el acceso a la sepultura. Maspero, que era más bien robusto, se quedó atascado como el corcho de una botella y sus compañeros tuvieron que empujarlo para que pasara. Una vez

dentro de la cámara, fue el primero en leer el nombre en el féretro. «Yuya». Davies continúa con el relato:

> Lógicamente exaltado por el anuncio y cegado por el resplandor de las velas, sin querer las acerqué demasiado al féretro, por lo que *monsieur* Maspero exclamó: «Tenga cuidado» y me apartó la mano de un tirón. En un instante nos dimos cuenta de que, de haber entrado mis velas en contacto con el betún, algo que estuve peligrosamente a punto de provocar, el féretro habría ardido. Como todo el contenido de la tumba era inflamable y justo frente al féretro había un corredor que salía al exterior y que hacía que hubiese corriente de aire, sin duda hubiésemos perdido la vida…[99]

A finales de 1905 Davis dejó de financiar a los inspectores del Servicio de Antigüedades y en su lugar contrató a Edward Ayrton, un egiptólogo que trabajaba por libre, para que excavara en su nombre. Los inspectores, para los que cada vez se hacía más difícil conciliar las excavaciones de Davies con sus diversos deberes oficiales, aceptaron de buen grado aquella separación. Pero significó un bajón en la calidad del trabajo arqueológico de Davies. Ayrton era un egiptólogo lo bastante competente, pero tenía que ganarse el pan, y se le hizo demasiado duro soportar las exigencias de resultados rápidos de su patrón a costa del rigor científico. Davis, resuelto aún a encontrar una tumba real completa, no tenía mucha paciencia cuando se trataba de documentar o conservar. Fue por lo tanto muy desafortunado que, el 6 de enero de 1907, el recién creado equipo tropezara con un enterramiento excepcionalmente complejo y muy importante en la tumba KV55. Desde entonces los egiptólogos siempre se han lamentado de la ausencia de planos oficiales, de fotografías y de una documentación exhausti va, a la vez que dan un gran suspiro de alivio porque Davies, que estuvo muy cerca, no encontrara la tumba de Tutankhamón.

A primera vista la tumba parecía sencilla, casi sin importancia. Una puerta exterior se abría hacia un corredor inclinado y lleno de escombros que conducía tras un recodo a una única cámara mortuoria. Sin embargo, encajada en la parte superior de los escombros del corredor, había una capilla desmantelada de madera cubierta con oro laminado. La inscripción dejó claro que había sido proporcionada por Akhenatón para el entierro de su madre Tiye. Por desgracia, los paneles de madera estaban en un estado de gran fragilidad y, al no realizarse ningún intento por conservarlos, se desintegraron antes de que nadie los documentase correctamente.

Más allá del corredor se hallaba la cámara mortuoria, que era una estancia de gran altura y sencilla. Se hallaba en un estado de completo desorden, con

el ajuar funerario y el equipamiento —más paneles de madera, cofres, ladrillos de adobe, fragmentos de cerámica, yeso caído y herramientas— desparramadas por el suelo. De inmediato quedó claro que aquellos objetos del ajuar funerario pertenecían a varios entierros diferentes; llevaban una serie de nombres reales de la XVIII dinastía, desde Amenofis II, pasando por Amenofis III, Tiye y Akhenatón hasta Tutankhamón. Como el de Tutankhamón era el último nombre, los arqueólogos siempre han supuesto que él fue el responsable de que se sellara la tumba. Un nicho horadado en el muro de la derecha albergaba cuatro vasos canopos con forma de cabeza humana y delicadamente tallados. Y un elaborado féretro antropomórfico que había en el suelo, con la cara inexplicablemente eliminada, contenía una momia. La señora Emma B. Andrews, que entró en la tumba poco después de su apertura, apuntó la escena en su diario:

> 1907, 19 de enero. En el valle… bajé a la cámara mortuoria y a la que ahora ya casi resulta fácil acceder; y vi a la pobre reina tal como yace ahora, un poco fuera del magnífico féretro, con la corona de buitre en la cabeza. Toda la carpintería de la capilla, de las puertas, etcétera, estaba profusamente cubierta de oro y me pareció que estuviese caminando sobre oro, e incluso el árabe que trabajaba en el interior tenía un poco pegado en el pelo lanoso.[100]

La «corona de buitre» que la señora Andrews tanto admiró no es nada por el estilo; era un pectoral (un collar), como Ayrton habría sabido bien. La tumba sellada, ya desordenada, había sufrido un desdichado accidente. El elaborado féretro se había dejado sobre unas andas de madera, pero una grieta del techo permitió que el agua de las crecidas se introdujera en la cámara y pudriera la madera. Cuando, de forma inevitable, las andas se derrumbaron, el féretro cayó al suelo y la tapa se desplazó un poco. La momia, que ahora yacía sin protección en un charco, empezó a descomponerse. Una piedra caída del techo causó aún más daños tanto a la momia como al féretro. Después de que Davis despojara a la momia de sus vendas se vio que había quedado reducida a un esqueleto. El examen se llevó a cabo en la tumba:

> En aquel momento, sacamos la momia del féretro y vimos que era una persona tirando a menuda, de manos y pies delicados. Tenía la boca parcialmente abierta y mostraba una serie perfecta de dientes tanto superiores como inferiores. El cuerpo estaba cubierto de vendajes de delicada textura, pero todo el tejido que cubría el cuerpo era de un color muy oscuro. Lógicamente debería haber sido de un color mucho más claro. Al sospechar que la evidente humedad habría causado daños, toqué uno de los dientes delanteros (de tres mil años de antigüedad) con delicadeza y ¡ay! se convirtió en polvo, demostrando por consiguiente que la momia no podía conservarse. Sacamos entonces la momia entera…[101]

Normalmente esperaríamos encontrar un féretro con inscripciones que nos revelara el nombre de su dueña. Pero ese féretro tiene una historia más complicada que contar. Los expertos se han puesto de acuerdo en que en principio se construyó para una mujer; una dama a la que podría describirse como «la amada de Akhenatón», las palabras escritas en el féretro. Como la parte de la cabeza del féretro más que corona llevaba una peluca, parece que esa dama no era un miembro directo de la familia real. Pero, poco después de que se hubiese acabado de construir el féretro, se alteraron las inscripciones de femenino a masculino, mientras que el nombre de la propietaria original se reemplazó por un nombre real en un cartucho. Al mismo tiempo, se dotó al féretro de una barba y un ureo, lo que lo convertía en más adecuado para el entierro de un miembro masculino de la realeza. Por añadidura, algo después del entierro, la máscara de oro fue arrancada y el nombre de los cartuchos se eliminó.

Los arqueólogos han discutido largo y tendido acerca de a quién debía pertenecer el cuerpo hallado en esa curiosa tumba. Para Davis, siempre sería la reina Tiye. Pero todos los expertos que han examinado el cuerpo desde entonces están de acuerdo en que es un hombre. Algunos creen que es el cuerpo perdido del mismísimo Akhenatón. Pero los análisis más recientes de los huesos indican que es más probable que sea el cuerpo de un joven que rondaba los veinte años y no el de un hombre de al menos treinta y probablemente cercano a los cuarenta cuando murió. La forma del cráneo es lo suficientemente parecida a la de Tutankhamón como para indicar una relación familiar muy cercana. El cuerpo de la KV55 es o el hijo de Tutankhamón o su hermano o su padre. Como el hombre de la KV55 murió demasiado joven para ser el padre de Tutankhamón y es demasiado mayor para ser su hijo, tiene que ser el hermano de Tutankhamón. Al parecer Davis había encontrado, pero no había reconocido, a Smenkhkare, el hermano mayor de Tutankhamón, el rey que lo precedió y no vivió demasiados años. Cómo llegó Smenkhkare, el ultimo rey de Amarna, a ser enterrado entre un revoltijo de objetos funerarios de segunda mano en el valle de los Reyes es algo que quizá nunca llegaremos a saber.

Davis, eufórico por el triunfo de haber descubierto a la «reina Tiye», continuó para hacer nuevos hallazgos importantes, la KV57 incluida, la saqueada tumba de Horemheb, el último rey de la XVIII dinastía. Pero existía una persistente sensación de decepción; Davis siempre había tenido la

esperanza de encontrar la tumba perdida del joven rey Tutankhamón. El fotógrafo Harry Burton nos cuenta lo muy cerca que estuvieron:

> … Si el señor Theodore Davis, de Boston, para quien estaba yo excavando en 1914, no hubiese interrumpido tan pronto su primera «excavación», estoy convencido de que habría descubierto la tumba actual de Tutankhamón. Estuvimos a menos de dos metros de ella. Justo entonces el señor Davis temió que si seguíamos excavando socaváramos la calzada adyacente, y me ordenó que detuviera el trabajo.[102]

Puede que Davis no hubiese encontrado la tumba, pero sí había encontrado varios componentes del entierro de Tutankhamón. En los años 1905-1906 Ayrton descubrió una taza de cerámica vidriada y decorada que lucía el nombre del rey. En 1907 el equipo de Davis, dirigido de nuevo por Ayrton, encontró una pequeño fosa (KV54) que albergaba los restos de los materiales de embalsamamiento de Tutankhamón, que los encargados de su funeral, reacios a destruir cualquier cosa relacionada con una momificación real, enterraron. La cerámica hecha añicos que cubría el suelo de la fosa probablemente representaba los restos del ágape del funeral de Tutankhamón. Para acabar, en 1909 su equipo descubrió una pequeña cámara sin decorar (KV58) que contenía un shabti (figura de un criado) y el recubrimiento de oro de un arnés de carro con inscripciones de los cartuchos de Tutankhamón y de su sucesor Ay.

Al final Davis, que para entonces estaba enfermo, abandonó su búsqueda convencido de que el valle había desvelado todos sus secretos —«me temo que el valle de las Tumbas está agotado»[103]— y de que la pequeña fosa KV58 era en realidad la tumba perdida de Tutankhamón. Theodore Davis murió en Florida el 23 de febrero de 1915.

Mientras el equipo de Davis trabajaba duro en el valle de los Reyes, se estaban realizando impresionantes descubrimientos en el cercano valle de la Reinas, «el lugar de belleza», el cementerio de la élite que sirvió de última morada de muchas de las reinas del Reino Nuevo, así como de princesas, príncipes y nobles. Se conocía la existencia del valle desde que el viajero Robert Hay lo documentara por primera vez en 1826; pero no se iniciaron las excavaciones oficiales hasta 1903 cuando Ernesto Schiaparelli, director del Museo de Turín, se puso manos a la obra. Schiaperelli abriría varias tumbas del valle, pero su descubrimiento más importante tuvo lugar en 1904, cuando descubrió la QV66, la tumba vacía y bellamente decorada de la reina Nefertari. La reina Nefertari, primera consorte de Ramsés el Grande, es uno

de los personajes más enigmáticos del antiguo Egipto. Sabemos su nombre, y podemos reconocer su bello rostro, pero conocemos muy poco de su vida personal. Sus orígenes son oscuros, aunque, como nunca utiliza el título de «hija del rey» (el equivalente egipcio de nuestra «princesa»), podemos suponer que no era miembro directo de la familia real. Muchos expertos creen que podría haber tenido vínculos con la familia noble del rey Ay, sucesor de Tutankhamón. Esa muy respetada familia ya había proporcionado las reinas, nacidas plebeyas, de la XVIII dinastía Tiye (esposa de Amenofis III), Nefertiti (esposa de Akhenatón) y Mutnodjmet (esposa de Horemheb). Sabemos que Nefertari estuvo casada con el príncipe Ramsés antes de que heredara el trono. Le daría como mínimo diez hijos, entre los que se encuentran el mayor de Ramsés, Amenhirkhopshef, el tercero, Prehirwenemef y una de sus hijas favoritas, Merit-Amón, pero ninguno de los hijos de Nefertari sobrevivió a su nonagenario padre.

Creemos saber qué aspecto tenía Nefertari. Imágenes de nuestros días muestran que la reina fue tan bella y elegante como lo fueron invariablemente todas las reinas del Reino Nuevo. Es difícil saber hasta qué punto son realistas esas imágenes, aunque el sentido común sugiere que no todas las reinas podían haber sido tan bellas y, de hecho, sabemos que los egipcios concedían muy poca importancia al realismo en sus retratos. Las imágenes, ya sean estatuas, dibujos o pinturas, pretendían transmitir la esencia del sujeto y no pueden interpretarse como el equivalente antiguo de nuestras fotografías. No obstante, muchos observadores modernos, Amelia Edwards entre ellos, han sucumbido ante el inocente encanto de Nefertari. A la señorita Edwards, una escritora de novelas románticas victorianas, le entusiasmaba la idea de creer en el romance de Ramsés y su novia:

> En cada pilar, en cada ceremonia religiosa reflejada en los muros, incluso en el santuario, encontramos los nombres de Ramsés y Nefertari «emparejados e inseparables»… Contemplamos, en todos los acontecimientos, que Ramsés y Nefertari deseaban dejar tras de sí un recuerdo imperecedero del afecto que los unía en la tierra, deseo que abrigaban la esperanza de que los uniera en Amenti. ¿Qué más necesitamos saber? Vemos que la reina era hermosa; que el rey estaba en la flor de la vida. Adivinamos el resto; y la poesía que exhala ese lugar en todos sus acontecimientos nos pertenece. Incluso en esas estériles soledades nos llega a través del aire desde las costas del antiguo romance. Sentimos que el Amor pasó una vez por ahí, y que la tierra está aún santificada en los sitios en que pisó.[104]

Sabemos que Nefertari estaba viva en el año 24 del reinado de su marido, cuando la familia real viajó hacia el sur para inaugurar los templos de Abu Simbel, ya que aparece en las imágenes que conmemoran tan feliz ocasión.

Sin embargo, no aparece en las celebraciones del jubileo del año 30. Por lo tanto, parece que murió en algún momento entre los años 24 y 30. La causa de su muerte se desconoce. Los escasos restos humanos recuperados de su tumba —parte de una pierna momificada que se ha descrito tanto como un pie como un par de rodillas— no son en su caso de gran ayuda y por supuesto es posible que ni siquiera pertenecieran a la reina.

La tumba de Nefertari era sencilla. Tras la entrada, un pasadizo escalonado con una rampa central para el sarcófago conducía a una pequeña antecámara y a una cámara lateral, de la que un segundo corredor escalonado descendía abruptamente hasta una gran cámara mortuoria con cuatro columnas y tres pequeños almacenes. El sarcófago de granito rosa había desaparecido, pero Schiaparelli consiguió encontrar pedazos de su tapa destrozada. Toda la tumba, en muros y techos, estaba cubierta por una gruesa capa de yeso que se había tallado en relieve y pintado después con vibrantes colores. La talla de toda la tumba es de una calidad extraordinaria, mientras que la utilización del sombreado —el oscurecimiento de los pliegues de la ropa y de la piel, y la utilización del rojo para realzar los contornos de cara y manos— confiere a las escenas un realismo asombroso. No obstante, y quizá inevitablemente, existen algunas zonas en que la factura no es tan perfecta. Salpicaduras de pintura, pautas equivocadas y contornos borrosos son testigos de las diferencias en la destreza de las distintas cuadrillas que pintaron en la tumba simultáneamente. El techo de la tumba es un cielo nocturno azul fuerte tachonado de estrellas de un dorado intenso; curiosamente se pintó al final, de forma que en ocasiones el cielo se derrama en las paredes. Las propias paredes muestran el último viaje de Nefertari, en su transformación de momia inanimada a su renacimiento en la vida eterna. En la antecámara vemos su cuerpo embalsamado, que yace en unas andas, protegido por las divinas plañideras Isis y Nephthys, que adoptan la forma de pájaros. El dios con cabeza de chacal, Anubis, y los cuatro hijos de Horus, los seres divinos más relacionados con la preservación del cuerpo, escuchan mientras Osiris le concede a la reina la vida eterna. También aquí vemos a Nefertari sentada ante su tablero de senet, sola. El senet era un juego de mesa parecido al ajedrez con el que los vivos disfrutaban mucho, pero se trataba de un juego con un acusado trasfondo religioso y que, según se creía, ayudaría a los difuntos a salvar los peligros del camino hacia la otra vida.

La entrada a la cámara mortuoria está vigilada por la diosa Maat, la personificación del concepto maat (verdad, orden, justicia y rectitud), y tiende sus alados brazos para abrazar y proteger a Nefertari. En el interior de la

cámara se encuentran cinco de las puertas que conducen al reino de Osiris, cada una custodiada por tres espíritus malignos. Se trata de una prueba. Para continuar, Nefertari debe pronunciar el nombre de cada una de las puertas, de cada uno de los custodios, y de cada uno de los guardias que esperan agazapados, armados de grandes cuchillos, en las cavernas del averno. Por suerte, las inscripciones jeroglíficas proporcionan las respuestas correctas. Cuando se han superado con éxito todas las pruebas, las cuatro columnas que rodean el sarcófago representan la resurrección de la reina. Entonces, el divino Horus, rey del Egipto de los vivos, concede la vida a los difuntos.

Dicho sea en su honor, Schiaparelli se dio cuenta de inmediato de que su descubrimiento se hallaba en un estado tremendamente frágil. La tumba ocupaba una posición muy baja respecto al valle y sus paredes recubiertas de yeso se habían visto gravemente afectadas por la humedad. En la superficie de la piedra caliza estaba cristalizando sal, que hacía caer el yeso de las paredes y destrozaba las pinturas. Antiguos estragos causados por un terremoto no habían contribuido precisamente a mejorar la situación. Tras décadas de debate, documentación y experimentación, el proyecto de conservación de Neferari, una iniciativa conjunta llevada a cabo por la Organización Egipcia de Antigüedades y el Instituto Getty para la Conservación ha conseguido estabilizar la tumba, al tiempo que evita el uso de pintura moderna.

El longevo arquitecto Kha trabajó en el cementerio real a las órdenes de cuatro generaciones de faraones de la XVIII dinastía: Tutmosis III, Amenofis II, Tutmosis IV y Amenofis III. Cuando llegó el momento, lo enterraron junto a su esposa Meryet en el cementerio asociado a Deir el-Medina, la ciudad amurallada edificada para albergar a los trabajadores, escribas y supervisores que trabajaban en secreto en los valles de los Reyes y de las Reinas. En la mayoría de casos la élite de Deir el-Medina coronaba sus tumbas excavadas en la roca con llamativas capillas mortuorias, donde sus familias podrían visitarlos y dejar ofrendas para el culto a los difuntos. Pero Kha había aprendido algo de su larga relación con las tumbas reales. Del mismo modo en que los faraones habían decidido separar sus templos mortuorios y conmemorativos de sus tumbas, también él separaría su capilla mortuoria de su última morada. Muchos años atrás Bernardino Drovetti había descubierto la capilla decorada de Kha, coronada con una pequeña pirámide. En aquel momento, en 1906, Schiaparelli estaba a punto de descubrir su tumba (TT8).

A la tumba se llegaba por medio de un tramo de escalones que conducían a un pasadizo tapiado con un muro de piedra. Detrás del muro había un túnel

largo y bajo que daba a otro muro. Una creciente emoción les embargó al resultar obvio que nunca se había abierto una brecha en aquel muro. Tras él, Schiaparelli y Weigall, el inspector local, se encontraron en un tosco corredor, con muebles en la pared izquierda, entre ellos una cama. Más allá, una puerta de madera cerrada y sellada ofrecía la promesa de una sepultura intacta de un miembro de la élite. Schiaparelli no tenía llave; se vio obligado a forzar la cerradura para abrir la puerta. Traspuso el umbral para encontrarse en una estancia cuidadosamente provista de todo lo que una pareja próspera podía necesitar en la otra vida. Había muebles, lino, cosméticos, la cama de Meryet, las herramientas de Kha, comida, bebida e incluso, en el pasadizo, un orinal. Meryet, que había precedido a su marido, yacía en un féretro antropomórfico que estaba dentro de un sepulcro rectangular. Kha tenía dos féretros antropomórficos que estaban dentro de otro rectangular. Si se había enterrado a Kha, un funcionario relativamente secundario, con un ajuar funerario tan espléndido, cuánto más rica sería una sepultura real. En la ribera tebana occidental los egiptólogos estaban buscando desesperadamente el premio gordo: una tumba real intacta. Había algunos que pensaban que todas las tumbas reales debían de haber sido saqueadas muchos años atrás, pero había al menos un hombre que creía que no era así. Howard Carter estaba decidido a encontrar la tumba perdida de un insignificante faraón niño: Tutankhamón.

X

COSAS MARAVILLOSAS

Howard Carter, cuando se le pidió que escribiera su propio artículo para el Who’s who, hizo la famosa declaración de que había nacido en Swaffham, Norfolk. También aseguró, durante toda su vida adulta, que había nacido el 9 de mayo de 1873. De hecho, se equivocaba en ambas cosas. Howard Carter había nacido en Brompton, Londres, exactamente un año después, el 9 de mayo de 1874, y era hijo del pintor de animales de moda Samuel John Carter y de su esposa, Martha Joyce Sands.

La familia Carter sí poseía, sin embargo, una casa a las afueras del pueblo de Swaffham. Allí, el enfermizo bebé Howard fue enviado con sus tías Fanny y Kate para que lo criaran. Howard, al que se consideraba demasiado delicado para una escuela privada, fue educado en la tranquilidad del hogar. Su carencia de educación formal le provocaría cierta vergüenza en su vida, así como su simpática ortografía errática. Desde muy temprana edad Howard, al igual que sus seis hermanos supervivientes y su hermana, mostró unas aptitudes para el dibujo que se vieron fomentadas por clases regulares con el padre. Cuatro de los Carter crecerían para convertirse en artistas profesionales, mientras que las vistosas ilustraciones arqueológicas de Howard continúan siendo un placer para lectores más acostumbrados a los austeros planos y las fotografías en blanco y negro que adornan las publicaciones modernas.

En Swaffham, la familia Carter conocía a los Amherst de Didlington Hall. William Amherst Tyssen-Amherst, miembro del Parlamento y que sería más adelante el barón Amherst de Hackney, sentía un profundo interés por todo lo antiguo. Era lo bastante rico para satisfacer sus pasiones, y su museo privado de antigüedades egipcias incluía una serie de importantes papiros, así como la muy importante colección de escultura monumental que puede hallarse en el exterior del Museo Británico. De visita en la casa con su padre, que pintara varios retratos de animales en Didlington Hall, Howard quedó fascinado por los monumentos. De manera que cuando el egiptólogo Percy Newberry le mencionó casualmente a su buen amigo William Amherst que andaba en busca de un joven ayudante con talento artístico para ayudarlo en su trabajo

de documentación egipcia, fue casi inevitable que saliera a la luz el nombre de Howard. El muchacho quedó encantado con semejante perspectiva; había decidido ya que la vida de un pintor de animales, aunque lucrativa, no era para él. Se pasó el verano y el otoño de 1891 estudiando manuscritos en la Biblioteca Británica, y dibujando las colecciones egipcias en el Museo Británico. Entonces, en el otoño de 1891, a los diecisiete años, se despidió de su familia y zarpó hacia Egipto.

En El Cairo tuvo el tiempo justo para visitar el Museo de Guiza antes de que Newberry se llevara a su nuevo ayudante al emplazamiento de Beni Hassan en el Egipto Medio. Allí, los dignatarios locales de las dinastías XI y XII habían excavado sus profundas tumbas en los acantilados rocosos. Siguiendo la tradición local, habían decorado las paredes revocadas de las capillas de sus tumbas no sólo con las usuales escenas religiosas, agrícolas y de caza, sino también con una serie de vívidas viñetas de la vida cotidiana, que incluían niños jugando, bailarines, acróbatas y luchadores. La Fundación para la Exploración de Egipto financiaba para entonces la documentación de esas tumbas decoradas. Se trataba de un trabajo sacrificado pero satisfactorio. Carter dormía en una tumba fresca por las noches y hacía calcos de escenas de tumbas desde las siete de la mañana hasta el anochecer. Sus calcos, cuidadosamente trazados a lápiz, se enviaban a Londres para completar el dibujo; puesto que los artistas de allí nunca veían los originales, el resultado final no era muy exacto. Carter, en su calidad de artista, habría preferido con mucho copiar los originales a mano alzada, pero el tiempo y las finanzas no permitían que así fuera y, como argumentaba Newberry, una copia cualquiera de los muros, no importaba cuán rudimentaria, era mejor que ninguna. Trasladándose a las vecinas tumbas rocosas de el-Bersha, el equipo, que ahora acampaba en tiendas, prosiguió con sus calcos. Al llegar la Navidad el campamento se dispersó, y Carter fue a alojarse con Flinders Petrie en Tell el-Amarna.

William Amherst, con la esperanza de añadir algunas piezas amarnienses a su colección, se había ofrecido a financiar el trabajo de Petrie, un generoso obsequio con una única condición no demasiado onerosa:

> El señor Tyssen Amherst desea hacer ciertas cosillas aquí con mi permiso; de manera que el señor Carter va a venir a trabajar aquí, no exactamente conmigo, pero sí en partes del terreno que yo pueda asignarle. No tengo responsabilidad alguna de su trabajo excepto ante el gobierno de aquí.[105]

Petrie bien podía haber abrigado ciertas reservas; necesitaba un arqueólogo de campo competente, no un artista. La verdad es que los dos hacían una extraña pareja. Petrie era famoso por su cautela con el dinero y menospreciaba cualquier cosa que le oliera a lujo innecesario. Carter, que no tenía empacho en darse sus lujos, no conseguía entender por qué alguien desperdiciaría un tiempo valioso construyendo su propia choza de adobe (el frugal Petrie les vendía los ladrillos a sus obreros al final de la excavación), o recorriendo largas distancias a pie a través del desierto cuando había burros de sobra que alquilar baratos. Pero cada uno se mostró dispuesto a acomodarse al otro. Carter hizo gala de buena voluntad al construir su propia cabaña y calentarse sus propias latas, y completó un reconocimiento competente del sistema de carreteras de Tell el-Amarna, y Petrie no tardó en reconocer la valía de su joven colega. Al cabo de poco Carter estaba aprendiendo las técnicas de excavación del maestro en persona.

La temporada de 1892 fue testigo de un Carter volviendo brevemente a copiar tumbas del Egipto Medio con el equipo de reconocimiento de la Fundación para la Exploración de Egipto, antes de trasladare al Delta para llevar a cabo una excavación de rescate en Tell Timai el-Amdid (antigua Mendes). Allí, Édouard Naville, que trabajaba para la fundación, se había topado con una colección de frágiles pergaminos griegos bastante calcinados que había sido incapaz de conservar, si bien muchos sospechaban que no había querido hacerlo. En una conferencia, recogida en The Times, lamentó oficialmente semejante fracaso: «Qué tesoros habremos perdido probablemente, con la destrucción de la biblioteca de Mandes», pero pareció lo bastante satisfecho como para proseguir. Los marchantes de antigüedades locales, que conocían la existencia de la «biblioteca» desde hacía varios años, continuaron desvalijando el emplazamiento sin obstáculos. Petrie se indignó ante aquella conducta superficial, y la larga y soterrada rivalidad entre Naville, siempre el excavador preferido de la fundación, y Petrie, sin duda el mejor arqueólogo de campo pero por lo general la segunda opción, se desató de pronto.

Petrie tenía una serie de preguntas que exigían respuesta. ¿Por qué no había mandado la fundación a un conservador adecuado al emplazamiento? ¿Por qué había encontrado él pergaminos relativamente bien conservados, claramente procedentes de Mendes, en la tienda de un marchante en El Cairo? ¿Y por qué se le permitía a Naville, que había demostrado su absoluta incompetencia en lo relativo a la excavación, investigar el templo de Deir el-Bahari, uno de los monumentos más importantes y uno de los mayores retos

de todo Egipto? Naville se sintió profundamente ofendido. Ante la sugerencia de Petrie de que debía al menos haber trazado un plano de la posición de los pergaminos en la «biblioteca», replicó de forma reveladora: «habría sido como hacer un plano de las pasas en un plumcake»[106] La FEE respondió enviando a Howard Carter —todavía adolescente pero considerado ya un excavador experimentado— a Mendes para salvar lo que pudiera. Pero la situación era ya desesperada. Cuando Carter llegó la «biblioteca» había desaparecido (pues Naville no había dejado plano detallado alguno) y los irreemplazables papiros con ella. Carter regresó, deprimido, a el-Bersha.

Naville, entretanto, se fue a trabajar a Deir el-Bahari, en Tebas. Allí, en una bahía natural en los acantilados tebanos de la ribera oeste, la reina soberana Hatshepsut había erigido su templo mortuorio o conmemorativo para asegurarse de que su culto durara para siempre. El templo de Hatshepsut se había diseñado como un edificio multifuncional con una serie de santuarios dedicados a diferentes dioses. Además de los templos mortuorios de Hatshepsut y su padre Tutmosis I, había una capilla dedicada a la diosa Hator, una capilla dedicada a Anubis, el dios de cabeza de chacal de la necrópolis, una zona dedicada a la memoria de los antepasados de Hatshepsut y un templo solar dedicado al culto del dios del sol Ra-Herakhty. El santuario principal, excavado en la roca tebana, estaba dedicado a Amón. El culto mortuorio a Hatshepsut se había abandonado poco después de su muerte, pero los cultos de Amón y Hator habían sobrevivido hasta el final de la XX dinastía. En el período grecorromano el templo, en ruinas para entonces, se convirtió en centro del culto de dos egipcios deificados: Imhotep, el arquitecto de la III dinastía y constructor de la pirámide escalonada, y Amenhotep, hijo de Hapu, un sabio y arquitecto de la XVIII dinastía. El emplazamiento volvió a quedar entonces en desuso hasta el siglo V, cuando se instaló en él un monasterio copto. Se abandonó finalmente en algún momento del siglo VIII.

El templo nunca se había perdido. Lo habían visitado muchos viajeros, y se habían realizado excavaciones intermitentes, las más recientes a cargo de Auguste Mariette en 1858, 1862 y 1866. Pero dos tercios del templo seguían cubiertos por la arena, mientras que los restos del monasterio copto se alzaban impropiamente sobre las ruinas. Naville fue el primero, tras varias temporadas de duro trabajo (1893-6), en revelar su diseño único. Un muro de piedra caliza había rodeado antaño el complejo. Más allá se extendían unos plácidos jardines con lagos, plantas y árboles del incienso. El templo de piedra caliza

blanca se alzaba contra el acantilado en tres terrazas unidas por una escalinata central. Los pórticos inferiores estaban decorados con escenas que representaban acontecimientos significativos de la vida y el reinado de Hatshepsut; podemos ver allí a los obreros de Hatshepsut transportar obeliscos de las canteras de Asuán hasta el templo de Karnak, y a los soldados de Hatshepsut viajar hasta la lejana y misteriosa tierra de Punt. Veinticuatro estatuas colosales de Hatshepsut con la figura de Osiris habían dominado el nivel más alto, la parte más importante del templo. Diez estatuas de Osiris más se alzaban en nichos al fondo del patio superior, otras cuatro en las esquinas del santuario, y cuatro más, verdaderamente enormes —cada una tenía casi ocho metros de altura— se erigían en cada extremo de los pórticos inferior y medio. Por desgracia, esas estatuas se habían derribado y destrozado en la antigüedad. Hoy en día se están reemplazando poco a poco, pues el Centro Polaco de Arqueología Mediterránea se está ocupando de ultimar la restauración del templo.

Carter fue enviado a ayudar a Naville en Deir el-Bahari. Debía supervisar el copiado de los relieves que decoraban los pórticos. Basándose en su experiencia en las tumbas, Carter ideó un sistema concienzudo de calcos, dibujos a mano y cuadrículas a escala que le permitió realizar un trazado asombrosamente exacto de las escenas del templo, que se publicó en la obra en seis volúmenes de Naville The temple of Deir el-Bahari [El templo de Deir el-Bahari] (1895-1908). Cuando resultó obvio que Carter necesitaba ayuda para cubrir el vasto lienzo de pared, su hermano mayor, Vernet, se unió al equipo. Vernet, artista profesional, era tan diestro con el lápiz como Howard, de forma que el trabajo de los dos hermanos es imposible de distinguir. Pero a Vernet Carter Egipto se le antojó demasiado caluroso, y ésa sería la primera y última temporada que trabajó junto a su hermano. Howard, sirviéndose de una serie de ayudantes de talento, continuó en Deir el-Bahari hasta 1899, cuando se le ofreció un puesto permanente en el Servicio Egipcio de Antigüedades.

Gaston Maspero, repuesto para entonces en su antiguo empleo en sustitución de Loret, había reunido los fondos suficientes para nombrar dos inspectores de antigüedades. Uno de ellos, James Quibell, tendría su base en El Cairo y asumiría la responsabilidad de todos los emplazamientos septentrionales, así como los del Delta. El otro, Howard Carter, viviría en Luxor y supervisaría todos los emplazamientos en el sur. Los inspectores serían responsables de todo lo relacionado con la arqueología; se asegurarían de que los emplazamientos se excavaran, se vigilaran y se conservaran como era debido, e investigarían cualquier clase de robo o actos de vandalismo.

Dado el vasto tamaño de Egipto y el número y lo disperso de sus antigüedades, iba a tratarse siempre de un desafío de proporciones imposibles. Pero Carter se puso a trabajar con entusiasmo.

Su primera tarea consistió en la colocación de puertas en las tumbas abiertas del valle de los Reyes. Se probó con puertas de madera, que se rechazaron rápidamente; nada harían por detener al ladrón decidido. De manera que en su lugar se instalaron puertas y rejas de hierro, pese a que resultaban feas y fuera de lugar. Al mismo tiempo, se dotó a las tumbas más populares de la recientemente inventada luz eléctrica, y se habilitó un corral para burros, para comodidad del siempre creciente número de turistas. Carter sabía muy bien que las feas puertas de las tumbas eran una necesidad. Había habido ya un incidente desagradable en la tumba de Amenofis II. Era una historia triste, aunque familiar. Los guardas se habían visto intimidados o, como Carter sospechaba, habían cobrado por mirar hacia otro lado. El soborno había sido el método favorito de los ladrones de tumbas unos tres mil años antes, y seguía constituyendo un problema importante. Habían robado el príncipe y su barca del corredor de la entrada, donde, cubiertos de tela metálica, se habían dejado para solaz de los turistas; el príncipe se encontraría más tarde hecho pedazos, pero la barca, comprada a un marchante de antigüedades, se halla ahora en el Museo de El Cairo. El cuerpo de Amenofis II no sufrió daño alguno, pero fue despojado con destreza de los vendajes en una búsqueda infructuosa de joyas. Carter tomó la determinación de resolver aquel robo. Tenía ya un sospechoso en mente: el bien conocido Mohammed Abd el-Rassul, que vivía bastante cerca de la tumba.

Los ladrones habían sido descuidados, y había un rastro de pisadas que partían de la escena del crimen. Carter fotografió las huellas y luego pagó a un rastreador profesional para que siguiera la pista. Sin que nadie se sorprendiera por ello, las huellas llevaban directamente a la casa de Ahmed el-Rassul; eran, de hecho, las huellas de su hermano Mohammed. Mohammed acabaría siendo juzgado por robo —la fotografía de Carter se aportó como prueba—, pero fue absuelto. Entretanto, la momia de Amenofis II fue temporalmente restituida a su tumba. En 1931 se enviaría a El Cairo.

En 1900 Carter empezó a excavar «la tumba del Caballo», una tumba o cenotafio de la XI dinastía, curiosamente grande, no muy lejos del yacimiento de Deir el-Bahari. La tumba reveló una misteriosa estatua de madera envuelta en lino, un féretro de madera vacío y un hipogeo tapiado. Convencido de que había encontrado una sepultura intacta, Carter invitó impetuosamente a lord

Cromer, el cónsul general británico, a asistir a la solemne apertura de la cámara mortuoria. Por desgracia, cuando, en presencia de las vacas sagradas, se abrió la cámara, para decepción general, resultó que no contenía sepultura alguna. Aquella humillación pública nada hizo por disuadir a Carter de excavar, y no tardó en trabajar con Theodore Davis en el valle de los Reyes. Pero sí supuso para él una lección valiosa. Nunca más invitaría a funcionarios a una solemne apertura sin comprobar primero que la tumba en cuestión contuviera algo.

Al cabo de cinco años cosechando éxitos en Luxor, los inspectores del norte y del sur intercambiaron sus papeles, y Carter se encontró residiendo en Saqqara, mientras que Ouibell asumía entonces la responsabilidad del valle de los Reyes. Carter, un hombre orgulloso y obstinado, se topó casi de inmediato con una difícil situación que conduciría finalmente a su dimisión. Flinders Petrie, un hombre igualmente orgulloso y obstinado, relata lo sucedido:

> Durante las primeras seis semanas mi mujer excavó en Saqqareh [Saqqara]… Un domingo, unos franceses borrachos trataron de entrar a la fuerza en las cabañas de las mujeres, y el cocinero les opuso firme resistencia. Se dirigieron entonces a la caseta de los vigilantes y empezaron a romper muebles y a pelearse con los guardas nativos. Se mandó llamar a Carter, por entonces inspector, que muy adecuadamente permitió a los guardias defenderse hasta la llegada de la policía.
>
> La indignidad de permitir que un nativo se resistiera ante un francés pesó más que la indignidad de estar borrachos y descontrolados a los ojos del cónsul francés, que exigió una disculpa por parte de Carter. Llevado por un amor propio de lo más cabal, Carter se negó a disculparse por hacer lo que era su claro deber. Por ello fue, a exigencia del francés, despedido del Servicio. Aquél fue seguramente el más indigno acto de sumisión a la arrogancia francesa.[107]

Petrie, buen amigo y mentor de Carter, y que sentía una arraigada desconfianza hacia los franceses, no era ni mucho menos un testigo imparcial. De hecho, ni siquiera era un testigo, pues no había estado presente en Saqqara el 8 de enero de 1905 cuando tuvo lugar el desafortunado episodio. Pero Hilda Petrie sí estaba presente, y presumiblemente pudo darle a su marido una versión precisa, aunque algo exagerada, de los acontecimientos. El informe oficial del incidente redactado por los franceses es muy distinto del de Petrie, lo cual no es de sorprender: aseguraron haber sufrido un ataque no provocado cuando una disputa menor sobre los billetes de entrada se transformó en algo parecido a un motín. Los artículos publicados en los periódicos de El Cairo variaban tanto en el contenido como en el estilo dramático, aunque L’Égypte sí incluía el hecho no precisamente irrelevante de que el grupo francés había

consumido una docena de botellas de vino tinto durante su almuerzo al aire libre.

El principal error del relato de Petrie, sin embargo, reside en su interpretación de lo que ocurrió después. Se esperaba que Carter, tuviera razón o no, retirara su exigencia de que a los borrachos franceses se los castigara debidamente en los tribunales. Y Carter se negó rotundamente a hacerlo. Maspero, exasperado, hizo trasladar a Carter de El Cairo a la ciudad de Tanta, en el Delta. Pero la provinciana Tanta no fue del agrado de Carter y, pese al éxito que tuvo a la hora de frustrar a una pandilla de ladrones y recuperar valiosas piezas, oro, plata y joyas del templo en el emplazamiento de Tuc el-Quaramus, no era feliz y su salud se resintió. En octubre de 1905 dimitió e inició una nueva vida, venida a menos, como artista y marchante de antigüedades a tiempo parcial.

George Herbert, lord Carnarvon, era un hombre inmensamente rico obsesionado por la velocidad. Su abnegada hermana, *lady* Winifred Burghclere, nos presenta a aquel apuesto conde de tantos talentos:

> Buen tirador, propietario de caballos de carreras, coleccionista de arte de singular tino (su catálogo privado de libros raros es modélico en su clase), lord Carnarvon era también un pionero del automovilismo. Era propietario de coches en Francia antes de que se permitieran en Inglaterra. De hecho, el suyo era el tercer automóvil registrado en ese país, después de que se revocara la ley que obligaba a que cualquier transporte propulsado por una máquina fuera precedido en la carretera por un hombre que llevara una bandera roja. El automovilismo estaba destinado a atraer a un hombre como él, y se lanzó con gran pasión a ese nuevo deporte. Era un magnífico conductor, al que hacía buen servicio su don (un don que también le servía en el tiro y en el golf) de calcular las distancias con exactitud, a la vez que hacía gala de una absoluta serenidad ante las dificultades, lo cual, con frecuencia, si no invariablemente, es el mejor seguro ante el desastre…[108]

En varias ocasiones el conde se vio obligado a comparecer ante los jueces por exceso de velocidad (iba aproximadamente a treinta kilómetros por hora), pero cuando Winifred expresaba su inquietud porque su hermano estuviera conduciendo demasiado alegremente, él la sacaba de su error: «¿Me tomas por loco? En el automovilismo, el peligro reside en las curvas, y nunca las tomo deprisa». Resulta por tanto irónico que lord Carnarvon estuviera viajando por una carretera perfectamente recta y aparentemente desierta en Alemania cuando viró con brusquedad y chocó en sus intentos por evitar un par de carros de bueyes ocultos por un cambio de rasante. Le salvó la vida su chófer, Edward Trotman, quien sacó del coche a su señor y le tiró un cubo de agua para volverlo en sí. Pero el accidente, en 1901, lo dejó debilitado,

incapaz de ganar peso y vulnerable a las infecciones pulmonares. Sus médicos, preocupados por los efectos del húmedo invierno británico, le recomendaron entonces una visita a Egipto.

Como Theodore Davis antes que él, Carnarvon desarrolló una pasión inmediata por el pasado de Egipto, que también satisfizo financiando excavaciones. Al principio las cosas no marcharon muy bien. El Servicio de Antigüedades, que dudaba tanto de su competencia como de su dedicación, le asignó un pedazo de tierra estéril, en la que no encontró prácticamente nada. En lugar de abandonar su nuevo pasatiempo, Carnarvon contrató a un profesional. En 1909 empezó a excavar en Tebas con Howard Carter, que acudió con una flamante recomendación de Gaston Maspero. Semejante asociación les vino bien a los dos. Con Carter al mando, la excavación de lord Carnarvon se consideró tan seria como cualquier otra delegación en Egipto, mientras que Carter, por su parte, estuvo encantado de abandonar la vida incierta de artista y marchante en antigüedades y ganarse un salario decente. Durante tres años Carnarvon y Carter trabajaron en equipo en la necrópolis tebana, y su entusiasmo no se vio minado en lo más mínimo por el flujo regular de resultados nada espectaculares pero arqueológicamente satisfactorios. En 1912 hubo una breve excavación en el túmulo de Xois en el Delta (la Sakha moderna), antes de que unas condiciones de vida harto desagradables y un número intolerable de serpientes provocaran que Carter se trasladara al emplazamiento de Tell el-Balamun. Allí encontró algunas joyas grecorromanas de plata, ocultas en una vasija, y un fragmento de estatua. A raíz de este sensacional hallazgo, tuvo lugar el regreso a Luxor y a las familiares comodidades de la necrópolis.

Carter pasó los años de la guerra haciendo trabajos esporádicos y sin especificar para la Oficina del Departamento de Guerra en El Cairo, mientras continuaba con sus excavaciones a pequeña escala financiado por lord Carnarvon. El descubrimiento más espectacular de ese período de barbecho tuvo lugar en 1916. En un barranco solitario conocido como el Wadi Sikkat Taka ez-Zeida, los ladrones de la zona habían descubierto una tumba casi inaccesible horadada en lo alto de una pared de piedra. Carter no tardó en plantarse allí:

> Descubrimos la tumba llena de desechos… desechos que se habían vertido desde la montaña de encima. Cuando les arrebaté la tumba a los saqueadores árabes descubrí que habían excavado en ella como conejos, hasta llegar a la cámara sepulcral… Descubrí que habían reptado a través de una abertura que había a medio camino de la cueva, y desde ahí, desde una pequeña cornisa en la roca,

> habían descendido por una cuerda hasta la entrada oculta de la tumba, al fondo de la abertura; una actuación peligrosa, pero que yo tenía que imitar, aunque con mejor equipo… Para cualquiera que sufra de vértigo desde luego que no era agradable, y aunque no tardé en superar la sensación, me vi obligado a descender siempre en una red.[109]

Una escalera de entrada descendía abruptamente hasta un umbral que daba paso a una sala, una antecámara, una segunda sala y una cámara mortuoria. La tumba estaba sin acabar y vacía, pero en una de las salas había un sarcófago de cuarcita con una inscripción para «La gran princesa, grande en favores y gracias, señora de todas las tierras, real hija y real hermana, gran real esposa, señora de las Dos Tierras, Hatshepsut». Carter había descubierto una segunda tumba y un tercer sarcófago perteneciente a la reina soberana. Esa tumba se había encargado cuando Hatshepsut era tan sólo reina consorte, y abandonado cuando se convirtió en soberana.

Carter estaba absolutamente convencido de que aún había una tumba real por descubrir en el valle de los Reyes. El descubrimiento por parte de Davis de los materiales de embalsamamiento de Tutankhamón le sugería que su tumba no podía estar muy lejos. Y puesto que el cuerpo de Tutankhamón no se había recobrado en ninguno de los escondites reales, parecía muy probable que su tumba estuviese intacta. Carter estaba dispuesto a despejar el valle hasta el mismo lecho de roca de ser necesario a fin de encontrar la tumba perdida, y contaba con el apoyo total de su mecenas. Pero había un inconveniente. La sola y única concesión para excavar en el valle se le había dado ya a Theodore Davis, y Carter y Carnarvon no podían sino hacerse a un lado y ver a Davis acercarse más y más al premio que ellos anhelaban. Cuando, en 1914, Davis renunció finalmente a la concesión, lord Carnarvon se hizo con ella, pero la guerra impidió cualquier campaña de excavación intensiva durante esos años.

La excavación en el valle se inició finalmente en 1917 y resultó una tarea bien lenta y cara. Los resultados eran tan escasos que lord Carnarvon empezó a abrigar serias dudas sobre la sensatez de verter enormes cantidades de dinero en una misión potencialmente infructuosa. Entretanto, Carter cayó enfermo cuando disfrutaba de unas vacaciones en Londres. Hasta enero de 1922, totalmente recobrado después de que le hubiesen extraído la vesícula biliar, no pudo reemprender sus excavaciones. Siguió otra temporada breve e improductiva, y lord Carnarvon se desilusionó aún más. Deseaba admitir la derrota y mostrarse de acuerdo con Davis en que el valle estaba vacío. Carter, que se quedaría sin empleo cuando los trabajos se interrumpieran, discrepó

firmemente. Fue tan lejos como para ofrecerse a pagar él mismo los costes de una temporada definitiva. En un descanso estival en Highclere, la finca de campo de lord Carnarvon, se llegó al acuerdo de que habría una breve temporada más, financiada por Carnarvon. Eso le proporcionaría a Carter tiempo suficiente para investigar una parte del valle, un túmulo de escombros y unas antiguas cabañas bajo la entrada a la tumba de Ramsés IV que hasta entonces se habían dejado intactos. ¿Por qué se había ignorado aquella zona? No por una sensata razón arqueológica, sino porque se temía que la excavación en esa área afectara al flujo de turistas resueltos a ver la tumba de encima.

El 1 de noviembre de 1922, los obreros de Carter empezaron a cavar para despejar los escombros que había en la base de la tumba de Ramsés. Justo tres días después descubrieron un tramo de dieciséis escalones que llevaba a una entrada tapiada, con los sellos de la necrópolis todavía intactos. Una pequeña porción de yeso había caído de la sección superior de la entrada; con la ayuda de una moderna linterna eléctrica, Carter fue capaz de ver un corredor que descendía, atiborrado de piedras y desechos. Se trataba claramente de un descubrimiento de un enorme potencial. Haciendo gala de un autocontrol admirable, Carter volvió a cubrir la escalera para ocultar la tumba a los ladrones, les hizo jurar a sus hombres que guardarían el secreto y cruzó el río para personarse en la oficina de telégrafos de Luxor, desde donde envió un mensaje cifrado a lord Carnarvon, que estaba aún en Inglaterra, que venía a decir:

> Por fin hecho maravilloso descubrimiento en valle. Una tumba magnífica con los sellos intactos. Dejada como estaba hasta su llegada. Felicidades. Carter.

Tres semanas después —tres semanas de inactividad en que creemos que Carter debió de estar mordiéndose las uñas— lord Carnarvon y su hija, *lady* Evelyn Herbert, habían llegado, y las tareas de despejar la escalera y la entrada se reanudaron. No tardó en poderse leer el nombre del propietario de la tumba: Tutankhamón. También podía verse para entonces que la tumba se había abierto y vuelto a sellar al menos en dos ocasiones en la antigüedad. Carter debió de haberse temido lo peor.

La arqueología confirmó que la tumba había sido, en efecto, robada dos veces. La primera fase de robos debió de ocurrir poco después del funeral, y quizá incluso la llevaron a cabo miembros del grupo funerario: no era raro ni mucho menos que los propios encargados de los actos funerarios y

sepultureros robaran a aquellos a los que les habían pagado para proteger. Los ladrones se habían abierto paso por el corredor de entrada, que estaba vacío, a excepción de unas vasijas que contenían los desechos del embalsamamiento del rey, así como los restos del festín fúnebre, y habían entrado en la antecámara. Allí habían registrado los cofres y fardos pulcramente dispuestos, en busca de objetos ligeros y valiosos —metales preciosos, lino, ungüentos y cosméticos— que pudieran venderse con facilidad en el mercado negro. Por suerte, los guardias de la necrópolis advirtieron que se estaba efectuando un robo. Obligados a huir, los ladrones dejaron caer parte del botín en el corredor. Los guardias volvieron a llenar descuidadamente cajas y cofres: los artículos se metieron donde buenamente cabían. La tumba volvió a consagrarse y a sellarse, y el corredor de acceso se llenó de toneladas de escombros y fragmentos de piedra caliza en un intento de frustrar futuros robos. Con el corredor bloqueado, se les dio sepultura por separado a los despojos de la embalsamación del rey en un pequeño hipogeo revestido de piedra, cerca de la tumba (KV54, excavada por Edward Ayrton y Theodore Davis en 1907).

El segundo robo había sido más ambicioso y más peligroso para los ladrones. Haciendo un túnel a través de los fragmentos de caliza que cubrían el corredor hasta el techo, para luego abrirse paso a través de las entradas tapiadas, los ladrones fueron capaces de acceder a todas las cámaras de la tumba. Por suerte, aunque se introdujeron en el santuario exterior, nunca llegaron a la momia. El objetivo de aquellos ladrones eran las joyas y amuletos, que habría sido fácil llevar a través del angosto túnel cavado en el corredor. Howard Carter estimó que debían de haberse hecho como mucho con el sesenta por ciento de las joyas de Tutankhamón. Una vez más los ladrones fueron descubiertos y la tumba se restauró. Los agujeros en las entradas se tapiaron y encalaron, volvió a llenarse el corredor de fragmentos de piedra caliza, y la boca de la entrada se selló una vez más. Sin duda el lamentable ciclo se habría repetido una y otra vez hasta que la diezmada sepultura y la momia despojada fueran «rescatadas» por los funcionarios de la necrópolis responsables de los dos escondrijos reales. Pero en ese punto intervino el destino. Tutankhamón había muerto de forma repentina, antes de que su tumba real se hubiese terminado. Lo enterraron en una discreta tumba, quizá la que su sucesor, el cortesano Ay, preparaba para sí. La insignificante entrada de la tumba se pasó fácilmente por alto, y Tutankhamón se desvaneció en la necrópolis. Los constructores que trabajaban en la tumba de Ramsés IV se olvidaron completamente de él. Permitieron que los escombros

de sus excavaciones cubrieran la entrada de la tumba, y luego construyeron sus cabañas sobre el túmulo. Eso, más que las medidas oficiales de seguridad, fue lo que salvó la sepultura de Tutankhamón para Howard Carter.

La entrada bloqueada pronto se abrió, y el corredor se despejó de los escombros. El 26 de noviembre Carter y Carnarvon volvían a hallarse ante una entrada tapiada; se trataba, como sabemos ahora, del umbral de la antecámara. En este punto tan emocionante de la historia de la egiptología, considero apropiado que sea Howard Carter quien retome el relato:

> Despacio, exasperantemente despacio como nos pareció a los que observábamos, los escombros que obstruían la parte inferior de la entrada se retiraron, hasta que por fin tuvimos la puerta entera despejada ante nosotros. El momento decisivo había llegado.
>
> Con manos temblorosas, abrí un minúsculo hueco en el extremo superior izquierdo. Por lo que pude discernir al tantear con la vara de hierro, la oscuridad y el espacio hueco demostraban que lo que fuera que había al otro lado estaba vacío, no lleno como el corredor que acabábamos de despejar. Probamos con velas como precaución ante posibles gases venenosos, y entonces, ampliando un poco el agujero, metí la vela dentro y escudriñé… Al principio no conseguí ver nada, pues el aire caliente que escapó de la cámara provocó que la llama de la vela parpadeara; pero, luego, al acostumbrarse mis ojos a la luz, detalles de la estancia que había más allá emergieron lentamente de la niebla: animales extraños, estatuas y oro; por todas partes refulgía el oro. Por un instante, que debió de parecerles una eternidad a los que esperaban, me quedé mudo de asombro, y cuando lord Carnarvon, incapaz de soportar más el suspense, me preguntó con tono ansioso «¿Ve algo?», no pude sino contestarle con las palabras: «Sí, cosas maravillosas.»**[110]**

Al día siguiente esa segunda entrada se desobstruyó, y se dispuso una instalación de luz eléctrica conectada al suministro del valle, el suministro que el propio Carter hiciera llegar al valle durante su período como inspector. La luz brillante mostró que la antecámara era de hecho un almacén atiborrado, bastante desordenado, de todo lo que un rey pudiese desear en la otra vida; había grandes camas con forma de animal, un montón de carros desmontados, muebles, arcones llenos de ropa y sandalias, vasijas de alabastro, comida, bebida, ramilletes de flores y mucho mucho más. Una segunda cámara sin decorar horadada en la pared occidental, «el anexo», contenía más arcones y fardos incluso. En la pared septentrional se hallaba la entrada tapiada y sellada a la cámara mortuoria, guardada por dos estatuas a tamaño natural del rey:

> La emoción había hecho presa en nosotros hasta entonces, sin darnos tregua para pensar, pero en ese momento y por primera vez empezamos a comprender qué prodigiosa tarea teníamos ante nosotros, y qué responsabilidad entrañaba. Ése no era un hallazgo corriente, de los que se despachaban en una temporada de trabajo

> normal; ni existía precedente alguno que nos mostrara cómo proceder. Aquello estaba más allá de toda experiencia, sobrecogía, y por unos instantes nos pareció que había más por hacer de lo que medio humano alguno podría lograr.[111]

Carter se enfrentaba a un gigantesco quebradero de cabeza logístico. Hubiera lo que hubiese en la cámara mortuoria —el agujero hecho por los antiguos ladrones se veía con claridad en la puerta sellada—, tenía ya en su poder la colección más importante de objetos reales que se recobraría nunca de Egipto. Había ahí todo un microcosmos de vida real, pero todo se hallaba en tal estado que requería una urgente conservación. Y todo tendría que enviarse a El Cairo para su protección. Necesitaba cantidades enormes de embalajes y equipos de conservación, talleres, un automóvil (lo cual debió de complacer a lord Carnarvon) y rejas de acero para proteger las cámaras de la tumba de visitantes no deseados. Y Carter necesitaba ayuda si el trabajo había de hacerse correctamente. Entre el equipo internacional de expertos que se congregó entonces en el valle, varios de ellos cedidos por el Metropolitan Museum de Nueva York, se hallaban el conservador (y primo lejano de Flinders Petrie) Arthur Mace, el ingeniero y arquitecto Arthur Callender, y el químico Alfred Lucas. Los arquitectos Walter Hauser y Lindsley Hall debían trazar planos de la tumba. Por consiguiente, la KV55 (la misteriosa «tumba de la reina Tiye» de Davis) se convirtió en cuarto oscuro para el fotógrafo Harry Burton, la KV15 (la tumba de Seti II) se transformó en taller/laboratorio, y la KV4 (la tumba de Ramsés XI) hizo las veces del esencial comedor.

Se invirtieron siete semanas de trabajos penosamente lentos en vaciar la atiborrada antecámara, una tarea que Carter comparó con «un gigantesco juego de palitos chinos». La tumba entera no quedaría oficialmente despejada hasta 1932. Cada objeto debía numerarse, fotografiarse, documentarse y dibujarse antes de poder trasladarlo a la tumba destinada a almacén. Por suerte, Petrie había instruido bien a Carter en las artes de la conservación:

> Había sandalias, por ejemplo, de cuentas que trazaban dibujos y en las que el hilo que las unía se había podrido por completo. Cuando se hallaban en el suelo de la cámara parecían en perfecto estado, pero, si cogías una, se te desmenuzaba en las manos, y cuanto quedaba después de tus esfuerzos era un puñado de cuentas sueltas y sin sentido. Se trataba de un caso claro de tratamiento *in situ*: un hornillo de alcohol, un poco de cera de parafina, un par de horas para que endureciera, y la sandalia podía trasladarse intacta y manejarse con absoluta libertad.[112]

Antes de que los objetos se embalaran con kilómetros de gasa y vendas para trasladarlos a El Cairo, se aplicaron más tratamientos de conservación en la tumba destinada a almacén.

Hasta el 17 de febrero de 1923 no se abrió oficialmente la entrada sellada de la cámara mortuoria en presencia de arqueólogos y cargos gubernamentales invitados para la ocasión. Al día siguiente habría una segunda «apertura» mucho más solemne a la que asistirían Isabel, reina de los belgas, y su hijo, y lord y *lady* Allenby. La reina belga sería un incordio para los excavadores; fascinada por lo que había visto, visitó la tumba en tres ocasiones más, interrumpiendo los trabajos cada vez, en la esperanza de ver cómo se abría un arcón, el que fuera.

Carter había aprendido una dura lección en la humillante apertura de la tumba del Caballo. Jamás volvería a invitar a un visitante de prestigio cuando abriera una entrada sellada que iba a revelar… nada. Tenía absoluta confianza en que sí había algo en la cámara mortuoria de Tutankhamón porque poco después de abrir la antecámara él, lord Carnarvon y *lady* Evelyn habían abierto una brecha en la pared y reptado al interior de la cámara para inspeccionar su contenido. El secreto mal guardado de aquella primera visita a la cámara mortuoria ha provocado desde entonces intensos debates. Bien pudo ser poco ético, aunque muchos argumentarían que un excavador debe tener plena conciencia de la importancia de los tesoros que se le exige proteger, pero no fue deliberadamente deshonesto. No hay la más mínima evidencia, como algunos han alegado desde entonces, de que Carter o Carnarvon se llevaran objeto alguno en esa primera visita clandestina.

Carter se hallaba entonces de pie sobre una plataforma de madera y dispuesto, con mano temblorosa, a echar abajo el tabique que separaba la cámara mortuoria de la antecámara.

> Mi primera preocupación fue localizar el dintel de madera sobre la entrada; entonces, con mucho cuidado, fui quitando el yeso y quitando las pequeñas piedras que formaban la capa más externa del relleno. La tentación de detenerme y escudriñar el interior a cada instante era irresistible, y cuando, al cabo de quince minutos de trabajo, había abierto un hueco lo bastante grande para permitirme hacerlo, introduje una linterna. Su luz me reveló una visión asombrosa, pues ahí, a menos de un metro de la entrada, extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista y obstruyendo la entrada a la cámara, se hallaba lo que tenía todo el aspecto de ser una pared de oro macizo.**[113]**

Haciendo palanca, Carter y Mace fueron sacando bloques de piedra de la entrada, que le pasaban a Callender, el cual se encargó de que una cadena de obreros los fuera dejando pulcramente amontonados en el exterior de la tumba. Dos horas después, la «pared de oro macizo» quedó revelada en todo su esplendor; se trataba de un sepulcro enorme y muy frágil, sin pavimento en

el suelo, decorado con incrustaciones de color azul, con la puerta de doble hoja cerrada con pasadores pero no sellada, y que llenaba casi por entero la cámara mortuoria. Carter descorrió los pasadores de ébano y abrió las puertas para revelar… otro sepulcro de oro, en esta ocasión con cerrojos y sellado y cubierto con un delicado velo de lino salpicado de flores doradas. Era obvio que los sepulcros —había cuatro en total— tendrían que desmantelarse a fin de llegar al sarcófago.

El público estaba fascinado por las actividades llevadas a cabo dentro de la tumba. Aquellos que podían viajar a Egipto así lo hacían, pese a que había bien poco que ver. Los que no podían permitirse una visita al valle tenían que contentarse con ropa, accesorios, galletas y hasta edificios de estilo egipcio; muchos nuevos cines de Occidente se diseñaban con un inconfundible toque egipcio. Luxor recibía avalanchas de visitantes, y la expedición se encontró viviendo en estado de sitio con el flujo constante de turistas y periodistas que cada día se daba la caminata hasta la tumba y convertía la vida de los excavadores en un suplicio. En un intento de reducir el número de periodistas que trataban de darle caza y seguían todos sus movimientos, y, por supuesto, como medio para recuperar algo de los muchos miles de libras que se había gastado en excavar, lord Carnarvon firmó una exclusiva con The Times. Resultó una decisión de lo más equivocada: enfureció a los demás periodistas y nada hizo por contener sus exigencias de información. A Howard Carter, que se hallaba ya bajo una presión enorme, se le hacía difícil sobrellevar aquello:

> La tumba atraía como un imán. Desde muy temprano por la mañana daba comienzo el peregrinaje. Los visitantes llegaban en burros, en carros y en coches de dos caballos, y se dedicaban entonces a ponerse cómodos para pasar el día en el valle. Rodeando la parte superior del nivel más alto de la tumba había un muro bajo, y reclamaban su derecho a quedarse allí, a la espera de que pasara algo. En ocasiones sí pasaba, aunque las más de las veces no, pero ello no parecía afectar a su paciencia. Allí se sentaban toda la mañana, leyendo, charlando, tejiendo, haciendo fotos a la tumba y unos a otros, satisfechos si al final podían vislumbrar algo, lo que fuera… A veces nos alarmaba de verdad que el muro entero no fuera a venirse abajo y que un montón de visitantes se precipitara hacia la boca de la tumba.[114]

Lord Carnarvon llevaba mejor la reciente fama, pero incluso él sintió que le hacía falta un respiro. A finales de febrero de 1923, poco después de la apertura de la cámara mortuoria, la excavación se interrumpió durante diez días. Interrumpir una excavación no era tarea fácil: había que cerrar las cámaras y luego la tumba entera tenía que volver a enterrarse para protegerla

de los ladrones; pero todo el mundo creyó que valía la pena. Todos necesitaban unos días de descanso. Mientras que Carter optaba por quedarse en Luxor, *lady* Evelyn y su padre zarparon hacia el sur para pasar unos días tranquilos en Asuán.

En el viaje a Carnarvon le picó un mosquito en la mejilla, algo corriente y que pasaba todos los días en el Nilo. Pero poco después de su regreso a Luxor, arrancó por accidente la costra de la picadura cuando se afeitaba con una navaja. Aunque trató la herida con yodo, no tardó en empezar a encontrarse mal. Lord Carnarvon se negó a rendirse a la enfermedad. Como fuera que su estado empeoraba día tras día, viajó con *lady* Evelyn a El Cairo y se alojó en el hotel Continental-Savoy. Allí hizo presa en él la septicemia, y no tardó en seguirle una neumonía. La constitución débil subyacente de lord Carnarvon, la razón de su presencia en Egipto, hizo que le fuera imposible recobrarse. *Lady* Carnarvon llegó de Inglaterra, y se hizo acudir a lord Porchester, hijo y heredero de lord Carnarvon, que se hallaba en la India. El 20 de marzo Howard Carter viajó a El Cairo para ayudar a *lady* Carnarvon y *lady* Evelyn en todo lo que pudiese. Pero no había nada que hacer. A la 1,45 del 5 de abril de 1923, George Herbert moría de neumonía. Su cuerpo fue embalsamado en Egipto y devuelto a Inglaterra para su entierro. Winifred Burghclere relató cómo fue enterrado su hermano en una ceremonia sencilla en Beacon Hill, en la finca Burghclere:

> Música de órgano, coros; no hubo nada de eso en su entierro. El precioso responso, en que se entregó «el cuerpo de nuestro querido hermano a la tierra con firme y certera esperanza» tuvo algo de la descarnada grandeza de un funeral en el mar. Pero el aire estaba lleno de vida con el canto primaveral de las alondras. Cantaban locas de alegría, con una pasión y un éxtasis que ninguno de los que las oímos podremos olvidar jamás. Y así fue como lo dejamos, con la sensación de que al final estaba en armonía con la vida.[115]

Burghclere se abstiene de contarnos que el hermoso canto de las alondras quedó prácticamente ahogado cuando un avión, contratado por un periódico de Londres, sobrevoló ruidosamente la ceremonia. La repentina muerte de lord Carnarvon, que todos los periódicos cubrieron con profusión, había estimulado un interés aún mayor por la historia que se desarrollaba en la tumba de Tutankhamón. Esa historia había adquirido tintes épicos, tal como resumió la perspicaz Winifred:

> Si es cierto que el mundo entero adora un galán, también es cierto que, ya sea abiertamente o en secreto, el mundo adora el romanticismo. De ahí, sin duda, el interés apasionado y generalizado que ha despertado el descubrimiento de la tumba

de Tutankhamón, un interés que se extiende a su descubridor, y que desde luego no merma la súbita tragedia que le esperaba en su breve hora de triunfo. Una historia que se abre como la cueva de Aladino y acaba como el mito griego de Némesis no puede dejar de cautivar la imaginación de todos los hombres y mujeres que, en su prosaica existencia, aún pueden emocionarse con relatos de grandes empeños y e implacables fatalidades.[116]

Europa occidental, en el período inmediatamente posterior a la Primera Guerra Mundial y la devastadora epidemia de gripe que lo siguió, había perdido la sólida certeza que da una fe cristiana ciega. En lugar de ello se desató una oleada de interés por todo lo sobrenatural y oculto, incluida la religión egipcia. Para entonces todo el mundo podía leer, en traducciones publicadas, los textos jeroglíficos y los hechizos descifrados por Champollion, pero no había textos explicativos disponibles, y abundaban los malentendidos sobre la verdadera naturaleza de la teología egipcia. Muchos creían, como hacían los teósofos, que los egipcios habían poseído grandes poderes mágicos, que los estudiosos de lo oculto trataban ahora de revivir.

Al mismo tiempo había una inquietud creciente porque la arqueología daba por sentado que los muertos no tenían derechos. Lord Carnarvon había buscado deliberadamente a Tutankhamón; había estado dispuesto a revelárselo al mundo. Pero no estaba bien profanar una tumba, por más antigua que fuera. Quizá los egipcios tenían poderes sin desvelar que no dudarían en utilizar para proteger a sus muertos.

No tardó en cundir la idea de que Tutankhamón había matado de alguna manera a lord Carnarvon. Howard Carter se vio obligado a repetir una y otra vez que la tumba de Tutankhamón no contenía bomba biológica alguna, ni venenos, ni maldiciones, pero de nada sirvió. La especulación creció y creció, y muchos prefirieron creer que Carter colaboraba con «las autoridades» en ocultar las pruebas. De todos es sabido que las teorías sobre una conspiración son difíciles de rebatir. ¿Había resultado lord Carnarvon infectado por un mosquito al que habían contaminado los fluidos utilizados para embalsamar a Tutankhamón? No; antes de que la Gran Presa de Asuán elevara el nivel freático no había mosquitos en el árido valle de los Reyes. ¿Se habría envenenado al inhalar los tóxicos excrementos de murciélago que se amontonaban en el suelo de la tumba? No, porque no había murciélagos en la tumba sellada. ¿Lo habría matado la poderosa maldición tallada en la entrada? No, porque contrariamente a lo que muchos contaban, no existía tal maldición. ¿Lo habría matado alguna clase de duende, tal como sugería *sir*

Arthur Conan Doyle, que también creía en cuentos de hadas? No, porque los duendes no existen.

En 1934, el egiptólogo estadounidense Herbert Winlock intentó rebatir la teoría de la maldición mediante el estudio de los hechos. Descubrió que sólo seis de las veintiséis personas presentes en la apertura de la tumba habían muerto en el término de una década, mientras que sólo dos de los presentes en el acto de quitarle la tapa al sarcófago habían fallecido desde entonces. De los que habían entrado por primera vez a hurtadillas en la cámara mortuoria, sólo lord Carnarvon, un hombre de salud ya maltrecha, había muerto prematuramente. Howard Carter viviría dieciséis años más que lord Carnarvon, y *lady* Evelyn no moriría hasta 1980. Pero aun así los rumores sobre la «maldición» de Tutankhamón persistieron.

La segunda temporada de trabajos en la tumba de Tutankhamón debía empezar según lo previsto en octubre de 1923, con *lady* Carnarvon como titular del permiso para excavar y Howard Carter encargado de lidiar con las autoridades y la prensa. Carter, que no era diplomático por naturaleza, se encontró enfrentándose a muchos problemas burocráticos aparentemente triviales. La prensa se había quejado del acceso restringido a la tumba, y el Servicio de Antigüedades había solicitado una lista completa de todos aquellos autorizados a trabajar en el emplazamiento, con el derecho a vetar a cualquiera, y existía el nuevo requisito de tener a un inspector nombrado por el gobierno en el emplazamiento. Todo aquello era un indicio de lo que estaba por llegar; el gobierno egipcio, a través del Servicio de Antigüedades y Pierre Lacau, se disponía a tener un papel más activo en los acontecimientos que tenían lugar en el valle.

El 3 de enero de 1924 el equipo estaba listo para abrir las puertas del sepulcro más recóndito que contenía el sarcófago. Una vez más Carter retoma el relato:

> ¡El momento decisivo había llegado! ¿Qué había bajo el cuarto sepulcro y qué contenía?… Con creciente nerviosismo descorrí los cerrojos de las últimas puertas, que no estaban selladas; éstas se abrieron despacio, y ahí, ocupando por completo el interior, e impidiendo eficazmente cualquier progreso mayor, se hallaba un gigantesco sarcófago de cuarcita amarilla, intacto, con la tapa firmemente sujeta aún en su sitio, justo como las devotas manos lo habían dejado. Desde luego fue emocionante contemplar el espectáculo, que realzaba el sobrecogedor contraste con el destello del metal de los sepulcros que lo protegían.[117]

El sepulcro se desmanteló para almacenarlo en la antecámara. El 12 de febrero de 1924, ante un público invitado de funcionarios y arqueólogos, la

agrietada tapa de granito (los antiguos artesanos habían rellenado con cemento y pintado la grieta), que pesaba 1,25 toneladas, fue izada de la base de cuarcita del sarcófago. Una figura amortajada quedó al descubierto. Al retirársele los velos, el público profirió un colectivo jadeo de asombro. Tenían ante sí un refulgente féretro dorado con la imagen del mismísimo Tutankhamón. Por primera vez se tenía la absoluta certeza de que Carter estaba ante una sepultura real intacta.

El día siguiente ya se había planeado. La tumba se abriría a la prensa; luego las «damas», las esposas de los arqueólogos, disfrutarían de una visita privada al sarcófago. Pero el gobierno egipcio puso una objeción en el último momento. No podía admitirse a las damas. Carter se sintió horrorizado y furioso. Sólo él tenía derecho a vetar la entrada a la tumba que él mismo había descubierto y que su mecenas, *lady* Carnarvon, ahora excluida, financiaba, ¿no? Como hemos visto ya en Saqqara, Carter no era ningún diplomático, ni un hombre que se tomara a la ligera lo que él consideraba un insulto. Retroceder no era algo propio de Howard Carter. De hecho, sólo existía una respuesta posible: los obreros dejaron de trabajar y se cerró la tumba. La disputa se agravó, y el 20 de febrero se le retiró la concesión a *lady* Carnarvon. Las obras no se reanudarían hasta enero de 1925, cuando Carter llegó a un acuerdo a regañadientes con las autoridades. Incluida en ese nuevo acuerdo se hallaba la estipulación de que el gobierno egipcio tomaría posesión de todos los hallazgos de la tumba. Los sucesores de lord Carnarvon recibirían 35.867 libras con 13 chelines y 8 peniques como compensación por los costes de la excavación, y una cuarta parte de esa suma se le pagaría a Howard Carter.

A Tutankhamón lo habían enterrado en tres féretros antropomorfos dispuestos uno dentro del otro. El féretro exterior estaba hecho de madera, que se había cubierto con yeso y luego de oro decorado con incrustaciones de piedras semipreciosas. La tapa se había sujetado a la base mediante diez clavos de plata. Una vez extraídas, fue bastante sencillo levantar la tapa para revelar un segundo féretro dorado envuelto en lino y engalanado. En ese caso se trataba también de un féretro de madera cubierto de oro y decorado con incrustaciones de piedras preciosas. Pero el rostro era lo bastante distinto al del primer féretro (y, tal como quedaría demostrado después, del tercero) como para que los expertos pudieran sugerir que ese féretro se había preparado originalmente para el entierro del hermano y predecesor de Tutankhamón, Smenkhkare.

Los tres féretros se hallaban aún en el interior del sepulcro de piedra, y como el segundo féretro encajaba muy bien en el primero, apenas se podía maniobrar. La siguiente fase debía consistir en la extracción del conjunto de féretros del sepulcro. Se hizo utilizando aparatos elevadores; los arqueólogos estaban asombrados ante el peso de los tres féretros, que excedía con mucho sus estimaciones. El segundo féretro fue izado del primero, el más externo, que se dejó en el sepulcro para su almacenamiento. La tapa del segundo féretro se levantó el 23 de octubre, para revelar debajo un tercer féretro de oro envuelto en una mortaja engalanada. Pero, a diferencia de los otros dos, ese féretro estaba hecho enteramente de oro macizo.

El féretro de oro, todavía dentro del segundo féretro, fue trasladado a la antecámara. Allí se levantó la tapa para revelar un espectáculo asombroso:

> En momentos como aquél la emoción impide cualquier expresión verbal, complejos y conmovedores como resultan. Tres mil años o más habían transcurrido desde que los ojos del hombre contemplaran por última vez aquel féretro de oro…
>
> Ante nosotros, ocupando todo el interior del féretro de oro, se hallaba una momia impresionante de pulcra y cuidadosa factura, sobre la que habían vertido ungüentos… en grandes cantidades, solidificados y ennegrecidos por el tiempo. En contraste con el efecto general, oscuro y sombrío, debido a esos ungüentos, había una máscara de oro, o símil del rey, brillante y debería decirse que magnífica, que le cubría cabeza y hombros, los cuales, al igual que los pies, no se habían cubierto, intencionadamente, con ungüentos.**[118]**

Carter estimó que se habían vertido al menos dos baldes de ungüentos y perfumes sobre Tutankhamón como parte del ritual funerario. Por desgracia, los fluidos a base de resina se habían oscurecido y endurecido con los años, adhiriendo al rey a sus vendajes, la máscara a los vendajes, y la momia entera al féretro. El cuerpo no podía separarse fácilmente del féretro, de manera que, si había que desenvolver el cuerpo en el futuro próximo, tenía que hacerse ahí donde reposaba, dentro del féretro, en el interior de la tumba. El 11 de noviembre de 1925, en presencia de cargos del Servicio de Antigüedades, incluido Pierre Lacau, el doctor Douglas Ferry y el doctor Saleh Bey Hamdy iniciaron el examen:

> Habíamos tenido la esperanza, al quitar una fina capa de vendas de la momia, de liberarla de los puntos de adhesión al féretro para poder sacarla, pero una vez más sufrimos una decepción. Se descubrió que el lino bajo la momia y el cuerpo en sí se habían saturado hasta tal punto de ungüentos que formaban una masa semejante a la brea en el fondo del féretro y lo habían incrustado al fondo con tanta firmeza que se hacía imposible levantarlo si no era arriesgándose a provocar grandes daños. Incluso después de haber retirado con cautela la mayor parte del vendaje, el

> material solidificado tuvo que quitarse con cincel por debajo de los miembros y el tronco antes de poder levantar los restos del rey.[119]

En cuanto a la máscara de oro, Howard Carter temía que «requiriera martillo y cincel para liberarla». Al final lo logró con la ayuda de unos cuchillos calientes.

Los resultados fueron decepcionantes. Bajo las vendas, el cuerpo del rey estaba en mucho peor estado de conservación que cualquiera de los cuerpos recobrados en los escondrijos reales. Quizá es comprensible que fuera así; los otros cuerpos se habían separado de sus vendajes originales saturados de ungüentos sólo un siglo o así después de su entierro. En el caso de Tutankhamón, los ungüentos habían tenido al parecer un efecto corrosivo y oxidante (o de combustión) en la piel, aunque el imprudente uso por parte de Carter de calor intenso para separar el cuerpo bien puede haber sido parcialmente responsable de los signos de calcinación. El rostro del rey no se había cubierto de ungüentos, de manera que estaba razonablemente bien conservado; aun así, la piel tenía un color grisáceo, estaba quebradiza y agrietada, y lucía manchas blancas por culpa del natrón. Tutankhamón tenía la cabeza afeitada, las orejas perforadas y los labios pegados con resina.

La autopsia demostró que el rey había muerto aproximadamente a los dieciocho años, y que había medido cerca de 1,70 metros. Se dio por sentado que había muerto de tuberculosis, aunque no había pruebas que lo demostrasen. Posteriormente, los arqueólogos, al advertir que parte del pecho del rey —el esternón y la parte frontal de la caja torácica— había desaparecido antes de que lo vendaran, argumentaron que pudo sufrir una muerte accidental; los carros de carreras incluidos en el ajuar funerario podrían indicarlo.

En 1923, Arthur Mace elaboró una teoría más dramática. El joven y sano Tutankhamón había sido asesinado quizá por su sucesor, el ambicioso cortesano Ay:

> El resto es pura conjetura… Tenemos razones para creer que era poco más que un niño cuando murió, y que fue su sucesor, Eye [Ay], quien apoyó su candidatura al trono y actuó como su consejero durante su breve reinado. Es más, fue Eye quien organizó sus ceremonias funerarias, e incluso puede ser que orquestara su muerte, juzgando que había llegado el momento propicio para asumir por sí mismo las riendas del gobierno.[120]

Esta teoría, recientemente readoptada y perfeccionada por el profesor Bob Brier, es fascinante, pero se basa en «pruebas» muy poco sólidas. En 1968 R.

G. Harrison, profesor de Anatomía en la Universidad de Liverpool, hizo una radiografía de la cabeza de Tutankhamón. En esa fotografía puede verse un fragmento separado de hueso en el cráneo; se cree que se trata del resultado de un daño infligido en la autopsia, y que nada tiene que ver con la muerte del rey. También puede verse una zona oscura o más gruesa en la base del cráneo, justo donde la cabeza se une al cuello. Mientras que semejante grosor queda dentro de los límites normales de espesor craneal, existe la posibilidad de que indicara una hemorragia causada por un golpe en la nuca. Una zona turbia en la región de mayor grosor puede o no ser prueba de una membrana calcificada debido a un coágulo de sangre. Si se trata de una membrana, complica la cuestión al sugerir que el rey bien pudo vivir dos meses al menos tras recibir un golpe en la nuca.

Hoy en día Tutankhamón reposa de nuevo en su féretro en el valle de los Reyes. Es el único de los faraones de Egipto —aparte, por supuesto, de los que siguen sin descubrirse— que todavía yace en su tumba original.

Las visceras del rey (estómago, intestinos, hígado y pulmones) se habían embalsamado y guardado en vasos canopos de oro con forma de féretros en miniatura. Esos vasos se hallaban en un precioso cofre de alabastro que albergaba un santuario dorado que había en el «tesoro», una pequeña cámara de almacenaje a la que se accedía desde la cámara mortuoria. Allí, Carter encontró dos féretros más en miniatura en una simple caja de madera. Cada uno de ellos reveló otro féretro dorado que contenía un feto momificado. La primera momia, de una niña prematura, llevaba una máscara mortuoria de oro. El segundo bebé, también una niña, había muerto al nacer o poco después. Una autopsia efectuada por el doctor Derry mostró que había padecido de la deformidad de Sprengal, una enfermedad que provocaba espina bífida y escoliosis.

El descubrimiento en 1922 de la tumba de Tutankhamón supuso el final de la carrera de Howard Carter como excavador. Durante la década siguiente se dedicó a documentar y preservar la tumba; las vacaciones de verano las pasaba dando clases sobre su trabajo. Cuando la tumba estuvo finalmente vacía, la publicación completa de los resultados se convirtió en su principal prioridad. Pero su salud empezaba a resentirse —padecía los inicios de la enfermedad de Hodgkin— y nunca llegaría a terminar su obra. Howard Carter murió en Londres el 2 de marzo de 1939.

Para Carter el descubrimiento de la tumba de Tutankhamón representó tanto una bendición como una maldición.

Una bendición porque el descubrimiento le supuso el reconocimiento mundial: su nombre quedaría ligado para siempre al del rey niño. Una maldición porque el descubrimiento interrumpió sus esfuerzos por vaciar y documentar la tumba y su contenido. La reputación de Carter siempre se basaría en su trabajo en la KV62. Ese trabajo, que al principio se consideró una de las excavaciones arqueológicas más concienzudas jamás llevadas a cabo, se nos antoja torpe y hasta rudimentario según los criterios de hoy en día. Su tratamiento del cuerpo de Tutankhamón, pese a que era aceptable a principios del siglo XX, hace estremecerse a los investigadores modernos. Pero antes de condenar a Carter por pensar y actuar como un hombre de su tiempo, deberíamos quizá reflexionar sobre qué habría ocurrido de haber descubierto la tumba de Tutankhamón alguno de sus contemporáneos.

CUARTA PARTE

LOS CIENTÍFICOS

EL EXCAVADOR NO SE DIRIGE AHORA A SU TRABAJO CON LA ESPERANZA DE ENCONTRAR ALGÚN MAGNÍFICO MONUMENTO QUE CONFIRMARÁ ALGUNA DUDOSA AFIRMACIÓN DE LA HISTORIA O REBATIRÁ ALGUNA TEORÍA SUCESORIA, NI SIQUIERA CON LA ESPERANZA DE DESCUBRIR ALGÚN JUEGO DE TABLILLAS QUE ARROJE NUEVA LUZ SOBRE UN OSCURO PERÍODO. POR SUPUESTO QUE PUEDEN ENCONTRARSE TALES COSAS, Y BIEN QUE SE AGRADECE CUANDO SE ENCUENTRAN; Y DESCUBRIMIENTOS COMO EL DE LA TUMBA DE TUTANKHAMÓN NOS REVELAN QUE EL ROMANTICISMO DE LA EXPLORACIÓN NO ES EN ABSOLUTO ALGO DEL PASADO. PERO EL EXPLORADOR MODERNO HA APRENDIDO A VALORAR LA INFINITA IMPORTANCIA DE LAS COSAS PEQUEÑAS, Y LOS RESULTADOS QUE FUNDAMENTALMENTE ESPERA OBTENER SON DE ESOS QUE UN OBSERVADOR FORTUITO Y SIN FORMACIÓN DESPRECIARÍA ENÉRGICAMENTE. QUIZÁ LA FORMA MÁS SIMPLE DE EXPRESAR SEMEJANTE CAMBIO SEA DICIENDO QUE, MIENTRAS QUE EL EXPLORADOR DE HACE DOS GENERACIONES ANDABA EN BUSCA DE COLOSOS, SU SUCESOR DE HOY ANDA EN BUSCA DE PIEZAS DE VAJILLA.

J. Baikie, *A century of excavation in the land of the Pharaohs* (1923)

XI

FUERA DEL VALLE

La espectacular secuencia de acontecimientos que se desarrollaba en el valle de los Reyes atraía las miradas del mundo. Entretanto, fuera del valle, un torrente de importantes descubrimientos pasaba casi inadvertido. Hubo descubrimientos más significativos en los yacimientos de pirámides y en la ciudad de Tanis, en el Delta, mientras que en el Egipto Medio, la efímera ciudad de Tell el-Amarna empezaba a relatar la complicada historia de Nefertiti y Akhenatón.

Nuestra última visita a Tell el-Amarna fue durante la temporada de excavaciones de Flinders Petrie, entre 1891-1892. Lo siguió, en 1902, una expedición del Fondo para la Exploración de Egipto dirigida por el pastor unitario y brillante dibujante de tumbas Norman de Garis Davies. Davies se concentró en realizar un detallado estudio epigráfico (de las inscripciones) de las selectas tumbas de elaborada decoración en los riscos de Amarna. Constituyó en muchos sentidos una misión de rescate, y no fue un trabajo agradable. En el transcurso de los siglos las tumbas oscuras y sucias se habían utilizado como viviendas, sepulturas e incluso iglesias, habían sido víctimas de actos vandálicos tanto deliberados como accidentales y se habían llenado de múltiples capas de repulsiva basura. Para empeorar las cosas, estaban infestadas de grandes murciélagos, cuyos excrementos corroían las paredes, destruían la decoración y generaban un peculiar olor nocivo. El intrépido explorador se vio obligado a tomar medidas drásticas para salvaguardar las tumbas:

> La superficie de la piedra… es de una fealdad tremenda y está lamentablemente corroída; de hecho, las partes superiores de la escultura casi se han borrado. Es así por culpa de los innumerables murciélagos que infectan la tumba y dejan sentir su presencia de forma tan desagradable para la nariz como para los ojos… [Una nota al pie añade] Cuando trabajaba aquí despejé la tumba en un par de horas matando a un millar de víctimas, una buena prueba de lo fácil que resultaría contener o exterminar esta plaga.[121]

Davies no exageraba. El egiptólogo estadounidense James Breasted había visitado Tell el-Amarna mientras disfrutaba de su luna de miel sin dejar de

trabajar en 1895, y había quedado impresionado por las malas condiciones de las tumbas:

> Por desgracia, y para vergüenza de la administración francesa, me encuentro las magníficas inscripciones en Tell el-Amarna tan mutiladas por los campesinos que apenas me son de utilidad. Se lo he contado hoy a Brugsch en el museo y se ha sorprendido mucho, pues nada sabía al respecto. Estoy tan indignado con los franceses y sus nuevas y estentóreas invocaciones a «la gloire de la France» que apenas logro contenerme. En Amarna habría llorado. No es mucho menor la indignación que me hacen sentir los ingleses, que están aquí únicamente por el comercio y la política que lo envuelve, y que podrían arreglar las cosas si quisieran. Una combinación de la granujería francesa, la bárbara indiferencia de los ingleses y la falta de dinero de los alemanes está permitiendo gradualmente que Egipto sea saqueado y desvalijado de un extremo a otro. En la generación venidera no habrá nada que conservar o salvar.[122]

Davies se pasaría tres temporadas reproduciendo tanto las tumbas como las estelas que definían los límites de la nueva ciudad de Akhenatón. Aunque los murciélagos pertenecen ahora al pasado, las tumbas han continuado deteriorándose, y su obra en seis volúmenes Rock tombs of Amarna (1903-1908) ha resultado de un valor inestimable para los egiptólogos modernos.

En 1907 a un equipo de la Deutsche Orient-Gesellschaft (Sociedad Oriental Alemana), con el experimentado investigador Ludwig Borchardt a la cabeza, se le concedió permiso para excavar en la misma ciudad de Tell el-Amarna. Empezaron por realizar un reconocimiento del terreno y cavar unas cuantas zanjas exploratorias, para luego excavar en las ruinas de la periferia. En diciembre de 1912 el equipo se encontró con los restos de adobe del estudio-taller del artista real Tutmosis, «maestro de obras y escultor». Tutmosis, al igual que todos los artesanos de Tell el-Amarna, se había visto obligado a abandonar su taller a principios del reinado de Tutankhamón, cuando el rey niño tomó la sensata decisión de recuperar la antigua religión y volver a situar la corte en Tebas. Tell el-Amarna quedó más o menos desierta, pues no sólo los cortesanos, sino también sus criados, el ejército, los artistas, artesanos y los peones de la aldea zarparon hacia el sur. Podemos deducir que Tutmosis se llevó consigo todas las obras de arte que consideró valiosas, pero que dejó atrás las piezas rotas, sin acabar o superfluas. Entre éstas se hallaban veintitrés cabezas y rostros de la para entonces desprestigiada familia real de Tell el-Amarna, incluido el mundialmente famoso busto de la reina Nefertiti. El busto de Nefertiti se dejó en un estante, para acabar cayendo al hundirse dicho estante y quedar enterrado en los escombros que llegaban a la altura de la rodilla.

Tutmosis había tallado la cabeza de Nefertiti en piedra caliza, que cubrió después con una capa lisa de yeso y luego pintó. Dotó a su reina de una piel impecable de un tostado rosáceo, labios de un marrón rojizo más intenso, una nariz recta, curvas cejas negras y una belleza universal que trasciende todos los límites de raza y época. Casi parece grosero señalar que muchas otras imágenes de la reina de Tell el-Amarna la muestran bajo una luz mucho menos favorecedora, incluso fea. Nunca debe interpretarse que el arte egipcio esté mostrando una verdad literal. El busto de Tutmosis no muestra cabello alguno bajo la corona azul de remate plano, lo que sugiere que seguía la costumbre de la élite de afeitarse la cabeza. El ojo derecho de Nefertiti lleva una incrustación de cristal de roca y tiene una pupila negra; reluce suavemente bajo la luz directa. El ojo izquierdo, sin embargo, se ha perdido. Borchardt ordenó un inmediato y exhaustivo registro del taller, pero fue incapaz de encontrar el globo ocular perdido; puesto que la cuenca no contiene indicio alguno de adhesivo, parece que debió de perderse cuando se abandonó la cabeza. Abundan las teorías sobre el ojo desaparecido. ¿Podía tratarse sencillamente de que el busto estaba sin acabar? Pero ¿por qué interrumpir el trabajo si sólo faltaba un ojo? ¿Se trata de una pieza que Tutmosis utilizaba para sus clases, cuando les enseñaba a sus discípulos cómo colocar un globo ocular? ¿Sería el propio Tutmosis quien arrancó el ojo en un acto de venganza personal contra la reina?

Las reglas según las cuales se otorgaban concesiones en 1912 dictaban que hubiese una «división» al final de cada temporada, y que todos los hallazgos se repartieran al cincuenta por ciento entre el Servicio Egipcio de Antigüedades y el excavador. Este último distribuía entonces su parte de los hallazgos entre sus patrocinadores. El Servicio de Antigüedades tenía siempre preferencia a la hora de escoger, y se aceptaba que eligiera las mejores piezas. Pero en esta ocasión, en lugar del busto de Nefertiti, el inspector Lefebvre escogió un relieve pintado de la familia real. Semejante elección en apariencia equivocada ha dado pie a un intenso debate. ¿Ocultó deliberadamente Borchardt la auténtica belleza del busto cubriéndolo de mugre para que el inspector Lefebvre no advirtiera su importancia? ¿Argumentó Borchardt que Berlín tenía ya un relieve de la familia real, mientras que El Cairo tenía otros bustos reales? ¿Cobró quizá el inspector Lefebvre por hacer aquella elección irracional? Para mayor polémica incluso, ¿pudo Borchardt haber sacado clandestinamente el busto de Egipto sin incluirlo nunca en el bote a repartir? La cuestión bien puede ser más simple. Hoy en día resulta muy obvio que la cabeza de Nefertiti, limpia y expuesta en su máximo esplendor en Berlín, es

una pieza de belleza única. Se acepta universalmente que se trata de una de las mejores obras de arte de Egipto. Pero ¿es realmente mejor que algunas de las hermosas esculturas expuestas en el museo de El Cairo? ¿Esculturas que tienden a pasar inadvertidas, anegadas como están por tantas otras esculturas bellas? ¿Hasta qué punto nuestra interpretación de la romántica historia de Nefertiti, una historia desconocida cuando el inspector Lefebvre hizo su trascendental elección, influye en nuestra apreciación del busto? Desde un punto de vista arqueológico, puede argumentarse que Lefebvre acertó con su elección; el relieve pintado es la pieza más interesante.

Nefertiti abandonó Egipto en dirección a Alemania, y le fue entregada al doctor James Simon, patrocinador de la expedición de Borchardt. Hasta 1920 no se donó al Neve Museum de Berlín. En 1924, no mucho después de que las glorias de Tutankhamón le fueran reveladas a un mundo que no podía creérselo, Nefertiti se exhibió ante el público. Encajó bien en la moda imperante del estilo del Nilo y se convirtió rápidamente en la pieza principal del museo. No transcurrió mucho tiempo antes de que los egipcios pidiesen el regreso del busto, asegurando que se había arrebatado a Egipto en circunstancias irregulares. Los alemanes, sin embargo, se mostraron reacios, y Nefertiti sigue en Berlín hoy en día.

El advenimiento de la Primera Guerra Mundial puso fin a las excavaciones alemanas. En 1921, la Sociedad para la Exploración de Egipto reanudó su labor en Tell el-Amarna, donde ha trabajado desde entonces de forma intermitente a las órdenes de una serie de distinguidos directores, incluidos T. Eric Peet, Leonard Woolley, Francis Newton (que cayó enfermo durante la temporada de 1924 y murió en Asiút), Francis Llewellyn Griffith, Henry Frankfort y John Pendlebury. La fase actual de los trabajos, iniciada en 1979, la dirige Barry Kemp, de la Universidad de Cambridge. Su equipo ha llevado a cabo un reconocimiento detallado del yacimiento y ha realizado una serie de excavaciones en la aldea obrera. Al mismo tiempo un equipo dirigido por Geoffrey Martin y Ali el-Khouli se ha dedicado a documentar y divulgar las tristes condiciones de abandono de la tumba real de Tell el-Amarna.

Ludwig Borchardt murió en París en 1938; su cuerpo fue llevado a enterrar a Egipto. Dejó una biblioteca arqueológica, vasta y valiosísima, en El Cairo. Su viuda, que pasó la guerra en Suiza, ofreció la biblioteca al gobierno británico con la condición de que se le ofreciera de inmediato la nacionalidad británica. La biblioteca habría constituido la base del previsto Instituto Británico de Arqueología en El Cairo, pero el gobierno británico decidió que

no podía aceptar las condiciones de *madame* Borchardt y su oferta fue educadamente rechazada. Gran Bretaña sigue careciendo de un instituto arqueológico en Egipto.

El descubrimiento y la posterior exhibición del busto de Nefertiti convirtieron a la hasta entonces enigmática reina en centro de la atención. Por ello despertó gran sensación e interés arqueológico que, en 1925, un equipo dirigido por el arqueólogo Henri Chevrier descubriera una serie de estatuas colosales del esposo de Nefertiti, Akhenatón, en el recinto del templo de Karnak. Allí, en el comienzo mismo de su reinado, antes de que tomara la decisión de trasladarse a Tell el-Amarna, Akhenatón había erigido una serie de templos dedicados al dios solar Atón. Esos templos estaban decorados por dentro y por fuera con estatuas colosales del propio rey. Cuando los sucesores de Akhenatón restablecieron la antigua religión, desmantelaron sus templos en honor de Atón; enterraron las estatuas y utilizaron los valiosos bloques de piedra para sus propios muros. Actualmente se han recuperado más de treinta y cinco mil bloques de piedra inconexos, decorados e inscritos, del interior de los muros y entradas del templo de Karnak. Desde la década de 1960 el Proyecto del Templo de Akhenatón se ha venido dedicando a la recuperación, mediante análisis informático, de sus estancias perdidas.**[123]**

El descubrimiento de Chevrier demostró lo que los arqueólogos habían sospechado ya: que el rey Akhenatón no temía experimentar con su propia imagen. Durante más de mil años los reyes de Egipto se habían presentado como seres humanos perfectos sin lacras o deformidades. No importa qué aspecto tuvieran en realidad —y las momias de los monarcas del Reino Nuevo muestran que algunos no eran lo que se dice atractivos—, se los presentaba invariablemente como hombres jóvenes, de cuerpos musculosos y rostros apuestos. No se trataba únicamente de una cuestión de vanidad personal. El rey no había de considerarse como individuo, sino tan sólo como el último de una larga sucesión de gobernantes idénticos. Al realizar en esencia el mismo retrato de los sucesivos monarcas, los artistas reales confirmaban la continuidad de la presencia de un rey tradicional en el trono, lo que a su vez confirmaba el importantísimo mantenimiento del maat (orden) en Egipto.

Los retratos más tempranos de Akhenatón muestran a un rey de Egipto sin otra característica destacable que un ligero sobrepeso. Pero no tarda en desarrollar una extraordinaria variedad de rasgos. Tiene la cabeza estrecha y alargada, el cuello anormalmente largo y fino. Los ojos también son estrechos

y almendrados; tiene lóbulos carnosos, nariz larga, mejillas hundidas, pómulos prominentes y labios gruesos. En caso de que todo eso suene demasiado repulsivo, hay que añadir que su sonrisa de complicidad luce una inquietante sensualidad que a muchos hoy en día les resulta curiosamente atractiva. Su cuerpo es claramente femenino, con los hombros, el torso, los brazos y las piernas poco desarrollados, pero de anchas caderas, muslos llenos, cintura estrecha y pechos visibles. El vientre hinchado asoma ligeramente sobre la prieta falda plisada.

Vistos como se pretendía, desde abajo y con el perfil iluminado de forma natural por el sol intenso, los colosos de Akhenatón deben de haber sido un espectáculo deslumbrante. Pero uno de ellos, recuperado por Chevrier del patio abierto del principal templo a Atón (Gempaaten o «el disco del sol se ha hallado»), resulta más fascinante que sus compañeros. El patio estaba rodeado por al menos veinticuatro figuras colosales de Akhenatón vestido con una falda plisada, con el báculo y el mayal en los brazos cruzados y el nemes (tocado), así como la doble corona del Alto y el Bajo Egipto o el tocado de plumas lucido por el dios del aire, Shu. Una estatua sin acabar y ligeramente dañada, sin embargo, lucía un torso desnudo y desprovisto tanto de falda como de genitales.

¿Cómo podemos explicar semejante aberración? La explicación más simple es que la estatua no es siquiera de Akhenatón, sino de la reina Nefertiti en su papel de diosa Tefnut, hermanaesposa de Shu. El rostro de la estatua, sin embargo, parece el mismo Akhenatón. También se ha argumentado que se trata de una estatua sin acabar, y que se habría tallado o pintado finalmente para lucir una falda. Sin embargo, dada la forma que se le dio al cuerpo, parece improbable que sea así. Puede ser que la escultura fuera a vestirse al final con una prenda de un material distinto, quizá una falda de un metal precioso o de tejido. Pero una vez más, éste no es un argumento del todo convincente, pues no existen ejemplos conocidos de estatuas colosales ataviadas de esa manera.

Quizá, entonces, los inexistentes genitales son intencionados. ¿Podría ser que se tratase de la representación exacta de un rey enfermo o deformado? Por desgracia, no tenemos la momia de Akhenatón, de manera que no podemos hacer comentarios sobre su salud con autoridad. Las piezas artísticas sugieren que bien podía padecer de dos afecciones feminizadoras: el síndrome de Marfan o el síndrome de Fröhlich. Pero cualquiera de esos síndromes habrían hecho que fuera impotente, y Akhenatón asegura haber engendrado al

menos seis hijos; si incluimos a Tutankhamón y Smenkhkare, y a las dos hijas que se sabe que tuvo con la dama Kiya, engendró al menos diez. Pero, como hemos visto ya, no hay necesidad de interpretar el arte egipcio como un retrato literal. Hoy en día la explicación más aceptada es que la pieza es un experimento único en su género, diseñado para mostrar a Akhenatón como una entidad sin género, una combinación de varón y hembra que pudiese servir de representante terrenal del dios creador asexuado, Atón.

Se aceptaba que el rey de Egipto era el único mortal capaz de comunicarse con los dioses. En teoría, por tanto, únicamente el rey tenía la responsabilidad de hacer todas las ofrendas en todos los templos de Egipto. Pero los dioses de Egipto precisaban ofrendas regulares, en algunos casos incluso constantes. Como al rey le era del todo imposible estar presente en cada templo a cada hora de cada día, se le permitía nombrar ayudantes que hicieran las ofrendas por él. De un extremo a otro del Nilo, los sacerdotes hacían sus ofrendas a los dioses siguiendo rituales consagrados por la tradición que asegurarían la presencia continuada del maat. Pero las escenas que decoraban los muros de los templos representaban invariablemente a los reyes, y sólo a los reyes, llevando a cabo los rituales, hasta que llegamos al reinado de Akhenatón. Pues en uno de sus templos tebanos, el templo que se conoce como Hwt-Benben (mansión de la Piedra Benben; la Benben era una antigua piedra sagrada relacionada con el culto al sol), se le permite a Nefertiti, y sólo a Nefertiti, hacer ofrendas a Atón. Por lo que sabemos gracias a las escenas reconstruidas, Akhenatón jamás puso un pie en el interior del templo.

El Hwt-Benben fue desmantelado a finales de la XVIII dinastía, cuando muchos de sus bloques se incorporaron al Segundo Pilono de Horemheb en Karnak. Durante los últimos años de la década de 1940 Henri Chevrier redescubrió los bloques del templo perdido de Nefertiti. Dentro del nuevo pilono, los hombres de Horemheb habían reensamblado los muros del viejo templo para formar escenas parciales, pero al menos dos de esas escenas se habían reconstruido deliberadamente cabeza abajo. Muchas de las imágenes de Nefertiti se habían desfigurado en el interior del pilono, y a muchas de las manos en el extremo de los rayos de Atón se les habían rajado las yemas de los dedos.

En tanto que Chevrier trabajaba sin descanso en Karnak, un equipo dirigido por George Reisner, profesor de Egiptología en la Universidad de Harvard, se dedicaba a hacer un reconocimiento de la meseta de Guiza. Reisner, al que apodaron «el Petrie americano»,[124] era un arqueólogo

sistemático y metódico, cuya ejemplar labor hizo mucho por el avance de la ciencia de la excavación. Tuvo buen cuidado de dejar detallada constancia de todos sus reconocimientos y excavaciones, y es una desgracia, además de una ironía, que la muerte fuera a sorprenderlo antes de ver publicado su trabajo de campo, amplísimo y enormemente productivo.

En Guiza, en la temporada de 1908-1910, recuperó una asombrosa serie de estatuas del rey Micerinos de las ruinas de su valle y sus templos mortuorios. Las estatuas de piedra, todas de calidad excepcional, mostraban al rey solo, al rey con su reina y al rey con sus dioses. Tal como expresara maravillado el propio Reisner:

> Con anterioridad a la excavación de los templos de Micerinos, sólo se conocían trece estatuas y estatuillas de los reyes de la IV dinastía… En los templos de Micerinos, la expedición Harvard-Boston encontró diecisiete estatuas en igual estado de conservación… además de quince estatuillas que presentaban ocho etapas en la creación de una estatua…[125]

Quince años después, el equipo estadounidense había de hacer otro descubrimiento espectacular. El 2 de febrero de 1925, cuando el propio Reisner se hallaba en Estados Unidos, su equipo estaba trabajando al este de la Gran Pirámide. Cuando el fotógrafo instalaba su trípode, una de las patas se hundió en la arena del desierto. Había perforado el recubrimiento de yeso de una galería sellada. El ayudante británico de Reisner, Alan Rowe, empezó a excavar. Al cabo de semanas de duro trabajo, pues la galería resultó de casi treinta metros de largo y completamente rellena de bloques de piedra caliza, el equipo descubrió una simple cámara intacta.

Allí, tras un umbral sellado, se hallaban los bienes funerarios pulcramente almacenados de la reina Heteferes, esposa del rey Snefru y madre del rey Keops. Los arqueólogos vieron el sarcófago de alabastro verde de la reina y un nicho sellado en la pared que confiaron contuviera el cofre canopo. Pero la tumba estaba hundida, muy encajada, y hacía en ella un calor insoportable, y muchos de los objetos se hallaban en un estado extremadamente frágil. Llevaría casi dos años vaciar la tumba con la ayuda de un aparejo de poleas. Entre los bienes recuperados se hallaban miles de fragmentos de cerámica, una colección de muebles de madera, preciosas joyas de plata y objetos cosméticos personales, incluidas vasijas de perfume y un juego de cuchillas y cuchillos de oro.

Finalmente, el 3 de marzo de 1927, con el obligatorio público de dignatarios presente, Reisner se dispuso a abrir el sarcófago. Hablar de

«tremenda decepción» probablemente es demasiado suave para describir lo que ocurrió a continuación. El egiptólogo Dows Dunham nos hace el relato:

> A una señal de Reisner, empezaron a accionarse los gatos que se habían instalado a tal efecto. Lentamente, apareció una grieta entre la tapa y la caja. Poco a poco se fue ensanchando hasta que vimos la parte superior de la caja; no había nada visible. A medida que la tapa se alzaba vimos el interior y finalmente el fondo de la cavidad.[126]

Con los ánimos por los suelos, el grupo volvió a la superficie, donde se consoló con un refrigerio ofrecido por la señora Reisner.

Aunque la tumba contenía el ajuar funerario y el nicho sellado albergaba los órganos internos preservados, el cuerpo de la reina no se hallaba en su tumba. ¿Cómo podía haber pasado algo así? Reisner se dijo que quizá su equipo había descubierto el lugar donde habían vuelto a enterrarse los restos de la tumba saqueada de Heteferes. Más recientemente, el experto estadounidense en pirámides Mark Lehner ha sugerido que podía haberse tratado de la tumba prevista de Heteferes, una subestructura piramidal antes de que pudiera construirse la superestructura. Quizá el cuerpo de la reina se recuperó más tarde para darle nueva y más opulenta sepultura en una de las tres pirámides de reinas erigidas por Keops junto a la suya, mucho mayor. Por desgracia, las tres pirámides de las reinas fueron saqueadas en la antigüedad.

Incluida en el ajuar funerario de Heteferes se hallaba una colección de inusuales objetos de madera, entre ellos una silla de mano, un baldaquín desmontado, un cajón de cortinas, una cama, dos sillas, varios reposacabezas de madera y una serie de arcones de madera. La mayor parte de la madera estaba tan deteriorada que resultaba imposible repararla, pero sus decoraciones en oro se habían conservado, lo que permitió que Hag Ahmed Youssef Mustafá, jefe de restauradores del Servicio de Antigüedades, pudiera reconstruir los elementos perdidos. Hoy en día los espléndidos muebles de madera restaurados de Heteferes se exhiben en el Museo de El Cairo.

Hag Ahmed Youssef se encontraría con que volvían a emplearlo en Guiza cuando, en 1954, el inspector de antigüedades Kamel el-Mallakh, que llevaba a cabo un reconocimiento rutinario al sur de la Gran Pirámide, descubrió un par de barcos de madera en dos fosas herméticas revestidas de piedra. Uno de los barcos se dejó en su fosa, donde continúa hoy en día en triste estado de deterioro, pero el otro barco se restauró y reconstruyó. A Hag Ahmed Youssef le llevó una década volver a ensamblar las 1.224 piezas de madera de cedro y acacia, así como los cabos, y construir un barco de más de cuarenta metros de

eslora y casi seis de manga. Entonces, no satisfecho con el resultado, desmanteló el barco para empezar otra vez de cero. La reconstrucción que se exhibe hoy en día en el Museo del Barco de Guiza es su quinto intento. Los expertos están divididos respecto al significado de los dos barcos. Unos creen que eran barcos rituales proporcionados para permitir al espíritu del rey fallecido surcar los cielos; otros creen que son los barcos reales utilizados en la procesión fúnebre de Keops.

La Gran Pirámide de Guiza es sin duda la pirámide más famosa de Egipto, pero la pirámide escalonada de Djoser en Saqqara la sigue muy de cerca. Al contrario que la Gran Pirámide, la escalonada ha permanecido abierta y vacía durante muchos años. Sus investigadores modernos más tempranos incluyen a los soldados de Napoleón, John Shae Perring y el coronel Vyse (1837), y a Karl Richard Lepsius (1842). En 1877 Amelia Edwards le hizo una visita. Quedó impresionada por lo que vio:

> En cuanto a la pirámide en plataformas (que es la mayor de Saqqara y la segunda más grande después de la de Khafra), su ubicación es tan magnífica, su estilo arquitectónico tan excepcional, su edad tan inmensa, que uno pierde de vista totalmente semejantes cuestiones de magnitud relativa. Si los egiptólogos están en lo cierto al atribuir el jeroglífico con el título real que hay sobre la puerta interior a Uenefes, el cuarto rey de la dinastía I, entonces se trata del edificio más antiguo del mundo… La imaginación de uno retrocede ante el borde de semejante abismo de tiempo…
>
> Cuando un edificio lleva ya en pie cinco o seis mil años en un clima en que musgos y líquenes y todos aquellos indicios naturales de la edad a que estamos acostumbrados en Europa se desconocen, no ha de suponerse que unos siglos más o menos puedan notarse en su aspecto exterior; y sin embargo la pirámide de Uenefes se me antoja más antigua que las de Guiza. Aunque sea mera especulación, lo cierto en que sí da, en cualquier caso, la impresión de pertenecer estructuralmente hablando a un período arquitectónico más rudimentario. La idea de un monumento compuesto de plataformas en disminución es en su naturaleza más primitiva que la de una pirámide de cuatro lados lisos.[127]

La puerta interior —un dintel con inscripciones y un marco de puerta, de hecho— mencionada por la señorita Edwards la descubrió Lepsius en 1842; luego se desmontó y se llevó al Museo de Berlín. En ella se había tallado el nombre real Netjerykhet, antiguo nombre del primer rey de la III dinastía, a quien hoy en día se conoce más corrientemente por su otro nombre, Djoser. Aunque en el momento de la visita de Amelia Edwards se desconocía la edad auténtica de la pirámide escalonada, su cálculo instintivo era correcto. Era de hecho la construcción en piedra más antigua de Egipto: una pirámide escalonada de cuatro mil quinientos años de antigüedad, diseñada y

construida por el visir y alto sacerdote de Ra, Imhotep, para el entierro de su rey.

Por fuera, la pirámide tiene seis escalones de piedra planos y macizos. A más de veinticinco metros bajo tierra se halla la minúscula cámara mortuoria del rey revestida de granito, núcleo de un laberinto de pasadizos y salas de almacenamiento, así como de una maraña de túneles hechos por ladrones de tumbas decididos, restauradores de la Época Baja y exploradores tempranos con tendencia a utilizar la pólvora. Al este de la cámara mortuoria se halla el que se ha dado en llamar «los apartamentos del rey», una serie de habitaciones subterráneas previstas para el alma del fallecido. Dichas habitaciones se habían decorado con más de treinta y seis mil azulejos convexos de cerámica vidriada de un verde azulado, para que semejaran las paredes de junco del palacio de Menfis de Djoser. Cuando la señorita Edwards las visitó en 1877, las galerías subterráneas se consideraban ya peligrosas y estaban cerradas a los visitantes. Al experto en pirámides I. E. S. Edwards se le permitió inspeccionar la subestructura en 1943, y describe lo sucedido durante su visita:

> En una de las cámaras de la tumba, en el lado este de la pirámide, donde hay un magnífico sarcófago de alabastro, el espacio entre el sarcófago y la pared de roca de la cámara es muy angosto, y uno de nosotros rozó la pared. De inmediato, una fina capa superficial de la pared de roca se desmoronó y cayó al suelo.[128]

Las cámaras subterráneas siguen cerradas hoy en día.

El cuerpo de Djoser nunca se ha encontrado, pero su pirámide ha aportado algunos restos humanos. En 1821 el general prusiano Heinrich von Minutoli y su ingeniero italiano, Geronimo Segato, dieron parte del hallazgo de partes de un cuerpo, pero éstas, incluido un curioso objeto descrito como un «cráneo dorado», se perdieron en el mar en una tormenta. Todo cuanto queda es un pie izquierdo momificado envuelto en tela cubierta de yeso, parte de un brazo derecho con el hombro y fragmentos de piel, pecho y columna vertebral descubiertos en distintas ocasiones por varios arqueólogos.

Por suerte, Imhotep había tenido la previsión de proporcionarle a su rey un cuerpo sustituto. En el serdab, un pequeño cofre de piedra que se apoyaba contra la pirámide, colocó un Djoser de piedra pintada casi de tamaño natural. Unas mirillas le permitían a la estatua mirar hacia fuera y contemplar el cielo septentrional. Pero los ojos con incrustaciones de la estatua fueron mutilados en la antigüedad, y ahora no tiene sino cuencas vacías. La estatua del serdab

fue descubierta por Dows Durham, a quien Reisner había «prestado» a la expedición de Saqqara durante la temporada de 1924-1925. Se exhibe actualmente en el Museo de El Cairo. Junto a la pirámide se ha emplazado una réplica que contempla con ojos ciegos a los turistas que se atreven a mirarlo.

Hasta 1924, cuando Pierre Lacau y Cecil M. Firth empezaron a excavar alrededor de la pirámide escalonada más que debajo de ella, no se reveló la verdadera extensión del emplazamiento. Sabemos ahora que la pirámide de Djoser no era más que una parte de su equipamiento funerario. El complejo, rodeado por un impresionante muro de piedra de más de kilómetro y medio de largo, incluía originalmente habitaciones, capillas, patios rituales, una tumba complementaria a pequeña escala y salas hipóstilas. En 1932 a Firth le sucedió Jean-Phillippe Lauer, arquitecto francés convertido en egiptólogo, que habría de trabajar en Saqqara durante más de setenta años. Se debe casi por entero a sus esfuerzos que el complejo de la pirámide escalonada esté hoy en día en más o menos buen estado.

El cementerio de Saqqara ya era viejo cuando Djoser lo eligió como emplazamiento para su pirámide escalonada. En él, los nobles, los funcionarios de alto rango y al menos dos reyes de las dinastías I y II habían erigido sus tumbas de adobe, las coetáneas septentrionales de las tumbas reales excavadas por Amélineau y Petrie en Abidos. En 1931, Cecil Firth había empezado a investigar esas tumbas antiquísimas, pero cuando estaba de permiso en Inglaterra contrajo una neumonía y murió a la edad relativamente joven de cincuenta y tres años. Walter Bryan Emery ocupó su puesto, y en 1935 empezó a excavar la mastaba 3035. En general, se había asumido que la superestructura de aquella tumba, espléndida por su tamaño, se había construido en sólido adobe. Pero Emery descubrió, con gran placer, que incluía unas cuarenta y cinco habitaciones, cada una de ellas repleta de bienes funerarios. Había vasijas de cerámica, piedra y metal, y el rollo de papiro más antiguo de Egipto, que, lamentablemente, no contaba con inscripción alguna.

Sabemos ahora que esa mastaba perteneció a Hemaka, un portador del sello real que vivió durante el reinado de Den, monarca de la I dinastía. ¿Por qué le había parecido a Hemaka que necesitaba semejante ajuar funerario cuando la reina Heteferes, que tuvo muchas más riquezas a su disposición, se contentó con un surtido relativamente modesto? Hemaka trataba de responder a una crisis teológica. Sabía que mientras su cuerpo sobreviviera sería capaz de vivir más allá de la muerte. Pero su espíritu no sería lo bastante fuerte para

abandonar esa tumba. En aquella época temprana, se creía que sólo los reyes eran capaces de viajar hacia los cielos para disfrutar de la vida eterna con los dioses. Eso significaba que hacía falta que a Hemaka se le enterrase con suficientes provisiones para toda la eternidad. No era el único que pensaba así. Las tumbas de la élite de las dinastías I y II estaban repletas de objetos indispensables: prendas, joyas, artículos de tocador e incluso, en algunos casos, un inodoro. Finalmente, en torno al inicio de la III dinastía, se comprendió que jamás sería posible proveer a las tumbas de una cantidad infinita de bienes funerarios. En lugar de intentarlo, los constructores de tumbas recurrieron a la magia. La imagen de un objeto particular, quizá tallada en una estela de piedra o en la pared de la tumba, se volvería real y permanente para toda la eternidad. Eso significa que a finales de la II dinastía nos encontramos con un repentino descenso en el número de bienes funerarios, aunque, tal como muestra la tumba de Tutankhamón, la élite nunca perdió del todo la costumbre de que la enterraran con ajuares enormes.

Siguieron una serie de descubrimientos de no menor riqueza que llevaron a Emery a concluir que Petrie quizá se había equivocado en su interpretación de las tumbas de Abidos. A los reyes de las dinastías I y II no les habían dado sepultura en Abidos; los habían enterrado allí, en Saqqara. Las «tumbas» de Abidos, de tamaño, diseño y contenido inferiores a los de las tumbas de Saqqara, debían de ser cenotafios, o tumbas vacías. Semejante teoría era lógica y atractiva, pero hoy en día sabemos que las tumbas de Abidos, que de hecho sí son tumbas reales, no constituían más que una parte del aprovisionamiento funerario de las dinastías I y II. Cerca de las tumbas de Umm el-Kab, en los confines de la tierra cultivada, los reyes erigieron gigantescos recintos amurallados que albergaban santuarios, espacios abiertos sagrados y al menos una «protopirámide», un túmulo cubierto de adobe. Allí, en sus recintos, los reyes esperaban que se les rindiese culto hasta el fin de los tiempos.

En 1964 Bryan Emery, para entonces profesor de Egiptología de Edwards en el University College de Londres, hizo su último descubrimiento espectacular cuando excavaba cerca de la pirámide escalonada. Abrigaba grandes esperanzas de descubrir la tumba del arquitecto Imhotep, a quien, según creía, debían de haber enterrado cerca de su mayor creación. En lugar de ello encontró un cementerio de animales sagrados de la Época Baja lleno de ibis momificadas. Más tarde, cuando excavaba en la Terraza del Templo, descubrió las sepulturas de las madres de los bueyes de Apis, y cámaras que

albergaban babuinos y halcones enterrados. El profesor Emery murió en 1971 cuando todavía buscaba la tumba perdida de Imhotep.

El descubrimiento de la tumba de Tutankhamón desencadenó un frenesí casi incontrolable en los medios de comunicación. Pero cuando, en 1939, el arqueólogo Pierre Monter descubrió las tumbas perdidas de los reyes de las dinastías XXI y XXII en el yacimiento del Delta oriental de Tanis (la moderna Sa el-Hagar), al parecer nadie se mostró interesado en las sepulturas de unos reyes «tan poco de moda»:

> Hice que quitaran la tierra y las piedras que bloqueaban la entrada, y descendí a una cámara cuadrada con las paredes cubiertas de figuras y jeroglíficos; ésta conducía a otra cámara con un gran sarcófago que emergía de la tierra y ocupaba tres cuartas partes de dos estancias. El cartucho es el de Osorkón… Hice acudir al equipo de Hassanaein con todos los carros para que pudiésemos despejar tan extraordinaria estructura lo antes posible…[129]

Los reyes del Tercer Período Intermedio gobernaron el Egipto septentrional desde el Delta, lejos del valle de los Reyes, que para entonces era muy inseguro para cualquier forma de entierro. Construían sus tumbas donde podían tenerlas vigiladas día y noche: dentro de los recintos de sus templos. Se daba sepultura a los reyes en cámaras revestidas de piedra caliza y granito (piedra «tomada en préstamo» de edificaciones dinásticas anteriores) que se construían con una gran galería. La galería se llenaba entonces para luego cubrirla, durante el reinado de Shoshenq III, con una estructura baja y plana semejante a una mastaba. Una serie de galerías más pequeñas permitían el acceso a las sepulturas. Dichas sepulturas acabaron por caer en el olvido, la estructura de adobe se demolió, y se erigieron sobre las tumbas diversos talleres ptolemaicos. Sólo los ladrones se acordaban de los reyes perdidos: las tumbas fueron saqueadas, pero sin quedar ni mucho menos desvalijadas del todo, durante el período ptolemaico.

Varios excavadores habían explorado en Tanis (Mariette, 1860-1880; Petrie, 1883-1886; Barsanti, 1903-1904), pero Montet fue el primero en llevar a cabo algo parecido a un estudio sistemático de la estratigrafía del complejo emplazamiento. Había iniciado los trabajos en 1921, y había hecho ya hallazgos interesantes pero en absoluto espectaculares. El 27 de febrero de 1939, cuando excavaba en lo que tomó por el «templo de Anta» (el templo más pequeño de Mut), descubrió una tumba. Allí, en un espacio formado por cuatro habitaciones, yacían los restos de Sheshong III, Takelot II (enterrado en un sarcófago antiguo reciclado), Osorkón II y su hijo, el príncipe

Hornakht. El 17 de marzo abrió otra tumba y descubrió las sepulturas de Hekakheperre-Sheshonq (en un espectacular féretro de plata con cabeza de halcón), Siamón y Pseusenes II. Una falsa pared y un bloque de granito ocultaban la entrada a la cámara mortuoria intacta de Pseusenes I, que todavía yacía en su sarcófago (o más bien el de Merenptah, pues Pseusenes había también «tomado prestado» su ajuar funerario), rodeado por sus bienes. Una segunda cámara albergaba la sepultura intacta del rey Amenemope. Dos cámaras más, que contenían los restos inviolados de los generales Ankhefenmut y Wendjebaendjed, se descubrieron inmediatamente después.

Los féretros se abrieron en presencia del rey Faruk, y los tesoros fueron trasladados al Museo de El Cairo, donde se exhiben hoy en día. Pierre Montet continuó trabajando en Tanis hasta 1951. Los franceses siguieron con los trabajos en el yacimiento, primero a las órdenes de Jean Yoyotte (1965-1986) y luego de Philippe Brissaud (desde 1987 hasta la actualidad). De momento, se han recuperado nueve tumbas reales.

A fecha de hoy queda tan sólo una serie importante de tumbas reales egipcias por encontrar. Las de los reyes saítas de la XXVI dinastía jamás se han descubierto, y le corresponde a Herodoto tentarnos con el recuerdo de esas tumbas:

> Los saítas enterraban dentro del recinto del templo a todos los reyes nativos de su provincia, de manera que el templo contiene incluso la tumba de Amasis, así como la de Apries y su familia. La tumba del primero está más lejos del santuario que la de este último, y sin embargo se halla a su vez en el interior del templo. Se trata de una gran columnata de piedra, ricamente adornada, cuyas columnas se han tallado en forma de palmeras. En esa columnata hay una cámara de puertas correderas, y el lugar en que se halla el sarcófago está detrás de esas puertas.[130]

XII

LA EGIPTOLOGÍA HOY EN DÍA

Hace doscientos años, los monumentos de Egipto eran poco más que curiosidades, las abandonadas reliquias de una civilización perdida apreciadas por su belleza y su magnitud, pero no se comprendían cabalmente. El desciframiento de los jeroglíficos en 1822 supuso una diferencia enorme. De pronto era posible leer las palabras de quienes llevaban mucho tiempo muertos, y la prolongada y compleja historia de Egipto emergía de las arenas con asombrosa celeridad. Se trató, al principio, de una historia concentrada en gran medida en una cultura masculina real y de élite, y los miembros corrientes e ignorantes de la sociedad continuaron silenciosos en sus anónimas tumbas. Pero fue un buen principio, y con el marco dinástico en su sitio, la historia social no tardó en seguirle. Los monumentos de Egipto no eran ya inútiles piedras; eran la clave para comprender su pasado.

Paralela a la creciente comprensión de la historia egipcia ha habido una comprensión cada vez mayor de la necesidad de hacer excavaciones precisas, una conservación adecuada, y una documentación y posterior publicación concienzudas. Se acepta ahora que el excavador tiene el deber de velar tanto por el pasado como por el futuro. La conservación se ha convertido en la primera prioridad de los egiptólogos, mientras que la excavación es una medida extrema que ha de tomarse bien para responder a una cuestión específica, bien para documentar un emplazamiento que se halla bajo amenaza. Cuando la excavación se lleva a cabo, ha de dejarse debida constancia de ello. Excavar en un emplazamiento, sea un templo, una ciudad o una tumba, supone, después de todo, removerlo todo, mientras que con demasiada frecuencia llevarse un objeto antiquísimo del entorno sellado en que ha permanecido muchos siglos supone destruirlo. Cuando la arena se ha despejado y los objetos supervivientes se han metido en cajas y enviado a El Cairo, sólo el testimonio escrito del excavador permitirá a las generaciones futuras recrear el emplazamiento tal como fue antes de que lo tocaran manos modernas.

El proyecto de conservación más ambicioso de Egipto hasta la fecha no se acometió de hecho en tierras de Egipto. A principios de la década de 1960 la

decisión de construir la Gran Presa de Asuán, financiada por los rusos, implicó que se anegara gran parte del valle del Nilo para crear un gran lago artificial que se extendería casi quinientos kilómetros hacia el sur, desde la ciudad egipcia de Asuán hasta la catarata de Dal, en Sudán. Todos los monumentos que se alzaban en esa extensión —incluidos el templo grecorromano de Filé y los dos templos de Abu Simbel erigidos por Ramsés II y excavados por Belzoni— se perderían para siempre bajo las aguas. Los templos más pequeños, Filé incluido, podían desmantelarse y reconstruirse en terreno más alto; así se hizo, y algunos de los templos menos significativos se reconstruyeron en museos extranjeros. Pero los templos de Abu Simbel eran enormes y se habían horadado en la pared de roca misma. ¿Cómo iban a trasladarse? Un equipo de expertos internacionales ofreció varias sugerencias, unas más prácticas que otras. Quizá los templos podían encerrarse en una burbuja transparente que los protegiera del agua circundante. O quizá debía dotárselos de otra presa para contener las aguas. Se acabó por comprender que los templos, así como parte de la pared de piedra, tendrían que trasladarse a un nuevo entorno creado artificialmente. Como las obras de la gran presa se habían iniciado ya, el primer paso fue construir una presa que protegiera los templos. Luego los templos se cortaron en enormes bloques que se izaron hasta lo alto de la pared de piedra. Allí se reensamblaron en dos cúpulas de cemento, que luego se cubrió con una colina artificial. Tras cuatro años de trabajos, los templos se reabrieron al público el 22 de septiembre de 1968. Constituye un tributo a la meticulosidad del proyecto que muchos turistas olviden que se hallan en el interior de unos templos desplazados de su lugar hasta que se dan un paseo por la parte posterior.

Los grandes egiptólogos del pasado eran tan versados en tantos conocimientos que asumían tranquilamente la responsabilidad de todos los aspectos de sus yacimientos: reconocimiento, excavación, planificación, fotografía, análisis de la alfarería, identificación de huesos, desvendado de momias, etcétera. El descubrimiento en 1922 de la tumba intacta de Tutankhamón dejó bien claro que ese enfoque ya no resultaba apropiado. Los excavadores de hoy en día supervisan un grupo diverso de expertos en metodologías tanto modernas y científicas como tradicionales. Todavía se utilizan trabajadores locales para excavar en los monumentos, pero no en las enormes cantidades que emplearan Belzoni o Petrie. El trabajo es mucho más lento, mucho más cuidadoso y está mucho mejor supervisado, con el Consejo Supremo de Antigüedades insistiendo muy sensatamente en que sólo a

aquellos con la formación y la experiencia adecuadas se les permita poner los pies en los yacimientos.

Así pues, ¿qué clase de trabajos de excavación se llevan a cabo hoy en día en Egipto? Hay actualmente centenares de delegaciones de todas las nacionalidades (egipcia incluida) trabajando en el valle del Nilo y en el Delta. Muchas de ellas se dedican a proyectos de conservación a largo plazo, o a la reexcavación de emplazamientos previamente conocidos pero excavados de forma apresurada. El escrupuloso Flinders Petrie se sentiría muy avergonzado al saber que los egiptólogos de hoy en día consideran que sus cuidadosamente excavados yacimientos aún contienen tesoros, y probablemente le sería de bien poco consuelo enterarse de que en los yacimientos excavados de otros arqueólogos se han hecho más descubrimientos. Muchas de las delegaciones de hoy en día se concentran en la zona tebana. Ya hemos visto, brevemente, el proyecto del templo de Akhenatón, llevado a cabo primero por Ray Winfield Smith y luego por Donald B. Redford. Desde 1965 ese proyecto se ha dedicado a analizar y reconstruir los muchos miles de bloques que antaño formaran los muros de los templos a Atón de Akhenatón. Éstos, desmantelados durante el reinado de Horemheb y utilizados en los templos de Karnak y Luxor, han vuelto a ensamblarse, como si de un rompecabezas se tratara, para crear templos virtuales, cuyas escenas pueden estudiarse y cuyas palabras pueden leerse: «A través de la fotografía de los relieves de las caras de esos bloques, y con la ayuda de un ordenador, hemos hecho casar miles de piedras y visto soberbias obras de arte cobrar forma otra vez después de miles de años…»[131]

Al otro lado del río, se han estado ejecutando trabajos de conservación en el templo de Deir el-Bahari de Hatshepsut, donde la labor emprendida por Naville de 1893 a 1904 fue seguida por una misión del Metropolitan Museum de Nueva York (1911-1931), dirigida por Herbert E. Winlock. En 1961 un equipo del Centro Polaco de Arqueología Mediterránea de la Universidad de Varsovia en El Cairo volvió a realizar un reconocimiento del templo, y su labor condujo, en la década de 1990, en varias temporadas de trabajos epigráficos (Universidad de Varsovia, dirigido por J. Karkowski) y restauración (Delegación Polaco-Egipcia, dirigida por E Pawlicky). Actualmente, con las terrazas de nuevo accesibles, el templo ha recuperado parte de su esplendor original.

Nadie espera ya que los valles de los Reyes o las Reinas revelen tesoros tan ricos como los hallados en la tumba de Tutankhamón, aunque el

egiptólogo Nick Reeves cree que Nefertiti, como Smenkhkare antes que ella, bien pudo haber sido sepultada o resepultada en algún lugar de la necrópolis tebana.

Y sin embargo sabemos que hay muchos miembros de la familia real del Reino Nuevo —no reyes sino reinas, príncipes y princesas— que continúan sin aparecer. La atención se ha centrado en los últimos años en los más de cien hijos de Ramsés II. Sabemos que Ramsés erigió tumbas para sus hijas más importantes —las hijas con que se casó— en el valle de las Reinas. Parece lógico asumir que sus hermanas menos importantes, y solteras, fueran enterradas en cementerios anexos a los harenes rurales en que pasaban sus vidas. Pero ¿qué hay de sus hermanos? Merenptah, como rey de Egipto, tuvo una tumba adecuadamente regia en el centro del valle. A Khaemwaset puede que lo enterraran cerca de los bueyes de Apis en Saqqara. ¿Qué pasó con los más o menos cuarenta restantes? El redescubrimiento en 1989 de la tumba KV5 proporcionó la inesperada respuesta.

La KV5 se había incluido en los primeros mapas del valle, y hasta la había explorado el viajero inglés James Burton en 1825. Éste cavó un túnel a través de los escombros que cubrían la tumba y examinó las tres primeras cámaras, pero la experiencia se le antojó muy poco satisfactoria. La tumba estaba…

> … en un estado ruinoso… Como sea que está llena de lodo y tierra, el camino de descenso desde la sala hipóstila a las que quedan debajo no es perceptible. La catacumba debe de haberse excavado muy en lo hondo del valle, o el valle se ha elevado mucho a causa de la acumulación de piedras y tierra y residuos traídos por las lluvias… Es posible que haya algún pasadizo que lleve desde el centro de la sala hipóstila hasta el lugar donde se hallaba el sarcófago…[132]

Lepsius también visitó la tumba y dejó constancia del cartucho de Ramsés II en el umbral. Entonces, a principios del siglo XX, la entrada quedó sepultada por toneladas de escombros vertidos allí por un despreocupado Howard Carter, que tras examinar la tumba en 1902, pensó que no contenía nada de importancia. La tumba desapareció, pero no cayó en el olvido.

Cuando, en 1985, se cayó en la cuenta de que un plan para ampliar la carretera de acceso al valle podía destruir la KV5, el Proyecto Cartográfico Tebano, dirigido por el egiptólogo estadounidense Kent Weeks, se dispuso a rescatar y documentar la tumba perdida.

La tumba estaba, tal como dijo Burton, completamente cubierta por una masa compacta de lodo y escombros depositada por sucesivos derrumbes. Desde la visita de Carter, un escape en una cloaca había llenado con su nocivo

contenido toda la entrada, empeorando en gran medida los problemas de los excavadores. Las obras emprendidas para despejar la entrada progresaban a un ritmo de poco más de dos metros cúbicos de escombros desalojados al día, pero la verdadera envergadura de la tumba se fue revelando gradualmente. Primero aparecieron antecámaras y una gran sala hipóstila con dieciséis columnas, luego un corredor. En éste se abrían una serie de entradas, diez a cada lado. Las dos últimas entradas llevaban a sendos corredores que conducían a más cámaras laterales. La tumba, con mucho la mayor del valle, es una catacumba o mausoleo diseñado para los príncipes reales y, como tal, recuerda en gran medida al Serapeum de Saqqara diseñado por Khaemwaset. Las obras en la tumba continúan todavía, pero se han revelado ya más de cien cámaras construidas a distintos niveles. Hasta el momento no se han encontrado sepulturas intactas, aunque se ha recobrado material óseo humano (tres cráneos y un esqueleto completo) de una galería de las cámaras. No se han encontrado objetos importantes, ni sarcófagos o féretros, sino una masa de escombros, incluidos trozos de cerámica, figuras shabti, abalorios, amuletos y fragmentos de vasos canopos, signos característicos de entierros opulentos, pero saqueados. No es de sorprender que sea así. El Papiro de la Huelga, en el museo de Turín, un documento legal que detalla los robos cometidos en el cementerio real durante el reinado de Ramsés III, menciona de forma específica robos en la zona en torno a la KV5:

> Ahora Usherhat y Pawere han arrancado piedras de la tumba del rey de Osiris Usermaatre Setepenre, el gran dios… Y Kenena, hijo de Ruta, hizo lo mismo con la tumba de los reales hijos del rey de Osiris Usermaatre Setepenre, el gran dios… **[133]**

En el norte de Egipto, todavía se realizan trabajos en el emplazamiento de las pirámides de Guiza. Pero ahí los expertos se concentran no en las pirámides en sí sino en la «ciudad de las pirámides», las viviendas y tumbas de los muchos millares de obreros de las pirámides y sus supervisores. Todas las obras estatales se llevaban a cabo mediante trabajadores a los que se reclinaba durante unos meses. Durante su servicio, esos obreros temporales vivían cerca del emplazamiento en viviendas facilitadas por el Estado. Allí se los alimentaba y vestía, y de ser necesario se les proporcionaba atención médica. Durante mucho tiempo se temió que los trabajadores de Guiza se hubiesen alojado junto al Nilo, y que sus casas hubiesen quedado destruidas por el alto nivel freático. Pero la cosa no tenía mucho sentido. Sin duda se habría instalado a los trabajadores lo más cerca posible de la obra. En 1880 Flinders Petrie sugirió que una serie de extensas cámaras halladas tras la

pirámide de Keops bien podían ser los restos de unos barracones capaces de albergar a aproximadamente cuatro mil hombres. Pero esos «barracones» no presentan ninguna prueba de que fueran viviendas, y en general ahora se acepta que más bien eran talleres o almacenes.

En lugar de ello, ahora se cree que los trabajadores, sus supervisores y en algunos casos sus familias vivieron, y murieron, justo al otro lado del imponente muro de piedra caliza, conocido hoy como el Muro del Cuervo, que definía los sagrados límites del cementerio de Guiza. Las antiguas casas siguen aún sin descubrirse, y da la sensación de que muchas han de hallarse bajo la ciudad moderna de Nazlet el-Samman. Pero lejos de la ciudad moderna, en un proyecto que se inició en 1988 y que continúa en la actualidad, el egiptólogo estadounidense Mark Lehner ha descubierto un gran complejo industrial de adobe que se remonta a los tiempos de los constructores de pirámides. Hay allí pruebas de que hubo una fabricación en serie y comedores a una escala sin precedentes. Cientos de gruesos moldes de pan en arcilla y con forma de campana y muchos hornos de tierra para cocer pan indican que hubo dos panaderías. Un gran edificio equipado con bancos se ha identificado como una unidad para el proceso del pescado, con el suelo cubierto por una gruesa capa de ceniza endurecida y material orgánico, incluidos restos de pescado: agallas, aletas, cabezas y hasta espinas. Otra unidad industrial se ha identificado como un taller donde se trabajaba el cobre. Los huesos desechados de animal y los granos de cereales —pruebas menores que los primeros egiptólogos casi siempre ignoraban— revelan la dieta de los trabajadores. No consumían tan sólo los clásicos alimentos campesinos como pan, cerveza y pescado, sino que también comían pato, cordero o cerdo de cuando en cuando, e incluso algún pedazo de carne de primera.

A todo esto, en un proyecto paralelo, el doctor Zahi Hawass, actualmente secretario general del Consejo Supremo de Antigüedades, ha identificado las tumbas construidas por los trabajadores de las pirámides, tanto obreros como capataces, en las dunas que quedan por encima y al oeste del complejo industrial. Hasta la fecha ha descubierto más de seiscientas sepulturas dispuestas en dos niveles. El cementerio inferior contiene las tumbas y fosas más modestas en adobe, aunque hay alguna exquisita pirámide escalonada en miniatura aquí y allá, mastabas a pequeña escala y tumbas en forma de colmena, algunas de las cuales incorporan elementos de piedra que se tomaron «prestados» del yacimiento de las pirámides. Más arriba, en la

ladera, se hallan las mayores y más sofisticadas tumbas de piedra caliza, y un serdab que alberga cuatro estatuas.

Hawass ha estimado, basándose en las pruebas halladas en las tumbas y en el complejo industrial asociado, que Guiza habría sido el hogar de aproximadamente cinco mil trabajadores de élite permanentes (funcionarios, capataces y maestros artesanos), así como de quince mil trabajadores manuales temporales, con lo que el número total de personas trabajando en el emplazamiento en un momento determinado sería de unos veinte mil. El análisis de material óseo recuperado de las tumbas se halla aún en curso, pero ha arrojado ya resultados interesantes. Existen diferencias muy obvias entre los obreros y sus capataces. Como fuera que la mano de obra era una fuerza de trabajo temporal, sus sepulturas representan a los pocos desafortunados que murieron mientras se hallaban en el emplazamiento, y muestran, como cabría esperar, una alta proporción de muertes accidentales. La edad media de la muerte en los obreros manuales varones es de 30-35 años; sus mujeres, enfrentadas a los peligros del alumbramiento, morían incluso más jóvenes. Es de suponer que la élite, empleados remunerados de la necrópolis a jornada completa o parcial, esperase vivir con sus familias en el emplazamiento hasta que el complejo de las pirámides se hubiese completado: sus tumbas están por tanto mucho mejor preparadas, y sus sepulturas incluyen tanto a los muy jóvenes como a los muy viejos. La esperanza de vida para esos varones de la élite era de diez años más que la de los obreros. De más de seiscientos esqueletos examinados, la mitad son varones y la mitad mujeres, y los niños y bebés forman el veintitrés por ciento de la población del cementerio. El análisis del ADN llevado a cabo por el doctor Moamina Kamal, de la Facultad de Medicina de la Universidad de El Cairo, ha confirmado la presencia de familias, pues el ADN de los huesos de los adultos guarda estrecha correlación con el de los niños.

El descubrimiento que hizo Zahi Hawass en 1990 de las tumbas de los constructores de las pirámides de Guiza fue resultado de la deducción lógica y de la excavación concienzuda. Su descubrimiento en 1996 del cementerio romano en el valle de las Momias Doradas en el oasis de Bahariya, trescientos setenta kilómetros al suroeste de Guiza, se debió a un afortunado accidente.

Las ruinas de un asentamiento, cerca de la ciudad moderna de Bawit, hace tiempo que se ha revelado como el hogar de una comunidad grecorromana de proporciones considerables, mientras que el templo cercano de Alejandro Magno ha sido objeto de la investigación arqueológica. Pero, en general,

dicha zona no había aportado muchos descubrimientos importantes. Hasta un día en que un burro tropezó al meter la pata en un agujero cubierto por la arena. El propietario del burro era un guarda asociado al templo. Al escudriñar en el oscuro agujero, vio cosas interesantes. Se hizo acudir a Zahi Hawass, y no tardó en comprobarse que el burro había tropezado con la entrada de una tumba de múltiples cámaras excavada en el lecho de roca de arenisca y llena de momias doradas. La tumba formaba parte de un cementerio grecorromano de entre tres y siete kilómetros cuadrados, y cada una de sus tumbas albergaba hasta cien momias en varios estados de conservación. La noticia del descubrimiento se mantuvo en secreto durante tres años, pero se anunció finalmente a la prensa en junio de 1999. La excavación del cementerio continúa hoy en día y se estima que al equipo multidisciplinario de arqueólogos, conservadores, dibujantes y artistas le llevará al menos una década completar la exploración y publicar los resultados.

Más hacia el oeste, un equipo de la Universidad de Liverpool dirigido por Steven Snape se dedica, desde 1994, a excavar en la fortaleza ramésida de Zawiyet Umm el-Rakham. Durante el reinado de Ramsés II el poderoso Imperio egipcio se extendió hacia el norte, hasta Siria, donde Ramsés libró una famosa batalla contra los hititas en Kadesh, y hacia el sur, hasta Nubia, donde erigió los templos de Abu Simbel. Pero a Ramsés lo inquietó la seguridad de su frontera occidental, donde las tribus libias aumentaban en fuerzas y amenazaban con asentarse —invadir es probablemente un término demasiado fuerte— en el Delta oriental. Así pues, para proteger Egipto contra cualquier amenaza libia, Ramsés erigió una serie de ciudades-fortaleza a lo largo del límite del Delta y de la costa mediterránea. La mayor de esas fortalezas fue la más occidental, Zawiyet Umm el-Rakham, que se halla en la costa mediterránea, más de trescientos kilómetros al oeste del Delta.

Zawiyet Umm el-Rakham fue construida para ofrecer protección contra ataques serios. La muralla exterior de ladrillo de adobe, un cuadrado exacto, con cada lado de ciento cincuenta metros de largo, tenía cinco metros de grosor y probablemente diez de altura. El único portón de entrada, en el centro de su lado norte, estaba fuertemente defendido por grandes torres. Hasta ahora, sin embargo, no se han encontrado indicios de combate alguno en el interior de la fortaleza, y al parecer fue abandonada de forma pacífica durante la primera parte del reinado de Merenptah, hijo y sucesor de Ramsés el Grande. Eso supondría que la fortaleza tuvo una vida activa de tan sólo

cincuenta años. Tras su abandono por parte de los egipcios, la fortaleza fue ocupada por las tribus libias.

El equipo de Liverpool ha excavado ya en torno a una tercera parte del interior. Han descubierto un importante templo erigido con la piedra caliza de la zona —de calidad inferior— depósitos, una serie de capillas y una zona de cocinas donde hay pruebas de la fabricación en serie del pan necesario para alimentar a los aproximadamente quinientos soldados, que, en opinión de Snape, formaron la guarnición del fuerte en un momento determinado. La mansión de la máxima autoridad de la fortaleza sólo se ha excavado en parte, pero ya resulta obvio que se trata del edificio en que el oficial al mando de la fortaleza, Neb-Ra, vivía y trabajaba. Los excavadores han encontrado su alcoba y su cuarto de baño, completo, con una taza de váter, y han recuperado su capilla privada, donde se encontró una magnífica estatua de dos tercios del tamaño natural del oficial en persona. Curiosamente, su nombre se había borrado.

Los depósitos del templo han aportado un buen número de vasijas de cerámica de calidad y de muchas zonas del Mediterráneo, la Grecia continental, Creta, Chipre, Siria y Canaán. Esa cerámica demuestra que Zawiyet Umm el-Rakham era una conexión importante en la cadena de puestos comerciales que hacía posible el comercio a gran escala y a larga distancia en la Edad de Bronce tardía. Es probable que el emplazamiento de la fortaleza se eligiera cuidadosamente no sólo para proteger Egipto de los libios, sino también para proteger las rutas comerciales de Egipto.

Alejandría es un emplazamiento costero. Fundada en el siglo IV a. C. por Alejandro Magno, la antigua ciudad ha atraído a excavadores durante décadas. Actualmente, sin embargo, los egiptólogos han caído en la cuenta de que gran parte de la ciudad yace bajo las aguas del puerto, y están empezando a buscar en el lecho marino. La primera campaña submarina se llevó a cabo en 1961, cuando Kamal Abu el-Saadat, ayudado por la armada egipcia, recuperó una estatua colosal de Isis. Más recientemente, en 1994, un equipo de reconocimiento dirigido por el arqueólogo submarino Jean-Yves Empereur localizó partes de estatua, columnas, obeliscos, naufragios y centenares de bloques de manipostería que, según ha sugerido Empereur, podían ser los restos del Faro de Alejandría, una de las Siete Maravillas del mundo antiguo (de las que la Gran Pirámide de Guiza es la única superviviente). Un segundo equipo, dirigido por otro experto francés en excavación submarina, Franck Goddio, ha descubierto los restos de un palacio.

Así pues, la arqueología de campo en Egipto está floreciendo. Pero, lejos de la arena o del agua, sea cual sea el caso, una enorme cantidad de trabajo se desarrolla en los museos y laboratorios, donde los descubrimientos del pasado se reinvestigan utilizando técnicas modernas. Quizá el ejemplo más espectacular de esta nueva aproximación al antiguo Egipto pueda verse en el estudio de las momias. Hace doscientos años las momias se valoraban únicamente por las joyas que ocultaban bajo los vendajes. Los cuerpos en sí no tenían valor alguno; al arqueólogo no le decían nada. Los desvendados constituían una forma legítima de entretenimiento público, y ya hemos visto a Belzoni, un hombre que estaba bien al tanto de los gustos del público, inaugurar su exposición en Piccadilly Hall en 1821 desenvolviendo una momia humana, «perfecta en todas sus partes», y la momia de un mono. El hombre de negocios convertido en poeta Horace Smith[134], de dudoso talento lírico pero ocurrente, sintió el soplo de su musa. Un poema bastaría para satisfacer al moderno lector:

DISCURSO A LA MOMIA EN LA EXHIBICIÓN DE BELZONI

Si los secretos de la tumba no se han de confesar,
la naturaleza de tu vida privada no se desvela.
Un corazón ha latido bajo este correoso pecho
y lágrimas han recorrido estas polvorientas mejillas.
¿Treparon niños a esas rodillas para besarte el rostro?
¿Cuáles fueron tu nombre y posición, tu edad y tu raza?

El cirujano londinense Thomas Pettigrew se sintió inspirado por el desvendado de Belzoni. Empezó a comprar y vendar sus propias momias; no tardó en percibir unos ingresos considerables vendiendo entradas. Pettigrew tomaba notas detalladas de su trabajo, y su libro History of egyptian mummies [Historia de las momias egipcias] (1834) se convirtió en un éxito. Gradualmente, sin embargo, la sensibilidad de la gente cambió, hasta que ya no se consideró aceptable que se desvendara una momia en público. Así pues, resulta interesante que, cuando la momia del sacerdote de la XXI dinastía Horemkenesi empezó a descomponerse en el museo de Bristol, se tomara la decisión de desvendarla ante la mirada del público. La autopsia se practicaría en privado, y se le ofrecería a Horemkenesi el máximo respeto en todo

momento, pero miembros del público serían capaces de seguir los acontecimientos a través de un circuito cerrado de televisión. El desvendado de la momia relativamente insignificante de Horemkenesi llevó dos semanas enteras, seguidas por muchas más de estudio intensivo. Supuso un marcado contraste con el cuarto de hora que tardó Gaston Maspero en desnudar a Ramsés II en 1886.

Ramsés, sin embargo, estaba destinado a yacer de nuevo en la mesa de autopsias. El rey, conservado primero en el Museo Bulaq, y luego en el de Guiza, para yacer por fin en una vitrina de cristal en la sala de momias del Museo de El cairo, había empezado a descomponerse. Cambios no regulados de temperatura, humedad y luz habían provocado que la piel se agrietara, y lo habían invadido bacterias, insectos y más de ochenta especies de hongos. Un baño de mercurio, administrado en 1907, no hizo gran cosa por contener la infestación. Entonces, en 1975, el gobierno francés invitó al rey a una visita de estado. En 1976 voló a París, donde, en una ceremonia apropiada para un mandatario fallecido, fue recIbido por una guardia de honor. En el Musée de l'Homme fue examinado por un equipo de más de cien especialistas. No se tomaron muestras de su cuerpo, pero sí de los vendajes y las cavidades corporales. Luego se rellenaron las grietas de la piel con un compuesto de productos naturales, que incluía cera de abejas, vaselina y trementina. Finalmente, volvió a envolverse a Ramsés en sus vendas originales, mucho más limpias ahora, y el rey y su féretro se esterilizaron con radiación gamma. Tras ocho meses en París, Ramsés volvió al Museo de El Cairo, donde se exhibe su momia.

Gracias casi por entero a la generosidad de Jesse Haworth, el Museo de Manchester cuenta con una gran colección de antigüedades egipcias, entre ellas un número sorprendentemente elevado de momias humanas (24), momias animales y partes momificadas. En 1908 la conservadora de la colección egipcia Margaret Murray, antigua discípula de Flinders Petrie y una de las primeras egiptólogas de Gran Bretaña, llevó a cabo un doble examen al desenvolver un par de momias de la XII dinastía conocidas como «los dos hermanos». Una fotografía de la época muestra a la diminuta Murray, cómodamente ataviada con un delantal blanco, de pie ante la mesa de operaciones, con uno de los cuerpos desenvueltos tendido ante sí. Hoy en día Manchester, hogar del Proyecto de Momias de Manchester, es el centro mundial por excelencia de los estudios sobre momias. Los científicos de Manchester, dirigidos por la profesora Rosalie David, se dedican ahora al

estudio de tipos de tejido, parásitos y enfermedades, y se tiene la confianza de que su trabajo será fundamental en la erradicación de algunos de los parásitos más persistentes de Egipto. Un solo ejemplo de su trabajo sirve para hacerse una idea de sus métodos y resultados.

En octubre de 1999 la profesora David inició un proyecto multidisciplinario para estudiar la momia de Asru, la cantante del Tercer Período Intermedio. Asru se convirtió en la más importante momia de las colecciones del Museo de Manchester cuando, en 1825, los coleccionistas privados E. y W. Garratt donaron al museo su momia, sus dos féretros y sus visceras pulcramente empaquetadas. Por desgracia, la curiosidad pudo a los Garratt, y habían ya desenvuelto a Asru —y presumiblemente la habían despojado de cualquier joya— antes de donársela al museo.

A los expertos les dio la sensación de que Asru estaba extremadamente delgada (los profanos en la materia podrían argumentar con cierta justificación que todas las momias desenvueltas se ven flacas); no presentaba indicios claros de enfermedad y parecía haber fallecido de muerte natural a edad avanzada.

Los dedos mostraban signos inconfundibles de artritis degenerativa, y eso, combinado con rastros de calcificación en la aorta, los bronquios, la parte inferior de las piernas y los pies, y la artritis en las rodillas, indicaba que Asru tenía probablemente entre cincuenta y setenta años cuando murió. La policía, que le tomó las huellas dactilares al cuerpo de manos y pies, tuvo la sensación de que probablemente tenía poco menos de cincuenta cuando murió.

Los rayos X mostraron que Asru tenía los dientes en mal estado, algo corriente entre los viejos en el antiguo Egipto, donde la arena y los fragmentos de piedra presentes en el terreno tenían un efecto dañino en los dientes. Muchas de las piezas posteriores habían desaparecido y había evidencias de una dolorosa infección en la mandíbula. Los dientes delanteros estaban en mejores condiciones, pero había indicios de un exceso de oclusión al morder. Un TAC (Tomografía Axial Computerizada) permitió a los científicos realizar una sólida réplica en polímero del cráneo de Asru, y éste se utilizó como base para una reconstrucción facial. Nunca podemos esperar que una reconstrucción proporcione un retrato exacto con la persona fallecida, pero la práctica policial moderna ha probado que la mayoría de las veces se obtiene un parecido razonable. La reconstrucción de Asru sugiere que fue una anciana de pómulos altos, mentón pequeño y puntiagudo, labio superior prominente y ojos hundidos.

Así pues, ¿qué provocó la muerte de Asru? Había padecido una serie de enfermedades e infestaciones parasitarias, y cualquiera de ellas podría haberla matado o no. El tejido pulmonar mostraba cicatrices de neumoconiosis de la arena, una enfermedad provocada por la inhalación de partículas de arena transportadas por el viento, que la habría hecho respirar con dificultad y toser. Los intestinos, rehidratados por los científicos, revelaron la forma larval de la lombriz Nematode strongyloides. El tejido de la vejiga mostraba evidencias de esquistosomiasis o infección por bilharzia. Los rayos X revelaron en el pecho una forma inmadura de solitaria. Semejante cuadro médico ofrece un marcado contraste con la visión oficial y nada realista de la vida de la élite representada en las paredes de las tumbas de Egipto. Allí vemos a las clases altas, los amigos de Asru, divirtiéndose en los campos verdes. Siempre están en forma, siempre sanos, y no parecen tener una sola preocupación en el mundo.

Nuestra visita a Manchester pone punto final a la historia del descubrimiento del antiguo Egipto. El tema, sin embargo, no acaba aquí y continúa desarrollándose a un ritmo asombroso. Quién sabe qué técnicas se utilizarán en los dos próximos siglos para devolver a la vida a los egipcios fallecidos hace tanto tiempo. Quizá resulte apropiado cederle las últimas palabras ajames Baikie, nuestro comentarista escocés sobre todas las cuestiones relacionadas con la egiptología, y el autor de la primera historia de la egiptología:

> … el verdadero romanticismo de la excavación moderna reside en eso, no en que pueda revelar a los monarcas muertos de treinta siglos atrás en todo su esplendor, sino en que, mediante su paciente ensamblaje de innumerables detalles, puede mostrarnos de nuevo la vida en el período en que vivió ese monarca muerto, y permitirnos ver cómo se organizaba su corte y, mucho más importante para nuestro conocimiento del pasado, el tráfico de los mercados de sus ciudades y las relaciones entre su tierra y las naciones que la rodeaban… Una ciencia capaz de llevar a cabo semejante milagro de resurrección jamás carecerá del elemento del verdadero romanticismo a los ojos de cualquiera que tenga un sentido real de las maravillas de la vida.**[135]**

OTRAS LECTURAS RECOMENDADAS

Los libros que aparecen a continuación se ocupan de la historia de la egiptología más que de la arqueología propiamente dicha de los lugares citados en este libro. Los lectores interesados en la arqueología más que en la historia deberían consultar Atlas of Ancient Egypt, de Baines y Malek, que les proporcionará una introducción a los yacimientos. Pueden encontrarse referencias más detalladas en las notas que acompañan cada capítulo.

INTRODUCCIÓN

Baikie, J., *A century of excavation in the land of the pharaohs*, Londres, 1923.

Baines, J., y Malek, J., *Atlas of ancient Egypt*, Oxford, 1980.

Baird, K. A. (ed.), *Encyclopedia of the archaeology of ancient Egypt*, Londres, 1999.

Dawson, W. R., y Uphill, E., *Who was who in Egyplology*, Londres, 2nd ed. rev. 1972.

Reeves, N., *El antiguo Egipto: los grandes descubrimientos*, Barcelona, 2002.

Shaw, I., y Nicholson, P, *British Museum dictionary of ancient Egypt*, Londres, 1995.

LOS EXPLORADORES

Adkins, L., y R., *Las claves de Egipto: la carrera por leer los jeroglíficos*, Barcelona, 2000.

Andrews, C., *The Rosetta stone*, Londres, 1982.

Champollion, J.-F., *Monuments de l'Égypte et de la Nubie*, París, 1835-1847.

Clayton, P. A., *Redescubrimiento del antiguo Egipto: artistas y viajeros del siglo XIX*, Barcelona, 1994.

Curl, J. S., *Egyptomania: the Egyptian revival: a recurring theme in the history of taste*, Manchester y Nueva York, 1994.

Denon, V., *Sin mañana: viaje al Alto y Bajo Egipto*, Gerona, 2005.

Parkinson, R., *Cracking codes: The Rosetta stone and decipherment*, Londres, 1999.

Roullet, A., *The Egyptian and egyptianising monuments of imperial Rome*, Leiden, 1972.

Snape, S. R., *Decoding the stones*, Londres, 1997.

Sole, R., y Valbelle, D., *The Rosetta stone: The story of the decoding of hieroglyphics*, Londres, 2001.

LOS COLECCIONISTAS

Belzoni, G. B., *Narrative of the operations and recent discoveries in Egypt and Nubia*, 1820, ed. Alberto Siliotti, Verona y Londres, 2001.

Clair, C, *Strong man egyptologist*, Londres, 1957.

Cottrell, L, *The mountains of Pharaoh*, Londres, 1956.

Disher, M. W., *Pharaoh's fool*, Londres, 1957.

Halls, J. J., *The Ufe and correspondence of Henry Salt Esg*, Londres, 1834.

Mayes, S., *The Great Belzoni: The circus strongman who discovered Egypt's ancient treasures*, Londres, 1959.

LOS ARQUEÓLOGOS

Budge, E. A., *By Nile and Tigris*, Londres, 1920.

Carter, H., y Mace, A. C., *The Tomb of Tut.ankh.Amen*, 3 vols, Londres, 1923-1933.

Drower, M. S., *Flinders Petrie: A life in archaeology*, Londres, 1985.

Edwards, A. B., *A thousand miles up the Nile*, Londres, 1877.

James, T. G. H., *Howard Carter: the Path to Tutankhamun*, Londres y Nueva York, 1992.

James, T. G. H., *Excavating in Egypt: the Egypt Exploration Society 1882-1982*, Londres, 1982.

Janssen, R. M., *The first hundred years: Egyptology at University College London 1892-1992*, Londres, 1992.

Keay, J., *With Passport and parasol*, Londres, 1989.

Maspero, G., *Egypt: Ancient sites and moderns scenes*, Londres, 1910.

Petrie, W. M. F., *Seventy years in archaeology*, Londres, 1931.

Rees, J., *Amelia Edwards: traveller, novelist and Egyptologist*, Londres, 1998.

Reeves, N., *Todo Tutankhamón*, Barcelona, 1992.

Ridley, R. T., *Napoleon's proconsul in Egypt: the life and times of Bernardino Drovetti*, Londres, 1998.

Romer, J., *Valley of the Kings*, Londres, 1981.

Smith, G. E., *The Royal Mummies*, El Cairo, 1912.

Thomas, N. (ed.), *The American Discovery of ancient Egypt, catalogue and essays*, Los Ángeles, 1995.

LOS CIENTÍFICOS

Brier, B., *El asesinato de Tutankamón: la verdadera historia*, Barcelona, 1998.

David, R., y Archbold, R., *Conversations with mummies*, Londres, 2000.

Edwards, I. E. S., *From the Pyramids to Tutankhamen: Memoirs of an Egyptologist*, Oxford, 2000.

Foreman, L., *Cleopatra's palace: in search of a legend*, Londres, 1999.

Hawass, Z., *Secrets from the sand: my search for Egypt's past*, Londres, 2003.

Tyldesley, J. A., *Private lives of the Pharaohs*, Londres, 2000.

Weeks, K., *La tumba perdida: el descubrimiento de la tumba de los hijos de Ramsés*, Barcelona, 1999.



JOYCE TYLDESLEY nació en 1960 en Bolton, Lancashire, Reino Unido. Es una reconocida egiptóloga británica doctorada en Arqueología de la Prehistoria por la Universidad de Oxford. Es profesora de egiptología en la Universidad de Manchester y en el KNH Centre de egiptología biomédica. Ha colaborado en programas de radio y televisión sobre el mundo egipcio y es autora, entre otros libros, de las biografías de Ramsés II el Grande y de las reinas Hatshepsut y Nefertiti, así como de una importante obra sobre Cleopatra. Su último libro es *La maldición de Tutankamón*, publicado en 2012.

Sus libros, sobre la vida, cultura y descubrimientos en Egipto, son de gran rigor científico e histórico, fruto de sus propias investigaciones.

Notas

[1] Baikie, J., *A century of excavation in the land of the Pharaohs*, Londres, 1923, pp. 8-9. <<

[2] Hednakht estaba visitando la pirámide escalonada de Djoser en Saqqara. El grafito completo se cita en Kitchen, K. A., *Pharaoh triumphant*, Warminster, 1982, p. 148. <<

[3] Gardiner, A, «The Great Speos Artemidos Inscription», Journal of Egyptian Archaeology, Vol 32, 1946, pp. 47-48. <<

[4] Inscripción en el féretro de madera recuperado de la tercera pirámide de Guiza que se exhibe hoy en día en el Museo Británico, Londres. <<

[5] Herodoto, *Historias*, Libro II. Ésta y todas las citas que siguen de Herodoto están basadas en la traducción de George Rawlinson, Londres, 1858. Es evidente que este autor pensó que la información sobre orinar y defecar era demasiado ordinaria para sus sensibles lectores y la omitió en su traducción. <<

[6] *Ibid.* <<

[7] *Ibid.* <<

[8] Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*. Para una traducción completa de su obra puede consultarse *Biblioteca histórica*, Madrid, 1995. <<

[9] Estrabón, *Geografía*. Para una traducción completa de su obra puede consultarse *Geografía*, Obra completa, Madrid. <<

[10] Plinio, *Historia Natural*, Libro 36. Para una traducción completa de su obra puede consultarse, *Historia Natural*, Obra completa, Madrid. <<

[11] Grafito cristiano del valle de los Reyes, citado en Romer, J., *Los últimos secretos del valle de los Reyes: una singular aventura arqueológica*, Barcelona, 1989. <<

[12] Grafito cristiano del valle de los Reyes, citado en Romer, J., *Los últimos secretos del valle de los Reyes: una singular aventura arqueológica*, Barcelona, 1989. <<

[13] Citado en Rodenbeck, M., *El Cairo, ciudad victoriosa*, Granada, 2004. <<

[14] Génesis, 1, 1-31. <<

[15] Citado en Romer, J., *Los últimos secretos del valle de los Reyes: una singular aventura arqueológica*. <<

[16] Bruce, J., *Travels to discover the source of the Nile*, Edimburgo, 1790. <<

[17] *Ibid.* <<

[18] Denon, V., *Sin mañana. Viaje al Alto y Bajo Egipto*, Gerona, 2005. <<

[19] *Ibid.* Desde entonces este cartucho se ha perdido y sólo se conserva en la obra de Denon. <<

[20] *Description*, libros V y IX. Los jeroglíficos ya se habían descifrado para cuando se acabó de escribir esta obra (1809-1829). <<

[21] Una traducción al inglés del texto completo de la piedra se puede encontrar en Simpson, RS., *Dewtic Grammar in the ptolemaic sacerdotal decrees*, Oxford, 1996, pp. 258-271. <<

[22] Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*, Vol 1. Para una traducción completa de su obra puede consultarse *Biblioteca histórica*, Madrid, 1995. <<

[23] Ammiano, *Rerum Gestarum Libri*, citado en Sole, R. and Valbelle, D., *The Rosetta stone: The story of the decoding of hieroglyphics*, Londres, 2001, p. 15. <<

[24] Horapollo Niliaco, *Hieroglyphics*, citado en Snape, S. R., *Decoding the stones*, Londres, 1997, p. 7. <<

[25] Valiant, P. (ed.), *Jean-François Champollion: Lettres à son frère*, París, 1984, p. 75. <<

[26] Young, T., «An account of some recent discoveries in hieroglyphical literature and Egyptian antiquities including the author's alphabet, as extended by *Mr* Champollion with a translation of five unpublished Greek and egyptian manuscripts», 1823, en *Miscellaneous works of the late Thomas Young*, Vol 3, p. 14; citado en Sole, R. and Valbelle, D., op. cit., p. 70. <<

[27] Citado en la traducción de Adkins, L. and R, *Las claves de Egipto: la carrera por leer los jeroglíficos*, Barcelona, 2000. <<

[28] Carter, H. and Mace, A. C, *The tomb of Tut.ankh.Amen*, Vol. I, Londres, 1923, pp. 67-68. <<

[29] Depping, G. B., artículo para *Le Globe*, 24 de julio de 1827, París. <<

[30] Belzoni, G. B., *Narrative of the operations and recent discoveries in Egypt and Nubia* (1820), editado por Alberto Siliotti, Verona y Londres, 2001, p. 85. Esta edición de los textos de Belzoni mezcla una autobiografía selectiva con relatos de osadas proezas arqueológicas. <<

[31] *Ibid.*, p. 91. <<

[32] *Ibid.*, p. 92. <<

[33] Diodoro Sículo, *op. cit.*, I, p. 47. <<

[34] Hamilton, W. R., *Remarks on several parts of Turkey: Part I, Aegyptiaca*, Londres, 1809. <<

[35] Belzoni, *op. cit.*, p. 104. <<

[36] *Ibid.*, p. 103. <<

[37] *Ibid.*, pp. 112-113. <<

[38] *Ibid.*, pp. 115-116. <<

[39] Mrs *Belzoni's trifling account of the women* [El relato banal de la señora Belzoni sobre las mujeres], en Belzoni, *op. cit.*, pp. 295-318 (cita pp. 295-296). <<

[40] Belzoni, *op. cit.*, p. 142. <<

[41] Belzoni, G. B., *Narrative of the operations and recent discoveries in Egypt and Nubia* (1820), editado por Alberto Siliotti, Verona y Londres, p. 168. <<

[42] *Ibid.*, pp. 168-169. <<

[43] *Ibid.*, p. 200. <<

[44] *Ibid.*, p. 203. <<

[45] Correspondencia citada en Mayes, S., *The Great Belzoni: The circus strong man who discovered Egypt's ancient treasures*, Londres, 1959, p. 293. <<

[46] Belzoni, *op. cit.* p. 253. <<

[47] Herodoto, *op. cit.*, Libro II, trad. Rawlinson, G, 1858, p. 148. <<

[48] Belzoni, *op. cit.*, p. 268. <<

[49] Bonomi, J., *Transactions of the Royal Society of Literature* (2nd Series), Vol. I, (1843), p. 108. <<

[50] D'Athanasi, G., *A brief account of the researches and discoveries in Upper Egypt, made under the direction of Henry Salt, Esq*, Londres, 1836, pp. XI-XII. <<

[51] Herodoto, *op. cit.* Libro 11, traducción al inglés de Rawlinson, G., 1858, p. 125. <<

[52] Greaves, J., *Pyramidographia, or a description of the pyramids in Egypt*, Londres, 1646. <<

[53] *Ibid.* <<

[54] *Ibid.* <<

[55] Howard Vyse, R and Perring, J. S., *Operations carried on at the Pyra mids of Gizeh*, Londres, 1840-1842. <<

[56] Flaubert, G., *Voyage en Orient*, 8 diciembre 1849, [*Viaje a Oriente*] citado en Clayton, P. A., *Redescubrimiento del antiguo Egipto: artistas y viajeros del siglo XIX*, Barcelona, 1994. <<

[57] Belzoni, G. B., *Narrative of the operations and recent discoveries in Egypt and Nubia*, 1820, editado por Alberto Siliotti, Verona y Londres, p. 217. <<

[58] Abd el-Latif de Bagdad, citado en Cottrell, L., *The mountains of Pharaoh*, Londres, 1956, p. 73. <<

[59] Belzoni, *op. cit.*, pp. 221-222. <<

[60] Smyth, C. P, *Our inheritance in the Great Pyramid*, Londres, 1866; 4ª ed, 1880, p. 5. <<

[61] Kitchen, K. A., *Ramesside inscriptions translated and annotated 2: Ramesses II, Royal Inscriptions*, Oxford, 1996, pp. 569-570. <<

[62] Mariette, A., *Le Sérapeum de Memphis*, París, 1882, pp. 5-6. <<

[63] Carta del nombramiento de Said Pasha, citada en Reeves, N., *El Antiguo Egipto: los grandes descubrimientos*, Barcelona, 2002. <<

[64] De Morgan, J., *Fouilles à Dachour* (1894); traducción al inglés en Cottrell, L., *The Mountains of Pharaoh*, Londres, 1956, p. 159. <<

[65] Brugsch, E., citado en Wilson, E. L., *Magazine*, 34/1 (May 1887), p. 66. <<

[66] Maspero, G, *Les Momies Royales de Deir el-Bahari*, El Cairo, 1889, pp. 547-548. <<

[67] Maspero, G., *Bulletin de l'Institut Égytien*, El Cairo, 1886, pp. 253-255. <<

[68] Smith, G. E., *The Royal Mummies*, El Cairo, 1912, p. 57. <<

[69] A. B., *A thousand miles up the Nile*, Londres, 1877, rev. 1888, p, 1. <<

[70] *Ibid.*, pp. 284-285. <<

[71] *Ibid.*, pp. 450-451. <<

[72] Carta de Samuel Birch a Amelia Edwards, citada en Drower, M. S., «Gaston Maspero and the Egypt Exploration Fund», *Journal of Egyptian Archaeology*, Vol. 68 (1982), pp. 299-317, p. 301. <<

[73] De la carta escrita por Gaston Maspero a un caballero desconocido (Rs. Poole?), copiada por la señorita Edwards y reproducida en Dawson, W. R., «Letters from Maspero to Amelia Edwards», *Journal of Egyptian Archaeology*, Vol. 33 (1947), pp. 66-89, p. 73. <<

[74] *Ibid.* <<

[75] Petrie, W. M. F., *Seventy years in Archaeology*, Londres, 1931, pp. 12-13. <<

[76] *Ibid.*, p. 21. <<

[77] *Ibid.*, pp. 34-35. <<

[78] *Ibid.*, p. 25. <<

[79] *Ibid.*, p. 74. <<

[80] Budge, E. A. W., *By Nile and Tigris*, Vol. 1, Londres, 1920, p. 133. <<

[81] Petrie, *op. cit.*, pp. 834. <<

[82] *Ibid.*, p. 87. <<

[83] *Ibid.*, pp. 94-95. <<

[84] *Ibid.*, p. 107. <<

[85] *Ibid.*, p. 234. <<

[86] Citado en David, A. R., *The Pyramid builders of ancient Egypt*, Londres, 1986, p. 2. <<

[87] Petrie, *op. cit.*, p. 121. <<

[88] Reeves, N., *El Antiguo Egipto: los grandes descubrimientos*, Barcelona, 2002, p. 72. <<

[89] Budge, E. A., Citado en Reeves, N., *op cit*. <<

[90] Budge, E. A., Citado en Reeves, N., *op cit*. <<

[91] Petrie, *op. cit.*, p. 138. <<

[92] *Informe anual de la Fundación para la Exploración de Egipto 1899*, p. 26. <<

[93] Citado en Reeves, N., *op. cit.* <<

[94] Petrie, *op. cit.*, p. 175. <<

[95] Sayce, A. H., *Reminiscences*, Londres, 1923, p. 306. <<

[96] Loret, V, «Les Tombeaux de Thoutmés III et d'Amenophis II», *Bulletin de l'Institut Égyptien*, El Cairo, 1988. Traducción al inglés en Romer, J., *Valley of the Kings*, Londres, 1988, pp. 161-162. <<

[97] *Ibid.* <<

[98] Davis, T. M. (ed.), *The Tomb of Hatshopsitu*, Londres, 1906, p. XIII. <<

[99] Davis, T. M., *The Tomb of Iouiya and Touiyou*, Londres, 1907, p. XXVIII. <<

[100] Citado en Gardiner, A, «The so-called tomb of Queen Tiy», *Journal of Egyptian Archaeology*, Vol. 43 (1957), p. 25. <<

[101] Davis, T. M. et al., *The Tomb of Queen Tiyi*, Londres, 1910, p. 2. <<

[102] Burton, H., citado en un artículo publicado en el *Manchester Guardian*, 27 de enero de 1923. <<

[103] Davis, T. M., *The Tombs of Harmhabi and Touatankhamanou*, Londres, 1912, p. 3. <<

[104] A. B., *A Thousand miles up the Nile*, Londres, 1877; rev. 1888, pp. 296-297. <<

[105] El diario de Petrie de 1891-1892 se encuentra ahora en el Museo Petrie, University College de Londres. <<

[106] Correspondencia privada de Naville, citado en Drower, M. S., *Flinders Petrie: A life in Archaeology*, Londres, 1985, p. 283. <<

[107] Petrie, W. M. E, *Seventy Years in Archaeology*, Londres, 1931, p. 192. <<

[108] Idiosincrásica introducción de Winifred Burghclere para Carter, H., y Mace, A. C, *The Tomb of Tut.ankh.Amen I*, Londres, 1923, republicado en 2003 con prólogo de N. Reeves, pp. 24-25. <<

[109] Carter, H., «A Tomb Prepared for Queen Hatshepsuit and Other Recent Discoveries at Thebes», *Journal of Egyptian Archaeology*, vol. 4 (1917), p. 118. <<

[110] Carter, H. y Mace, A. C, *op. cit.*, p. 95. <<

[111] *Ibid.*, p. 105. <<

[112] *Ibid.*, pp. 123-124. <<

[113] *Ibid.*, pp. 179-180. <<

[114] *Ibid.*, pp. 143-144. <<

[115] Winifred Burghclere en Carter y Mace, *op. cit.* p. 39. <<

[116] *Ibid.*, p. l. <<

[117] Carter, H., *op. cit.*, p. 45. <<

[118] *Ibid.*, pp. 82-83. <<

[119] *Ibid.*, p. 108. <<

[120] Mace, A. C, «The Egyptian Expedition 1922-1923» *Bulletin of the Metropolitan Museum of Art* 18:2 (1923), pp. 5-11. <<

[121] Davies, N. de G., *The rock tombs of el Amarna*, vol. 6, Londres, 1908, p. 10. <<

[122] Carta escrita por James Henry Breasted desde El Cairo, con fecha 24 de enero de 1895, citada en Larson, J. A., «Other Amarna Letters», *Amarna Letters*, vol. 2 (1992), pp. 116-125. <<

[123] Smith, R. W. y Redford, D. B., *The Akhenaten Temple Project*, Warminster, 1976. <<

[124] Reeves, N., *op. cit.* <<

[125] Reisner, G. A., *Mycerinus. The Temples of the third pyramid at Giza*, Cambridge, Mass, 1931, p. 108. <<

[126] Dunham, D., *Recollections of an Egyptologist*, Boston, 1972, p. 33. <<

[127] Edwards, A. B., *A thousand miles up the Nile*, Londres, 1877, rev. 1888, pp 52-53. <<

[128] Edwards, I. E. S., *From the pyramids to Tutankhamen: memoirs of an Egyptologist*, Oxford, 2000, p. 125. <<

[129] Escrito por Pierre Montet en una carta a su mujer, citada en Courts, H. (ed.), *Gold of the Pharaohs*, Edimburgo, 1988, p. 19. <<

[130] Herodoto, *Historias*, Libro II, trad. Rawlinson, G. (1858), p. 169. <<

[131] Smith, R. W., *National Geographic Magazine*, 138:5 (1970), pp. 634-635. <<

[132] James Burton, diarios inéditos, MSS 25613-75: British Library. <<

[133] Edgerton, W. E, «The Strike in Ramesses III's Twenty-ninth Year», *Journal of Near Eastern Studies*, Vol. 10 (1951), pp. 137-145. <<

[134] Los amantes de la poesía del mundo entero quedarán horrorizados al saber que Smith también se inspiró en la adquisición de Belzoni de Memnón el Joven; su poema «On a stupendous leg of granite, discovered standing by itself in the deserts of Egypt» era inferior en todos los aspectos al soneto de Shelley sobre el mismo tema. <<

[135] Baikie, J., *A century of excavation in the land of the pharaohs*, Londres, 1923, pp. 44-45. <<